

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE MEDICINA
Departamento de Medicina Preventiva y Salud Pública
(Historia de la Ciencia)



**INFLUENCIA DE LA CRISIS DEL 98 EN LA HUMANÍSTICA
DE CAJAL**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

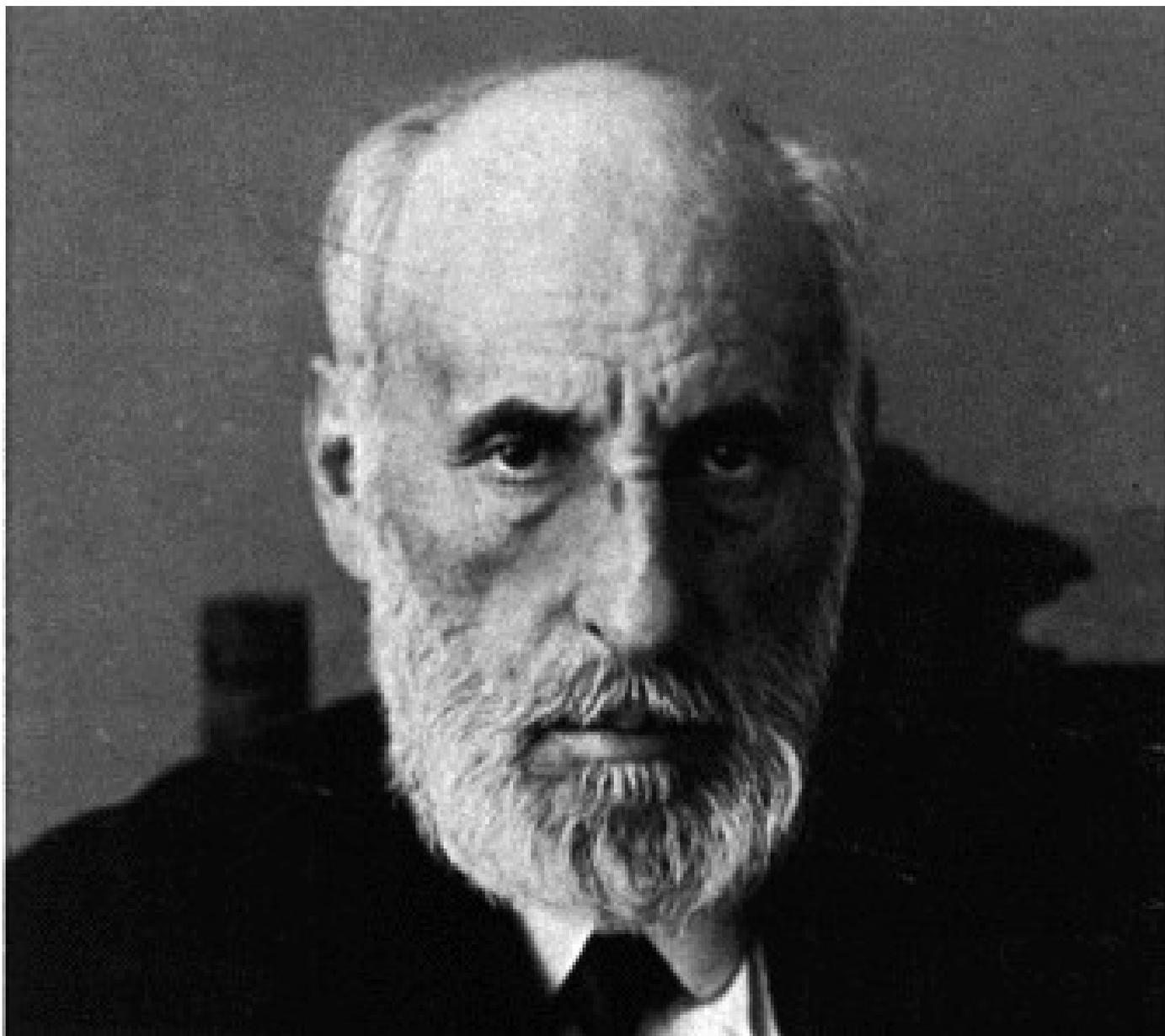
Carlos Jiménez Escolano

Bajo la dirección de los doctores

José Rodrigo García
David Martínez Hernández

Madrid, 2013

TESIS DOCTORAL



CARLOS JIMÉNEZ ESCOLANO

S. RAMÓN Y CAJAL

EL MUNDO VISTO
A LOS
OCHENTA AÑOS

IMPRESIONES DE UN
ARTERIOSCLERÓTICO

CUARTA EDICIÓN



LIBRERIA BELTRAN
PRINCIPE, 16. — MADRID
1942

TESIS DOCTORAL

D. CARLOS JIMÉNEZ ESCOLANO

INFLUENCIA DE LA CRISIS DEL 98 EN LA HUMANÍSTICA DE CAJAL

DIRECTORES

Dr. D. José Rodrigo García

DR. D. David Martínez Hernández

Departamento de Medicina Preventiva, Salud Pública e

Historia de las Ciencias

Facultad de Medicina de Madrid

Universidad Complutense

Madrid 2012



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
MADRID



Don José Rodrigo García, Doctor en Medicina y Profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con destino en el Instituto de Neurobiología “Santiago Ramón y Cajal”, y don David Martínez Hernández Profesor titular de Medicina Preventiva y Salud Pública y Vicedecano de Posgrado, Títulos Propios y Formación Continuada de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, certifican:

Que el trabajo titulado: “INFLUENCIA DE LA CRISIS DEL 98 EN LA HUMANÍSTICA DE CAJAL”, ha sido realizado por el licenciado Carlos Jiménez Escolano, bajo nuestra dirección para optar al grado de doctor en Medicina.

Y para que conste, expedimos y firmamos el presente documento en

Madrid

José Rodrigo García

David Martínez Hernández

Tesis doctoral presentada por Carlos Jiménez Escolano

DEDICATORIA:

A mi mujer M^a José, sin cuyo apoyo, nunca hubiera podido llevar a cabo este trabajo, ni tantos proyectos que se han hecho realidad en virtud de su varita mágica, que seguro guarda en el corazón.

Así la definiría Lope de Vega:

Que amor que no tiene al fin

otro fin en que parar,

es el más perfecto amar;

que al fin es amar sin fin.

AGRADECIMIENTO:

Al Profesor Doctor D. José Rodrigo García, el alquimista que ha sabido transmutar la amistad en ilusión.

“Considerad
cómo vuestra amistad puede,
dejando de aconsejarme,
dejar de favorecerme”. (Calderón de la Barca)

Al Profesor Doctor D. David Martínez, en gratitud por todas sus atenciones como profesor, compañero y caballero, tres valores que en él brillan con generosidad.

“La gratitud nos hace felices porque son raras las ocasiones en que se nos hace posible”. (Stefan Zweig)

A todo el departamento de Medicina Preventiva, Salud Pública e Historia de las Ciencias al que desde este momento me siento anímica e intelectualmente vinculado.

TESIS DOCTORAL

D. CARLOS JIMÉNEZ ESCOLANO

INFLUENCIA DE LA CRÍISIS DEL 98 EN LA HUMANÍSTICA DE CAJAL

España es el país clásico de los precursores. En ciencia, en filosofía, en industria, en arte militar, etc., hemos tenido atisbos, vislumbres a veces geniales; pero nuestros sabios, salvo tal cual excepción, carecieron del tesón y perseverancia indispensables para la ejecución y perfeccionamiento de la obra imaginada. (Santiago Ramón y Cajal)

INFLUENCIA DE LA CRISIS DEL 98

EN LA HUMANÍSTICA DE

CAJAL

INDICE

Estado de la Cuestión: Pág. 10

Objetivos: Pág. 14

Material y método: Pág. 16

1 -Introducción: Pág. 17

2 - Formación educativa de Cajal como niño y adolescente: Pág. 18

2-1 Reflexiones sobre la forja de un carácter que dominaría su vida y su trabajo. Pág. 22

3 - Comentarios sobre las influencias en la infancia de Cajal: Pág. 26

3 -1 La familia; traslados de vivienda, escuela e instituto.

4 – Primera Parte: Pág. 32

4-1 Estudios de Medicina. Influencia del padre.

5 - Segunda Parte: Pág. 36

5-1 Participación en la Guerra de Cuba; ¿Realmente resultó determinante esta experiencia para su futuro?

6 -Tercera Parte: El azaroso siglo XIX. Pág. 43

6-1 Un retrato de la sociedad del siglo XIX y de la sanidad de su época.

7 -Cuarta Parte: Pág. 66

7-1 Cajal en Valencia. Pág. 66

7-2 Barcelona: El hallazgo. Muerte de una hija. Pág. 71

7-3 Madrid. La cátedra, la fama (1892). Pág. 78

8 - Quinta Parte: Guerras y pronunciamientos. Pág. 85

8-1 Quebranto político de la España decimonónica.

9 – Sexta Parte: Crisis política y económica. Pág. 117

10 - Séptima Parte: Pág., 124

10-1 Pérdida de las colonias. Pág. 124

10-2 La Generación del 98. Pág. 134

11 - Octava Parte: Pág. 152

11-1 El Premio Nobel. Pág. 152

11-2 La Obra Literaria de Cajal. Pág. 160

12 - Novena Parte: Impacto de la obra y la figura de Cajal en la sociedad. Pág. 167

12-1 El trabajo del investigador. Pág. 167

12-2 Legado humanístico de Cajal. Pág. 173

12-3 El mundo de Cajal el humanista. Pág. 176

15 - Conclusiones. Pág. 189

16 - Relación de la obra científica del investigador. Fuentes. Pág. 192

17 – Archivo depositado en la Real Academia Nacional de Medicina. Pág. 196

18 - Bibliografía. Pág. 202

ESTADO DE LA CUESTIÓN

La magnífica y poliédrica figura de Santiago Ramón y Cajal ha sido estudiada, analizada y valorada, hasta la fecha, desde multitud de perspectivas y matices históricos, principalmente a rebufo de su actividad como investigador y la contundente trascendencia que llegó a tener para la neurobiología y neurofisiología el destierro terminante de la teoría reticular y la implantación definitiva de la neuronal. En ello, el investigador español aprovechando las técnicas, bien que mejoradas, de Camilo Golgi, supo, o mejor quiso, definir lo que sus ojos veían en lugar de dejarse llevar por los prejuicios de la ciencia políticamente correcta y las opiniones y teorías aceptadas, algo que habría de repetirse con la fotografía, las técnicas de tinción y los juicios sobre la política nacional, principalmente la enseñanza. En torno a esta faceta de Cajal es donde se han fijado la mayor parte de las obras escritas sobre el investigador; la dimensión del histólogo así lo ha procurado. Puede consultarse en nuestra bibliografía: Gamundí y Ferrús, 2006; Durán y Alonso, 1983; González y González, 2006; Laín, 1978; Laín y Albarracín, 1982; Lewy, 1987; López, 2000; López 2006; Nieto, 2002; Porter, 2003; Serna, 2002; Vera, 2001 y tantos otros que resaltan y pormenorizan la magna obra histológica de Cajal.

Por otro lado el sello, la impronta que en el investigador tuvo el Premio Nobel conduce a quienes, al menos, poseen una opinión informada, y a la mayoría de sus biógrafos y a los analistas de su simbolismo histórico, desde la perspectiva de su actividad galardonada, a requerirle como “el gran hombre del microscopio”, el científico español que ha sido reconocido en otros países, aclarándonos que teníamos un genio en España. La mayoría de los trabajos anteriormente resaltados incluyen un análisis sobre el impulso mediático y en los foros científicos, que obtuvo la figura de Ramón y Cajal tras haber sido homenajeado allende nuestras fronteras. En este sentido sobre cabe mencionar el trabajo de Ángel González de Pablo que se relaciona en nuestra

bibliografía como González, 1998, o el magnífico tratado del mismo Cajal “Reglas y Consejos sobre investigación Científica” (Ramón y Cajal, 2000).

Naturalmente no faltan historiadores que, con más o menos fortuna, hayan advertido la decisiva influencia que en el ánimo del sabio aragonés y en su trabajo tuvo la crisis finisecular, la vergonzosa catástrofe nacional ocurrida en 1898. El mismo Cajal lo refiere continuamente y estas observaciones han servido de guión para múltiples artículos y trabajos. Aconsejamos la consulta de las biografías más documentadas de Cajal, y especialmente el trabajo de Durán y Alonso, 1983; Laín, 1978; Laín y Albarracín, 1982; Nieto 2002 y tantas referencias como el mismo investigador hizo al respecto en Ramón y Cajal 1952, 1969, 2003, 2006 y 2008.

De igual modo existen obras, no todas de elogiado prestigio por su falta de originalidad y tendencia a repetir siempre lo mismo, que recorren su biografía abarcando desde la repercusión mediática del médico aragonés hasta su compromiso con la sociedad, la cultura, la docencia y la necesaria regeneración de una España encadenada a un más ilustre pasado, aunque el camino emprendido por Cajal en estas empresas fuera el del esfuerzo patriótico y el trabajo constante y riguroso, temática que entronca con la anterior y sobre la que insistimos en consultar a González de Pablo (González, 1988)

Este y otros analistas han trenzado la mayoría de los semblantes y matices marginales que el estudio de su biografía puede aportarnos, como su afición a la fotografía, al ajedrez, a las artes plásticas y especialmente el dibujo, la hipnosis, la astronomía y a la observación de la naturaleza, actividades ejercidas por el sabio desde bien joven y, no cabe duda, que determinantes en su posterior labor para la difusión de su tarea investigadora; el interés que Cajal manifestaba, siempre que tenía ocasión, acerca de todos los campos de la ciencia, sobre los avances tecnológicos y, en general, por la curiosidad en el saber, nunca menor que su desdén por la política activa, ya han sido suficientemente resaltados por autores de prestigio. Cualquiera de las biografías que hemos comentado incluyen anotaciones sobre estos motivos, sin perder de vista su magnífico trabajo sobre “La Fotografía de los Colores” (Ramón y Cajal, 2007)

Pero este trabajo de tesis recoge, después de una cuidadosa investigación y detenido análisis, no solo de carácter biográfico y científico de Ramón y Cajal, ni

siquiera de sus escritos y conferencias que rezuman reflexiones y técnicas literarias de exquisita confección, y por primera vez, todos aquellos extremos humanísticos, más allá de la relación de don Santiago con el desánimo que le pudo provocar su acendrado patriotismo injuriado ante la humillante derrota en la guerra con los Estados Unidos y la pérdida de las colonias españolas, los fundamentos, las reseñas y referencias que vienen a engarzar un sentimiento compartido con los literatos de la época, y todavía más, la innegable inclusión, con perfecto derecho, de don Santiago Ramón y Cajal en la Generación del 98.

Esta tesis, que recorre, desmenuzando las espinas sociales, políticas y científicas del siglo XIX, abre la puerta que antes nunca había sido practicable, a un Cajal que comparte con Machado, Unamuno, Azorín, Ganivet y tantos otros, un sentimiento que habría de reflejarse en un universo literario y humanístico, un sentimiento que deseaba resucitar de sus cenizas un fracaso nacional, la necesidad de una regeneración de los valores nacionales, que para Santiago Ramón y Cajal se apoyaba en el amor a la patria, su trabajo científico y la expresión literaria, que reservaría, sin lugar a dudas, un puesto privilegiado en el Olimpo, de aquellos que la historia habría de conocer como la Generación del 98. Sobre este grupo literario las referencias bibliográficas son interminables, tanto en razón a la colectividad literaria como a cada escritor por separado: Saiz, 1898, Cepeda, 1954; Charle, 2000; Esdaile, 2001; Camacho, 2009; Cayuela, 1998; Howard y Marín, 1999; Laín, 1970; Maeztu, 1934; Núñez, 1998; Otero, 1998; Sánchez, 1999; Tuñón, 1986; pero el estudio serio de un Cajal noventayochista, el hombre, el humanista y el literato Cajal compartiendo la orla del grupo, nunca se había llevado a cabo de manera analítica y pormenorizada. Por ello, esta tesis doctoral viene a demostrar con argumentos suficientes para llenar el hueco vacío de un sentir, una concordia y una titularidad por derecho de don Santiago Ramón y Cajal en el índice de los literatos y humanistas de la Generación del 98.



OBJETIVOS

El objetivo del presente trabajo de investigación, como ya hemos adelantado en páginas precedentes, es unificar, desde la perspectiva de su labor humanística, no de su trabajo científico, y, mediando como esencial catalizador su tesón para el trabajo y la docencia y su irreductible patriotismo fundido en el crisol de la campaña cubana de 1874 de la que fue testigo y protagonista de excepción, la influencia que en su labor humanística y literaria tuvieron los acontecimientos históricos que a final del siglo XIX provocaron la pérdida de las colonias españolas en medio de una humillante contienda contra la muy superior fuerza de los Estados Unidos de Norteamérica, el mismo guión que habrían de seguir en sus respectivas obras los miembros de la Generación del 98.

Para alcanzar nuestro propósito nos valdremos del análisis de los sucesos históricos de esta centuria que patentizan la pobre situación político-social que sostenía a duras penas la onerosa evolución científica, que unos cuantos cerebros privilegiados consiguieron elevar a las cumbres más altas del universo de la investigación.

Llevaremos a cabo una exposición de la biografía de Santiago Ramón y Cajal y una descripción de su hégira por las cuatro capitales españolas que conocieron al Cajal de las distintas épocas: Zaragoza, Valencia, Barcelona y Madrid; describiremos la situación socio-sanitaria del Madrid de la época, como testimonio mediático de la miseria existente y brevemente la de Barcelona con las diferencias que la distinguían de la capital del reino; haremos un somero repaso de los avatares políticos que impedían una mínima gobernabilidad del país, apoyándonos en los datos que nos facilitan los interminables golpes de estado, pronunciamientos y cambios de rumbo político; comentaremos las circunstancias históricas que condujeron a la pérdida de las colonias españolas de ultramar y el peso social y político español que ello traería consigo; un brevísimo repaso sobre las principales cabezas visibles de la Generación del 98, nos va a permitir un mejor conocimiento de sus personales biografías y la obra que les distingue y será objetivo primordial de este trabajo relacionar la obra del Cajal humanista con su coetánea Generación literaria del 98.

También ha de ser un principal argumento de este trabajo de investigación el no pasar por alto en ningún momento las cuatro singularidades del carácter de Ramón y Cajal que en todo momento ha servido de motor de arrastre a su ánimo: el patriotismo, el tesón en toda labor que emprendía, la obsesión por el trabajo y preocupación por la cultura, el estudio y el trabajo bien hecho de las nuevas generaciones.

MATERIAL Y MÉTODO

El **material** utilizado para alcanzar nuestros propósitos ha provenído de distintas fuentes:

- Biblioteca del Instituto Cajal.
- Biblioteca de la Real Academia Nacional de Medicina.
- Biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense.
- Biblioteca Municipal de San Lorenzo de El Escorial.
- Bibliografía Hispánica de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.
- Enciclopedia Gran Larousse y de la Crónica de la Humanidad de Plaza y Janes.
- Textos, artículos, libros escritos por Santiago Ramón y Cajal y los que sobre su persona han sido editados y ha podido disponer este investigador.
- Libros que diseccionaban el siglo XIX en todos sus aspectos y podrían tener relación con el tema tratado.
- Libros relacionados con los miembros de la Generación del 98.
- Prensa de la época.
- Información en soporte informático consultado en INTERNET.

El **método** utilizado en este trabajo ha sido el habitual en la confección de tesis doctorales:

- Búsqueda del material.
- Recopilación, análisis y clasificación del mismo.
- Extracción y clasificación de la información necesaria.

-Análisis de los datos obtenidos.

-Ajuste, enlace y vinculación de los hechos históricos y los personajes sujetos del estudio con ellos.

-Redacción y posterior corrección del texto.

INFLUENCIA DE LA CRISIS DEL 98 EN LA HUMANÍSTICA DE CAJAL

INTRODUCCIÓN:

Este trabajo no pretende ser la biografía, según el concepto clásico que damos a tal estilo literario, que relate los aconteceres de la vida de un personaje –Santiago Ramón y Cajal- de mayor o menor enjundia. Esta obra de investigación, introduce las primicias necesarias con las que se puede alcanzar el mejor conocimiento de un ilustre español, un olvidado humanista, los acontecimientos históricos que tuvieron lugar en su época y la decidida influencia de ellos en sus vivencias intelectuales muy enraizadas en un tradicional humanismo casi renacentista. El autor de este trabajo ha pretendido en todo momento analizar el comportamiento y el sentir de un sabio, un trabajador de la ciencia médica, inmerso en una crisis socio-política, que marcaba el anunciado sendero que conduciría hacia la desintegración de España, y el principio de un esfuerzo de regeneración por parte, en un primer momento de las clases intelectuales, y muy especialmente despertó la vocación literaria, no menor que la científica, de un sabio, mundialmente reconocido por su trabajo como padre de las neurociencias, cuyo dolor patrio desencadenó una conducta intelectual que habría de acompañarle toda su vida.

Bien es verdad que, aunque en un principio los sentimientos que movieron a los literatos de la llamada Generación del 98 y al humanista Ramón y Cajal eran compartidos, el sabio aragonés nunca traicionaría su patriótica labor investigadora, que entregó por y para España, en un alarde de revancha pacífica pero decidida para devolver a España el lugar que le correspondía en el concierto mundial, lo merecieran sus gestores o no.

Para llegar a conocer con precisión la estructura anímica del espíritu de Cajal, resulta imprescindible escudriñar en aquellos acontecimientos político-sociales que le rodearon, desde su infancia, y que influyeron decididamente en su carácter y su posición a lo largo de toda una vida dedicada al trabajo de investigación médica, a la docencia, a la difusión humanística y... a la patria

. FORMACIÓN EDUCATIVA DE CAJAL COMO NIÑO Y ADOLESCENTE:

Santiago Ramón y Cajal nació el 1 de Mayo de 1852, en Petilla de Aragón, pueblecito humilde, insignificante y, en general, pobre, con escasos recursos agrarios más allá de los imprescindibles para su propia supervivencia. Petilla de Aragón estaba edificada de míseras viviendas, como lo eran también sus moradores. Este pequeño pueblo tenía médico, o para ajustarnos de forma más precisa con la realidad, cirujano barbero y sangrador, oficio que Don Justo Ramón Casasús aprendió colocándose de mancebo con el que lo fuera en la parroquia de Javierre de Latre. A la sazón don Justo que fue el padre del futuro Premio Nobel, era hombre de carácter enérgico, disciplinado e inflexible, lo que prueba el hecho de que marchara andando desde Javierre hasta Barcelona, cuando ya se consideraba capacitado para obtener el título de cirujano barbero, en 1858, cuando Santiago contaba 6 años, lo que manifiesta su tenacidad, valor que de él heredaría el Premio Nobel. Desde entonces la hégira profesional del cabeza de la familia del futuro investigador, arrastró a todos sus miembros desde Petilla a Larrés, a Luna y desde esta localidad a Valpalmas, donde recalaron en 1856, pueblecitos todos ellos dispuestos en la Ruta del Románico del Alto Aragón, primero, y del Alto Gállego, cuna del Románico Lombardo, finalmente.

*

En realidad, y para ser rigurosos con la historia y la geografía, anotaremos que en 1846 el valle de Aibar estaba integrado por una serie de villas, pero que se acabó desintegrando en diferentes ayuntamientos, perdiendo, de esta forma, su unidad político-administrativa. De este modo se crean los municipios de Aibar, Ezprogui, Sada, Eslava, Lerga y Leache.

Petilla de Aragón, junto con las localidades de Cáseda, Gallipienzo, Yesa, Javier y los concejos de Rocafort y Peña, pasan a integrar la comarca de Sangüesa, en

la Navarra fronteriza con Huesca. A día de hoy, Petilla de Aragón permanece como una isla, un pequeño concejo de forma triangular aislado, perteneciente a Navarra aunque dentro de las tierras de Huesca, al este de Sos del Rey Católico y al sur de Isuerre y Navardún.

Allí, en Valpalmas, es donde habitó la familia Ramón y Cajal desde 1856 hasta 1860. La tierra, como la vida misma, se prestaba dura y áspera, aunque convoyada por inhiestos aguarales como pétreos centinelas, seca de polvo en verano y fría de nieve en invierno, allá en el pre-Pirineo oscense.

Algunos campos de cultivo de escasa ambición, vegetación silvestre de retamas, genisteas y matorral mediterráneo y la sombra de algún que otro pino carrasco, marcaban su carácter y el de sus vecinos. Mientras, y por bondad del Creador, sembrábanse menguadas arboledas de juníperos, de extravagantes y contorsionadas formas y aledaños a los arracimados y abrigados bosquecillos de hayas, cuya dura y persistente madera, aunque fácil de trabajar, proporcionaba el soporte, ya mugriento por el manoseo a lo largo del tiempo, de aquellos pupitres que habrían de impregnar a la, tradicionalmente inodora madera de Fagus, el acre olor transmitido por los educandos de innumerables generaciones que, sobre ellos aprendieron las cuatro reglas y la enigmática severidad del catón.

Más vendría a ser don Justo, el padre de Santiago, quien, con un empeño vocacional hacia la docencia, adoctrinara a su hijo, con los mimbres intelectuales con que se trama la urdimbre de la más básica cultura.

Podemos considerar memorable la curiosidad y afición que adquirió el joven Cajal en aquellos años de Valpalmas por la naturaleza, en general, y muy especialmente por los pájaros y la sorprendente arquitectura de sus nidos, devoción que continuó absorbiendo gran parte de su mundo de infantiles caleidoscópicas impresiones hasta bien entrada la adolescencia, cuando la observación del comportamiento animal imprimió la primera huella de una pasión que daría sentido a toda su vida.

De igual modo, el futuro gran científico, comenzó a impregnarse de los sentimientos patrios que a él llegaban a través del paisanaje, allá en Valpalmas, estampando un indeleble sello en su alma a través de las celebraciones populares hacia los héroes de la campaña africana; hacia los generales O'donnell y Prim, la conquista de

Tetuán... Recuerda, también, las marchas, pasodobles y jotas que interpretaba al son festivo local, alguna comparsa que a su aldea arribaba, con festiva francachela y enardecido ardor patriótico.

Una gran hoguera en la plaza, el asado de corderos y gallinas, la alegría desbordada, quizá vivificada por los vapores de los caldos traídos de Somontano de Barbastro, de las tierras del campo de Borja que rodean al Monasterio de Veruela, al pie del padre Moncayo, de Cariñena o Calatayud que transportados en barricas, sobre carros de madera, darán fin a sus días, indefectiblemente, en una bota, bien curada, de piel de cabra u oveja, de los lugareños, todo ello vivencias que acabaron por transformar el corazón de aquel niño de inquieto espíritu, en una esponja capaz de absorber, en lo sucesivo, todos los fluidos convergentes en un concepto, un aliento, un tormento que le habría de acompañar y condicionar su pensamiento y su obra a lo largo de toda su existencia: la Patria.

*

En realidad no debe ser difícil para una persona de niñez tan errátil sentirse indiferente a un apego nacionalista, tal como hoy se entiende, a una tierra que continuamente, y en virtud de la diáspora familiar, cambiaba de escenario, y proyectar, por necesidad, su adhesión germinal hacia el todo en vez de a una parte, hacia la Patria, bien que nunca pudo ocultar su ascendencia aragonesa, entendida en toda la extensión del término.

A este respecto, el mismo Don Santiago, en sus memorias afirma:

<<Cuando se sabe algo de la historia y de la geografía nacionales, se comprende que, además de la familia, y más allá de nuestro pueblo y de nuestra región, viven millones de hermanos que aman, esperan, luchan y odian al unísono, con nosotros; que hablan la misma lengua, que tienen el mismo origen y el mismo destino... Sentimos entonces la admiración por los héroes de nuestra raza y el deseo de imitarlos llegando, si fuera preciso, hasta sacrificar la vida por la Patria>> (Ramón y Cajal, 1953)

Y matizando este sentimiento, el ilustre investigador, distingue dos pilares del patriotismo.

1-El amor a la tierra y a la raza.

2-El rechazo al extranjero dañino, que en su infancia, así conserva en su recuerdo, era concebido, principalmente, como el odio hacia el marroquí (Ramón y Cajal, 1969)

Con el paso de los años, el corazón del joven Ramón y Cajal, fue acentuando, cada vez más, la pasión patriótica, al tiempo que apaciguaba aquel irracional rechazo al extranjero.

*

El último destino de la itinerante familia de don Justo sería el pueblo de Ayerbe, municipio de mayor enjundia, situado entre las localidades de Puente la Reina al norte y Ejea de los Caballeros, al sur.

Allí llegó en 1860, con 8 años de edad. Fue por esta época cuando comenzó a despertarse en él la afición, el desvelo de la pintura que llegó a cultivar de forma casi compulsiva, sin que significara ninguna cortapisa el soporte ni la técnica; igual garabateaba las tapias que los libros, la superficie de las puertas como cualquier papel que cayera en sus manos. Aquel precedente amor, aquel anhelo por compartir con la naturaleza, con los pájaros su más íntima conexión terrenal, desató en Santiago la necesidad de expresar el paisaje, como elemento vital, con sus manos y que desde su corazón y su cerebro fluía como un manantial.

Y en este punto es cuando el futuro premio Nobel encontrará el camino, el rastro desde donde la inquietante andanza del espíritu de aquellos grandes hombres, hidalgos del intelecto, caballeros de la ilustración y eruditos pensadores, comenzó su peculiar y personal vía-crucis, aquellos cuyo sufrimiento por la Patria les conduciría, sin pretender buscarse, a construir la casta que habría de pasar a la historia como Generación del 98.

En aquel niño medio aragonés, el amor por la tierra y por el paisaje, prenderá un sentimiento primario en la necesidad de asir y retener cada grano de tierra, cada espiga de trigo y cada polvorienta encina, componiendo con ellos el marco que exprese el que será su futuro y doloroso desengaño de amor patrio, determinación moral que jamás podemos olvidar al tratar de los sentimientos que subrayaron el posterior desarrollo humanístico de este armígero del microscopio.

. REFLEXIONES SOBRE LA FORJA DE UN CARÁCTER QUE DOMINARÍA SU VIDA Y SU TRABAJO:

Pero volviendo a nuestro infantil Santiago, afincado en la oscense Ayerbe, dibujando y pintando el mundo de su entorno, al tiempo que abría su alma al paisaje de la tierra hispánica, paisaje y paisanaje donde habrán de nacer los duendes constructores del más sentido patriotismo, que no nacionalismo, retomaremos sus sentimientos y sensaciones, las que él mismo nos refiere como pasión por la luz y el color; y si no tenía lápices de colores, inventaba la manera de fabricar pigmentos con productos naturales, aquellos elementos que la naturaleza ponía a su disposición en pleno ámbito campestre.

Más, no pensemos que para aquel mocete, todas las vivencias y recuerdos eran dulces y ensoñadoras; de hecho otro aspecto de vital importancia que cincelaría su carácter, posiblemente con la misma fuerza que el patriotismo y el arte cromático sería **la dura competencia** a la que se vería forzado a partir de su estancia en Ayerbe, y durante toda su vida, con sus condiscípulos, colegas y conciudadanos; a pesar de descubrir los secretos del sistema nervioso, nunca alcanzaría a comprender todos los intrincados recovecos de la mente humana.

Así, su llegada a Ayerbe resultó para aquel niño un auténtico tormento, para el que su corto entendimiento no alcanzaba a encontrar un motivo lógico: los chicos del pueblo, no solo es que le rechazaran de entrada, sino que se burlaban de su aspecto, su indumentaria carente de cachirulo, y de calzones, y su planta de “señorito”, e incluso llegaron a maltratarle de forma inmisericorde. Como es natural Santiago no tuvo más remedio que espabilar, y, lo más rápido que pudo, incorporarse a las costumbres locales, o aquellos barbians acabarían con él: sustituyó los zapatos de cordón por alpargatas, comenzó a usar calzón y a expresarse en la misma jergonza que era el uso local.

Todo ello vino a aplacar las tiranteces con sus condiscípulos, pero aquella época de su vida, dura de transitar como él la recuerda, condicionó en él **un espíritu escasamente gregario**, una singular facilidad para aislarse, con la consiguiente **aptitud para la concentración**, a pesar de que su natural inquietud y enérgica vivacidad le condujera frecuentemente a alternar los momentos de incomunicación y encierro en el país de la pintura de la naturaleza con sus lápices de colores, con otros de juegos en

grupo en los que procuraba desarrollar al máximo su instinto deportivo. Con el peón, el tejo, el marro y, por supuesto, el tiro con honda, actividad practicada por los lugareños en enfrentamientos nada inocuos y con frecuencia de dolorosas consecuencias, bien en el campo o en los huertos de la vecindad, fueron actividades lúdicas en la que nuestro inquieto chaval llegó a adquirir una destreza sin igual.

Más aquella tendencia progresiva a la incomunicación, fundamentalmente para ejercer su afición a la pintura representando la temática más diversa, llegó a provocar en el clan familiar desasosiego suficiente como para que su padre se enfrascara en desilusionar de una vez y de manera expeditiva al joven artista, tarea para la que resultaría menester, un cambio definitivo en el sendero vocacional. No obstante, aquel espíritu artístico jamás abandonó, afortunadamente, a Santiago Ramón y Cajal, constituyendo siempre su refugio, y una parte imprescindible del éxito de su actividad investigadora.

Así las cosas, y ya contando con diez añazos, Santiago, por decisión paterna, es trasladado para continuar sus estudios de bachillerato en los Escolapios de Jaca, residiendo en casa de unos parientes, hacia donde marchó una soleada mañana de Septiembre, en compañía de su padre, acomodados ambos entre las lanzas de un carro del ordinario, como él mismo nos recuerda en sus memorias. (Ramón y Cajal, 1953)

En aquel su nuevo destino, fue creciendo físicamente, bien que en dirección opuesta a la que manda la fuerza de la gravedad, aunque poco en anchura, a base de patatas y farinetas –una especie de gachas- alimento que se transformaría en una rutina que rompían con frecuencia muy escasa, quizá en las fiestas, los chicharrones, a todas luces frugales alimentos que no es que no logran domeñar en lo más mínimo al inquieto infante, sino que tal parecía que hubieran despertado en él un especial talento, imaginación y sutileza para la travesura y, a la vez, la negligencia en el estudio.

A primeros del año 1864, y con doce de edad, dado que acabó desquiciando los nervios de sus familiares y de los frailes, que ya no sabían cómo meter en cintura a aquel barbián, y debido a que, además, ya se le clareaban las costillas, para enorme disgusto y preocupación de su madre, doña Antonia Cajal, nuevamente don Justo tomó la determinación de trasladar a su hijo al instituto de Huesca, donde instaló al adolescente en una bien afamada casa de huéspedes. Allí, libre de la férrea disciplina

familiar de los años precedentes, renació en su ánimo la vena pictórica y empeño en los ejercicios atléticos, esto último, bien es verdad, que estimulado por la incesante e injusta sobredosis de mojicones a los que le sometían –es un decir- una panda de alumnos del instituto, mayorzotes (por lo general mayores y zotes), matones y desalmados que fijaron sus burlescos ojos en aquel paleta de aspecto chabacano, al decir de un gabán crecedero que su hacendosa madre confeccionó con los restos de un occiso abrigo de su progenitor (he de confesar que, sin remontarnos al siglo XIX, mi madre hacía lo mismo conmigo y con mi hermano), empeñados en motearle de “Italiano” y “carne de cabra”, ofensas estas que no estaba dispuesto a soportar. De modo que disfrutaban contemplando como ante semejantes diatribas, aquel pequeñajo cabezota, siempre respondía cargando contra tamaños “molinos de viento” y siempre con el mismo descalabrado resultado, el cambio de la habitual tonalidad de su piel por un doloroso morado, en cualquier lugar de su anatomía.

Más ¡Oh milagro del entrenamiento físico! Su tesón en el atletismo consiguió que los últimos cursos transcurrieran más tranquilos en virtud de su habilidad con los puños y, no lo olvidemos, con la honda, arma temible en sus manos, en virtud de lo cual la insolencia de los mozalbetes se fue diluyendo para dirigir sus atropellos, sin duda, a otra propiciatoria víctima.

Así fue que, sin abandonar su afición a la ejecución de episodios de arriesgada temeridad para su salud, la afición pictórica hacia el entorno natural ganó en la misma proporción en que perdía terreno la dedicación al estudio. Vamos que puede calificarse a Santiago, en Huesca, como un alumno díscolo y, sin ambages, vago a carta cabal, aunque sus reiterados y solitarios paseos por frondas y breñales, nunca quedaban exentos de un saludable y provechoso aprendizaje. Plantas, insectos y, sobre todo, aves, eran destinatarios de su curiosa especulación, a través de aquellos ávidos y, todavía, infantiles sentidos que todo lo sondeaban, lápices de color en mano.

He comentado ya que, por esta época, a la par que su pasión por el dibujo, había renacido en Cajal una inquietante necesidad por trepar a las tapias, muros y tejados, afición que casualmente le condujo a colarse en el desván de un vecino frutero de profesión, en donde descubrió una vieja y mohosa colección de libros de los clásicos, en que, el desasosegado Santiago, halló un nuevo sendero que conseguiría iluminar de igual forma su trayectoria el resto de su vida.

Durante todo este periodo de la vida del joven Santiago los acontecimientos externos, familiares y sociales fueron marcando su personalidad y el sentido de las actividades que dirigieron una vida y, notablemente, un magisterio. Aquel temple irreprimible, su insistente curiosidad por cuanto le rodeaba, el corazón de artista arropado por su libertad creativa y un orgullo patriótico romperán como las principales características que se sumaron a las tres conocidas potencias de un alma que amarraría con fuerza su ser y estar a lo largo de toda su vida como científico y humanista.

**. COMENTARIOS SOBRE LAS INFLUENCIAS EN LA
INFANCIA DE CAJAL: LA FAMILIA, TRASLADOS DE
VIVIENDA, ESCUELA E INSTITUTO:**

Es evidente que, para el cerebro de un niño, esponja que absorbe y procesa todo aquello que se presenta ante su tierna y yerma experiencia, todo lo que a sus especulativos sentidos se proyecta, queda impreso, con frecuencia para toda su vida, bien en su consciencia, en el recuerdo, o en el subconsciente, labrando y sembrando los surcos que forjaran su carácter, su conducta y profunda energía de comportamiento, en definitiva su personalidad como hombre –entiéndase el género epiceno del término.

El Santiago Ramón y Cajal niño irradiaba un modo de ser y comportarse que, aunque dulcificándose con los años, caracterizaría, para quien deseara pararse a mirar más allá del sabio Premio Nobel, a un hombre, a un ilustre pensador y humanista, un entregado científico y un inquieto curioso del mundo que le rodeaba y que escudriñaba a través del dibujo, el color de los pigmentos, la fotografía y su castizo ser y estar.

Mucha influencia en su vida tuvo el determinante carácter y la constante presencia de su padre, de cuya autoridad, primero, y tenaz albedrío, que llegó a sofocar su libertad, después, hubo de desprenderse en un momento dado para navegar por sí mismo a través de los océanos de su vida profesional, por enérgicas que fueran las tormentas que azotaran su resuelta singladura. Y tal influencia no solo viose impresa en el carácter y conducta del niño, que tal extremo es natural en cualquier familia, para bien o para mal, sino en la orientación profesional que encauzara la profesión de su padre y, ya médico, sobre la atención requerida hacia la anatomía, práctica que don Justo ejercía mediante meticulosas disecciones en las que colaboraba su hijo, y que tanto valimiento representó para su definitivo quehacer profesional.

En sus infantiles primeros años de Petilla, el maestro cirujano barbero don Justo Ramón, ejercía, como tantos lugareños que pudieran permitírselo, la caza, como afición y como resarcimiento gastronómico que compensara el escaso jornal que su actividad profesional ingresaba mensualmente en las arcas familiares. Añade en sus memorias don Santiago:

<<Mi progenitor disponía de mentalidad vigorosa, donde culminaban las más excelentes cualidades. Con su sangre me legó prendas morales a que debo todo lo que soy: la religión de la voluntad soberana, la fe en el trabajo, la convicción de que el

esfuerzo perseverante y ahincado es capaz de modelar y organizar desde el músculo hasta el cerebro, supliendo deficiencias de la Naturaleza y domeñando hasta la fatalidad del carácter, el fenómeno más tenaz y recalcitrante de mi vida... la hermosa ambición de ser algo y la decisión de no reparar en sacrificios para el logro de mis aspiraciones, ni torcer jamás mi trayectoria por motivos segundos y causas menudas... >> (Ramón y Cajal, 1969)

Esta precisa descripción retrata, en su recuerdo como en su sentir, aquellos valores que juzga heredados de su progenitor, al tiempo que describe magníficamente su propio espíritu, el que le acompañará siempre y será gestor de sus triunfos, como de los que mucha gente considera fracaso en relación con su familia a la que, piensan, abandonó para dedicarse al trabajo de laboratorio, a la par que bosqueja lo que de su padre considera valores, callándose su juicio acerca de deficiencias y yerros, algunos de faldas, cuyo baldón a su madre jamás le perdonaría.

De doña Antonia Cajal, el mismo sabio la recuerda en sus memorias:

<<Era mi madre, al decir de las gentes que la conocieron de joven, hermosa y robusta montañesa, nacida y criada en la aldea de Larrés, situada en las inmediaciones de Jaca, casi camino de Panticosa>> (Ramón y Cajal, 1969) Y poco más.

Sabemos que la “señora Antonia”, como en Petilla le llamaban, era una mujer hermosa y bondadosa, entregada a su familia, como las madres tenían por costumbre hacerlo por entonces: lavaba la ropa en un arroyo próximo, antes de poder permitirse entregarlo a una lavandera del lugar, buena cocinera con las viandas que en cada jornada la fortuna tenía a bien facilitarle, limpia, hogareña, de escaso verbo, por lo general, y mirada dulce pero firme.

Como tantas madres sastra del remiendo y la metamorfosis de la ropa que, mágicamente pasaba del padre al hijo mayor y de este al siguiente hermano, continuando un recorrido que, finalmente, solía acabar en la parroquia donde podría distribuirse a algún desventurado que más lo precisara. Ya anteriormente comenté que

en mi familia, la familia de un practicante con tres hijos que arropar, algo similar llevaba a cabo una anciana costurera, la señora Manuela, que acudía a casa una vez al mes y mostraba sus habilidades con la aguja por un plato de comida y algunas monedas; y estoy hablando de Madrid en los años cincuenta.

La madre de Ramón y Cajal y sus hermanos, Pedro, Pabla y Jorja, pues en este orden nacieron, escasamente son comentados en los relatos de sus recuerdos, la señora Antonia, siempre al pié del cañón, siempre al quite de las malas escaseces, siempre dando ejemplo del callado bien hacer y bien amar, resultaron la llama donde el martillo de herrero de don Justo modeló, hasta donde el carácter voluntarioso de su hijo permitía, el buen acero de Santiago.

*

Poco se ha comentado acerca de la influencia que en el muchacho tuvieron la familia de su madre durante su etapa de residencia en Jaca. Su tío Juan Cajal Puente, hermano de su madre, era un hombre bondadoso e introvertido, muy anciano y achacoso, que pasaba el tiempo absorto en su telar, y de escasos recursos económicos, con quien mantuvo una relación distante, tal como era el carácter de Juan, más desde que la muerte de su tía Osoria el 20 de Marzo de 1862, barnizara de una tristeza y melancolía el ánimo de aquel hombre, que le desconectaría de otros afectos, cuando menos en la manera expresiva.

Su casa con su huerta y la vieja morera, que nunca olvidaría el científico, formaron parte de uno de los paisajes más firmemente asentados en el recuerdo de aquel niño, y sobre todo su estrecha relación con sus primos Timoteo, aprendiz en una fábrica de chocolate, y Victoriano; los juegos con el primero –cuando los quehaceres lo permitían-, y el respeto que le inspiraba Victoriano, a la sazón mayor que él, y al que quería como si de un hermano mayor se tratara. De hecho la boda de Victoriano resultó la contrapartida jubilosa a la luctuosa muerte de su tía, en aquellos años. Este Victoriano ha sido descrito por Salvador Durán como un auténtico Cajal de carácter: rebelde, intrépido, audaz y aventurero, al que Santiago admiró y al que se refiere en sus memorias en estos términos:

<<Debo añadir que al final de aquel año el trato de mis patronos mejoró muchísimo. Uno de mis primos, Victoriano Cajal, regresado de sus correrías, se estableció en el hogar de sus padres, contrayendo poco después matrimonio con una doncella sumamente bondadosa e inteligente. Con aquel inesperado refuerzo, el gobierno de la casa entró en orden y el menú se hizo más variado y suculento>>
(Ramón y Cajal, 1969)

El conjunto familiar de Jaca lo completaba una vieja criada, cuyas habilidades culinarias, don Santiago describe como *<<encaminadas a evitar el despilfarro y la indigestión>>* (Ramón y Cajal, 1969)

*

La evidencia del influjo en su conducta infantil, y el impacto que dejaría en su carácter, que habrían de tener los sucesivos traslados, no solo de domicilio sino de municipio, es tema que no requerirá demasiado debate, porque en la mente de todos queda patente que el desorden, cualquiera que sea su entidad –hoy día resulta habitual este factor decisivo en la educación de niños y jóvenes, mediante las permanentes disoluciones matrimoniales que el fácil divorcio trae consigo- dentro de la disciplina familiar, más que sufrirlo, es aprovechado por los sutiles cerebros infantiles para no perder ocasión de hacer de su capa un sayo. Y así sería con aquel niño construido con la piel del rabo de una lagartija. Ni su padre, ni los Escolapios, ni la familia de Jaca conseguían hacer carrera de aquel pilluelo.

Y todavía resultaba más complicado controlar sus movimientos una vez que, alejado físicamente de la vigilancia paterna, campaba a sus anchas en el instituto de Huesca.

Pasaremos por alto, definitivamente, el intento de don Justo de enveredar al perillán de su hijo, algo que no había forma de lograr por los procedimientos de escarmiento habituales de la época, tales como colocando a Santiago de aprendiz en una barbería y más tarde catecúmeno de un zapatero, sin, todo sea dicho, conseguir enhebrar al muchacho por el ojo del orden y la quietud, aunque, y tras serenas y reflexivas negociaciones con su vástago, obtuvo de él la promesa de que volvería a los estudios si le permitía matricularse en una academia de dibujo. Y así fue, aunque, debo añadir, clavase con más ahínco el lapicero que los codos.

A trompicones iba creciendo nuestro protagonista en edad y conocimientos, que se acrecentaban aún más por mor de la evolución tecnológica, y así reconoce en sus memorias la impresión que le produjeron dos admirables inventos que acababan de ver la luz, a su decir maravillosos, como también dos nuevos motivos de distracción de sus obligaciones escolares: el ferrocarril y la fotografía.

El convoy metálico y aquella desconcertante locomotora que exhalaba chorros de vapor produciendo un intranquilizante estruendo, tornasolado casi como la palabra por matices inexplicables para una máquina, quien sabe si inanimada, llegó un momento que consiguió pertenecer al paisaje de los elementos habituales junto con los automóviles, el biciclo, los coches de caballos y las grandes cubas transportadas en carros por mulas para regar las calles de las capitales. Pero la fotografía había golpeado en el área del cerebro de aquel muchacho donde residía su ánima artística. De la admiración por este nuevo instrumento para expresar el arte mediante la misteriosa impresión en una placa fotográfica del mundo que le rodeaba, a través de las leyes de la física y la óptica, pasó a la afición y, a partir de 1868, a una devoción que habría de durarle toda la vida.

Pero sería en este año de 1868, con 16 años, cuando su padre comenzó a introducir a Santiago en el mundo de la anatomía de momento una actividad más, pero que habría de resultar determinante para su vida profesional.

Y de este modo, entre andanzas juveniles y estupefacción ante las maravillas que la naturaleza y la inventiva humana exhibía y que no paraban de desfilar ante sus absorbentes ojos como una procesión de belleza sin fin, dejó Santiago Ramón y Cajal un buen recuerdo, una evocación que habría de perdurar en el tiempo, bien es verdad que por distintos y antipódicos motivos, de su paso por el Instituto de Huesca.

Años después, el doctor Salillas, en “El Liberal”, concluía afirmando: *<<Ganivet ha dicho que lo que importa es tener la fragua encendida, y Cajal ha dicho que lo que importa es tener una hipótesis directa. Lo que importa es creer y poder. Cajal siguió creyendo en su isla. Navegó, se orientó y llegó victoriosamente. ¡La isla existía! En los centros nerviosos, en la médula y en el cerebro se encuentra, efectivamente, la isla de Cajal>>* (Ramón y Cajal, 1969). Y aquella isla de Cajal era,

sin duda, la de un Robinson Crusoe de brillante, aguda y chispeante imaginación para localizar y construir un universo de ciencia y belleza.

1ª Parte: Estudios de Medicina; Influencia del padre:

Naturalmente resulta irrefutable la influencia de don Justo en la decisión de Santiago para encauzar su futuro en la carrera de Medicina, pero era inevitable y, por que no afirmarlo, aceptado con gusto, pues su formación no tuvo otra disposición desde bien joven.

Tras culminar el bachillerato en el instituto de Huesca en el año 1868 -año del destierro de la reina Isabel II, consecuencia del triunfo de la revolución que se conocería como “La Gloriosa”, que inició el almirante Topete en Cádiz, uniéndose después a la asonada los generales Prim y Serrano, quien se haría cargo del bastón de mando gubernamental -inmediatamente lleva a cabo, de manera solvente, el Examen de Grado siendo matriculado por su padre, literalmente, en las asignaturas del año preparatorio de la licenciatura de Medicina de la universidad de Zaragoza.

En la capital del Ebro, y para evitar en lo posible, disgregaciones intelectuales y pasiones marginales, don Justo consideró más apropiado dejar a su hijo al cuidado, y como mancebo, del cirujano amigo de su progenitor, don Mariano Bailo. Cajal pudo acomodarse en el domicilio de aquel buen amigo pudo acomodarse, que era hombre afamado por su rectitud y excelente reputación. Ello, ya de por sí, constituía una inesperada traba a sus interminables calaveradas. Más tampoco ayudaría mucho a sus cálculos la maravillosa vida social que, sin duda, podría disponer, en base al frío recibimiento que los compañeros de curso le dispensaron a su llegada. Se trataba de aquellos que fueron camaradas con los que compartía francachelas durante el bachillerato pero que consiguieron aprobar los cursos sin atrancos, todo lo contrario que Santiago, cuya negligencia académica habíale retrasado entre uno y dos años, como él mismo hubo de reconocer. En vista de ello, como otras veces anteriores, se refugió en sí mismo y en la contemplación y representación artística de la naturaleza, circunstancia que cada vez se hacía más frecuente.

<<Yo soy –él mismo nos confiesa- lo que se llama un visual. Lo que en mi entra por el oído deja huella fugaz; lo que llega por los ojos se imprime tenazmente. Acaso por eso, en el terreno del arte, he desdeñado la música y la oratoria, y, en cambio, fui siempre ferviente admirador de las fiestas de la luz, de los paisajes pintorescos y de toda clase de fenómenos naturales >> (Ramón y Cajal, 1969).

El primer curso de la licenciatura, que inició en 1869, denominado Preparatorio, constaba de tres asignaturas: Historia Natural, Física –asignatura cuyas clases recuerda tediosa- y Química. Es evidencia del todo irrefutable que la inestabilidad política influía en el mundo universitario de toda la nación española, y no precisamente para facilitar la concentración y el orden de los alumnos, implicados anímicamente, en el caos de aquella pseudoregencia que acabaría con la coronación de don Amadeo de

Saboya el 16 de Noviembre de 1870. Pero de este trance socio-político ya hablaremos más adelante.

Este curso transcurrió aceptablemente sosegado para el inquieto ánimo del alumno Ramón y Cajal, con algunos momentos de excepcional desmán para un diecisieteañero y su habilidad con la honda, por lo que la recompensa a tal esmero resultó el aprobado de este Preparatorio y su matriculación en el primer curso de Medicina, en 1870, año en que su familia, finalmente se trasladó a Zaragoza, donde el patriarca tomó posesión de la plaza obtenida por oposición, en la Beneficencia Provincial, y, mediante un amigo y condiscípulo suyo, Jenaro Casas, el puesto de profesor interino de disección.

Este empleo, es fácil de deducir, afectaba también a Santiago, quien, independientemente del estudio de las asignaturas a que obligaba la licenciatura de Medicina en cada curso, pasó, buena parte de su tiempo encerrado en la sala de disección del viejo Hospital de Santa Engracia, volcado sobre piezas anatómicas de cadáveres que debía disecar con sus instrumentos, de manera cuidadosa y esmerada, durante los tres siguientes años. Y como no, y para orgullo de su progenitor, al fin, dibujando con gran precisión los resultados de sus disecciones anatómicas.

No es necesario insistir en que la asignatura en la que obtuvo las mejores notas en la carrera fue la Anatomía Topográfica y todas aquellas que con esta tuvieran relación; para el resto de las disciplinas no puede decirse que aplicara el máximo esfuerzo, y, aunque sin tropiezos, la media obtenida en ellas sería de un aprobado.

Sin duda otras actividades también distraían al alumno, tales como su casi patológica afición a la gimnasia y el culturismo, y que habría de conducirle, entre otros alardes musculares, a celebrar un duelo a puñadas con un alumno de Ingeniería de Caminos con quien disputaba las atenciones de una jovencita a la que ambos paseaban la calle, lance que, finalmente quedaría en agua de borrajas. Tampoco pudo evitar concurrir al llamado de la juvenil niebla literaria, a la composición de poesías y cortas obras en prosa que en ocasiones resultaría difícil clasificar, entre la novela y el cuento -y siempre con respetuosos resabios hacia el pensamiento romántico, según el ejemplo de Zorrilla, Bécquer o Espronceda-, a la dialéctica filosófica y a la novela de ciencia imaginación que por entonces hacía furor bajo la pluma del sin igual Julio Verne.

Esos tres años pasaron sin darse cuenta, enfrascado en tanta y tan variopinta actividad, derrochando energía física, y repartiendo la intelectual entre las asignaturas de la carrera, las disecciones con su padre, la formación física y la recién descubierta “habilidad” literaria y filosófica. De este modo, en Junio de 1873, con 21 años de edad, obtuvo el título de licenciado en Medicina.

Más de poco tiempo dispuso Santiago para festejar y paladear su reciente licenciatura, pues apenas graduarse fue llamado a filas, a través del servicio militar obligatorio que entonces imponíase a todos los mozos útiles mediante la llamada “Quinta de Castelar”, establecido por este político republicano de magníficos mostachos -que ese mismo año hubo provocado el establecimiento de la Primera República, presidida por Estanislao Figueras, y en la que el gran orador participaba portando la cartera de Estado-, con el fin de nutrir de suficiente dotación armígera la milicia para salir al paso de tantos conflictos belicosos como a España se le venían encima, principalmente la guerra de Cuba, la revolución Cantonal en Cartagena, Salamanca, Extremadura y Ávila y, nuevamente, la guerra Carlista.

Una anécdota de este impase entre su licenciatura y su destino militar, no podemos dejar de comentar por la importancia que, pienso, pudo tener y de manera subliminal, en su destino como investigador. Cierta día, quiso el destino que de forma casual, fuera invitado por el profesor Borau para observar por su microscopio el fluir de la sangre en una preparación de mesenterio de rana. No cabe la menor duda que semejante experiencia, que don Santiago recuerda como impactante, pudo despertar en él el interés por una variante inesperada de la anatomía que aún no dominaba: la histología descriptiva.

Pero su mente estaba, y habría de estar ocupada durante mucho tiempo en otros asuntos igualmente sobrecogedores e insólitos y de actualidad mucho más inmediata, independientemente de la atención que dedicara a su relación con una bella joven huérfana, de buena educación y con la que se carteó durante su estancia, tanto en Cataluña como en Cuba, bálsamo de Fierabrás para aquel solitario oficial médico.

2ª Parte: Participación en la guerra de Cuba; ¿Realmente resultó determinante esta experiencia para su futuro?:

Tras un inevitable periodo de instrucción militar, el joven médico optó a una de las plazas que se convocaron para sanidad militar, que aprobó con -digámoslo claramente- un sorprendente número seis en la lista de aceptados para ostentar las dos estrellas de teniente. Su primer destino le desplazaría a Lérida, en el regimiento de Burgos, donde, durante ocho meses, salvo colocar algún vendaje y aliviar, es previsible, los molestos síntomas de las ineludibles purgaciones de la tropa, mediante nitrato de

plata (comercializados después como Protargol) o tratamientos mercuriales – terapéuticos al uso en aquella época-, en ocasiones tan dolorosos y arriesgados como la misma infección, no vio un solo carlista, de modo que el aburrimiento, para aquel inquieto espíritu le corroía el alma.

Más la providencia tiene por costumbre jugar con los destinos, de los humanos, en ocasiones de manera peligrosamente extravagante, y quiso en la vida de Ramón y Cajal, introducir un nuevo aliciente que, por desmesurado quizá, barrería aquel tedio y enseñaría a Santiago los afilados dientes que puede tener la vida militar y sentaría para el futuro, y para el propósito de este trabajo, los tristes antecedentes que conducirían del descalabro finisecular.

Es el caso que su regimiento resultó movilizad y en Abril de 1874, embarcará con el ejército expedicionario rumbo a la antillana Cuba donde tenía lugar la conocida como Guerra de Cuba de los Diez Años, catastrófico anticipo de la definitiva contienda de final del siglo en la que España sería despojada por los estadounidenses, de sus colonias transoceánicas y de su honor. Ello, sin embargo le ofrecía, como compensación el automático ascenso al rango de capitán.

Muy conocidas son sus trapisondeces, algunas de gran riesgo para su vida, y otras para su fe en el ser humano, principalmente en el ser humano con galones o estrellas.

Nadie mentiría si afirmara que, aunque el capitán Ramón y Cajal hubiera podido evitar aquel destino, la avidez de aventura, natural y necesaria en su edad, y más con su empecinado carácter, hizo el viaje con alborozo y un entusiasmo difícil de esconder, mezcla de su natural patriotismo y la necesidad de llevar a cabo aquellas hazañas, aquellas andanzas donde era requerido por la nación y, por una vez, no por su padre o su infantil imaginación del pasado; aquel lance era real y le pertenecía.

No insistiré en sucesos y acontecimientos relatados hasta la saciedad en detalladas biografías del gran científico, pues los pilares de este trabajo, como ya anticipé al principio, no deben sustentar, aunque sí mostrar, el hecho biográfico como fundamento de su finalidad. Pero a grandes rasgos recordaremos lo más cardinal de aquel episodio. Su viaje de dieciocho días en total, a bordo de un barco de la Compañía Transatlántica de Comillas, le dejó imágenes muy placenteras, en compañía de sus

camaradas de armas y de un paisaje de mar nuevo para sus ojos y su sensibilidad de artista. La Habana esperaba con sus exóticas bellezas a aquel voyeurista de un nuevo mundo, embalsamado en el mismo pasmo que sin duda envolvió al mismo Colón ante el insólito paisaje.

Con esa su peculiar manera de ser, que ya vamos conociendo y que no existe inconveniente en definir como cabezonería –él lo hace en sus memorias- se retuvo de exhibir sus cartas de recomendación... consecuencia: fue destinado como oficial médico a la más desastrada enfermería de una distante y olvidada unidad, la de Vista Hermosa, en plena manigua del distrito de Puerto Príncipe, en medio de la nada, que no fueran el terreno donde reinaban peligrosos reptiles y artrópodos, entre los que se encontraba el mosquito Anopheles, plantas herbáceas tropicales que no permitían la vista más allá de unos metros, y un pegajoso e insoportable calor capaz de deshidratar a las mismísimas mulas de carga.

En aquel infernal lugar pudo comprobar que la rectitud en el cumplimiento de su deber como médico, no solo resultaba incapaz de elevar el entusiasmo de sus superiores hacia él, algo que no constituía una de sus mayores habilidades, sino que comenzó a resultar un incómodo, pretencioso y cargante joven que había llegado a romper el acomodado afincamiento de la oficialidad. Los, alrededor de doscientos dolientes ingresados en la enfermería, no lo eran de herida de bala o machete sino, principalmente afectados de disentería y paludismo, lo que le condujo a montar, con unos cajones, una pequeña estantería conteniendo algunos medicamentos, principalmente Sulfato de Quinina, muy pocos libros, y algo que no me atrevo a llamar “laboratorio fotográfico”.

Su ración alimenticia estaba constituida, como recuerda en sus memorias, por pan, galletas, arroz y café, y la de sus pacientes no mucho más amena ni nutritiva, lo cual, a pesar de sus reiteradas quejas, no cambió, incluso cuando el esforzado capitán de sanidad militar se contagió del mismo padecimiento que sus pacientes.

Así las cosas y una vez que el jefe de la unidad comprobó que si no se autorizaba el traslado a “la civilización” de aquel joven, no sobreviviría mucho tiempo, afectado como estaba de una preocupante caquexia palúdica, se consintió su desalojo y partida al Hospital Militar de Puerto Príncipe, donde durante su estancia de,

aproximadamente mes y medio, consiguió potenciar su salud lo suficiente como para que volviera a ser trasladado a la enfermería de San Isidro, en la trocha del Este. Definanse trochas a unos caminos bordeados de fuertes empalizadas y defendidas cada quinientos metros por blocaos, y cada, algo más de un kilómetro por un fortín de madera. La del este contaba con una extensión norte-sur de unos cincuenta y dos kilómetros en la que se instalaban tres o cuatro hospitales de campaña. La mortandad en aquellas descabelladas estructuras estratégicas por enfermedad, se alzaba a decenas de miles de víctimas, en la mayoría de los casos, sin que hubieran disparado un solo tiro.

Lo que en ningún momento pudo lograr el futuro investigador, fue la percepción de los honorarios que se le devengaban desde su llegada a la isla, como a muchos otros oficiales y tropas, principalmente por el desfalco llevado a cabo por el habilitado general del Cuerpo de Sanidad de la Habana, que se fugó a los Estados Unidos con una maleta colmada con noventa mil pesos y una hembra, sin duda complaciente, que habría de amenizar el derroche de aquel capital. El depauperado y enfermizo médico no tuvo otro remedio que limosnear un crédito a cuenta de sus atrasos, para poder salir adelante. Y ello, paradójicamente, le creó resentimiento entre sus compañeros que veían en esta petición una carencia total de dignidad.

Durante su destino en Cuba, nuestro científico tuvo noticia de la entronización del hijo de Isabel II, Alfonso XII, para llevar a cabo su triunfal entrada en España como rey, en Enero de 1875, habiendo dado al traste la Primera República, mediante el golpe protagonizado por el general Pavía, a finales de ese año 1874. De este modo se iniciaba la Restauración monárquica siguiendo la línea de los Borbones.

Su estancia en el nuevo destino de la enfermería de San Isidro no añadiría mejoras a la de Vista Hermosa, si acaso resultaba todavía más deprimente, en primer lugar cuando pudo comprobar el capitán Ramón que aquel era un puesto utilizado como castigo o corrección, como él lo describe, para militares borrachos, calaveras y levantiscos, y por otro lado debido a que su enclavamiento estaba ubicado en una llanura rodeada de ciénagas, es decir, la muerte lenta; de allí no se salía salvo con los pies para delante, muy frío de muerte o muy caliente de fiebre. Y las corruptelas de la oficialidad y del funcionariado destacado en esta parte de la isla, tampoco le iban a retaguardia, en perjuicio de la precisa alimentación y material sanitario de los innumerables pacientes que abarrotaban la enfermería. Y el principal desalmado y

sañudo personaje era el mismo comandante jefe de la unidad, al que en varias ocasiones hubo de enfrentarse don Santiago, en virtud de su responsabilidad como médico y en defensa de los derechos y el bienestar de los enfermos a su cargo, principalmente por la nauseabunda alimentación que recibían los ingresados en beneficio de la oficialidad que ocultaba para sí mismos el alimento recibido de intendencia.

Volvió a enfermar el oficial médico Ramón y Cajal de fiebres de malaria, aunque lo más preciso resultaría decir que recayó en aquella enfermedad que le acompañaría el resto de su vida, con pronóstico muy grave para su salud, sin que su tesón profesional facilitara lo más mínimo el necesario reposo que debería guardar ni, incluso, las dosis de quinina precisas que siempre guardaba para sus pacientes trayéndolas de su propio tratamiento. Habiendo llegado a una situación límite de sus fuerzas no tuvo más remedio que solicitar su licencia absoluta en el ejército que, a pesar de las añagazas vengativas del jefe de su unidad, con quien mantenían enfrentamiento, pudo obtener, tras reponerse lo mínimo durante algunas semanas en el Hospital de San Miguel; de allí pasó a Puerto Príncipe y finalmente a la Habana desde donde embarcó para la península, tras haber cobrado únicamente una parte de los haberes que se le adeudaban, pues que el restante porcentaje pasó a engrosar la barjuleta del nuevo habilitado, y, finalmente, equilibrado mediante el dinero que su padre le envió, pagar deudas y proveer el regreso allén del océano, añadamos que en una situación de deplorable estado de salud.

*

En el enunciado de la 2ª Parte de este trabajo, reflexionaremos de manera dubitativa sobre si esta experiencia cubana de Santiago Ramón y Cajal hubiera tenido algún poso determinante en el ánimo y la labor humanística desarrollada por el sabio a lo largo de su vida.

<<Más adelante –recuerda en sus memorias de “El mundo visto a los 80 años”- con ocasión de la guerra de Cuba, dieron los catalanes nuevo testimonio de amor a la patria común, enviando a las Antillas brillante legión de voluntarios, que se batieron –y esto lo presencié yo- como leones, junto al ejército regular y al lado de la noble y españolisima hueste de voluntarios asturianos. Al final de la contienda solo quedaban débiles reliquias de dichas falanges heroicas; casi todos los voluntarios

cayeron valerosamente en la manigua cubana o en las enfermerías de campaña. ¡Espectáculo confortador, nuncio de halagadoras esperanzas!...>> (Ramón y Cajal, 2008)

Qué duda cabe que, a pesar del corto espacio de tiempo, algo más de un año, que duró su estancia en Cuba, para cualquier persona normal de sensibilidad y bien nacida, lo allí vivido y contemplado habría de dejar una huella indeleble en el recuerdo. Más en el caso del médico aragonés, para el que el deber y el patriotismo marcaban los dos principales soportes de su sentir, no creo que la contemplación de la enfermedad y la muerte, con los ojos de un médico, resultaran determinantes como aleccionadoras catequesis de su aún joven moral, connaturalizado como encontrábase a la facies de la parca, tras tantas disecciones llevadas a cabo con su padre; no, es mi parecer que el doloroso puñal que habría de dejar una cicatriz imborrable en su corazón fue sin duda la penosa descomposición nacional que desde el siglo XVIII ya se cantaba, la depravación e inhumanidad del estamento militar, que él desde niño consideró noble y heroico, y la falta de sentimiento patriótico de los prostituidos empleados públicos y agentes comisionados en las posesiones antillanas, hasta el punto de que don Santiago reconoce, con amargura, en sus memorias no tener noticias de que ningún monarca o político de envidia visitara jamás aquellas tierras americanas, pero tan españolas como las peninsulares, en unos tiempos de crisis en que la bella isla gritaba amargamente: ¡España! ¿Dónde estás?

Leemos en sus memorias de “El mundo visto a los 80 años”, acerca de la histórica decadencia española:

<<Baste recordar que, aparte de la pobreza y despoblación de nuestro agro, de la expulsión cruel y antipolítica de judíos y moriscos, de la incomprensible exención de cargas del clero y la nobleza, en cuyas manos estuvo casi toda la riqueza de España, contribuyeron decisivamente a nuestra postergación internacional, las continuas intromisiones en la política de países extraños, con que agotamos nuestras fuerzas y dilapidamos los tesoros de América... Estimo que la evolución genuinamente nacional terminó con Fernando el Católico y el Cardenal Cisneros. Los reyes sucesivos trabajaron pro domo sua>> (Ramón y Cajal, 2008)

La política española, muy pendiente de quien debía gobernar España si Isabel II, los advenedizos Narváez, -que quedaría forzosamente descartado-, Serrano -bajo el espadón de Prim-, el saboyano Amadeo I, la República o Alfonso XII, y todo ello solo en seis años, no estaba para preocuparse de la situación de ultramar que permitieron dirigir a los militares. No obstante don Santiago reflexiona, nuevamente con nostalgia, aunque esta vez sobre la contienda africana:

<<Cataluña, no solo compartió los laureles de 1860, brindándonos un general bravo y genial (Prim), sino que reclutó y equipó una legión especial de bizarrísimos voluntarios, los cuales, no obstante ser bisoños, batiéronse como veteranos>> (Ramón y Cajal, 2008)

De hecho, los políticos españoles ni siquiera leían los diarios extranjeros, pero años hacía que los estadounidenses, con clarísimos apoyos europeos, daban muestras indubitables de su anhelo en colocar la bandera de las barras y estrellas en nuestras islas del Pacífico y del Caribe, valiéndose de cualquier engaño, emboscada o intriga por execrable y fementida que fuera. Aquella falta de visión política de los próceres ibéricos desembocaría en un drama que muchos intelectuales españoles, reflejarían en el lamento literario que pasaría a la historia como Generación del 98.

Y de largo venía el quebranto militar hispano, siempre fértil en intrépidas gestas pero muy pobre en lucidez y renovación, si recordamos la frase de lord Wellington desencantado con el aspecto y comportamiento de los soldados, la inmensa mayoría vestidos sin uniforme:

<<Estos españoles hacen sus ejércitos con una cosa que llaman entusiasmo. Yo no sé lo que es eso; pero sí que ese entusiasmo no produce armamento, ni vestuario, ni disciplina, ni nada>> (Vega, 1952)

En sus memorias, el ilustre Premio Nobel, donde su relato contempla su salida de regreso desde Cuba a la península en el vapor España, nos adelanta un grito de solicitud de justicia para la pobre nación que veía ya desmoronarse:

<< ¡Oh nuestros inveterados abusos administrativos, y cuán caros los ha pagado la pobre España, siempre esquilhada, siempre sangrante y siempre perdonando y olvidando!...>> (Ramón y Cajal, 1969)

Ratifico, pues, mi convicción de la amargura con que el escarmiento cubano de 1874 descarnó sus sentimientos y resultó, a la larga, mucho más determinante que la crisis del 98 propiamente dicha, y sobre ello volveré nuevamente a lo largo de este trabajo.

Cajal mostró en todo momento una fortaleza de espíritu ejemplar, fuerte y desafiante que fue moldeándose de manera asidua por su permanente en las vivencias y acontecimientos vividos en el entorno familiar y las propias de sus amistades cuyo comportamiento, con frecuencia adquirido en los pueblos en los que, por razones de desplazamiento familiar, vivió en su juventud, resultó determinante como forja de su carácter. La influencia familiar se apoya tanto en su padre como en su madre, la ternura y entrega de esta y la estricta determinación y el espíritu de trabajo incansable del patriarca, lecciones que aprendió y desarrolló moldeando un carácter intransigente con las injusticias que le rodeaban y la desidia, ante lo que siempre se mostró como un luchador incansable y un labrador infatigable para recoger el fruto de aquellas semillas que sus convicciones hubieron sembrado en su alma.

3ª Parte: El azaroso siglo XIX:

· Un retrato de la sociedad del siglo XIX y de la sanidad de su época:

En llegando a este punto de nuestro relato, creemos que sería oportuno no continuar el recorrido biográfico sin exponer antes aquí el ambiente social, político, económico y cultural de esta centuria, aguas turbulentas por las que nuestro protagonista, como tantos otros cerebros privilegiados viose precisado a navegar, perchando contra la poderosa influencia que ejercía el desarrollo cultural y político en el estilo de vida de la generación que hubo de desenvolverse en todas las sociedades

internacionales, trufada de la individual tradición, condiciones sociales y peculiaridad castiza, y en particular la España del siglo XIX.

Esta compleja situación queda perfectamente reflejada en toda la prensa foránea, nacional o local de la época, y muy especialmente en los cuatro tomos titulados “Madrid en sus diarios” editados por el “Seminario de Bibliografía Hispánica de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid”- Instituto de Estudios Madrileños, escritos por Mercedes Agulló y Cobo (de 1961 a 1969).

Es por ello que el análisis de la situación socio-sanitaria del siglo XIX llevado a cabo en este trabajo de investigación tiene por finalidad el exponer las enormes dificultades, que hoy a la vista de nuestro modo de vida se nos antoja de cuento, por las que un trabajador de la ciencia como nuestro Cajal tuvo que pasar hasta poder alcanzar tan admirables logros científicos y que pudo superar gracias a su irreductible tesón para provecho y disposición de la humanidad, ya sea directa o indirectamente.

*

Por fin, tras siglos de, miseria sanitaria y social, en esta segunda mitad del siglo XIX el pensamiento científico al servicio de la sociedad y de la alianza entre enfermedad e higiene, viaja por la mente del conocimiento humano y nos sirve de determinante testigo del desarrollo técnico y científico de una época. Cuando nos adentramos en el noveciento, podemos contemplar que los avances médico-sanitarios se suceden, ahora sí, en progresión geométrica, haciendo uso más del rigor en el trabajo científico, que de la intuición:

- Semmelweis (1818-1865) comenzó a entender la necesidad de lavarse las manos con agua de Cloro antes de atender los partos, con lo que la mortalidad en el puerperio de sus pacientes descendió de forma espectacular. Lister, en 1867, propone la antisepsia, haciendo uso del Ácido Fénico, cuya finalidad fue destruir los gérmenes del campo quirúrgico. Más tarde llegaría la asepsia.

- En Londres, en el Guy's Hospital, fundado en 1721, de la mano de los trabajos de Addison, Hodgkin, Bright, Parkinson, Robert Adams, Stokes y otros eminentes médicos, que vivieron en la primera mitad del siglo XIX, se pudo alcanzar la

correcta descripción de las enfermedades, y aclarar el vínculo entre la clínica y la fisiopatología.

- La anestesia adquiere personalidad propia con la aparición del éter y el óxido nítrico; llegando a hacerse imprescindible su uso en la cirugía. Gracias a la utilización de estos anestésicos y del ácido fólico, las intervenciones llevadas a cabo por los cirujanos de la época –como Dupuytren (1777-1835) o Laennec (1781-1826), el inventor del estetoscopio- en unos hospitales que funcionaban ya según unos preceptos médicos auténticamente científicos, y en los que comienzan a construirse laboratorios para combinar la clínica con la investigación, la labor de los médicos se revistió de una mayor seguridad y eficacia, desconocida hasta la fecha.

- La Microbiología sufre un avance espectacular con el hallazgo de los gérmenes causantes de las enfermedades infecciosas y transmisibles, desde principios de siglo, muchas de ellas azotes de la humanidad desde los albores de la civilización.

- Algunos de los gérmenes que fueron objeto de estudio en la segunda mitad del XIX, fueron los del Carbunco, Tuberculosis, Tifus, Difteria, Influenza, Gangrena Gaseosa, Tétanos, Cólera, Rabia, etc., y ello gracias al trabajo de cerebros como los de Pasteur (1822-1895), Löffler (1852-1915), Welch (1850-1934), Kitasato (1853-1931), Behring (1854-1917), y otros.

A pesar de todo, los descubrimientos científicos y técnicos fructificaban y abrían grandes posibilidades en el campo socio-sanitario e industrial internacional, pero comparativamente dejaba más en evidencia de miseria a nuestra sociedad que seguía apostando por la indigencia y la estrechez. Así pues podemos enumerar en occidente el descubrimiento de los rayos X, la lámpara eléctrica incandescente (Edison), la dinamo (Gramme), el acero (Bessemer), el motor de explosión, el submarino de Monturiol, el teléfono de Philipp Reis, perfeccionado 15 años después por Graham Bell, el motor de 4 tiempos de Otto, la linotipia de Lergenthaler, el automóvil de 3 ruedas de Benz y los más perfeccionados de Cugnot y los hermanos Duryea, el descubrimiento de la dinamita por Nobel, la computadora de tarjetas perforadas de Hollerith, la radioemisión electromagnética de Herth, Branly, Tesla, Morse, Popov y finalmente Marconi, la tabla periódica de Mendeleiev y... la Coca-Cola inventada por el boticario Mr. Pemberton en 1886.

Pues bien, mientras este desarrollo científico y técnico bullía en Europa y América, en España, en el Madrid de aquella época y, por extensión en Zaragoza, Valencia y Barcelona, como capitales que acogieron a nuestro sabio en algún momento de su vida, podemos, a través de ciertas referencias de la prensa decimonónica, muy reveladoras, por cierto, analizar la vida de sus moradores y su entorno social, e higiénico-sanitario.

No cabe duda que la Zaragoza más rural, la Valencia hortelana y marítima, la Barcelona identificada con una burguesía industrial y las crisis revolucionarias anarquistas y Madrid en su papel de Villa y Corte, daban una textura muy determinante a cada localidad.

Y la primera novedad, relacionada con la medicina del siglo XIX, fue que desde 1850 el médico se transforma en un auténtico científico, invitado a participar en calidad de autoridad sanitaria en todos aquellos eventos imprescindibles para la implantación de una adecuada calidad de vida, tan necesaria para la recuperación de una salud social adecuada.

En el Madrid de Enero de 1863, a pesar de todo, la posición profesional de los galenos no resultaba en absoluto envidiable. A través del diario “La Época” sabemos que: << *El Ayuntamiento de esta Corte ha aprobado el aumento de sueldo que para los facultativos titulares de Madrid había propuesto la Junta Municipal de Beneficencia. En su virtud, los médicos de número de la Beneficencia domiciliaria disfrutarán la dotación de 8.000 y 6.000 reales anuales, según su antigüedad, y los cirujanos la de 3.000. También se ha acordado que las plazas de médico que saquen en lo sucesivo se cubran por oposición*>>. (Agulló, 1969) Como se puede ver, la cirugía aún tardará en recuperar la posición que hoy en día ostenta. En aquella época se consideraba al cirujano como un heredero aventajado de los barberos y sacamuelas, tal como ocurrió con don Justo Ramón en sus inicios en el campo de la medicina.

El mismo diario informa que: << *Parece que a los 10 médicos higienistas de esta Corte, se les abonará el sueldo fijo de 16.000 reales anuales y 20.000 al Director del cuerpo*>> (Agulló, 1969) lo que parece abonar la idea del reciente interés por la higiene, más si tenemos en cuenta que este sueldo anual dobla, cuando menos, al de los médicos de la Beneficencia, y no digamos a los cirujanos.

Estas noticias nos hacen comprender la estructura del estatus social en que se movían los galenos de la época, que representa un indicativo del escalafón según las especialidades. Y todo ello en un censo profesional, para un total de 272.000 almas madrileñas, de 183 médicos y cirujanos; 95 boticarios (la mitad); 573 abogados (más de tres veces más) y 64 arquitectos todos ellos en ejercicio. Añadamos que ese mismo año, en el mes de Julio, se contabilizaron << para ese mes 695 nacimientos. De legítimo matrimonio han sido 349 varones y 283 hembras>> (Agulló, 1969) Consideremos así mismo, que aquel año Madrid era 10 veces menor que Paris y 91 veces menor que Londres.

Pero dejemos las estadísticas y centrémonos en cuáles fueron aquellos condicionantes que hicieron posible el avance definitivo desde el punto de vista higiénico y sanitario, en la capital de España, que, sin duda alguna, sería la traída del agua del Lozoya.

En 1860 la prensa anuncia, ya de forma oficial la tan esperada llegada a la Corte de la vivificante agua a través del canal de Isabel II, cuyas obras fueron iniciadas en 1851, salvando una distancia de 77 Kilómetros, y que permitieron la construcción de un buen número de fuentes públicas más de las ya existentes. No obstante las obras de acondicionamiento continuaran 5 años aún, bien es verdad que entre las protestas de los vecinos y de los diarios de la época, que deploraban la calidad de un agua totalmente encenagada, y con frecuencia “llena de vida”, pues que además coincidían con las obras del nuevo alcantarillado y del alumbrado de gas, ya que hasta entonces la iluminación se conseguía a base de candilejas de aceite; pero sobre estos temas volveremos más tarde. Ahora encaremos las medidas higiénico-sanitarias que habrán de iniciarse merced a la concurrencia de este cambio hidráulico entre la población madrileña.

No será hasta los alrededores de 1870 cuando al fin desaparecerá el popular ARROYO ubicado en el centro de las calles madrileñas, auténticos canales por los que drenaban las inmundicias y cochambres vecinales, tal como predicaba la convicción popular entre los domiciliados de la villa que venía a testimoniar que todo aquello que estorbaba dentro de las casas debía ser arrojado a la calle de “todos”, haciendo célebre la voz de: ¡AGUA VA!

Este arroyo central de las, como mucho, adoquinadas vías, ha dejado en el decir popular frases como: “recoger a alguien del arroyo”, o plantar a alguien o algo “en medio del arroyo”. Pero estos usos, poco a poco irán desapareciendo con la llegada del agua.

El insigne Dr. D. Antonio Espina y Capo comenta en su primer libro de memorias:

<<Así como en la Medicina hay dos épocas completamente distintas, antes de Pasteur y después, así en Madrid (del siglo XIX) hay dos épocas completamente distintas, antes del Lozoya y después del Lozoya>>. (Espina, 1929) Tan trascendental resultaría este episodio de la llegada de las aguas a la capital para la salud de los madrileños.

Si meditamos con detalle sobre este acontecimiento viajando con la mente al pasado decimonónico, no podemos por menos que, desde nuestro cómodo estado de bienestar, escandalizarnos cuando pensamos en aquel Madrid anterior al canal, que el mismo Dr. Espina describe como: *<<Sediento y árido; sucio y maloliente, de los años 1850 a 1860. Parece mentira -afirma- que en medio de aquella escasez de agua se pudiera vivir sin más baños que los de la calle Jesús y María y los de Oriente, para toda la población. Sin urinarios en las calles, ni retretes caseros; barriendo en seco... y con tal cúmulo de enfermedades cutáneas y parásitos corporales, que asusta pensar en aquellos tiempos>> (Espina, 1929).*

Antes del Canal de Isabel II ¿Cómo se surtía de agua a Madrid? La respuesta está en “LOS VIAJES DE AGUA”: Se trataba de conducciones de agua que se dirigían por canalizaciones situadas en un entramado de numerosos laberintos de galerías subterráneas, desde manantiales o fuentes naturales, hasta surtidores y caños de pilones públicos. Pero en esta segunda mitad del XIX, los Viajes de Agua eran ya, no sólo insuficientes, sino además perniciosos para la salud, por la facilidad que tenían para contaminarse de filtraciones fecales.

Esta magna obra, posiblemente el mayor acierto desde luego para Madrid, del infausto reinado de Isabel II, trajo consigo una esperanzadora y decisiva transformación social y sanitaria a los aperreados habitantes de la Villa y Corte.

Tres años después de su inauguración se comenta en la capital que en muchas casas de Madrid se ha introducido el agua de Lozoya. Hasta este momento, e

incluso después, cuando se generaliza el agua corriente domiciliaria, el abastecimiento de la misma para los vecinos de la capital, que todavía hacían uso de los Viajes de Agua, se llevaba a cabo en las fuentes públicas a las que acudían las mujeres para llenar los cántaros del preciado líquido y la cabeza de los más recientes cotilleos. Pero el caudal de esta agua no era constante, y en tiempo estival solía resultar decepcionante la cicatería de los caños públicos.

En general estas aguas eran frescas y sanas pero muy mineralizadas, lo que a veces impedía cocer las legumbres y formar espuma con el jabón, y que sin duda resultaba un auténtico problema para llevar a cabo la colada de la ropa y guisar el inexcusable cocidito madrileño.

También era, asimismo, de uso cotidiano, en las casas con posibles, el servirse de los aguadores –gallegos o asturianos por lo general- , gremio que llegó a alcanzar un número de hasta 14.000 personas, que cobraban de 3 a 5 pesetas por servicio.

Nos cuenta el Dr. Espina en sus “*Notas del Viaje de mi Vida*” (Espina, 1929) que el aguador era un personaje muy apreciado por su honradez, hasta el punto de que se le dejaban las llaves de la casa para que él mismo llenara la tinaja, una vez la hubiera limpiado, como era, al parecer, su obligación. La indumentaria de estos esforzados braceros solía coincidir con el traje de su región de origen.

Bien, pues volviendo a retomar el efecto benefactor de la corriente agua del Lozoya, no solo para el consumo sino también para el uso del menester higiénico, es bueno recordar un Bando editado por D. José Osorio Silva, duque de Sesto, Alcalde Corregidor de Madrid, en Febrero de 1863: <<*Hago saber que hacen falta urinarios en Madrid, y que nadie debe orinar en la vía pública, so pena de multa, y el que no la pague irá a la cárcel pública*>> (Agulló, 1969) ordenanza, esta, que da idea de la necesidad de reordenar los servicios públicos sanitarios de la capital

Y bien parece que el Sr. Alcalde se tomó en serio su propio bando, pues que en otro, cinco meses después, hace saber que: <<*Muy pronto quedará terminado en la calle de Caballero de Gracia, junto a la de San Miguel, un bonito retrete público. Este y el que se está construyendo en la Red de San Luís, son de bonita forma y*

servirán de modelo para los demás que se van a establecer y que no dudamos tengan general aceptación si se colocan en sitios convenientes>>. (Agulló, 1969)

Poco a poco, como se puede ver, el agua del Lozoya va cambiando el aspecto sanitario de la capital, y la mentalidad del pueblo y de los responsables de la salud pública en todos sus dominios.

Así, en 1864, conocemos que: *<<Desde hoy se establecerá en esta Corte el Servicio de Limpieza Pública por medio de unos carros especiales, que tendrán su parada fija en diferentes sitios de la capital y en ellos se depositará la basura, evitando así que haya depósitos en las calles...>> (Agulló, 1969)* Ya nos vamos haciendo una composición de la apariencia que para todos los sentidos debían presentar las calles de la capital.

Hemos de tener en cuenta que, incluso cuando el empedrado de las calles se generaliza, al menos en las vías principales de la Villa, en tiempo seco y a la caída de la tarde, Madrid se veía envuelto en auténticas nubes de polvo que invadía las calles y penetraba en las casas, provocando, no solo molestias, sino enfermedades en los ojos y vías respiratorias, en virtud de la porquería que le acompañaba. A ese respecto podemos leer en la prensa: *<<se hace cada vez más necesario instalar las cañerías de agua en el barrio de Argüelles. El polvo es insoportable...>> (Agulló, 1969)* Más a pesar de todo esto, y como contrapartida, en tiempo húmedo, Madrid era un barrizal intransitable, frío y sucio. El personal del Ayuntamiento no daba abasto en mantener las vías adecentadas, y por ello se hacía necesaria la colaboración ciudadana. Un Bando Municipal recuerda que: *<<Los que viven en pisos bajos están obligados a limpiar la parte de acera que les corresponde>>. (Agulló, 1969)* Esta circunstancia invernal se hizo mucho más manifiesta, para fastidio de los vecinos, durante los años que duraron las obras del ensanche, que se inició en 1860 y no concluyó hasta 1930.

Pero no sólo la suciedad dependía del suelo, y no siempre las aguas del Lozoya fluían limpias y cristalinas sobre todo en sus principios. Para sorpresa de todos, el diario “La España” nos informa que: *<<En las fuentes de Madrid procedentes de Lozoya han aparecido anguilas>> (Agulló, 1969)* que digo yo que ¿de dónde habrían salido semejantes peces migratorios, y más propios de la ciudad del Turia? En realidad no tengo claro si se trataba de un aviso de alarma o de fortuna gastronómica.

Si, como hemos considerado la traída del agua a las viviendas resultó un acontecimiento de importancia clave para elevar la calidad de vida y la salud de los madrileños, otros adelantos técnicos fueron también de vital importancia:

Muy festejado resultó el cambio en el alumbrado, tanto público como privado, y que comenzó su andadura entre los años 1.853 y 1.854. Hasta ese momento, el alumbrado público venía a cargo de faroles de aceite que cargaban y encendían los faroleros, a la caída de la tarde, con su escalera al hombro y su aceitera. En las casas se valían de velas de sebo y palmatorias o candiles. Pero llegó el gas, un gas fabricado con la mezcla de carburos de hidrógeno con otros gases, y obtenido por destilación del carbón de hulla, técnica descubierta en 1.786 por el francés Lebon, y que se proveía desde una central. Aunque en 1.805 ya se usaba en Inglaterra el gas de alumbrado, no comenzó a instalarse en Madrid hasta medio siglo después, equivalente a dos generaciones.

No obstante, ya por estas fechas las investigaciones llevadas a cabo por Swan, en Gran Bretaña, y Edison, en EEUU, con la lámpara de filamento incandescente, comenzaban a dar frutos esperanzadores. En 1879, conseguirían, ambos por separado, fabricar la lámpara de vacío con filamento de carbono.

El 15 de Septiembre de 1883, el pueblo de Madrid conoce por la prensa que: <<La comisión de Obras Municipales ha aprobado la instalación de una máquina eléctrica en los jardines del Retiro con objeto de tender los cables que engendren luz en la calle de Caballero de Gracia, Puerta del Sol, Montera, Carretas, plazas del Ángel y Santa Ana, Prado y Carrera de San Jerónimo, hasta el punto de instalación>>. (Agulló, 1969)

De cualquier modo la luz eléctrica ha llegado, y a renglón seguido de la luz de gas, y acompañada por otros sorprendentes inventos que van a ser presentados al maravillado público, entre los que se encontraba Ramón y Cajal, como <<las sesiones de fonógrafo, audiciones de teléfono y exposiciones públicas de varios aparatos análogos>> (Agulló, 1969), iluminando así, poco a poco la vida de la Corte decimonónica.

Pero seguía faltando calor y el invierno, aquel duro invierno ¡cuántas vidas se llevaba por delante cada año!

Y era la miseria, la penuria, el hambre, la necesidad y la falta, muchas veces, de los recursos más básicos, los aliados de las inclemencias climatológicas, para desencadenar el apocalipsis sanitario matritense durante los inviernos.

Y en ello no exagero un ápice. El diario “La Iberia” informa a sus lectores de que el número de pobres socorridos durante el año 1.860 por las Juntas Parroquiales de Beneficencia ha sido de 28.689 –equivalente a 79 al día- invirtiéndose para este fin 60.863 reales, en dinero, y 842.469 en especie. (Agulló, 1969) Además, según “El Pensamiento Español”, durante aquel mismo año de 1860, <<la Beneficencia Municipal de Madrid ha socorrido a domicilio y en las Casas de Socorro, con limosnas, medicinas y médicos a 18.355 enfermos -50 al día- siendo por ello muchos los aliviados>> (Agulló, 1969)

La miseria constituía un status social en Madrid y en el resto de España y así era reconocido por las mismas autoridades, que se veían necesitadas de regularizar, incluso su apariencia:

El 30 de Octubre de 1868, “La Iberia” comenta: <<se ha editado un bando prohibiendo la mendicidad en las calles. Se darán autorizaciones a los naturales de Madrid>> (Agulló, 1969)

Será “La Correspondencia de España” quien abundará sobre el tema cuando nos informa de que <<Se ha establecido una consulta gratuita médico-quirúrgica para los enfermos pobres, en la calle de Preciados n^{os} 49 y 51. Está dirigida por el profesor D. Juan Candela y García, y se propone ser la base de un establecimiento de más latos beneficios>> (Agulló, 1969)

En esta línea “La Iberia” en 1872 publicaba la noticia: << Ha salido para Alicante la primera expedición de pobres enfermos a quienes la Reina (Victoria, esposa de Amadeo I) costea el viaje y la manutención para que puedan tomar los baños de mar>> (Agulló, 1969)

En Enero de 1875 nos informaba “La Correspondencia de España” de que <<Los socorros en especie, para las clases necesitadas, con que solemnizará el Ayuntamiento la venida de S.M. (Alfonso XII) el día de su entrada en esta capital, consistirá en 20.000 raciones de arroz, bacalao, patatas, y pan que se repartirán en las 10 alcaldías y 6 Casas de Socorro>> (Agulló, 1969)

O la noticia que advierte: << *Se avisa a los ciegos que tienen licencia para situarse en varios puntos de la capital a cantar oraciones, a fin de que se presenten los días 2y 3 de Febrero a entregar dichas licencias para canjearlas por las nuevas correspondientes al presente año*>> (Agulló, 1969)

El diario “La Época” revela: << *Se insinúa a la Beneficencia el utilizar el método alemán de recoger tabaco – puntas de puros, mediante buzones en bares etc.- venderlo y comprar algo útil*>> (Agulló, 1969)

La misma “Correspondencia de España” se descolgaba con: << *Un caso de miseria se ha socorrido por las damas de la Congregación de Jesús: a un señor mal vestido, pero de buenos modales, que vivía en una cueva más arriba del barrio de Salamanca con sus hijos, que estaban desnudos, se le socorrió con 3 pesetas*>> (Agulló, 1969)

El mismo diario en 1888 afirmaba que el municipio preparaba un << *proyecto de construir una sociedad contra el infanticidio y el abandono de niños en la vía pública que se registran en la Corte*>> (Agulló, 1969)

No voy a aburrir con más reseñas de prensa que testimonien sobre las abundantes y variopintas formas de combatir a trancas y barrancas la pobreza, o al menos minimizar sus trágicas consecuencias para tantos vecinos.

Y ahora tomando semejante itinerario y con carácter anecdótico pero muy descriptivo leemos este curioso anuncio: << *Subasta: A consecuencia de haber fallecido la persona encargada del servicio de sacar los animales muertos de Madrid, es probable que el Ayuntamiento anuncie la subasta pública de este servicio. Dios quiera que no quede el remate, cuando llegue el caso, a favor de ningún salchichero*>> (Agulló, 1969) Sin comentarios.

Y, finalmente, cuando las autoridades municipales llegaron a la conclusión de que era imposible luchar eficazmente contra este infortunio sanitario-alimenticio, cede a lo que parecía inevitable y emite una << *Autorización de no cobrar impuestos a establecimientos insalubres*>> En fin, no sé si esta medida resolvería algo, pero...

Luis Enrique Otero, profesor de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense se manifiesta en esto términos:

<< La degradación de las condiciones de salubridad de los centros urbanos, el deterioro de los ecosistemas sanitarios, derivada de las alteraciones de los procesos de industrialización y de la mayor intensidad de ocupación de los núcleos urbanos, conforme las desamortizaciones y las desvinculaciones mercantilizaban el espacio urbano e incrementaban las corrientes migratorias, produjeron un proceso de pauperización de las condiciones de vida de las clases bajas de las ciudades. Prostitutas, mendigos delincuentes y marginados poblaron las ciudades europeas. >>
(Otero, 1998)

*

Ya antes de testimoniar con estos ejemplos el nivel de carencia y estrechez que se ocultaba en cada esquina de la capital de España, hemos tanteado su consecuente exiguo nivel higiénico y sanitario. En realidad España, y por supuesto Madrid, arrastraba con penoso esfuerzo, las secuelas de la Guerra de Independencia y de las posteriores y sucesivas guerras, pronunciamientos y golpes de estado; inestabilidades políticas y sociales, la quiebra financiera de la corona y las hambrunas provocadas por las desventuras climatológicas causantes de las malas cosechas y de la emigración del campo a las ciudades y a ultramar en busca de fortuna; el creciente paro y el encarecimiento de los productos básicos. La pobreza acarrearía mayor mendicidad y ello mayor delincuencia.

Mesonero Romanos comenta que los habitantes de Madrid ...*<< Abandonaban sus miserables viviendas arrastrándose moribundos a la calle para implorar la caridad pública, para arrebatar siquiera no fuese más que un troncho de verdura, que en época normal se arroja al basurero >>* (Mesonero, 1999-2002), lo cual se me antoja, no obstante, algo exagerado.

Las tres fechas más señaladas de depresión económica nacional se producirán en los años 1804, 1812 y 1833/34, lo cual no exime que existiera un estado de postración casi permanente, resultando virtualmente imposible iniciar la recuperación económica y social a lo largo del siglo XIX, por lo que habrá que esperar hasta después de la Guerra Civil de 1936 e incluso de la Segunda Guerra Mundial para

iniciar la rehabilitación nacional que nos ha conducido hasta la bonanza de que gozamos hoy día.

En lo referente a las enfermedades, la primera epidemia de cólera del siglo en Madrid, viene informada en el año 1834, suceso que acabó en un baño de sangre pues que el pueblo fue convencido de que los culpables habían sido unos frailes que hubieron envenenado el agua, y se lanzaron a asesinarlos sin piedad. Desgraciadamente este dislate no era la primera ni la última vez que habrá de estremecer al ciudadano madrileño, espectador horrorizado ante semejante crimen.

El 7 de Abril de 1866, “La Correspondencia de España” pintaba un cuadro bastante desconsolador del estado patológico del ciudadano de aquel momento: << *En las última semanas en nada han variado las enfermedades reinantes, pues continúan las calenturas gástricas, las intermitentes, algunas de las cuales fueron perniciosas, sucumbiendo a ellas rápidamente los enfermos; los dolores reumáticos, las erupciones, con o sin fiebre, los flujos sanguíneos y las irritaciones gastro-intestinales. También fiebres cerebrales, de anginas, de erisipelas, de estomatitis y de fluxiones a los oídos. La mortandad fue muy grande*>> (Agulló, 1969)

Según “El Imparcial” -uno de los dos diarios de mayor tirada Madrid en los finales del XIX, fundado en 1867, que había iniciado su recorrido como un periódico progresista, se apunta al regeneracionismo de Polavieja en el 97, para terminar adjunto al partido conservador de Silvela, en 1887-, refería: << *Del 21 al 31 de Octubre ha habido en Madrid 602 defunciones. La viruela, la Tuberculosis y las pulmonías son las enfermedades que mayor contingente han dado*>> (Agulló, 1969)

O también “La Correspondencia de España” dos meses después notificaba: << *Las enfermedades que producen más muertes en Madrid son las del aparato respiratorio, corazón y Sistema Nervioso Central*>> (Agulló, 1969) Bastantes de las cuales hacían su aparición con carácter de epidemia o, como no, pandemia. Sin ir más lejos en 1885 mueren de cólera en España 120.000 personas, a pesar de que se estuvo ensayando durante esta epidemia la vacuna que el año anterior fabricó el español Jaime Ferrán, por cierto sin éxito.

Podemos registrar que, anteriormente, en 1863, -el mismo año que el suizo Henri Dunant fundó la Cruz Roja- también tuvo lugar en la capital una epidemia

de cólera. En ese año, “La Época” participaba esta noticia: <<*Puede darse por extinguido el cólera. Ayer sólo hubo 3 defunciones*>>. (Agulló, 1969)

Parecida referencia hace “La Iberia”, dos años más tarde en relación con una epidemia de cólera que le costó la vida a un colega entregado a la empresa de curar a los pacientes que fueron contagiados de la peste: << *D. Ramón Martín Galindo, médico de la Beneficencia, que ha prestado incontables servicios durante la epidemia, ha muerto del cólera*>> (Agulló, 1969)

Naturalmente el cólera resultaba un azote contumaz habida cuenta que los desagües de las casas de vecindad, en Madrid, venían teniendo lugar sobre pozos negros, -cuando estos existían y no era la vía pública el desagüe- que era necesario desembozar periódicamente por empleados municipales, con el consabido riesgo para las personas. Por otro lado, era inevitable que se produjeran filtraciones de estos pozos hacia los viajes de agua potable, dando lugar, con insistente frecuencia, a epidemias de cólera, fiebres tifoideas, endémicas en Madrid y causa de la muerte de D. ^a María de las Mercedes de Orleans, primera esposa de Alfonso XII, y otras muchas enfermedades infecto-contagiosas cuya vía de transmisión sea el agua de consumo.

El oportuno alcantarillado y las nuevas conducciones del canal del Lozoya, redujeron las cifras de morbilidad y mortalidad de manera espectacular... Pero aún quedaban las verduras regadas y lavadas con agua del Manzanares, así como las ropas igualmente. A pesar de todo, existía la clara conciencia de que ello podría ser un foco de infección; prueba de ello es la noticia en “La Iberia”, del 5 de Agosto de 1885 sobre una orden municipal: <<...*Se ordena que las ropas, antes de ser lavadas en el Manzanares se sometan a una fuerte colada*>>. (Agulló, 1969)

Lo mismo que ocurría con el cólera y las fiebres tifoideas, también sucedía con otras enfermedades infecto-contagiosas como:

La viruela, de la que solo he podido encontrar una escueta referencia en “La Época” el 20 de Noviembre de 1875 en los siguientes términos: << *En Cercedilla se ha desarrollado la Viruela*>> (Agulló, 1969)

La difteria: Existen testimonios revelados por “La Iberia” que testimonian que, de manera oficial, el 15 de Agosto de 1888 se declaró una epidemia de difteria con 6 u 8 muertos todos los días. El pavor que esta atroz enfermedad provocaba en la población y

en las autoridades sanitarias obligará al Ayuntamiento de Madrid a tomar los siguientes acuerdos, según “La Iberia”:

<<1º- Que se giren visitas de inspección a los asilos de huérfanos y se suspendan las clases en las escuelas de párvulos

2º- En cuanto ocurra un caso de muerte por Difteria, se desinfectará el cuarto y toda la casa

3º- Se habilitará el Hospital de Vallehermoso para que los atacados de Difteria que no tengan medios acudan allí>> (Agulló, 1969)

La tuberculosis: En primer lugar tengamos en cuenta que no sería hasta 1869 cuando se descubriría la naturaleza infecciosa de la Tuberculosis y su transmisión, gracias a Villemin. No obstante, en el Congreso Médico Español de 1874, apenas 5 años después, aún se debatía sobre la etiología de este mal, que era considerado como: *<< Una enfermedad general cuya causa y localización, resultaba de difícil conocimiento, es decir una manifestación morbosa de un estado patológico general sustentado en una lesión de nutrición, y una degeneración del parénquima pulmonar>>* (Espina, 1929) Y si la desorientación afectaba al diagnóstico clínico de los médicos, excuso decir en lo que se refería al tratamiento, durante décadas.

En esta misma línea, el Dr. Espina afirma lo beneficioso que resultaba para esta afección y otras más, como ya se estaba haciendo en el Hospital General, el suministrar a los enfermos su diaria ración de leche de burra, aquella que vendían los burreros que salían *<<...a la del alba montando en una pollina, y 2 o 3 delante, con unos collares de cascabeles y campanillas muy característicos, e iba llamando con el llamador que entonces existía en todas las puertas, con un repiqueteo y gritaba: ¡ El Burrero!, y entonces el dueño de la casa, en un tazón colocado al baño de María obtenían directamente de la burra la leche>>*(Espina, 1929)

En aquel mismo congreso médico se alentaba como única solución de la Tuberculosis: *<< una debida higiene tanto pública como privada>>* lo que deja muy claro el inexcusable valor de la profilaxis sobre la terapéutica en la tisis, para los colegas decimonónicos, y principalmente en la infancia, mediante la *<< higiene en la alimentación, habitación ventilada y ejercicios al aire libre>>* (Espina, 1929)

En fin que también resultaba muy alta la fatal incidencia del tétanos, la rabia, la tosferina o garrotillo, la sarna, la pelagra, las infecciones venéreas, puerperales y postquirúrgicas, etc. Debemos considerar, para poder valorar con justicia las deficiencias médico-sanitarias de la época que, la noción de infección y contaminación no comenzó a esclarecerse hasta que en 1867 Lister descubre la antisepsia quirúrgica, concepto que en España tardará aún años en ser digerido.

Por último voy a hacer referencia, entre los azotes epidémicos a la gripe, que hacía verdaderos estragos invernales, dando cuotas muy altas de mortalidad entre la población. La segunda esposa de Alfonso XII, y Regente hasta la entronización de Alfonso XIII, M^a Cristina de Habsburgo-Lorena, resultó una regia víctima de la gripe en la gravísima epidemia desencadenada en España en 1929. A este respecto leemos en las páginas de “La Correspondencia de España” el 6 de Febrero de 1890 que: << *El farmacéutico de Biarritz Sr. González Peralta, ha remitido al Alcalde de Madrid, Sr. Andrés Mellado, 28 frascos de una solución de ANTIPIRINA, preparada por él, para combatir la epidemia reinante (en Madrid naturalmente)*>>. (Agulló, 1969) La Antipirina es la denominación con la que se conoce a la FENIL-1 DIMETIL 2,3 PIRAZOLONA-5, que se prepara a partir del Éster Acetilacético y la Fenil Hidracina. La Aspirina fue fabricada por Gerhardt en 1853 y lanzada al mercado 30 años después.

*

A pesar de todos los intentos y logros conseguidos en materia preventiva y de higiene, sería el invento de la vacuna la mayor conquista, en este ámbito de la prevención, de todo el siglo. No obstante el concepto de vacunación, que introdujera Jenner en el vocabulario médico en 1796, no se generalizó hasta 1889, lográndose el paso definitivo con el perfeccionamiento de la técnica conseguido por Pasteur para la Viruela y para la Rabia.,

Una vez más la prensa de la época nos facilita datos acerca de que existían métodos de inmunización que ya se venían utilizando antes de Pasteur:

El 28 de Marzo de 1863 “La Discusión” informa a los lectores de la << *Inoculación de la vacuna a niños pobres en las parroquias de S. Justo, S. Pedro y S. Andrés y en la Casa de Socorro del distrito cuarto*>> (Agulló, 1969)

Algo similar comenta “La Iberia” en Febrero de 1865. Y en el Otoño de ese año: << *Una prueba de la superabundancia de auxilios contra la peste es que en el Hospital Provisional de Chamberí, que consta de 100 camas, solo hay 12 ocupadas*>> (Agulló, 1969)

En realidad, cuando los periódicos se refieren a la peste, están haciendo referencia al cólera. Alusiones similares a las ya referidas encontramos el 3 de Noviembre de 1868 y el 2 de Mayo de 1873. A pesar de ello y no cabe duda de que todas las medidas que fueron tomándose contra esta plaga y otras, acabaron por surtir algún efecto positivo, si tenemos en cuenta que el censo de Madrid reflejado en 1877 era de 232.000 habitantes, y 12 años después, ya había crecido hasta los 513.000 moradores, casi el doble.

Al final del siglo, las autoridades ya invierten esfuerzos y dinero, que aún no siendo suficiente todavía, dan motivos para la esperanza.

En Septiembre de 1890, “La Correspondencia de España” añadirá: << *Ayer tarde se ha reunido la Junta Municipal de Sanidad. Se ocupó preferentemente de la epidemia variolosa y de las medidas que deben tomarse*>> (Agulló, 1969)

Y, en efecto, serán las medidas higiénico-sanitarias las que, en verdad, obtendrán eficaces resultados sobre la salud de los ciudadanos.

*

Aquellos hospitales que en el siglo XVIII habían sido concebidos como futuros templos del saber médico, eran todavía en las 5 décadas finales del XIX, en su mayoría, instituciones religiosas: Venían a ser asilos para el socorro caritativo de los pobres; para recoger a los indigentes y enfermos sin posibilidades, que podrían así beneficiarse del acervo clínico de los ilustres profesionales de estas instituciones, cuyo valor médico y científico no podemos poner en duda, a pesar de que según el Dr. Espina: << *El ingreso en las cátedras de facultad se hacían por oposición en algunas, por concurso en otras y por influencias políticas en las más*>> (Espina, 1929), me temo que esta práctica ha sido el caballo de batalla con el que hemos tenido que pelear muchos de los que todavía sabemos lo que era una oposición, método probatorio caído, hoy día, en desuso y descrédito.

Y volviendo a los hospitales, en esta segunda mitad del siglo XIX, se pueden contabilizar en Madrid alrededor de 40 instituciones hospitalarias y de salud. Y aún en este mismo periodo, la institución hospitalaria, mantenía su principal rango de asilo. Así, en “El Pensamiento Español” del 13 de Mayo de 1873, podemos leer una noticia, cuando menos curiosa a nuestros ojos: << *Se admiten enfermos pobres, de la clase de vergonzantes, de ambos sexos, en el Hospital de Atocha, cuyo asilo, que sólo se sostiene de la caridad, reúne las mejores condiciones higiénicas y la asistencia esmerada. Las enfermedades crónicas o contagiosas no son admisibles. Las solicitudes a la señora presidenta que vive en la calle de Lope de Vega 45, bajo*>> (Agulló, 1969)

O también 10 años después: << *Con el fin benéfico de atender a los pobres que al abandonar los hospitales se encuentran sin recursos, y ofrecer una estancia a las personas que vienen a sufrir en Madrid operaciones quirúrgicas y no tienen familia en la Corte se ha establecido en la calle del Pacífico 7 la Casa de Salud y de Convalecientes de Ntra. Sra. Del Rosario*>> (Agulló, 1969)

Ya hemos comentado que la gran mayoría de hospitales, por no decir todos, se sostenían total o parcialmente con las aportaciones caritativas, y en su mayor parte quedaban bajo el control de alguna orden religiosa. Esta indigente situación hospitalaria podemos verla reflejada, por ejemplo, en la necesidad que tenían de los más elementales medios, hasta el punto de recabar la caridad ciudadana para que contribuyera donando trapos para vendajes de los enfermos pobres, e hilas, hebras que se sacaban de un trazo y se apelotonaban en ovillos para usarlas para curar las llagas.

De estas peticiones encontramos referencia en la prensa de 1865, de 1876, de 1882, o en de Marzo de 1874, y esta vez la solicitud que redacta “La Iberia” es angustiada: << *La sección de la Cruz Roja del distrito de Hospicio, ha resuelto nombrar comisiones que pasen a las casas en la presente semana, para recoger el material sanitario que tengan a bien los vecinos para los heridos de la guerra (Tercera Guerra Carlista)*>> (Agulló, 1969)

*

Una vez más hemos de insistir en que a la pobreza, que engendra una tan precaria alimentación y la muy deficiente prevención de enfermedades contagiosas, al paro y las insalubres viviendas, que además eran escasas y por ello caras, se añadían

contratiempos climatológicos entre los sumandos culpables de las calamidades que acosaban a la salud ciudadana. Los expertos en climatología afirman que el hemisferio norte padeció una “PEQUEÑA GLACIACIÓN”, en relación con cambios en la radiación solar, que empezó en el siglo XVI y no comenzó a ceder hasta finales del XIX.

Para mayor desgracia, en 1815 se produjo la explosión del volcán Tambora, y pocos años después el Krakatoa, que desperdigaron sus cenizas por la estratosfera provocando un descenso de la temperatura a escala planetaria, notable durante muchos años, lo que se tradujo en desdichas para la agricultura y la ganadería y más largos inviernos (Napoleón pagó muy cara esta adversidad climatológica en su ofensiva a Rusia, y su regreso, con el fracaso bajo el brazo, a Francia, pues de los 60.000 hombres que partieron hacia la tierra de los zares, la “Grande Armée”, solo regresaron 5.000, en su gran mayoría muertos por causa del frío).

A estos sucesos habrían de asociarse hambrunas, epidemias, migraciones, guerras, transformaciones sociales y en general cambios en la disposición y acomodo de los pueblos y evolución de las sociedades. En realidad ni las tormentas ni las nevadas ni cualquier otro meteoro eran como hoy.

A este respecto fueron comentados en la prensa de la época, otras tempestades como la de 1856, a la que se achacó el empobrecimiento de estamentos como el de los braceros temporales, aquel año. A propósito haciendo justicia a José Cepeda Adán que nos ofrece en su obra un soberbio análisis de los distintos estratos sociales del Madrid de la segunda mitad del XIX, voy a dejar una pincelada que retrate los distintos niveles sociales de artesanos y profesionales que a vista de pájaro podemos considerar estructurados, empezando por los pequeños comerciantes; los artesanos (de los que tiene censados en Madrid a 9.000 maestros, 22.000 oficiales y 3.200 aprendices); los impresores (gremio en el que se originó el movimiento socialista, ya que la gran industria, donde lo fue en otros países, no existía en Madrid); de la construcción con 20.000 albañiles; cigarreras (las más castizas) y por último, en el escalón más bajo, los braceros temporales o jornaleros, que define como <<especialistas en nada>> y buscadores de cualquier oportunidad. Por debajo aparecen ya los innumerables mendigos que Cepeda calcula por encima de 10.000 en la capital. (Cepeda, 1954)

En 1869 tiene lugar una catastrófica ruina de las cosechas en toda Castilla por causa del clima adverso. Asimismo conocemos que anteriormente en 1847 tuvo lugar un terremoto en el sur de la península, cuyas fatales consecuencias afectaron a más de media España.

Pues, habremos de tener en cuenta, para poder valorar con rigor la evolución científica y humanística de Cajal en lo sucesivo, que esta era la España en la que vivió las dos terceras partes de su vida don Santiago Ramón y Cajal, y en la que tuvo que fundar y mantener una abundante familia, opositar y trabajar colaborando, junto con otros dignísimo médicos, intelectuales e investigadores, para levantar con ahínco, propio de un noble baturro, tanta pobreza física, médica e intelectual, y sufrir en sus carnes pagando las descritas carencias de medios que obligaban a un intensivo trabajo las veinticuatro horas del día, con la vida de una de sus hijas.

A pesar de todo, y ya que hemos descrito la vida social y sanitaria del Madrid decimonónico, no quiero dejar de esbozar el aspecto de la Barcelona que don Santiago se encontró en 1887, cuando se trasladó a esta ciudad, y hasta 1892, año de su llegada a Madrid.

Barcelona no podía excluirse de las principales carencias socio-sanitarias que acuciaban a la capital del reino, aunque matizado por sus especiales características, principalmente dependientes de su condición de puerto marítimo y su proximidad a la frontera con Francia.

Madrid, aún en aquellas fechas, no había desterrado su naturaleza de villorrio manchego aunque adornado en virtud de su condición de morada de la corte. La industria del Magerit árabe era, prácticamente inexistente, siendo su principal estipendio derivado de la residencia de los reyes en ella, con la gran actividad que la corte generaba entre la nobleza y el clero, la centralización del gobierno de la nación en la capital con sus inherentes diligencias, operaciones y labores encargados a una pléyade de funcionarios, y, cómo no, los advenedizos y oportunistas al arrimo. Era, básicamente una ciudad de servicios –pobres- y funcionariado.

Barcelona era otra cosa. La ciudad condal creció de manera desmesurada en función de tres factores:

-En primer lugar EL ENSANCHE: Rondando los años sesenta del siglo XIX, se produjeron los derribos de las murallas que encorsetaban ciudades como Madrid, Barcelona (en 1854) o Valencia procediéndose a modernizar la ciudad acometiendo obras que derribaron edificaciones, casuchas, conventos (que ya habían ido desapareciendo con las desamortizaciones desde 1836), palacios, etc. para abrir las calles, ramblas y avenidas, sendas por las que discurría el agua en caso de riada, con mas anchura, más luz y ventilación y mayor posibilidad de engrandecimiento de la urbe, según un trazado ortogonal de las vías barcelonesas, y que en el caso de la ciudad condal fue engullendo, paulatinamente poblaciones del entorno de la capital, que además poseían pozos de agua.

Todo ello, como en el caso de Madrid, conllevaría cambios en los servicios municipales del orden de electrificación industrial y alumbrado eléctrico (el de gas se generalizó en 1842), transportes (el primer tranvía funcionó en 1872) y canalizaciones, tanto de aguas de desecho como de las potables, las cuales en Barcelona procedían de antiguas conducciones procedentes de la dominación romana. Concretamente el principal canal era conocido como Rec Comtal, que desde tiempos de la antigua Tarraconense vino siendo usado a través de la Edad Media, el Renacimiento y siglos posteriores en una lucha permanente de la ciudad por la provisión hidrológica de un canal que daba servicio a molinos harineros y paños, en su recorrido, así como riego de las huertas y frutales.

Ya en el siglo XVIII el canal de la Rec Comtal resultaba cicatero para proveer a las necesidades higiénicas de la ciudad, y con mayor motivo a partir del ensanche y la expansión ciudadana. Se concibió la captación de agua del río Besós a través de la filtración del mismo dentro de la mina de Montcada, estructura de almacenaje que se iría ampliando con el tiempo. Más, pronto este proyecto se mostró insuficiente y la pobre e insalubre provisión de agua se tradujo rápidamente en problemas sanitarios muy graves, como la epidemia de fiebre amarilla de 1821, que costó 9.513 muertos. No en balde, entre los años 1880 y 1889, Barcelona estaba considerada como una de las ciudades con más índice de mortandad del mundo. Concretamente en este periodo murieron en la ciudad 80.000 personas, principalmente a causa de tifus, cólera, hepatitis, gastroenteropatías, y enfermedades derivadas de la pobreza; en eso poco se distinguía de Madrid.

Por fin se construye un nuevo acueducto independiente (1826) que suministra agua a fuentes públicas, quedando obsoleto el Rec que solo se usa para riego. Desde 1835 todas las canalizaciones de agua, que tradicionalmente pertenecían a la corona, son incorporadas a los propietarios de las tierras donde se captan. Una serie sucesiva de ordenanzas facilitaron la propiedad compartida del patrimonio de acuíferos entre la corona y una Sociedad de Propietarios para su aprovechamiento.

Ya en la segunda mitad del XIX las explotaciones hidrográficas del Besós, diversifican los caudales de canalizaciones, la mayoría de titularidad privada. La Sociedad del Rec, aseguraba el mantenimiento del regadío en las huertas de la acequia.

Como vemos el suministro de agua a Barcelona, fundamental para el sostenimiento de una salud e higiene elemental, significó una mayor lucha que en Madrid, donde el canal de Isabel II, traído desde el río Lozoya, propició un salto espectacular de la localidad madrileña.

- En cuanto a la INDUSTRIALIZACIÓN resulta el factor que habrá de marcar las mayores diferencias entre la sociedad barcelonesa y la madrileña. Aunque tardío, este fenómeno es el reflejo de la Revolución Industrial iniciada en la Inglaterra en el siglo XVIII. El contacto con el resto del mundo por vía marítima, y su carácter fronterizo con Europa a través de los Pirineos, propició un afán mercantil e industrial que, rápidamente se tradujo en el florecimiento de la industria textil y del metal, y con ello la aparición de una nueva clase social: la burguesía; y mediante el maquinismo fabril, padeció la aparición de una conflictividad laboral importada de las nuevas ideas socialistas que inflamaban la Europa central. Surgieron las sociedades de crédito y un nuevo sentimiento de clase, que desembocó, antes que en la capital de la nación, en el pistolero y el anarquismo activista con frecuentes atentados con bomba, como en 1893 en que se produjeron el intento de asesinato de Martínez Campos, la bomba del Liceo, que causó 20 muertos, o la de la procesión del Corpus con resultado de seis víctimas.

Naturalmente la Guerra de Cuba, cuyo punto principal de embarque de soldados, y regreso de heridos era el puerto de Barcelona, junto con el de Santander, La Coruña y Valencia, introdujo un factor de descontento en la sociedad catalana, a pesar de las alabanzas de don Santiago, ya comentadas, hacia el esfuerzo catalán en la

empresa, abrasada por los costes de la contienda y la pérdida de mano de obra joven; la simiente del radicalismo separatista y anarquista estaba sembrada.

- LA INMIGRACIÓN: Entre 1802 y 1877, Barcelona pasó de 115.000 habitantes a 250.000. En realidad las diversas oleadas inmigratorias que sufrió Barcelona durante el siglo XIX, pueden considerarse consecuencias de los dos apartados anteriores. La industrialización obligaba a abandonar las tareas del campo a los más jóvenes, para buscar un arriendo más seguro y estable al abrigo de las fábricas. Ellos mismos serían quienes aportarían a las calles barcelonesas la mendicidad y la conflictividad social que tanto caracterizaría a la comunidad de la Ciudad Condal de este siglo. Y, sin ninguna duda, su política local se vio muy influida por estos factores de inestabilidad y contienda sindical, así como los abusos de una burguesía insaciable y dominante.

Definitivamente el siglo XIX esclavizó en España a la sociedad con las cadenas de la miseria, que en la sanidad y la ciencia médica en general resultaba aún más determinante, medio en el que Cajal tuvo que moverse, por lo que su triunfo en estas turbulentas aguas resultó una verdadera gesta, una victoria sobre la apatía del pueblo español incapaz de incorporarse al progreso que iluminaba al resto de Europa y de sus políticos, enredados en incapaces solares de falso patriotismo que oscilaba entre interminables pruebas, sin cambios ni resultados esperanzadores, y conflictos bélicos domésticos sin fin que entorpecían cualquier empeño de progreso y culminaron en la definitiva crisis de 1898.

4ª Parte:

. Cajal en Valencia:

Ciertamente D. Santiago Ramón y Cajal al regresar de Cuba, en el vapor *España*, pudo ver, durante la travesía, con espanto como aquellos enfermos que fallecían en el barco eran arrojados por la borda al mar, imagen que nunca se le borraría de su cerebro, herida que jamás cerraría en su corazón, desembarcando, finalmente, en el puerto de Santander, lo cual nos confirma que había sobrevivido a la guerra de la Gran Antilla, solo parcialmente y con secuelas muy serias. Resulta innegable, cuando investigamos la biografía del gran hombre, que la experiencia antillana de 1874 marcó de dos formas diferentes: en la salud y en el alma.

Las enfermedades contraídas en Cuba, principalmente la malaria, dejaron en su organismo una mácula que quebrantaría su salud para toda su existencia, pero de manera más morbosa en los siguientes meses de su vuelta a Zaragoza.

Las presiones de su padre, nada dado a recibimientos calurosos, para que se convenciera de la inmediata necesidad de asegurarse un futuro estable, desde el primer momento, forzó a graduarse como doctor, al tiempo que actuaba como ayudante interino de anatomía, ambas actividades que habría de llevar a cabo sin gran entusiasmo y en un momentáneo estado de depresión que adquirió cuando, comprendiendo que su relación con la dama de las cartas no era oportuna ni conveniente y hubo de liquidarla abruptamente, como aconsejaba su carácter. Su salud seguía sin ser buena, pero su curiosidad por la histología tampoco se había disipado, todo lo contrario.

Y bien pronto, para su contrariedad, vino a convocarse plaza de las cátedras de Anatomía de Granada y Zaragoza. Ni que decir tiene que don Justo se lanzó, sin reparo a su convalecencia, a convencer a su hijo que se presentara a las mismas. Lo hizo sin convicción y sin éxito, en gran medida provocado por uno de esos característicos pucherazos concursales, y lo que es peor, convenciéndose a sí mismo en el trance de una crisis de depresión, que era “un mal médico” y que nunca alcanzaría el grado de meritorio provecho profesional que su padre exigía de él. Con corrosiva amargura don Santiago comenta en sus memorias en referencia al “lucimiento” del que

hacían gala muchos candidatos y examinandos en un esfuerzo por aparentar rigor “metacientífico”. (Ramón y Cajal, 1969)

<<En mi candor provinciano asombrábame el garbo y la gallardía con que algunos opositores de la clase de facundos hacían excursiones de placer por el dilatado campo del evolucionismo o del vitalismo o, cambiando de registro, proclamaban, sin venir a cuento y llenos de evangélica unción, la existencia de Dios y del alma, con ocasión de referir la forma del calcáneo o del apéndice ileocecal...>> (Ramón y Cajal, 1969).

La insatisfacción profesional le embargaba y deprimía, algo que trató de mitigar adquiriendo su primer microscopio, a cuenta, motivo este de un nuevo enfrentamiento paterno-filial; más angustia.

Su deplorable salud, física y moral acabó por resquebrajarse del todo y en 1878, tras dos episodios de hemoptisis graves, que se acompañaron de una extrema palidez, tos pertinaz, fiebre alta, sudores, disnea y consunción generalizada, que de atrás iba progresando, aconsejó a la familia, influidos por la docta admonición de don Genaro Casas, su evacuación hacia los benéficos aires de Panticosa, junto a su hermana; el diagnóstico de tisis, infección de la que siete años después moriría el propio rey Alfonso XII, parecía cantado.

En aquel balneario pirenaico, con el paso del tiempo, consiguió finalmente desechar una grave depresión que le condujo a desear la muerte, de modo que a los tres meses de su estancia en las montañas, definitivamente cesaron sus síntomas y su recuperación fue suficientemente satisfactoria como para alojarse en el monasterio de San Juan de la Peña, joya del Románico oscense, a escasos 20 Kilómetros de Jaca, donde pudo recuperar, entre el silencio montaraz solo roto por el graznido de las grajillas, en los oteros, collados y cuetos, donde la roca hubo secuestrado al bellissimo monasterio del siglo XI – allí donde se dice que nació para la Iberia el rito litúrgico romano que pondría fin al más antiguo culto hispano-visigótico- incluso su apetito, su afición a la fotografía y definitivamente su regreso a casa.

<<Grandes médicos son –afirmaba el mismo Cajal- el sol, el aire, el silencio y el arte>> (Ramón y Cajal, 1969), y al puro goce de esta última actividad dedicó una buena parte de su retiro, y con afortunado éxito para su cuerpo y su alma.

Algo suavizó aquel estado de apatía el obtener en 1879 la plaza, por oposición, de director de los Museos Anatómicos de la Facultad de Medicina de Zaragoza, y en 1883 la cátedra de Anatomía de Valencia. Pero entre uno y otro éxito, y a raíz de una de las muchas broncas que tuvo con su padre, trasladó su residencia a una pensión donde alquiló un cuarto en el que trabajaba, más curioseando por el ocular de su microscopio, que llevando a cabo investigaciones serias, con la ayuda que le proporcionaba su hermano Pedro que le suministraba ratones para su estudio, algo que carecía del beneplácito de la dirección del albergue.

Allí, tomó contacto con Silveria Fañanás García y su señora madre, que residían provisionalmente en aquella fonda, en tanto encontraron un pisito a donde mudarse, dama que ensartó su corazón con las flechas de Cupido, y con la que tras pasearle la calle, como era preceptivo, y cumplir con los parabienes familiares, excepto el de don Justo que se negó a aceptar aquel compromiso y ni siquiera acudió a la boda, contrajo matrimonio el 19 de julio de 1879.

Las dificultades económicas de aquella bisoña familia no permitían el más mínimo exceso; su cargo en los museos y el de ayudante de disección no alcanzaban para alegrías financieras. Pero las investigaciones histológicas de Santiago comenzaban a dar fruto y se imponía editar, aunque no fuera más que unas pocas unidades, una revista que diera noticias de las mismas a las más prestigiosas mentes de la histología europea, que hubo de costear de su bolsillo, o para ser más preciso, de la hucha de Silveria y de lo poco que podía ingresar fabricando placas con una emulsión fotográfica de su invención, que le fueron requeridas por un fotógrafo profesional.

Pero, a pesar de todo, el nacimiento de su segundo hijo, Santiago, convenció al investigador de la necesidad de abandonar por un tiempo su labor de práctica histológica y concentrarse en la preparación de las oposiciones a la cátedra de Anatomía Descriptiva de la Facultad de Valencia, de la que tomó posesión en 1884.

Su estancia en la capital, podemos considerarla un puente, un paréntesis en su vida personal y profesional, de distracciones sociales y probaturas para las nuevas ciencias que al orbe de aquella Universidad alcanzaban. Retomó con más interés su afición por el invento de Daguerre y el ajedrez. Allí tomó contacto con la técnica de la hipnosis que ejerció sobre pacientes, de manera gratuita, para intentar resolver algunos

problemas funcionales y motores de enfermos que respondían positivamente cuando se trataba del cuadro conocido durante mucho tiempo como parálisis histérica, y no siempre; en realidad un pasatiempo, un recreo científico, que nuestro sabio tomábase muy en serio durante un tiempo, como ocurriera durante su juventud con una inclinación ocasional hacia la filosofía y que practicaba, fundamentalmente en el racionalismo argumentístico y la experimentación conceptual. Naturalmente algún poso quedaba en aquel cerebro para el que el conocimiento del medio era la fuente principal de su trabajo de investigación.

Otras secuelas más dramáticas dejarían en su espíritu la gravísima epidemia de cólera de 1885, que se llevó por delante la vida de más de treinta mil personas, y que no pudo detenerse ni con la experimental vacuna de Jaime Ferrán, que ensayaba con preparaciones de vibrium colérico vivo, y que el mismo Cajal desterró como carente de utilidad, lo que acabó por enfrentarle con el médico catalán, aunque su interés profesional por los enfermos afectados, de los que tomaba muestras de heces para investigar el origen del mal y evitar su eventual difusión, sería recompensado por la Diputación Provincial Valenciana con el regalo de un nuevo y moderno microscopio.

Sería en tierras del Turia, donde nació él, donde nacieron sus hijos tercero, -en cuyo parto asistió a Silveria, valiéndose de sus conocimientos sobre hipnosis- cuarto y quinto, Enriqueta, Paula y Jorge, y fue donde tuvo lugar la primera revelación auténticamente venturosa para el futuro investigador: descubrió de manera accidental, por mediación de su amigo el doctor Simarro, que un histólogo italiano llamado Camilo Golgi hubo desarrollado un sistema de tinción de las preparaciones histológicas que permitía una mayor y mejor definición de las células sobre el portaobjetos. En realidad Golgi procedía a someter la preparación a un baño de dicromato potásico seguido de otro de nitrato de plata, durante varios días, y las fibrillas del sistema nervioso mostraban aquel retículo tan característico que dio nombre a la teoría neuronal... hasta Cajal. Con este método aliñado con su tesón y, como siempre, trabajando en solitario en un modesto laboratorio instalado en su domicilio, consiguió la atención y el respeto del mismísimo profesor Krause.

Todo eran estímulos para perseverar en esta línea de investigación, al principio sobre células epiteliales, mucosas y fibras musculares de las patas y las alas de los insectos; la neurobiología llegaría más tarde. Mientras tanto sus observaciones

celulares las expresa ricas en representaciones gráficas en las que no pueden faltar errores de interpretación. Él mismo se enjuicia así:

<<Fascinado por el talento de estos sabios y el prestigio de la teoría, incurrí en la debilidad de considerar, como ellos, la substancia contráctil como una rejilla de fibrillas sutiles (las hebras preexistentes aparecidas en los preparados de los ácidos y del cloruro de oro) unidas transversalmente por la red emplazada al nivel de la línea de Krause. En cuanto a las fibrillas primitivas serían resultado de coagulación postmortem. Más adelante volví sobre esta opinión criticada vivazmente por Rollet, Von Kolliker y otros, los cuales alegaban, con razón, que los pretendidos artefactos eran observables hasta en los músculos vivos de los insectos...>> (Ramón y Cajal, 2006) Él mismo caía, sin poder evitarlo en la teoría reticular, que más tarde destronaría con sus investigaciones sobre el sistema nervioso.

Qué duda cabe que el trienio de estancia en Valencia procuró a Santiago Ramón y Cajal un sosiego financiero que le permitía mayores posibilidades en su trabajo, aunque la inevitable vida social, favorecida por el carácter amable, la hospitalidad y respetuosa acogida de los naturales de la capital valenciana y sus propios colegas, y sus aficiones, robaban de su tiempo un buen pedazo que, a medida que avanzaban los meses, bien se notaba que echaba en falta. La cátedra de Anatomía de Valencia comenzó, a pesar de todo, a resultar una rémora de escaso interés en su actividad profesional. La Anatomía, que dominaba, desde bien joven a la perfección, había encontrado el sustituto vocacional perfecto: la Histología. Es por ello que no dudó, en cuanto la oportunidad fue propicia, en presentarse a la oposición para la cátedra de Histología de Barcelona, que obtuvo y a donde marchó en 1887 con cinco hijos y ¡Tanto por hacer!

. Barcelona; el hallazgo. Muerte de una hija:

En efecto, la cátedra de Anatomía Descriptiva que don Santiago detentaba en Valencia, habíale quedado muy lejos de su interés y definitivo proyecto vocacional; era la Histología, la palestra donde el investigador, definitivamente, deseaba batirse el cobre, y la Ciudad Condal representaba el trampolín que estaba esperando para implantar con imposición, sus descubrimientos. De modo que ganada la oposición

a la cátedra de esta especialidad, marchó, nuevamente, toda la familia del científico rumbo a la turbulenta capital catalana, donde llegarían en 1887 instalándose hasta marchar definitivamente a Madrid en 1892.

Hemos de destacar que el recibimiento que se le otorgó al profesor aragonés no fue ni parecido al que en Valencia prodigáronle. El recelo hacia aquel advenedizo, quien, por cierto, estaba enfrentado con Ferrán, hacían que su arribo y estancia en Barcelona, no fuera ni cómoda ni exenta de zancadillas, y que el mismo Ferrán se encargó de avivar (Duran, 1983). Resultó tan tenso y tan evidente el rechazo y desdén a su labor investigadora, que hubo de trasladar sus trabajos de labor a un humilde laboratorio de la calle del Carmen, aledaño a la Facultad de Medicina. Tanto es así que cuando el profesor Ramón y Cajal solicitó, como así le habían aconsejado, para incrementar los emolumentos que le correspondían por su cargo de catedrático, y que tanto precisaba para editar su revista y adquirir material de laboratorio, el puesto de micrógrafo de la Diputación Provincial, le fue denegado por razones puramente personales: Ferrán estaba por medio. Ello empobrece la vida de toda la familia a tal punto que, cuando nace su quinto hijo, se ve obligado a despedir a la única sirvienta que ayudaba a Silveria en las tareas domésticas. Si resultaba elogiable su sacrificio como investigador y científico, nunca le fue a la zaga la abnegada generosidad con que su esposa atravesó aquellos difíciles momentos, como tantas veces antes, sin un reproche, como un buen camarada en la misma trinchera de la guerra por la supervivencia.

A pesar de todo, su curiosidad por la mecánica y los inventos no le permitieron obviar el del gramófono, inventado por Emile Berliner en 1888, de modo que su habilidad le permitió construir uno para grabar las voces de sus hijos.

La familia, era innegable, había pasado a un segundo término, muy por detrás de la pasión hacia el trabajo de investigación, y de una devoción que nunca le abandonaría y que barnizaría su innegable sentimiento noventayochista: la patria. Aunque hoy día la palabra patriotismo suena huera, principalmente a la juventud, recurriremos a Juan Valera, que afirmaba en un artículo publicado de Junio de 1876:

<< Aunque una nación sea grande y tenga una historia gloriosa, la ignorancia y la servidumbre hacen que el pueblo olvide dicha historia y pierda el patriotismo >> (Valera, 1876)

García Durán Muñoz y Francisco Alonso Burón, en su biografía del científico español reflexionan como sigue:

<<Las gentes, por costumbre, por rutina, consideran natural que un militar posponga la familia a sus deberes, e incluso exaltan la fe de quienes por amor a Dios se olvidan del amor a los suyos; pero, por extraño, buscan un fondo de egoísmo para explicar la actitud de un científico que por patriotismo sacrifica a los familiares; comprenden el heroísmo teatral, más no el oculto y discreto>> (Durán y Alonso, 1983)

De cualquier forma, para don Santiago, salvo sus partidas de ajedrez, juego que dominaba casi de manera profesional, el recorte de una vida social tan efervescente como en Valencia, no hizo sino facilitar su concentración en la tarea histológica en el nuevo laboratorio instalado en su domicilio, que tiempo después trasladaría a una nueva casa mucho más espaciosa.

<<En mis exploraciones sistemáticas –nos dejó en sus memorias- por los dominios de la anatomía microscópica, llegó el turno del sistema nervioso. Lo examiné febrilmente en los animales >> (Ramón y Cajal, 2006)

Mientras tanto las relaciones con su padre se mantenían muy tirantes y distanciadas; en cambio con su hermano Pedro, se carteaba con gran fluidez y a él confesaba todas sus cuitas y revelaciones, tanto profesionales, como familiares y, sobre todo, investigadoras. Con Pedro intercambiaba comentarios sobre algo que estaba deteniendo, como un muro infranqueable, su avance en la investigación histológica del sistema nervioso, su definitivo centro de atención: A pesar de utilizar la novísima tinción de Golgi para sus preparaciones, resultaba materialmente imposible deshacer aquella madeja de somas celulares apelotonados y fibrillas de tan intrincada saturación que era inverosímil individualizarlas.

Era imprescindible conseguir dos conquistas: en primer lugar perfeccionar el método de tinción de Golgi y en segundo lugar simplificar aquella maraña irreconocible de masas y ovillos de fibras nerviosas. Pero ¿Cómo?

En cuanto al método de tinción, en absoluto podemos considerar que tuviera en un momento dado una idea luminosa, más bien, como en él era particularmente habitual, comenzó sin desmayo a practicar una interminable secuencia

de variantes y probaturas, con las que alcanzó una serie de tintes que, para el sistema nervioso, resultaban más específicamente resolutivos.

En una primera fase añadió ácido ósmico al dicromato potásico, acortando, con ello, el tiempo de induración de la prueba, y se entrega a una doble y hasta triple impregnación de los materiales preparados, repitiendo el ciclo de inmersión cromo-argéntica, con lo que obtenía resultados mucho más definidos de las imágenes; pero aquello no era suficiente, era preciso simplificar las abigarradas preparaciones. Una y otra vez el profesor Ramón y Cajal reflexionaba acerca de esta posibilidad y en todas las cartas dirigidas a su hermano comentaba semejante inquietud.

En 1890 meditaba desde su pluma:

<<Como el entomólogo a la caza de mariposas de vistosos matices, mi atención perseguía, en el vergel de la sustancia gris, células de formas delicadas y elegantes las misteriosas mariposas del alma, cuyo batir de alas quién sabe si esclarecería algún día el secreto de la vida mental>> (Ramón y Cajal, 2006)

Y en estas consideraciones se debatía cuando una idea vino a la mente: si no puedo deshilar el complejo entramado de fibrillas y de los somas de las células de cerebros adultos y completamente desarrollados ¿Por qué no intentarlo con aquellas estructuras muy lejanas todavía de la maduración y de la complejidad? ¿Por qué no investigar en cerebros de embriones? Puesta esta idea en sus propias palabras:

<<Puesto que la selva adulta resulta impenetrable e indefinible ¿Por qué no recurrir al estudio del bosque joven, como si dijéramos en estado de vivero?>> (Ramón y Cajal, 2006)

Aquella era la idea. Aquella era la respuesta a la pregunta que tanto tiempo le había martirizado. Además, los axones de las neuronas embrionarias todavía no están cubiertos de mielina y captaran con más facilidad la tinción, sin recurrir a tantas inmersiones en los tintes.

<<Puesto que el cromato de plata proporciona en los embriones imágenes más instructivas –deducía don Santiago- y constantes que en el adulto ¿por qué no explorar cómo se modela y complica sucesivamente la célula nerviosa, desde su fase

germinal, exenta de expansiones, según demostró His, hasta su estado adulto y definitivo?...>> (Ramón y Cajal, 2006)

Pues este fue el gran descubrimiento. Aquí comienza la magna aventura. Las posibilidades que proporcionaba el nuevo método a sus observaciones eran tan prometedoras que se encerraba horas y horas, a veces sin comer, en su laboratorio observando por su microscopio y dibujando, sin descanso aquellas imágenes, ahora, por fin, individualizadas y con personalidad propia, persiguiendo las fibras axonales desde su origen somático hasta... ¿Su final?

Sería una noche en que, por fin su cerebro se iluminó con el hallazgo tanto tiempo buscado: las células nerviosas eran elementos individuales y unitarios, y contactaban unas con otras entre sí... ¡La red nerviosa no existía! Podía ver perfectamente todas y cada una de las células, identificarlas en toda su longitud y dibujarlas como componentes independientes dentro del todo. Aquella maravilla biológica había aceptado mostrarle su secreto ¿Qué otros misterios en relación con la función del sistema nervioso podría deducirse de semejante hallazgo?

Ramón y Cajal se preguntaba desde su laboratorio:

<<Reconocida una disposición estructural o morfológica, surge invariablemente en nuestra mente esta interrogación ¿Qué servicio fisiológico o psicológico presta al organismo?>> (Ramón y Cajal, 2006)

Pues aquella misma noche de júbilo y exaltación científica, habría de ser la noche en que moriría su hija Vicenta, con siete años de edad, víctima de una encefalitis tras padecer una varicela, en principio benigna. La biografía del gran investigador nos dice que él no estuvo a la cabecera de la pequeña en el momento de su fallecimiento, atrapado como se encontraba en el más espectacular hallazgo científico del siglo XIX, junto, quizá, al descubrimiento de la vacuna, primero con las observaciones de Jenner y más tarde con la labor de Louis Pasteur. ¿Egoísmo? ¿Inhumanidad? ¿Abandono de su papel de padre? Si la humanidad ha de juzgarle, deberá hacerlo desde los actuales descubrimientos de tantas enfermedades neurológicas y psiquiátricas que han encontrado el camino de la investigación de sus entrañas más ocultas, gracias al tesón de aquel soldado de la ciencia que se permitió dejar sus

sentimientos al margen en plena batalla con la verdad científica, en la que él creía, por el bien de la ciencia y de España.

El mismo Ramón y Cajal escribiría:

<<Nada más radicalmente injusto que el padre de familia. Todo lo atropella con tal de favorecer a sus hijos. Comparable al Sphex o al amófilo, insidiosos depredadores de presas vivas, el pater familias entregaría sin la menor aprensión a su prole víctimas humanas sabiamente paralizadas con tal de garantizarle hogar cómodo e o inagotables provisiones. Afortunadamente se dan honrosas excepciones >> (García y Alonso, 1983)

Cajal, en el momento de descubrir la teoría neuronal respondió como responde un soldado ante la defensa de su patria, esgrimiendo su profunda preparación acumulada a lo largo de su vida hecha historia. Entrega, esfuerzo, sacrificio, soledad, penuria y trabajo, trabajo y trabajo. Estas fueron las condiciones anímicas del investigador aragonés, para dar respuesta a un problema científico. Cajal redimía a su nación del oscurantismo implantado ante la comunidad científica internacional ¿Quién era Cajal? Un desconocido que depositó empeño y demostró con hidalguía los valores personales que le condujeron al premio más prestigioso: el Premio Nobel.

*

El descubrimiento de Cajal sobre la autonomía anatómica y funcional de las células nerviosas, la textura real del sistema nervioso que trituraba definitivamente la teoría reticular y le permitía intuir su función en los procesos mentales que tanto le preocuparon en el pasado. Pero ¿Cómo hacer llegar a las más prestigiosas mentes de la neurobiología y la histología semejante descubrimiento; se encontraba en la misma tesitura que Copérnico, Galileo o Newton? Su pecaminoso hallazgo provocaría un rechazo inmediato en las filas médico-científicas de la época, muchos de cuyos protagonistas cuyo medro iba de la mano del apoyo a través de explicaciones, a veces surrealistas, del principio reticular, no le consentirían el bochorno que ello les iba a provocar.

Y, en efecto, el tenaz aragonés inicia la publicación de una revista que se conocerá como *Revista Trimestral de Histología normal y Patológica*, en la que pone en conocimiento, como siempre de manera muy humilde, del orbe histológico su

descubrimiento; pero, también como siempre, solo recibe el silencio de aquellos foros como respuesta a su entusiasmo investigador. Intensifica sus contactos con revistas europeas a las que se suscribe, vaciando la pobre, pero generosa, alacía de Silveria. La oportunidad se la concedió la reunión en Berlín de la Sociedad Anatómica Alemana que se celebraba en Octubre de 1889, y, naturalmente a expensas del cepillo de la esposa del investigador, ya que le fueron denegadas todas las solicitudes para obtener una subvención.

Su llegada a Berlín no revistió ni siquiera el interés por un turista cualquiera. En los conciliábulos llevados a cabo, día tras día, en el palacio de sesiones de la capital alemana, el científico español no despertaba ni siquiera la curiosidad de aquellos afamados hombres de ciencia que allí habíanse dado cita para conversar acerca de los últimos trabajos que a cada uno de los asistentes le enorgullecía que fuera comentado. Su caja de madera, con el microscopio transportado desde Barcelona, con las preparaciones más representativas al que, cada jornada instalaba sus propios objetivos, que portaba en un bolsillo de su chaleco, despertaba el mismo escaso interés que su modesta persona, pues su sencillo vestir no representaba, para los cánones de la época, especial atractivo.

Finalmente abandonó su humildad de los primeros días y el aragonés pasó al ataque, en sentido figurado naturalmente, reclamando la atención, nada menos que la de Von Kölliker, reputado anatomista suizo, discípulo de Henle, que en aquellos días era considerado uno de los pioneros en la investigación citológica e histológica, y cuya intuición le había llevado a la sospecha de que las células nerviosas bien podían funcionar de manera independiente, en vez de formar parte de una retícula continua. Entonces Von Kölliker observó las preparaciones de Cajal, y Von Kölliker quedó maravillado por aquel descubrimiento, y desde entonces se declaró uno de los seguidores y admiradores más afectos de la obra del español Santiago Ramón y Cajal.

Es notable, incluso, que una autoridad en la histología y devoto intransigente de la teoría reticular, como era Bielschowsky, tras haber vivido la experiencia de las observaciones de Cajal, se manifestó, tal como recoge Laín, en los siguientes términos:

<<Si se valoran objetivamente los argumentos aducidos en pro y en contra del neuronismo, debe decidirse que el núcleo de la doctrina sigue sosteniéndose: en el sistema nervioso no hay más sustancia nerviosa que las células ganglionares y sus prolongaciones... Que los métodos técnicos del futuro puedan conducir a una modificación de este punto de vista, es cosa posible; pero en la actualidad no existe una necesidad de abandonar la doctrina de la neurona>>. (Lain, 1978)

. Madrid. La cátedra, la fama: (1892):

A partir de su éxito en Berlín, por fin sus artículos se divulgaban, se leían y se solicitaban cada vez que su Revista Trimestral aparecía en el mercado, eso sí, sufragada de su propio bolsillo, pues la administración española tenía otros problemas en que invertir sus caudales.

En aquel año, en el que el pintor y escritor catalán Santiago Rusiñol inaugura en Sitges su casa museo, y concretamente el 25 de Marzo, son aprobadas las *Bases per a la constitució regional catalana*, programa para una organización autónoma

de Cataluña, sin duda motivo de alteración y preocupación política para el gobierno Sagasta, los trabajos de Cajal sobre embriología y neurogénesis y su teoría de la polarización neuronal iniciaban un nuevo camino investigador y deductivo. Ya no era un histólogo anatomista, sino que comenzaba, como siempre había sido su anhelo, a deducir la función de la morfología. El pensamiento, los sentimientos, las sensaciones y reacciones de respuesta comenzaban a tener sentido. En este tiempo nacería el sexto de sus hijos, Pilar, y fallecería su amigo y preceptor, el histólogo don Aureliano Maestre. El mismo Cajal relata en sus memorias:

<<E

l buenísimo de don Aureliano, a quién tanto venerábamos sus discípulos, sucumbió a las resultas de un accidente de laboratorio. Una salpicadura de sosa cáustica producida por la ruptura de un frasco determinó la pérdida de la vista a que siguió una pasión de ánimo tan grande, que arrebató en pocos meses al maestro...>> (Ramón y Cajal, 2006)

Este luctuoso acontecimiento deja vacante la cátedra de Histología Normal y Patológica de la que era propietario don Aureliano quien fue el primero en detentar la cátedra de una especialidad que con anterioridad dependía de los anatomistas. Pues a esa cátedra de Histología de Madrid optó don Santiago, en competencia con su amigo Simarro, y la ganó. Mientras se preparaba para los ejercicios, toda su familia se trasladó de Barcelona a Zaragoza, a casa de los abuelos paternos de forma que los gastos familiares no resultaran obstáculo para que el opositor pudiera centrarse en aquella nueva e importante selección.

En la calle de Atocha de la capital de España, en el número 131 duplicado, residiría la familia de Ramón y Cajal desde aquel 1892, el año de la marcha de los campesinos sobre Jerez, en el seno de una campaña anarquista contra el estado, llevada a cabo por un grupo de sindicalistas, revolucionarios profesionales y terroristas, que cada vez toma más auge, desde que en los años setenta fuera implantado por el italiano Fanelli, que en este año llega a vencer al socialismo en el liderazgo de la clase obrera.

Y, precisamente, desde aquel momento comenzó a abrumar la humildad de aquel trabajador aragonés de la ciencia, como a él le gustaba definirse, ante la creciente fama por su labor investigadora, una fama que ya habíase extendido por todo el

continente. Llegaron los reconocimientos y premios: La Royal Society of London invitó al ilustre científico a dictar el discurso anual que se conocía como Croonian Lecture; fue nombrado miembro del Royal College of Physicians; Doctor Honoris Causa por Cambridge; miembro de la Sociedad de Historia Natural; miembro de la Academia Médico-quirúrgica; miembro de la Academia de Roma; Premio “Fauvelle” de la Societé de Biologie; académico de la Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales... Por cierto que en el discurso de ingreso de esta Academia, el 5 de Diciembre de 1897, don Santiago hizo una loa al patriotismo desde el trabajo constante del científico:

<<...A la ruina nos han llevado, más que las ideas que nos faltan los sentimientos e ilusiones que nos sobran... Pensad que, según dijo Carlile “Todavía el valor es un valor”, que todavía el heroísmo es un gran negocio, que todavía la virtud y la disciplina constituyen la fuerza y el prestigio de los pueblos modestos. Renunciad a todo mesianismo ridículo, a toda loca ambición de conquista y proceded, sin pérdida de tiempo, a la obra de nuestra redención con toda la antigua energía y terquedad de la raza... A los profesores de todas clases... les diría: Trabajad más que nunca por la creación de ciencia original y castizamente española... o en otros términos, junto a la retorta, la balanza o el microscopio, poned la bandera nacional que os recuerde constantemente vuestra condición de guerreros (que función de guerra, y hermosísima y patriótica, es arrancar secretos a la naturaleza con la mira de defender y honrar a la patria)... Y los que sintáis más altos anhelos, los que os halléis suficientemente armados para concurrir y luchar en el campo internacional de la indagación científica, literaria o artística redoblad vuestra actividad y vuestro celo. La patria pagará generosamente vuestros esfuerzos, porque España, que jamás escatimó dádivas y aplausos a sabios pretendidos y a inventores frustrados... ¡qué no sería capaz de hacer por los promotores de positivos progresos!>> (Ramón y Cajal, 2006)

Sin lugar a dudas en estos asertos queda compendiado todo un sentimiento de doloroso patriotismo, muy alejado de siniestros matices políticos o armígeros pretendidamente heroicos, que en muchos miembros de la generación del 98 fue motivación, sino primordial, cuando menos culminación y objetivo para otros proyectos de carácter social o político.

Pues en este lapso de tiempo, en 1892 nace Luis, su séptimo hijo, y en el mismo y aciago año de la pérdida de los pobres despojos del que fuera en su día el

poderoso imperio español, 1898, muere su madre, doña Antonia Cajal, al decir de las murmuraciones que se extienden por Zaragoza, de la pena que le embargaba el abandono a que se vio sometida por la infidelidad continuada de su esposo, don Justo, con una mujer con la que el comadreo afirmaba estaba dispuesto a contraer matrimonio cuando enviudara. Santiago rompe toda relación con su padre; nunca más volverá a verle.

Su reciente orfandad, Cuba y España le duelen en el alma:

<<Las deplorables consecuencias del desastre colonial –escribió– fueron dos, a cual más transcendentales: el desvío e inatención del elemento civil hacia las instituciones militares a quienes se imputaban faltas y flaquezas de que fueron responsables gobiernos y partidos, y sobre todo la génesis del separatismo disfrazado de regionalismo. Cataluña, sobre todo, inició una ofensiva a fondo contra el Estado...>> (Anónimo, 1952)

<< ¡Pobre Madrid –continúa–, la supuesta aborrecida sede del imperialismo castellano! ¡Y pobre Castilla, la eterna abandonada por reyes y gobiernos! ¡Qué sarcasmo!...>> (Fernández, 2008)

Su espíritu se ensombreció; el desánimo le condujo, primero a abandonar la investigación y el estudio y después, convencido de que su obligación era dar a la patria algo más de sí mismo, entrar en política. El profesor Ángel González de Pablo, anota:

<< Cajal, a lo largo del último tercio del 98 y de comienzos del 99, bajará a la arena política y publicará en los rotativos unos cuantos artículos dedicados expresamente a la regeneración del país>> (González, 1998)

El mismo Costa trató de reclutar a Cajal para crear un partido político, valiéndose de su reciente ganado prestigio. El mismo Cajal confiesa en carta a Joaquín Costa lo siguiente:

<<El flamante sistema constitucional y parlamentario copiado del extranjero, ya que la máquina electoral, dispuesta para funcionar con el pueblo, marcha sin él, trabajando en vacío y gastándose así mismo como molino sin grano. Sin base en la opinión, casi toda nuestra vida política interior es artificial y puro

convencionalismo.... De esto, y no de ausencia de instrucción y talento, dimana el descrédito de los políticos de partido, perpetuamente empeñados en hacer marchar un tren sin viajeros a través de un país empeñado en que la carreta es el mejor y más higiénico de los vehículos.>> (López, 2000)

Así mismo don Santiago reconoce:

<<... aquel desfallecimiento de la voluntad, que fue general entre las clases cultas de la nación, sacóme del laboratorio, llevándome meses después, cuando la conciencia nacional sacudió su estupor, a la palestra política>> (Durán y Alonso, 1983)

Más aquel episodio no representó sino una manifestación de su espíritu, todavía joven y luchador, cuando cualquier otro hubiera cedido a tal tentación heroica. No obstante nunca se recuperaría del golpe ante el que manifestaría, posteriormente, una actitud que a cualquiera puede resultar sorprendente: un año después del desastre, es decir en el verano de 1899, es invitado por la universidad estadounidense de Clark, en Worcester como uno más de los conferenciantes honoríficos para disertar sobre la estructura de la corteza cerebral. Y muchos pensarán que rehusó, pues no, aquella era la verdadera forma que nuestro sabio tenía de combatir contra los yanquis; su trinchera era su laboratorio y su arma el microscopio y su victoria los aplausos a sus trabajos y las alabanzas que la prensa americana especializada dedicaronle “a un español”, los festejos, recepciones, festines y agasajos, que él refiere en sus memorias... aunque muy probablemente ninguno tuviera la menor idea de donde se encontraba España.

A los postres, recuerda Cajal, como los profesores y estudiantes americanos e ingleses, puestos en pie entonaron sus respectivos himnos nacionales, con un entusiasmo por el que él mismo alcanzó a emocionarse, y reflexiona para nosotros el sabio:

<<... ¿Quién conoce el himno patriótico de la raza hispana? En aquel momento comprendí muchas cosas... Considero, sin embargo, como principales resortes dos cosas totalmente descuidadas en España y en los países de nuestra estirpe: la educación del patriotismo y la inoculación intensiva del espíritu de solidaridad...>> (Ramón y Cajal, 2006)

González de Pablo insiste:

<<Aparte de la faceta de Cajal como renovador científico, la prensa también recogió sus aportaciones como renovador de la sociedad española>> (González, 1998)

Y aquel viaje consiguió desatar su admiración hacia las ciudades americanas, principalmente Boston, y las instituciones educativas estadounidenses, así como el logro de una muy importante colección de fotografías que nuestro apasionado del arte de Daguerre, no podía dejar pasar sin imprimir en cliché.

A su regreso a España continuaron los reconocimientos y premios a su figura y a su trabajo. Así y debido a una grave epidemia de peste bubónica en Portugal, aquel mismo año, fue encargado de la dirección del recién creado Instituto Nacional de Higiene “Alfonso XIII”, con una dotación anual de 3.200 pesetas ¡Una barbaridad! Al menos eso pensó don Santiago con aquella humildad que le caracterizaba; claro que algún tiempo después semejante presupuesto para la investigación habría de ser recortado notablemente. Esto ya le pareció más apropiado al investigador.

En el año de 1900 es nombrado Director del Centro de Investigaciones Biológicas “Alfonso XII”. Se le otorga en París el Premio internacional de Moscú (1900), la Gran Cruz de Isabel la Católica (1901) y la Gran Cruz de Alfonso XII. Aquel mismo año se crea el Laboratorio de Investigaciones Biológicas. Asimismo recibe un homenaje de la Real Academia de Medicina, siendo presidente del gobierno Silvela, en cuyo discurso las referencias patrióticas no dejan de asomar sin rebozo.

En 1902 es nombrado Consejero de Instrucción Pública y empieza a publicarse la revista “*Trabajos del Laboratorio de Investigaciones Biológicas*”. Será por esta época cuando Francisco Tello empieza a trabajar con él, colaborando en las investigaciones que ahora se ven más esclarecidas mediante una nueva tinción con nitrato de plata, cuyo desarrollo inició Simarro.

Cajal publica en 1904 “Textura del Sistema Nervioso del Hombre y los Vertebrados”, quizá su obra más emblemática.

Ese mismo año recibe la noticia, mediante telegrama de su hermano Pedro, a la sazón profesor de la universidad de Zaragoza -donde llegó a ser Presidente de la Real Academia de Medicina, e investigador histológico - de que su padre había muerto. Un torbellino de sentimientos embotan sus sentidos; había muerto el hombre, no un santo, a quien debía todo lo que era. Un hombre de quien heredó su tenacidad y, quizá,

su afán por dedicarse a su trabajo ante todo. Fue un hombre seco de carácter, rudo de sentimientos e impositivo en sus decisiones. Quien conviviera con él nunca recordaría una caricia, ni una actividad compartida que no fuera una obligación. El mismo Santiago colaboró estrecha y frecuentemente con don Justo muchas horas de trabajo y ninguna de juego, pero aquel hombre recto y frágil a la vez, lo que hablaba más claramente de su humanidad, habíale entregado con su ejemplo la ruta a seguir en el camino que le condujo al sitio del que ahora gozaba.

Unas lágrimas resbalaron por las mejillas del insigne investigador. Con toda seguridad su padre había seguido el discurrir de su carrera y habría muerto orgulloso de su hijo, al que admiraban ya en todos los continentes. Pero eso quedó en el fondo de dos corazones porfiados y tercos hasta el punto de no despedirse en el momento supremo del viaje al más allá. ¡Dichoso gen baturro! Con don Justo, aquel médico mediocre que creía que la anatomía lo era todo para un profesional de la medicina, moría también un tiempo pasado, y comenzaba un futuro, que, sin su padre, se hacía más solitario y cuesta arriba; pero eso solo él lo sabía.

La vida seguía para Santiago Ramón y Cajal, y con ella los reconocimientos del mundo científico: Aquel mismo año recibió la medalla de oro Helmholtz de la Academia Imperial de Ciencias de Berlín.

5ª Parte: Guerras y pronunciamientos

La lamentable crisis que humilló a España en 1898, para terminar el siglo, no resultó un hecho aislado o ignoto, que asestara una traicionera puñalada a nuestra patria sin que nadie pudiera preverlo, tenía antecedentes más que suficientes para presagiar sin ninguna duda la caída en desgracia de una nación en donde los intereses políticos barnizados de añejos métodos, más propios de la mentalidad barroca del principio del XVIII, facilitara el expolio sin compasión de una mansión bocelada de blasones de hidalgo abolengo pero sin seguras puertas que defendieran a sus, por otro lado, miserables moradores, de la rapiña del vecindario. Y para muestra del fárrago político que iba pudriendo los, en otra ocasión, sólidos cimientos patrios, vamos a repasar todos los golpes de estado que, desde el estamento militar o civil, contribuyeron a impedir la adecuada gobernabilidad de la nación. En otras palabras, vamos a diseccionar las causas políticas de la gran inestabilidad de España en el siglo XIX. Sirva este relato de mera muestra, que como un hecho distintivo hace de nuestra nación una estructura férrea que goza de sólidos antecedentes en cuestión de guerras y pronunciamientos:

Después de intrigas y traiciones consecutivas a su propio padre, el rey Carlos IV, y de vergonzosa genuflexión ante Napoleón, y engaños e infidelidades al

pueblo español, ya tenemos a Fernando VII entrando en España a bombo y platillo, desde su exilio en Francia (donde, por cierto vivió como un prelado de la Curia Vaticana), como el "Rey Deseado". Naturalmente aquel monarca era un fraude en sí mismo, y después del *Manifiesto de los Persas*, -documento suscrito en Madrid por sesenta y nueve diputados de carácter absolutista, el 12 de Abril de 1814, a la vuelta de Fernando VII de Francia, en el que instan al monarca a desterrar la Constitución e imponer el absolutismo- y una vez que había quedado descubierto el grupo de redactores de la "*Pepa*", que no renunciaron a lo dicho en esta Constitución, redactada el día de San José de 1812, se imponía una política en favor del absolutismo monárquico, que era la idea que el rey felón traía en la cabeza al entrar en España, el 24 de Marzo de 1814. La historia refiere que los defensores de la Constitución de Cádiz pretendían exigir al rey que jure el documento, o ellos se niegan a reconocer su entronización. Más Fernando VII, informado de este extremo, al pie del Moncayo, evita avanzar con su cortejo directamente a Madrid, donde esperábanle los díscolos diputados, y marcha a Valencia, donde se encuentra con los "Persas" apoyados por el general Elio, que pone sus tropas a disposición del monarca, para defender su postura. La persecución de la oposición, a sangre y fuego, estaba servida, y el garrote vil, bien engrasado; la represalia no dio reposo durante mucho tiempo. El pronunciamiento de Elio, contra las Cortes de Cádiz y a favor del rey, puede considerarse el primero de los pronunciamientos del siglo XIX.

He de reconocer que el reinado de Fernando VII no fue un camino de rosas, como no podía ser de otra manera, con semejante monarca, de modo que surge un nuevo problema en el mismo año 1814: El pronunciamiento de Pamplona. Francisco Espoz y Mina, héroe de la Guerra de la Independencia, naturalmente al frente de una banda de guerrilleros, que actuaba en el noreste de la península, fue uno de los facciosos que se negaron a entregar las armas, al finalizar la contienda contra Francia, así como a disolver su grupo de hasta 12.000 hombres, que puso al servicio de la causa liberal, es decir, de la Constitución de 1812 y en contra de la política del rey recién reintegrado. Bien es verdad que antes intentó que el hijo de Carlos IV, le nombrara "Virrey de Navarra", al frente de sus tropas, acosando al rey con tal fin, en la mismísima Corte, rodilla en tierra y besándole la mano, hasta que el garañón coronado se vio forzado de despacharle con cajas destempladas.

Su actividad revolucionaria no solo se limitó a la militar, sino también a la "política", participando en diferentes núcleos clandestinos de agitación. Concretamente en Pamplona llevó a cabo un intento fallido de imponer la Constitución de Cádiz, el 25 de Septiembre, peripecia que tuvo gran resonancia a pesar de su fracaso. Finalmente tuvo que refugiarse en Francia, pero solo cuando se sintió desairado y humillado por el monarca. Como veremos, el *Pronunciamiento de Pamplona* sería uno más de los intentos, manu militari, de imponer un sistema de gobierno por ambas partes, la monarquía absolutista o bien la constitucional, y que, en este caso, acabaría obligando a Fernando VII a recabar la ayuda militar de Francia, cuando se encontró realmente entre la espada y la pared. Hemos de aclarar, en justicia, que Francisco Espoz y Mina, trepó a la posición que ostentaba durante la etapa de resistencia antinapoleónica, valiéndose del prestigio que en ella tenía su sobrino Francisco Javier Mina, (que fue capturado por los franceses, muy probablemente a través de una denuncia) llegando a hacer uso, para potenciar su notoriedad en Navarra, del apellido segundo de su sobrino, cuando estaba seguro de su desaparición. Desde entonces Espoz nunca cesaría de intrigar y participar en otros motines y rebeliones.

Año 1815, el 19 de Septiembre tendrá lugar otro golpe de estado, conocido por los historiadores como El Pronunciamiento de La Coruña, protagonizado por el Mariscal de Campo Juan Díaz Porlier, otro afamado guerrillero durante la Guerra de Independencia. Tras el advenimiento del Rey Deseado a España y la implantación, por el mismo, de una política representativa del absolutismo monárquico, despreciando la Constitución de Cádiz, sintió este militar la llamada hacia la rebelión, y comienza a reunirse, en la Villa y Corte, con sujetos dispuestos a dar un golpe de estado, oponiéndose frontalmente a los firmantes del *Manifiesto de los Persas*. Pero, cuando todo estaba preparado, es traicionado por uno de sus colaboradores más cercanos, detenido y enviado a La Coruña para ser encerrado en el castillo de San Antón. Quizá fuera su prestigio, o la activa manipulación de algún simpatizante con su causa, bien relacionado, el caso es que consiguió salir al poco tiempo con la pena de prisión atenuada, ocurrencia que aprovechará, ya que había fallado en la capital de España, para insistir en protagonizar un levantamiento militar en aquella región gallega. Consigue reunir en torno suyo, a un contingente militar notable, y con él recorre la región tratando de incorporar a su causa a otras unidades del territorio, con las que marchar sobre la capital y forzar al rey a aceptar la Constitución. Pero en uno de sus recorridos, cuando

más descuidado estaba, escribiendo una carta a la luz de una fogata del campamento, es traicionado de nuevo, esta vez por unos sargentos, capturado, juzgado, condenado a muerte y ahorcado allí mismo, en La Coruña. Otro Pronunciamiento, otro golpe de estado fallido contra la autoridad gobernante en España.

Bueno, pues habíamos quedado en que Fernando VII entró en la destrozada España, desde Francia, dando un rodeo por Valencia, para contactar con las tropas del general *Elio*, que le sirvieran de apoyo y de fuerza, para imponer en la capital de la nación su proyecto absolutista, declarando inservible la *Constitución de Cádiz*. Ya hemos comentado que esta actitud provocó rechazo y alborotos en distintos puntos de nuestra geografía, y con frecuencia el intento de golpe de estado. Pues en esta línea, el 21 de Febrero de 1816 se produce una nueva asonada conocida como la Conspiración del Triángulo, protagonizada por el general Ramón Vicente Richart, que encabezaba a un grupo de masones que habíanse repartido la obligación de actuar en partidas de tres personas, no todos militares; cada una a su vez buscaría a otros dos conspiradores y así sucesivamente. Posiblemente se tratara del golpe de estado mejor diseñado de todo el siglo XIX.

Su pretensión era asesinar al rey, cuando pasara por la madrileña Puerta de Alcalá, por donde solía atravesar cuando se dirigía a visitar a alguna amistad de notoria intimidad nocturna, y después proclamar la constitución de 1812. Yo creo que, tratándose de la masonería, su propósito estaba muy lejos de implantar una constitución como la de Cádiz de corte liberal, y, digamos que, democrático. Más bien estoy convencido que, habiendo fracasado la revolución francesa, según las intenciones masonas, pues los gabachos hubieron de revertir muchos de los principios nihilistas, anticristianos y antitradicionales, España, la España destrozada por las tropas del poderoso Napoleón y facilitado por los menguados y capones ejércitos oficiales patrios, con honrosas excepciones, y sin ningún rumbo y dirección política, era la presa adecuada para meterle el diente por parte de las logias franco-españolas. El golpe estaba muy bien preparado, era poco menos que imposible identificar a todos los conscriptos revoltosos, pero, debido a la delación de dos sargentos de la unidad de Richart, las autoridades tuvieron conocimiento del movimiento sedicioso, detuvieron al general Richart, y desbarataron la intentona. En realidad, las detenciones fueron escasas, debido al sistema triangular de recluta que impedía que los implicados se conocieran entre sí.

El general Richart sería ahorcado y decapitado después su cadáver, el 6 de Mayo de 1816, junto con otros 50 inculcados, en la plaza de la Cebada de Madrid.

En el año 1817, el capitán general Luis Lacy y Gautier, a la sazón igualmente masón perteneciente a la "*Logia Constitucional de la Reunión Española*", encabeza, junto con el general Milán del Bosch, desde Cataluña un golpe de estado, a favor de la Constitución de Cádiz. Parece ser que la idea era unir tropas alzadas en armas y marchar con ellas para tomar Barcelona y proclamar allí la Constitución de 1812. Lo cierto es que fueron descubiertos, pero las autoridades catalanas no los tomaron en serio, o no quisieron tomarlos en serio. De modo que el alzamiento armado que tuvo lugar el 4 de Abril de 1817, en Tarragona, estuvo acompañado de un buen número de deserciones entre la tropa que se entregaron a las autoridades, provocando, con ello, el fracaso del pronunciamiento programado. Sería el General Castaños, también masón, el encargado de desbaratar el golpe y detener a los culpables, sin poner en la empresa un empeño francamente esforzado. Es por ello que Milán, escapó, mientras que Lacy, que lo tenía todo dispuesto para huir también, no se sabe porque, se entretuvo, y fue capturado por miembros del Somatén, cuerpo paramilitar civil y popular. Durante el, ya inevitable, proceso de Lacy, el imputado, alegó que no tenía nada que ver en aquel asunto, pero, dada la débil defensa del acusado y a pesar de que a Castaños solo le faltó formar parte de la defensa del reo, no hubo otra solución que fusilarle, ejecución que se llevó a cabo en Mallorca, el 5 de Julio de 1817.

Simultáneamente a su asonada antes expuesta, hizo su aparición otro personaje, cuya andadura por los espinosos caminos de la insurrección y la conjura, se inició en el mismo pronunciamiento que Lacy y Milán del Bosch, que fracasó con ellos, que fue detenido, no fue ejecutado, y que solo estuvo en la cárcel 3 años. Se trataba del general Torrijos, José María de Torrijos, luchador de la Guerra de la Independencia, y perteneciente igualmente a la masonería. Pero como las aventuras sublevacioncitas de este destacado militar nos conducen hasta su definitivo fusilamiento el *11 de Diciembre de 1831*, vamos a dejar el relato de sus temerarias y contumaces hazañas para más adelante.

Así las cosas, el 21 de Septiembre de 1817, el masón y afrancesado, partidario de José I, general Juan Van Halen, que ya había estado en prisión dos años antes, quizá influenciado por Torrijos, comienza la maquinación golpista. También es descubierto,

vuelve a la cárcel, de donde se escapa y huye, nada menos que hasta la Rusia zarista de Alejandro I, con quien la España de Fernando VII tenía muy buenas relaciones, hasta el punto que compró al zar una partida de barcos de guerra. Allí, en las estepas heladas, y concretamente en la bella ciudad de San Petersburgo, fundada por Pedro el Grande, se afincó, llegando a mandar el Regimiento de Dragones del Cáucaso. Pero cuando el Zar convino que aquel militar además de inteligente era conflictivo, no tuvo empacho en devolverle al otro lado de la frontera. A partir de este momento se transformó en un mercenario al servicio del mejor postor, por medio mundo, sin exceptuar su participación, en las Guerras Carlistas. Juan Van Halen, el militar aventurero y mercenario, cosechó tantos éxitos militares como fracasos, siendo encarcelado y condenado a muerte en varias ocasiones, trances de los que se salvó siempre en última instancia de manera casi milagrosa. Murió en 1864.

Siguiendo el relato de aquel incómodo reinado de Fernando VII, ahora llega como un viento huracanado otro golpe de estado contra la institución. Le tocaba al coronel español Joaquín Vidal, considerado también un miembro activo del bando liberal, pero monárquico sin dudas. Junto con grupos levantiscos de su línea de pensamiento, intentó protagonizar en varias ocasiones diversas sublevaciones, aunque con estrepitoso fracaso, para forzar la implantación de la Constitución de 1812, aunque he de confesar que todavía no consigo entender por qué procedimiento lo iba a conseguir desde Valencia, salvo que fuera apoyado por poderes fácticos ocultos, fácilmente reconocibles. Bien, pues como don Joaquín no consiguiera derrocar al rey felón, -porque lo de la famosa Constitución de Cádiz, empieza a parecer un alegato que solo servía de pretexto, dada la manera de actuar de estos salvadores de la patria- no se le ocurre otra idea que proponer como rey al hermano del monarca, Carlos María Isidro de Borbón. Y tengamos en cuenta que hasta 1830, Fernando VII no se decidió a desempolvar la Pragmática Sanción, *anti sálica* que el pusilánime de su padre, Carlos IV, redactó de manera muy medrosa, como todo lo que hacía, pero nunca se llegó a aprobar en Cortes. De modo que semejante propuesta, por parte de Vidal, resultaba un gratuito embeleso, un recurso de cara a la galería, un canto al sol o un derecho al pataleo. Por supuesto este descerebrado proyecto acabó por ser descubierto, como no podía ser de otro modo, y descubiertos también sus implicados que tras una escaramuza, en la que resultó muerto Joaquín Vidal, fueron apresados y finalmente ejecutados. Pero no negaremos al incidente la capacidad de crear una grieta en el trono español que daría

mucho que hablar, porque al infante Don Carlos ya le habían indicado el camino a recorrer, cuyo rastro nunca perdería, dando lugar, finalmente, a las guerras civiles conocidas como Carlistas. Pero de ello ya hablaremos en su momento.

¡Pobre Fernando VII!, lo listo que era para lo malo y para las damas, y lo inútil para lo demás. Porque es que le costaba escarmentar y aprender. Y no pensemos que todos los problemas los tenía dentro de casa, porque hacía años que los dominios españoles en las Américas manifestaban movimientos intestinales que no inspiraban confianza alguna. De este modo, en el año 1819, la sublevación de las colonias de ultramar, cuando menos las continentales, era ya una realidad. Los virreinos de México, Colombia y la provincia de Nueva Granada, que hoy abarcaría Panamá, Ecuador y Venezuela, habíanse levantado en armas exigiendo su independencia. Posteriormente, cuando los liberadores Bolívar y de Paula, cruzaran los Andes seguirían Bolivia y Perú. Pues señor, el rey español se veía obligado a mandar tropas expedicionarias hacia América para reprimir semejantes desórdenes. De modo que esas tropas, desplazadas, en primero instancia, al sur de España, fueron acuartelándose progresivamente en el Puerto de Santa María, con la intención de partir al otro lado del Atlántico. El comandante que fue nombrado para mandarlas fue el general Sarsfield, quien, con motivo de encontrarse indispuerto, se vio precisado a retrasar la partida. Este era el momento que los tenaces masones necesitaban para, a través, principalmente, del intrigante conde de Bisbal, esparcir el descontento entre las tropas, que no experimentaban ningún interés en ser embarcados hacia una guerra, que ni les iba ni les venía, a varios miles de kilómetros de casa, todo sea dicho, e intentar convencer al mismísimo Sarsfield de que se les uniera, junto con aquellos ejércitos, para protagonizar un nuevo golpe de estado contra la autoridad real.

No se puede negar el ansia de algunas personas, con o sin uniforme, por forzar a Fernando VII para que reinara bajo los auspicios de la *Constitución de 1812*, pero, como ya se ha comentado anteriormente, no cabe la menor duda de que "la Pepa" era un pretexto que nos resulta extremadamente difícil de digerir, tanta intentona en cambiar el régimen. En resumen, que fue descubierta la conjura, y enviados a tierras andaluzas ejércitos fieles a la corona que cercaron a las tropas, que se encontraban ya dispuesta en orden de combate en los llanos de Ocaña, y detenidos algunos de los

cabecillas. Como de costumbre, escaparon buena parte de ellos, y sobre todo los conspiradores más apegados a la línea revoltosa de las logias sediciosas.

Hasta el momento llevamos unos cuantos ejemplos de pronunciamientos o golpes de estado, siempre fracasados, algo que no será la sistemática necesaria, como veremos más adelante.

Uno de los pronunciamientos que levantó más polvareda histórica, tanto en su época, como, en lo sucesivo, e incluso hasta nuestros días, en que su protagonista principal, el teniente coronel Rafael de Riego, naturalmente perteneciente a la masonería, al mando de una de las unidades acantonadas en Andalucía para partir hacia América en 1819, como ya comentamos al hablar del frustrado golpe de Sarsfield, decide, igualmente, aprovechar la ocasión, para llevar a cabo un levantamiento militar el 1 de Enero de 1820. La historia oficial afirma que Riego recorrió Andalucía predicando en todos sus pueblos y ciudades el alzamiento en contra del absolutismo real, y a favor de la Constitución de Cádiz. Cuenta la historia que al iniciarse la caza de los insurrectos, el coronel Riego acabó escapando a Extremadura. Los motines planificados escrupulosamente, fueron estallando en otros puntos de España, para enardecer al pueblo, y conseguir, finalmente que el palacio real de Madrid resultara asaltado por las turbas, aquel mismo pueblo que apodó al Fernando VII como el rey "Deseado", el 7 de Marzo. De modo que aquellos amotinados, obligaron a S.M. a firmar la Constitución de 1812, en vista de que el general Ballesteros le convenció que siempre sería mejor eso, que un baño de sangre.

A pesar de que, conociendo al rey, aquella firma tuvo lugar sin ninguna duda sobre papel mojado, por el momento se nombró un nuevo gobierno de corte liberal, y Riego fue nombrado Capitán General de Galicia, luego de Aragón, y después ocupó otros cargos de responsabilidad, hasta llegar a Presidente de las Cortes. Fernando VII podía tener muchos defectos, que los tenía, pero no era un estúpido, y conocía perfectamente al pueblo que gobernaba, de modo que esperó el momento oportuno para actuar, y este llegó, cuando comenzaron a enfrentarse los liberales entre sí y los catalanes a enredar proclamando por su cuenta un gobierno autónomo; ergo los liberales resultaban un peligroso ejemplo. El rey español necesitaba ayuda, y se la pidió, por segunda vez, a Francia, que envió al duque de Angulema al mando de una fuerza que se

conocería como "Los Cien Mil Hijos de San Luis" -que no eran cien mil ni mucho menos-. Riego, quizá confiado por sus éxitos no calculó que iba a ser víctima de la enésima traición, llevada a cabo por su misma gente, y pasó de ser un héroe a ser un rufián. Detenido y acusado de alta traición, sería ejecutado, en la plaza de la Cebada de Madrid, el 7 de Noviembre de 1823, entre los insultos y escupitajos del "respetable pueblo español" que le aclamó algún día y ahora volvía a vitorear al rey Fernando.

Es interesante citar que, mientras se llevaban a cabo los acontecimientos que protagonizó Rafael del Riego, y precisamente, mientras el coronel vivía la ilusión de su encumbramiento político, tuvo lugar, el 4 de Septiembre de 1821, otra conjura republicana en Cataluña, como alternativa al proyecto de Riego, y que quedó en agua de borrajas, pero que debemos contabilizar en nuestra secuencia de golpes de estado. En realidad, no solo es que duró un suspiro la proclama, sino que, inmediatamente los catalanes se unieron a una segunda revuelta monárquica, en contra del mismísimo Riego, que acaudilló el arzobispo de Creus, entre otros.

Hasta la muerte de Fernando VII, en Septiembre de 1833, todavía nos queda bastantes episodios que relatar. Asimismo es interesante resaltar que el efímero éxito de Riego, forzando al rey "Deseado" a firmar la aceptación de la Constitución de Cádiz, en gran parte se la debió a la conspiración llevada a cabo en Galicia el 21 de Febrero de 1820 por el coronel Acevedo y otros oficiales, acto que fue conocido como el "Golpe de la Coruña". En realidad la sublevación gallega formaría parte de la cadena de rebeliones militares que apoyarían a Riego en su propósito, entre los que podemos enumerar también el Pronunciamiento de Ocaña del conde de la Bisbal, el 1 de Marzo del mismo año, y tampoco olvidaremos el levantamiento que protagonizaron los miembros de la Guardia Real, el 7 de Julio de 1822, que fue atacada por el pueblo, por defender al rey. En aquel torbellino los guardias cargaran contra el gentío, y sin que nadie llegara a impedirlo, se produjo una secuencia de despropósitos militares y políticos que habrían de arrastrar consigo asesinatos, unido al intento de disolver los batallones de la Guardia Real por parte del ejército y el ministerio -sin duda un disparate del presidente en ejercicio, Martínez de la Rosa-, el agrupamiento de la Guardia Real en una piña en el Campo de los Guardias, y su enfrentamiento con la milicia contraria al rey, ... Más de lo mismo, que como hemos visto acabaría con la entrada en España de "Los Cien Mil Hijos de San Luis". Verdaderamente, el siglo XIX no daba pausa para

diseñar una gobernación adecuada, a las necesidades que cada vez sumaba más carga en las espaldas de la nación. Pues esto solo es el principio.

En fin, que después de tanto golpe militar contra la monarquía de Fernando VII, que representaba una de las mayores desgracias que ha tenido que sufrir la azarosa España, aunque no la única ni la peor, antes o después tenía que ocurrir. Existe una ley física que afirma que a toda acción se opone una reacción igual y de signo contrario, y ni siquiera en aquella España dislocada se podía ir en contra de las leyes de la física. Lo sorprendente, extravagante e insólito es que tuviera lugar en la Cataluña tradicionalmente republicana, e independentista. El levantamiento de Cataluña, que algunos llaman la Guerra de los Desagraviados, se extendió desde Marzo a Septiembre de 1827, afectando, finalmente, a todo el noreste español, llegándose incluso a establecer la "Junta Suprema Provisional de Gobierno del Principado de Cataluña". En realidad el golpe fue llevado a cabo por los que ahora llamarían "de extrema derecha", es decir, por los que, no solo no aceptaban la Constitución de Cádiz, sino que, incluso exigían el restablecimiento de la Inquisición. Hemos de considerar que este suceso habría de constituir el preludio de lo que después se gestará y alumbrará como el "Carlismo", o movimiento Carlista, es decir el partido que reivindicaba la corona para el hermano de Fernando VII, Carlos María Isidro, bajo el pretexto, que comentaremos más adelante, de la anulación a destiempo de la ley sálica, para que reinara Isabel II, su sobrina.

Ya vimos como el coronel Vidal, cabecilla del pronunciamiento de 1812, propuso el traspaso fraternal de la corona de España. Y en esta oportunidad, tras el levantamiento catalán, naturalmente, estaba la sombra del descontento don Carlos de Borbón que acusaba a su hermano de blando con los constitucionalistas. Pero también formaban parte del grupo levantisco, parte de la Iglesia catalana y un buen puñado de delincuentes comunes, que lucharon en la Guerra de la Independencia contra los franceses, como José Bussons y un tal Llobet, que a las puertas de su ajusticiamiento hicieron gala de su ateísmo rechazando la asistencia de un sacerdote. Desde el punto de vista militar destacó el coronel Rafi Vidal. El rey Fernando tuvo que desplazarse a Cataluña para aplacar los nervios del pueblo, pero dejando las cosas igual de complicadas que estaban al principio.

El levantamiento "pseudocarlista" a favor del extremo absolutismo de Cataluña, del que hemos hablado anteriormente, no fue el único en este sentido que tuvo lugar por estas fechas, en la península, en realidad tuvo lugar en varias provincias más, siendo muy comentado el de la Mancha del 23 de Julio de 1828. Naturalmente al final el episodio no quedó en nada, siendo desbaratado por las tropas de la Guardia Real. Pero he aquí que, cuando las intentonas de golpe por parte de los partidarios de la monarquía no constitucional parecía haber decaído, el 18 de Noviembre de 1830, cuando ya Fernando VII se encontraba prácticamente al final de su vida, tuvo lugar otra intentona golpista de notoriedad mediática: el Mariscal de Campo Francisco Espoz y Mina, como la mayoría de los golpista, luchador de la *Guerra de la Independencia*, que ya había contribuido en la conspiración masónica del Triángulo, para asesinar al rey, apoyó el complot de Riego, salvando el cuello in extremis, el de la Coruña, e incluso, cuando Napoleón se fugó de la isla de Elba, se le ofreció para apoyar su causa a cambio de que el emperador restituyera, manu militari, en el trono español a Carlos IV, padre de Fernando VII, que vivía en Italia; volvió a intentar el golpe contra el rey, recabando la ayuda de Luis Felipe de Orleans, y que inicia penetrando desde Francia por Vascongadas, e intentando el levantamiento de aquellas provincias, a favor de la Constitución de Cádiz, proyecto, cuando menos, curioso en el feudo del Carlismo, es decir "Dios, Patria, Rey".

No termina de parecer la intentona muy inteligente. Además, ya por aquellas fechas, el rey felón había recuperado y proclamado la Pragmática Sanción antisálica redactada por su padre, para permitir reinar a su hija Isabel, que nacería el 10 de Octubre de ese 1830, en previsión de que fuera una niña, como así fue, ya que no había descendencia de varón, si exceptuamos a su hermano *Carlos María Isidro*, a quien aquella medida descompuso definitivamente, al verse relegado por su sobrina. Pues, como era previsible, Espoz y Mina, no solo no consiguió apoyos a su causa en aquellos feudos, sino que tuvo que volver a Francia de prisa y corriendo, empujado por la ira carlista, y mantenerse allí oculto hasta la muerte de Fernando VII, para volver a España y seguir intrigando en el entorno de su viuda María Cristina de Borbón.

El Rey Fernando VII morirá el 29 de Septiembre de 1833. Pues ni siquiera dos años antes, le dejaron en paz; claro que bien merecido se lo tenía. Decir que el general José María de Torrijos y Uriarte resultó otro golpista, sería engañar a la historia,

ya que no se conoce a otra persona a la que le salieran peor todos los proyectos que intentaba llevar a cabo, y fuera tan traicionado y engañado como él. Combatiente en la *Guerra de la Independencia*, como todos, donde obtuvo el generalato, se puso de parte de los partidarios de "La Pepa", por lo que fue encarcelado en 1817 y liberado en 1820. Pero, en virtud de los avatares del reinado del rey Fernando, nuevamente tuvo que exiliarse a Francia y luego a Inglaterra en 1824. En la patria de Shakespeare tomó contacto con ideas de alguna hermandad, que nadie tendrá dificultad en adivinar, cuyas reflexiones y juicios no alcanzó a digerir con facilidad si hacemos caso de sus fracasados movimientos posteriores. El 1 de Diciembre de 1831, embarca hacia España, ante la promesa de hacerle desembarcar secretamente en tierras andaluzas, pero cuando ya divisaba la costa de la patria de Pemán, resulta que le estaba esperando un barco de guerra realista, que comenzó a disparar contra ellos, obligando a su navío a encallar en la playa y a sus ocupantes a escapar tierra adentro, entre las explosiones de las bombas lanzadas por el barco "Neptuno". Su recorrido por campos y pueblos de Andalucía, más se asemejaba a los movimientos de un pobre conejo acosado sin tregua por un cazador. Torrijos, y un puñado de amigos recorría uno tras otro distintos lugares intentando convencer a los naturales de que se unieran a su causa, pero no encontraba un aliado o, al menos, simpatizante, en ninguna localidad; en cualquier cruce de caminos o venta, le estaban esperando las tropas realistas o paisanos dispuestos a delatarle. En realidad, si Torrijos ha pasado a la historia como un héroe patrio, no ha sido por sus éxitos en el terreno golpista, sino por sus ideas, consideradas luminosas por los partidos progresistas, y por un magnífico cuadro de Antonio Gisbert Pérez, que ocupa un lugar preeminente en el Museo del Prado, que representa el fusilamiento de nuestro protagonista y un grupo de sus adeptos, lo que tuvo lugar el 11 de Diciembre de 1831. Y, como hemos adelantado, el 29 de Septiembre de 1833, el "Rey Deseado" "El Rey Felón" el intrigante, el embustero Fernando VII, muere.

Fernando VII había muerto, a pesar de lo cual los problemas en España no habrá manera de que se calmen durante decenios y decenios. Que este calamitoso rey era un problema, generador de problemas, es innegable, pero que los españoles constituyen un país ingobernable, como diría don Amadeo I cuando marchaba tras abdicar, a su tierra natal, es una reflexión que no carece de acierto. En fin que Carlos María Isidro de Borbón, hermano del difunto rey, años hacía que buscaba la oportunidad de embarcarse en la aventura de una guerra civil para calzarse la corona, y

qué mejor pretexto que exhibir su indignación por ser suplantado por su sobrina Isabel, a la sazón menor de edad, como heredera de Fernando VII, ya nadie lo ignora. Y esta será la causa de la muerte de muchos españoles en el transcurso de tres guerras fratricidas, que agotaron gran parte del XIX, conocidas como Guerras Carlistas, cuyos sucesos se desarrollaron entre las siguientes fechas: la primera de 1833 a 1840; la segunda de 1846 a 1849; la tercera de 1872 a 1876, con una revuelta menor, en 1860.

Isabel, hija de Fernando VII fue proclamada reina de España en 1833, tras la muerte de su padre, a pesar de que no fue coronada de manera efectiva hasta que fue considerada mayor de edad, de manera precipitada con 13 años, en 1843. Desde 1833 a 1840, justo lo que duró la Primera Guerra Carlista, actuó como regente la madre y última esposa de Fernando, *María Cristina de Borbón Dos Sicilias*, y desde 1840 a 1843 actuaría como regente el general *Espartero*. Y sería en el noreste de la península, principalmente en Vascongadas y Navarra, tierras de notable arraigo tradicionalista, en donde el clero tuvo un importante papel que representar, donde se inició la contienda. Aragón vio la oportunidad para reivindicar "derechos forales", y Cataluña sus clásicas exigencias.

La Primera Guerra Carlista, que se extendió desde 1833 hasta 1840, comenzó con un levantamiento, el 2 de Octubre, curiosamente del administrador de Correos de Talavera de la Reina. Posteriormente el apoyo a Carlos M^a Isidro de Borbón, se extendió *desde el Ebro al Pirineo, en Valencia y la Mancha*. La guerra civil se había desatado. En Navarra fue destacado, al mando de las tropas carlistas, el coronel Zumalacárregui, quien demostró ser un inteligente, hábil e imprescindible comandante para su causa, consiguiendo notables éxitos ante las tropas de la Regente, evitando en todo momento el enfrentamiento en campo abierto, y haciendo uso de escaramuzas de desgaste del enemigo. Victoria tras victoria, Zumalacárregui desbarató los planes de sucesivos generales isabelinos, entre otros Espoz y Mina, hasta que el 24 de Junio de 1835, al intentar asaltar Bilbao, es herido, muriendo poco después. Para entonces la Reina Regente había conseguido el apoyo de los ingleses. El mando carlista pasó a Fernández Moreno, después a Eguía y posteriormente a Villareal, pero aquellos militares nunca alcanzarían la sagacidad estratégica de Zumalacárregui. De modo que la guerra se estancó sin avanzar ni hacia delante ni hacia atrás, ya que el intento de estos cabecillas de extender el frente por el resto de España, no fue sino un descalabro.

La Nochebuena de 1836 volvieron los Carlistas a asediar Bilbao, pero el general Espartero les esperaba y el asalto resultó un fiasco. Las destituciones en el bando de D. Carlos se sucedieron, hasta que el obispo Abarca, algo más sesudo, consiguió algunas pírricas victorias. En el resto de España nunca se produjeron auténticas batallas, sino más bien escaramuzas en un sistema de guerra de guerrillas. En Mayo de 1837, el bando Carlista inicia una ofensiva en toda regla, desde la bella localidad de Estella, pero fueron finalmente derrotados en *Cataluña, Valencia y Castilla la Nueva*. A pesar de todo, y en un alarde de osadía consiguieron alcanzar las puertas de Madrid, donde Espartero, que les estaba esperando en orden de combate, volvió a derrotarles, de modo que, en Octubre, las tropas carlistas se replegaron y regresaron a sus cuarteles pirenaicos navarros, acosados por el ejército nacional.

Debemos aclarar que tanto descalabro, tras la muerte de Zumalacárregui, no puede achacarse solamente a la ineficacia de los mandos carlistas, sino, principalmente por las pugnas e intrigas que entre las filas comandantes de esta camarilla se producían sin descanso, hasta el punto que Maroto, haciéndose con el mando de las tropas, tuvo que fusilar a varios generales de su ejército, en Febrero del 1839. Así mismo, y en esta línea de confabulaciones, fue asesinado el Conde de España (Roger-Bernard Charles D'Espagne de Ramefort), Capitán General de Cataluña, al servicio de la causa carlista. El único general respetado por todos era Cabrera, y sería este general carlista el que, superado y acosado por el ejército de Espartero, cruzó la frontera con Francia, con todas sus tropas, el 6 de Julio de 1840. Finalizaba la *Primera Guerra civil Carlista*.

Pero no podía ser creíble que Carlos M^a Isidro, se diera por vencido por un "contratiempo aislado" como su derrota en la primera intentona. De modo que en 1846, cuando le negaron un matrimonio de compromiso con su joven sobrina Isabel, se indignó sobremanera y alborotó a los catalanes para que se levantaran en armas, precisamente aquellas que les llegaban desde Bélgica, e iniciaran una guerra de guerrillas, que llevaron a cabo mediante partidas mandadas por comandantes locales (seglares o clericales), que se encargaron de desbaratar Pavía, Concha y Narváez, en correcta coordinación. Estamos inmersos en la Segunda Guerra Carlista. Pero pronto se apercibieron los carlistas que por este procedimiento de combates aislados, no conseguían ningún éxito, de modo que hubieron de reclamar la presencia del único

hombre capaz de organizar y vincular aquel caos, en 1848: Cabrera, militar excesivamente duro y portador de un nulo tacto político, que aceptó la colaboración para la causa carlista, e incluso de facciones republicanas. En Enero de 1849, Cabrera fue herido en combate, aunque consiguió escapar de milagro. El resto de las tropas serían desbaratadas por el Marqués del Duero, a la sazón *Capitán General de Cataluña*. Finalmente en Mayo de 1849 el levantamiento había sido sofocado, concluyendo de este modo la *Segunda Guerra Carlista*, centrada, casi por completo en Cataluña, salvo alguna escaramuza en Navarra, Soria o Burgos.

En 1852 nacía Santiago Ramón y Cajal.

La Tercera Guerra Carlista, que comenzó en 1872 y concluyó en 1876, resultaría la más compleja de las tres, pues, con ella, los partidarios de la línea Carlista, expresaron su disconformidad, mediante las armas, no solo por la elección de Isabel II, sino también de Amadeo I de Saboya e incluso de Alfonso XII. Pero durante el tiempo en que tenían lugar las Guerras civiles Carlistas, ocurrieron cosas que debemos comentar.

En estos momentos tiene lugar el conocido como Motín de la Granja de San Ildefonso, lugar donde la Reina Regente María Cristina, pasaba el verano de 1836, en el palacio, mandado construir por Felipe V, y que resulta ser el palacio real edificado en una cota que es la más alta de Europa, concretamente en la sierra segoviana. Pues resulta que el 12 de Agosto, los sargentos de uno de los regimientos de la Guardia Real se amotinaron y rodearon la residencia, secuestrando a la Regente y exigiéndole que firmara un Real Decreto para que fuera editada la Constitución de Cádiz. Un buen número de altos oficiales respaldaba el golpe. Naturalmente M^a Cristina no tuvo otro remedio que aceptar. A renglón seguido de este suceso, tuvieron lugar varios amotinamientos militares, en diversas localidades de Andalucía, Extremadura, Aragón, Valencia y Barcelona. Todos estos actos de rebelión estaban dirigidos por Mendizábal, a la sazón *Presidente del Gobierno*, nombrado en el cargo por la misma M^a Cristina, y que era masón, Como también lo eran el mismo *Espartero*, el *Duque de Rivas*, *Méndez Vigo*, *Alcalá Galiano*, *Calatrava*, *García Camba*, *Arguelles*, *Joaquín M^a López*, *Alcalá Zamora*, *Fernández de los Ríos*... Mejor sería puntualizar quien no era masón de entre los altos cargos de la administración pública, el ejército y el comercio, en aquel

tormentoso siglo XIX. En cuanto a Mendizábal, habremos de considerar, para completar su biografía, que además era de origen judío, algo que procuraba ocultar.

Aclaremos que la situación política de la Regente M^a Cristina era bastante precaria. A pesar de su innata capacidad para intrigar, ella a su vez estaba rodeada de profesionales de la confabulación, logiacas en su mayoría, tanto o más peligrosos que ella misma. Los despropósitos gubernamentales se continuaban en secuencia ininterrumpida, de modo que, poniendo como pretexto su disconformidad con la ley de Ayuntamientos, promovida por los partidarios cristinos, según la cual la corona pasaría a controlar a los gobiernos locales -algo que en las regiones forales encendió las alarmas-, Espartero impone su prestigio y dando un golpe de autoridad y poder sobre la reina, consiguió ser nombrado corregente en 1840. En esta situación, el apuesto general de tan afamado bridón, pretendió forzar la anulación de la antedicha ley, y que se convocaran elecciones. La situación de inestabilidad ya había trascendido a la calle y se produjeron altercados y manifestaciones. La Regente apenas cuenta con apoyos, por lo que decide exiliarse a París, en 1841, desde donde le será más fácil maniobrar.

Espartero, impositivo y poco político llega a enfrentarse a los partidos que se oponían a su causa progresista, e incluso también a una parte de su propio partido. El Pronunciamiento de Espartero está consumado. Esta situación dará lugar a un golpe de estado dentro del golpe de estado. Se pronuncian Diego de León, O'donnell y Narváez, junto a un puñado de civiles, en Septiembre de 1841. Para su proyecto golpista habían pedido ayuda a los carlistas, pero estos decidieron que aquel asunto no era de su incumbencia y evitaron compartir causa, sobre todo para ver como acababa. No obstante, Barcelona, aprovechando que la situación de conflictividad y desorientación, se constituye en gobierno autónomo. El entusiasmo popular y político por D. Baldomero Espartero, había decaído de tal manera que la frialdad le rodeaba por donde pasaba; a pesar de ello el Regente, que no conocía métodos pacíficos ni diplomáticos, decreta Estado de Sitio. El Parlamento se pone de uñas, y los catalanes no digamos. Espartero se queda solo.

Desde París también se están manejando los hilos en contra de Espartero. El regente fuerza unas nuevas elecciones, que pierde. La Junta de Cataluña le destituye por su cuenta, y nombra al coronel Prim (Pronunciamiento de Prim). Se producen pronunciamientos militares por todo el territorio nacional, con tintes de revolución.

Espartero saca sus tropas y es derrotado en Torrejón de Ardoz por Narváez, el 22 de Julio de 1843. A Narváez se le unen, el ya comentado coronel Prim y el general Serrano. El 30 de Mayo de 1843, Baldomero Fernández Espartero Álvarez de Toro, acaba marchando hacia el exilio a Londres.

Históricamente nos encontramos inmersos en un periodo en el que, todos estos acontecimientos armados, habían conseguido, ante todo, independientemente de trabar y entorpecer el menor atisbo de bonanza gubernativa, y qué decir de desviar presupuestos al avance tecnológico y científico, tan de nuestro interés para el fundamento de este trabajo, fortalecer el poder de los militares de un modo soberbio, condición que también habrá de perdurar durante el primer tercio del siglo XX. La situación, durante la época que estamos retratando era de enorme inestabilidad política, social y militar, es más yo añadiría de terrible desconcierto, y, como consecuencia, desgobernabilidad. La futura Isabel II tenía 10 años.

Con la reina incapaz de ostentar de manera efectiva la corona, pues era menor de edad, el permanente ruido de sables por manejar a su antojo un interino poder, pero fundamentalmente para dejar impresa su voluntad en el consiguiente gobierno de la futura corona, es continuo. En medio de tanta intriga política, y maniobras militares un día sí y otro no, -por cierto que en Reus sería Milans del Bosch, quien protagonizaría el levantamiento en toda Cataluña contra Espartero- el general Zurbano saca las tropas a la calle desde Barcelona. El coronel Prim marcha a Reus, su ciudad natal, donde dirige una entusiasta arenga a los nativos de la localidad. Espartero, como sabemos, acaba por marchar a Inglaterra, cuando, tanto las tropas de Prim desde Reus, como las de los ejércitos conservadores, desde Valencia, marchan, a uña de caballo sobre Madrid. Narváez y Prim acabarán por hacerse con la situación. Pero, una vez que el coronel hubo salido de Reus, creyendo pacificada la región, se produce un nuevo levantamiento, de modo que Prim es enviado de nuevo al foco del conflicto, con la autoridad de Gobernador Militar de Barcelona, a su región de origen. Nada más llegar, ordena una carga contra los rebeldes y a golpe de sable acaba con la subversión. Tras esta acción es ascendido a general.

Usando como protagonista al, desde este momento, general Prim, porque este prestigioso y aguerrido militar, que además era de carácter impositivo y enérgico, indócil, tozudo e indisciplinado, por naturaleza, portará en su levita, y a través de una

vida apasionante y extravagante a veces, el empuje y la iniciativa de fundamentales acontecimientos que habrán de llegar en los años sucesivos. El devenir histórico del siglo XIX demuestra que España vivía en una permanente guerra civil, al menos las dos terceras partes de su existencia, pues la cantidad de golpes de estado, con o sin trascendencia y efecto, ya fueran de carácter nacional o bien local, y las sublevaciones y motines, eran interminables. Lo que equivale a decir que la inestabilidad política, y sobre todo social y económica, dominaba, dramáticamente, el panorama patrio, algo fundamental de entender cuando llegue el momento de hablar de la generación del 98, y, como no, el esfuerzo de Cajal por sacar adelante tanto trabajo, y tanta entrega a su proyecto, sin el más mínimo apoyo por parte del estamento administrativo, en una España que más parecía un patio de monipodio.

En fin que dado el panorama, en el mismo año en que la jovencita Isabel II cumplía los 13 años, y era declarada mayor de edad para gobernar y tenía lugar un intento de golpe de estado más, en la línea de lo que ya era, más que una costumbre, un pernicioso vicio. Cualquiera diría que no se había encontrado otro modo de oponerse al rival, al adversario político, que no fuera mediante el consabido motín. Pues bien, este episodio se conoce como el Pronunciamiento de Lugo, el ocurrido el 2 de Abril de 1846: El coronel Miguel Solís y Cuetos, impulsado por un ánimo regionalista, se deja embaucar por células civiles de profesionales e intelectuales, y lanza las tropas a su mando, concretamente el 2º Regimiento de Zamora a los caminos gallegos, en demanda de apoyo a sus pretensiones. En realidad, independientemente de tratarse de un pronunciamiento más, trufado de los mismos condicionantes que hasta ahora hemos podido analizar someramente, podemos considerar que se trató de la primera insurrección de carácter independentista gallego de la historia. En definitiva, que los apoyos del coronel Solís, ya nombrado Capitán General de Galicia, eran tan débiles que no le resultó difícil, al ejército gubernamental, mandado por Gutiérrez de la Concha, derrotarle en las afueras de Santiago de Compostela. Algunos insurrectos consiguieron huir a Portugal, pero la mayoría de los rebeldes serían ejecutados a los pocos días; él mismo será fusilado.

Bien pues nuevamente nos encontramos en medio de la Segunda Guerra Carlista, que daría inicio con el Levantamiento de Ros de Eroles, así conocido *Bartolomé Porredón*, experto comandante a las órdenes de Zumalacárregui en

la Primera Guerra Carlista, e instalados al comienzo del reinado de Isabel II, en el año 1848. En Europa, particularmente en Inglaterra, tienen lugar levantamientos y motines de origen revolucionario en relación con las doctrinas divulgadas por Marx y Engels, en su Manifiesto Comunista. La revolución liberal se extiende por Europa. Hemos de tener presente que los términos liberal o conservador, a mediados del siglo XIX, no albergaban el mismo contenido conceptual, ni mucho menos, que el que tiene en la actualidad. No obstante la mayoría de los historiadores cree que sobre el alzamiento civil de 1848, que se produjo con más incidencia en Madrid y Andalucía, planeaba la influencia de aquellas nuevas ideas importadas del Viejo Continente. Pero no hemos de olvidar que semanas después de producirse la insurrección civil, el Regimiento España de la capital, se unió a los levantiscos. Sea como fuere, el *gobierno Narváez*, inmerso en la Guerra Civil de Cataluña con los seguidores de Carlos VII, y aguantando las crisis históricas de una reina adolescente maleducada y caprichosa, entretenida en sus galanteos cortesanos, no estaba para solventar decisiones de calado salomónico, y el fusilamiento de los implicados dio por concluido el asunto. O al menos eso creía Narváez. No puede evitarse la tentación de creer que la inacabable sucesión de motines, pronunciamientos y golpes de estado, que tienen lugar a lo largo del siglo XIX (y también algunos del XX), tuvieron como razón desencadenante la exigencia ante el gobierno de turno de que aceptara la implantación de una ley suprema de carácter liberal, como la Constitución de 1812. Pero eso no era así, pues los intereses implicados en estos sucesos, además, iban desde la seducción por desestabilizar el sistema para provocar un cambio de régimen -no solo de gobierno-, y de hacerse con el poder para introducir doctrinas determinadas en la sociedad, hasta, simplemente cambiar un mandatario, un rey o un gobierno, o controlar el poder militar, religioso o económico del momento. Esta reflexión creo que quedará patente a lo largo de este recorrido histórico por nuestros personales golpes de estado durante un siglo y medio de duración.

Tras concluir la Segunda Guerra Carlista y hasta el comienzo de la Tercera, en 1872, tuvieron lugar sucesos de notable interés para nuestros propósitos, aunque desde 1848, fin de los levantamientos de Madrid y del Regimiento España, hubo un periodo de relativa calma, hasta que en 1854 –Cajal tenía dos años y su familia se encontraba domiciliada entre las localidades de Larrés y Luna- se organizó un alboroto de gran envergadura que se ha llegado a conocer como La Vicalvarada. La verdad es

que el suceso revistió gran magnitud. El 28 de Junio de 1854 se produce un levantamiento militar, un golpe de estado militar, encabezado por dos primeros "espadas": O'donell y Dulce y, cómo no, con la colaboración inteligente de Espartero. Durante el levantamiento, el pueblo soberano de Madrid, con la asistencia militar, asaltan e incendian edificios públicos, e incluso los domicilios privados de miembros del gobierno, linchando hasta la muerte a algunos representantes públicos, como el jefe de la policía, y atacando e incendiando los palacios de los nobles de la capital. Pero una vez que se restableció la tranquilidad en las calles y edificios públicos, resultó que los dos vencedores de la asonada, y beneficiados del golpe con sendos cargos como *Presidente del Consejo de Ministros*, y *Ministro de la Guerra*, a saber, respectivamente *Espartero* y *O'donell*, habían conseguido ser, el primero: *Príncipe de Vergara, duque de la Victoria, de Luchana y Morella y Vizconde de Banderas*; y el segundo: *Conde de Lucena*.

Total que durante dos años, más o menos, España tuvo un gobierno "liberal", hasta que, inevitablemente, O'donell y Espartero entraron en conflicto. La Reina apoyó al primero y Espartero se tuvo que retirar cabizbajo a la Rioja. ¿Y porque doña Isabel otorgó su apoyo a O'donell? Pues muy sencillo, porque previamente le había otorgado otros bienes corporales y no le iba a desairar, aunque la historia nos ha demostrado que tampoco le importaba lo más mínimo a la reina humillar a quien fuera menester, en honor a su capricho; en realidad sería solo uno de una larga lista que no incluía a su esposo. Claro que el fajado armígero demostró entender poco de mujeres, pues cuando la veinteañera soberana se cansó de la aventura, abrióle la puerta de salida a la calle y nombró de nuevo a Narváez. En fin, todo muy español; volvimos a las mismas después de un montón de muertos, vergonzosos proceder y migajas liberales para el pueblo.

El gobierno de Isabel II no se caracterizó, precisamente, por sus aciertos, pero sí por sus apoyos a ciertos militares en detrimento de otros que ambicionaban ese favor. En aquella época el poder real de los generales y su influencia en la acción política era un hecho insuperable; tanto se les había consentido y utilizado para los propósitos de la corona durante años, que ahora, a ver quien les negaba ninguna sinecura. Pues sucedió que la mala administración y la nefasta gobernación del país dio, en 1865, al traste con la fiscalidad del estado provocando la irreparable ruina del tesoro

público. Los vasallos escapaban a las Américas, y especialmente a Cuba, en busca de mejor provecho. Hubo quien comenzó a divulgar, en la Universidad y sobre panfletos de propagación pública, la necesidad de volver a desamortizar los bienes de la Iglesia. A ello respondió, por un lado, el gobierno Narváez con la prohibición de proclamar en las cátedras opiniones contrarias al Concordato firmado en 1851 entre Bravo Murillo y la Santa Sede, según el cual se devolvía a la Iglesia el dominio de los bienes desamortizados anteriormente, y por otro lado la reacción de Isabel II, cediendo el 75% de los bienes de la corona para ayudar a tapar el enorme agujero que el cofre estatal presentaba. Este gesto sería generalmente aplaudido por la mayoría, salvo por Castelar, a la sazón catedrático de Historia, que firmó un manifiesto en que afirmaba que el otro 25% de los bienes de la corona también pertenecían al pueblo, y acusaba a la reina de apropiación indebida. El Ministro de Fomento Alcalá Galiano exigió al Rector de la Universidad que destituyera a Castelar. El Rector Montalbán dijo que no aceptaba la orden, y fueron destituidos ambos. Los estudiantes se niegan a transigir con aquel atropello, y el día 10 de Abril de 1865, *la noche de San Daniel*, se manifiestan en la Puerta del Sol, donde les estaban esperando tropas, allí reunidas, que dispararon y cargaron a la bayoneta contra los manifestantes, provocando un saldo de 14 muertos y 193 heridos. Y digo yo ¿Qué tendrá la Puerta del Sol madrileña?

El hartazgo general sobre una política errática de años, quedó rematada por este abuso de poder de la cartera Narváez, dando lugar a un nuevo golpe militar, protagonizado en esta ocasión por el rebelde e impositivo general Juan Prim, que levantó a varios regimientos en la localidad de Villarejo de Salvanés, y marchó sobre Madrid, donde le aguardaba O'donnell al mando de los ejércitos fieles a la corona. Más, por el camino, los principales mandos comenzaron a desertar, de modo que Prim optó por no llegar hasta la capital y escapar a Portugal facilitando que la conjura quedara desbaratada. El pronunciamiento fracasó pero ello sirvió, conociendo a Prim, de aviso a Isabel. Fue un primer ensayo. El futuro nos lo demostrará.

Poco después de la experiencia frustrada de Villarejo de Salvanés, y, como ya comentamos, atravesando una situación económica calamitosa, que, por cierto, coincidía, y era consecuencia, con una crisis económica europea y bancaria nacional, en absoluto puede afirmarse que la calma hubiera alcanzado a las bayonetas y la burguesía que las apoyaba. Una nueva sublevación se preparaba para final de Junio de 1866, bien

planeada en principio, aunque el capitán Baltasar Hidalgo, que actuaba en nombre de *democráticos y progresistas*, en contra de la postura de los *liberales* de O'donnell, se precipitó e inició el motín en el Cuartel de San Gil de Artillería de Madrid, con intención de asaltar el Palacio Real, secuestrar a la Reina y derribar la monarquía. Las tropas revoltosas, victoriosas en un principio, consiguieron llegar hasta la Puerta del Sol, donde fueron, definitivamente detenidas por los batallones enviados por Serrano, Narváez, Hoyos y Zabala. Los combates se prolongaron hasta la noche, comenzando a retroceder los rebeldes a la presión de los leales a la Reina, hasta el mismo cuartel de San Gil, donde se hicieron fuertes. El asalto al cuartel duró hasta el amanecer, resultando un auténtico baño de sangre. Una vez concluidos los combates, al alba del día siguiente, tendría lugar el juicio sumarísimo de los culpables, y posterior, e inmediato fusilamiento, en las tapias de la plaza de toros de Alcalá. La insurrección del Cuartel de San Gil, resultaría uno de los episodios golpistas más ferozmente cruentos de todo el siglo XIX, si consideramos lo limitado del espacio en que tuvo lugar en virtud de una decisión audaz y resuelta de sus protagonistas, precursor inmediato del definitivo pronunciamiento que acabaría con el reinado de Isabel II, y, temporalmente, del reinado de los Borbones y en general, aunque de manera provisional y efímera, de la monarquía.

Finalmente hemos alcanzado un momento decisivo en la historia del siglo XIX, sobre el que daremos unas pinceladas. Para cualquiera que tuviera dos dedos de frente el reinado Isabel II, cuyos aciertos durante su gobierno pueden contarse con los dedos de una sola mano -y desde luego muy inferiores que el número de sus amantes-, estaba sentenciado a muerte, aunque la soberbia de la monarca no le permitía darse cuenta; sus días como reina de España estaban contados.

Así las cosas, mientras Su Majestad se encontraba de vacaciones en San Sebastián con uno de sus amantes, al parecer Marfori, en Septiembre de 1868, y habiendo muerto O'donnell el año anterior, con lo que su partido liberal distribuyó sus adeptos entre republicanos, progresistas, demócratas y nuevos liberales, pudo contemplar con cierto desdén, como el almirante Topete desembarcaba en Cádiz seguido por la armada y parte del ejército al mando de Serrano, Prim -que había salido disfrazado desde Londres hasta Gibraltar-, y varios altos militares más. A esta sublevación se conoce en la historia como LA GLORIOSA. Tras la lectura de una proclama revolucionaria contra Isabel, se toma la decisión de extrañar a la reina y hacerse con el gobierno del país, -pero, sorprendentemente, para volver a nombrar un

nuevo rey- postura a la que se sumaron fuerzas más radicales que buscaban implantar una revolución burguesa o incluso social.

Muere Narváez. Según avanzan los ejércitos revoltosos hacia el norte, se les va uniendo una gran parte de las fuerzas, salvo un grupo, mandados por Pavía, que apenas ofrecieron una tenue resistencia en tierras de Alcolea. Isabel II, empezó a ver las cosas francamente turbias y no dudó en pasar la frontera, y exiliarse en Francia. El golpe había prosperado. Se formó un gobierno provisional regentado por Serrano y ocupando Prim la cartera de Estado, y posteriormente la de Guerra y Jefatura del Gobierno. En la mente de cualquier persona sensata se trataba de un presidente de alguna nueva república, Serrano, y un primer ministro, Prim, o al menos así lo debieron interpretar los republicanos; pues no. Muy pronto quedará claro que el prestigio de Juan Prim eclipsaba con mucho al del regente Serrano. A partir de entonces España comenzará una etapa histórica nueva, con consecuencias insospechadas.

Bien pues hemos llegado a un momento cumbre en la historia de España del siglo XIX. Finalmente, después de tantos intentos de golpe de estado, la Monarquía Borbónica es destronada, mediante una asonada militar. Y en esta ocasión, ¿tuvieron algo que ver los masones? Pues en realidad el general Prim era masón, al igual que el almirante Topete y Serrano; lo mismo que los anteriores implicados Lacy, Milans del Bosch, Riego, Torrijos, O'donnell, Daoiz, Palafox, Espoz y Mina, Castaños y el mismo Espartero... o, entre los civiles: Mendizábal, Manuel Becerra, Cea Bermúdez, Pi i Margall, Zorrilla, Sagasta, Castelar, y muchos más. Otra cosa es que resultara determinante la susodicha adscripción, que yo no creo, con la asonada.

Ya habían expulsado a Isabel II ¡Por fin! No pudieron con el padre, pero sí con la hija. Bien ¿Y ahora qué? Se había constituido un gobierno de transición, de conveniencia, y unas Cortes de aliño, pero había que darle una continuidad a la política nacional. Claro que el levantamiento lo habían llevado a cabo cada uno con una idea distinta. Y como no, los republicanos y afines, no albergaban la más mínima intención de volver a apoyar una corona. Pero el hombre más poderoso, influyente y paladín popular era Prim, que odiaba a Isabel y despreciaba a los Borbones, aunque ya dejó clara su postura monárquica cuando afirmó que <<Mientras yo viva la república jamás, jamás, jamás...>> (Diego, 2003 y Jiménez, 2009)) Y probablemente esos tres "jamás" constituyeron su sentencia de muerte.

En fin, que estamos en medio de “una forzada monarquía sin rey”. Pues había que buscar un rey. Bien es verdad que, al menos por entonces, la mayoría del resto de las fuerzas políticas, confortadas, de momento, por la expulsión de Isabel II, aceptaron la jugada sin pensar demasiado. Y el Parlamento votó por mayoría esta solución de compromiso: la búsqueda de un monarca adecuado, adquirió caracteres de extravagante astracanada. Se formularon y se rechazaron varias propuestas, de las cuales la primera, a favor de Leopoldo de Hohenzollern, príncipe de Prusia, fue el resultado de las negociaciones entre Prim y Bismarck, y causa de la inquietud de la corona francesa y de la guerra Franco-Prusiana; por ello se acabó desestimando esta posibilidad. La última carta de Prim señalaba a D. Amadeo de Saboya, duque de Aosta e hijo segundo del primer rey italiano Víctor Manuel II. El Parlamento Español aprobó el nombramiento de Amadeo de Saboya, como Amadeo I, -después de que las Cortes Constituyentes aceptara, con una mayoría de parlamentarios, decretar España como una Monarquía Parlamentaria, en 1869- atestiguado como un rey católico y progresista.

Como digo, el 16 de Noviembre de 1870, es aceptada la entronización de D. Amadeo, por las Cortes, por *191 votos a favor, 101 en contra, y 19 en blanco*. Es muy importante considerar que, de los votos en contra, *solo 63 eran republicanos*, el resto de los oponentes a la propuesta apostaban por un descendiente Borbón, la mayoría por el mentecato de Montpensier, y el resto por la línea isabelina o carlista. No obstante, no podemos engañarnos pensando que las cifras congresuales eran representativas del sentir ciudadano. En realidad, dentro de los representantes borbónicos, los isabelinos, donde se encerraba la práctica totalidad de la aristocracia y la Iglesia, apenas encarnaban una pequeña minoría, pero la realidad era otra, pues el poder real de estos estamentos era arrollador. Por su lado la Iglesia no le perdonaba a don Amadeo que fuera hijo del rey de Italia que había entrado en conflicto con los Estados Pontificios, en tanto que la aristocracia, desde el primer día, se le enfrentó, tratando de humillarlo, pues no consentían que se instalara un monarca -todos eran monárquicos- sin la condición de descendiente de la tradicional rama que consideraban limpiamente española: la borbónica. Este rey, para ellos, era un advenedizo.

Finalmente, los poderes fácticos, tras haber enviado una delegación a Italia para rogarle que recibiera la corona española, y haber asesinado, casi de inmediato, al

poderoso general Prim, le hicieron al duque de Aosta la vida insoportable, llegando a intentar asesinarle, junto a su esposa, mientras viajaban en coche descubierto, haciendo imposible la gobernabilidad de la nación –una vez más-, y no pararon hasta expulsarle, junto con su familia, como si fuera un leproso ¡Los mismos que le reclamaron como rey! para establecer una surrealista república, La Primera República española, a favor de la que votaron parlamentarios que se habían declarado manifiestamente monárquicos anteriormente; si no fuera así, hubiera sido imposible esta opción. Muchos otros se habían pasado al bando carlista. El asunto era coronar un Borbón como fuera y quien fuera.

Sobre este sainete monárquico-republicano, el Marqués de Valdeiglesias afirma en sus memorias:

<<El pueblo español es monárquico, lo fue, de la dinastía de los Trastámara, de la de los Austrias, de la de los Borbones; si ahora este representante de la casa de Saboya resultara un gran rey, si con su energía y dotes de gobierno consiguiera aliviar las desgracias de España, ¿Sería patriótico organizar una guerra civil y oponer las masas alfonsinas a las masas saboyanas?>> (Valdeiglesias, 1952)

Y en otro momento opinaba:

<<Le apoyaba –a don Amadeo- el antiguo partido progresista, pero sin su inteligente caudillo –el general Prim-; los unionistas estaban descontentos por el fracaso de la candidatura de la mujer de Montpensier y los demócratas condicionaban su apoyo a que formaran o no ellos parte del gobierno. Como jefes de las huestes amadeistas figuraban Sagasta y Ruiz Zorrilla... Era Ruiz Zorrilla hombre de escasa capacidad y cultura (recuerdo aquel anuncio de que estaba elaborando varios proyectos civiles y “criminales... Sagasta (cuyo verdadero nombre era Juan Mateo y Escolar...) era hombre Sagaz, de buen sentido, enemigo de exageraciones, representante de la burguesía liberal y utilitaria y político a la antigua...>> (Valdeiglesias, 1952)

A lo que añadía más adelante:

<<... porque antes del 73 habíamos ya pasado por los levantamientos liberales que contribuyeron a que se perdieran las colonias –del continente sudamericano-; por una larga guerra de independencia; por la carlista del 21 al 23; por el segundo levantamiento carlista en que se luchaba contra el Cantón; por los levantamientos de

Cabrera y Montemolín de 1849; por la guerra de Cataluña llamada de los "Malcontents" (1826); por la matanza de los frailes, y alternándose o simultaneándose con la guerras civiles por las "purificaciones" y persecuciones de todo género, asonadas, motines, cuarteladas y pronunciamientos que saturaron la patria de desolación y de ruina...>> (Valdeiglesias, 1952)

Una vez instaurada la Primera República, básicamente por los "monárquicos", los mismos que aclamaron y luego expulsaron a D. Amadeo de Saboya, el 11 de Febrero de 1873, que solo duró un año escaso, periodo de tiempo en el que contó con cuatro Presidentes, y ha pasado a la historia como una de las experiencias políticas más calamitosas y violentas, el General Pavía da por concluido el experimento, por las bravas, es decir mediante un golpe de estado más con bastantes coincidencias con el conocido como el 23-F de nuestra generación. Los debates en sesión del Parlamento de los diputados en esos once meses, más parecían asambleas de una facultad universitaria. Las broncas, los insultos y amenazas, los "chaqueterismos" que ahora llamamos transfuguismo, y el total desgobierno eran la tónica dominante. La nación caía en picado; el paro, la miseria del pueblo, el hambre, las enfermedades y la creciente emigración...Parecía que a nadie venía a importarle lo más mínimo en el hemisferio.

En estas circunstancias se produjo un nuevo golpe de estado. Se estaba votando la dimisión del último presidente de aquella triste República, Emilio Castelar, que perdió su puesto por 191 votos a favor de su dimisión, frente 101 en contra -la misma proporción que atrajo, para su desgracia, a D. Amadeo de Saboya a este desventurado país-, y el nombre de su sustituto, cuando el General Pavía formó ante el edificio del Parlamento a sus tropas y ordenó a la Guardia Civil que entrara en el salón de sesiones, y procediera a la disolución de la Cámara. El terror se apoderó de aquellos diputados que dieron un ejemplo de "gallardía" saltando por las ventanas, y alguno de ellos huyendo por los tejados para refugiarse en una casa de latrocinio. Y así se produjo el final de la Primera República Española, que comenzó, como siempre, con la redacción de una constitución progresista, antes, o en vez de ponerse a la tarea de ayudar al pueblo a combatir su penuria, porque las constituciones no se comen.

Ramón y Cajal partía hacia Cuba, donde otra guerra hispana paralela le reclamaba.

La idea general es que la declaración de la Primera República, al contrario que la Segunda, resultó un experimento pacífico, más fue tan revolucionario – y no se conoce revolución civilizada e isquémica- y brutal como cualquier tránsito revolucionario de régimen político. Como muestra, en sus memorias, Alfredo Escobar relata lo acontecido al alcalde de Alcoy:

<<... *solo por aconsejar a las masas cierta moderación en beneficio de la República, que decían querer defender, le arrojaron a la calle desde el balcón del Ayuntamiento, le cortaron las orejas antes de matarle, y aquellos bárbaros se las comieron asadas...*
>> (Valdeiglesias, 1952)

En definitiva que otra penosa experiencia política. Hay que recordar que Pavía era republicano, de modo que después de la asonada, con aquella exhibición militar y de la tradicional falta de bizarría y arresto de los padres de la patria, el general Serrano aceptó formar gobierno en una “República de concentración”, el mismo general Serrano que hacía reverencias ante Isabel II limpiando el suelo –de su dormitorio- con el sombrero. Gobernó el militar durante unos meses, prescindiendo del Parlamento, como un "dictador republicano", hasta que el 29 de Diciembre de 1874 (Cajal tenía 22 años y hacía ocho meses que había sido destinado a Cuba), el general Martínez Campos, apoyado por Cánovas, se pronunció en Sagunto, acabando con aquel desconcierto pseudorepublicano y dando paso a la restauración borbónica en la persona de Alfonso, hijo de Isabel II.

Hemos de hacer en este momento dos anotaciones: En primer lugar, la bandera de la España de la Primera República era roja y gualda, como la actual, solo variaba el escudo, la tricolor solo se erigió durante la Segunda República. En segundo lugar que en el corto lapso de tiempo que duró la experiencia republicana, se produjeron en España tres guerras civiles, a saber: La Tercera Guerra Carlista, la Sublevación Cantonal y la primera Guerra de Cuba. Tengamos en cuenta que por aquel entonces España, además del actual territorio peninsular, los dos archipiélagos de Baleares y Canarias, y las ciudades de Ceuta y Melilla, también formaban parte del territorio nacional Cuba, Marruecos y Filipinas. Pero ¿Cómo iba a existir un control parlamentario o militar de la revuelta en Cuba, a más de siete mil kilómetros de distancia, si estos estamentos eran incapaces de sostener la política nacional al menos una docena de años que calificaríamos de venturosos?

*

Llegando a este punto, y arriesgándome a resultar excesivamente prolijo en las descripciones, que, no obstante, he procurado concentrar al máximo y solo para que sirvieran de expresión y muestra de la triste situación de una época que terminaría con España arrastrada por el fango, no vamos a tener más remedio que hablar de la Tercera Guerra Carlista, que comenzó en 1872 y concluyó cuatro años después. La embestida del pretendiente a la corona, "Carlos VII", recorrió los periodos comprendidos por el reinado de *Amadeo I, la Primera República, y el comienzo del reinado de Alfonso XII.*

Así como la Segunda Guerra Carlista, estuvo localizada, casi exclusivamente en Cataluña, en esta tercera edición la mayor parte de la revuelta ocupó el territorio vasco-navarro, sin excluir los pagos catalanes y de Castilla la Nueva. El pretexto para iniciar este levantamiento habría de ser la reclamación de los fueros que habían sido abolidos por el primer Borbón Felipe V, como represalia a las provincias que se habían puesto de parte de su oponente, y perdieron la Guerra Civil de Sucesión. Pero ya, en esta ocasión el general carlista Cabrera, una autoridad entre las fuerzas revoltosas, había dimitido de su cargo retirándose de toda actividad guerrillera; ello restó eficacia a las acciones militares de los portadores de la boina roja. No obstante no hay que negar intrepidez a los carlistas quienes, por ejemplo, llegaron a tomar Olot, en tierras catalanas, e incluso la ciudad de Cuenca, pero, a pesar de todo, su trayectoria militar iba de derrota en derrota. Para acabar de arreglar la falta de apoyo popular, cuando se produjo el golpe de estado del General Martínez Campos, que acabó de darle la puntilla a la República, declarando rey de España al hijo de Isabel II, muchos monárquicos parlamentarios abandonaron el bando carlista para unirse al nuevo partido alfonsino y entre ellos, principalmente, la Iglesia y la aristocracia. Es más, el mismo Cabrera se declaró, oficialmente, partidario de Alfonso XII. La suerte estaba echada, pues cuando el nuevo rey de España, Alfonso XII, entraba en territorio español por Navarra, el 28 de Febrero de 1876, el ejército nacional expulsaba a su oponente Carlos VII junto con los restos de sus guerrilleros, allende los Pirineos. De esta manera se dio fin a las Guerras Carlistas, aunque el espíritu que las inspiró, nunca se ha abandonado en el territorio vasco-navarro.

*

Pero me es imposible concluir aquí este capítulo puesto que nos hemos dejado atrás dos episodios revolucionarios de gran fuste, que vamos a recuperar. En primer lugar vamos a hablar de la Primera Guerra de Marruecos, guerra civil igualmente, puesto que Marruecos también era España. El conflicto tuvo lugar durante el reinado de Isabel II, entre los años 1859 y 60, aunque ya los maronitas andaban provocando desde hacía bastantes años, acosando a las ciudades y destacamentos españoles, como habitualmente es su estilo de guerra de guerrillas: ataco, mato a media docena y me marchó antes de que puedan reaccionar. De modo que, en Agosto de 1859, tras un ataque de los agarenos a un desprevenido fuerte español, el general O'donell, comisionado por el Congreso en África, así como de los gobiernos francés y británico, es autorizado a declarar la guerra al sultán de Marruecos. Es curioso comprobar que en Vascongadas y Cataluña se produjo una efervescencia patriótica, que llevó a los jóvenes de estas provincias, y principalmente entre los carlistas, a alistarse voluntarios entre las fuerzas combatientes, camino de "la Guerra de África". Habría de ser el general Prim quien mandara las tropas de reserva de la expedición y quien finalmente alcanzaría a ser considerado como un héroe por su arrojo en la campaña marroquí. La guerra comenzó el 17 de Diciembre de 1859 con la toma de Tetuán y Tánger, cuando Cajal contaba 7 años de edad, y concluyó con la victoria española el 26 de Abril del año siguiente. El número de tropas expedicionarias españolas se acercaba a las cincuenta mil. España conseguiría ampliar el territorio norteafricano que hasta entonces venía gobernando.

En segundo lugar, en Octubre de 1868, la Cuba española se levanta en armas contra el gobierno exigiendo la independencia de la isla; el conflicto duraría diez años. La verdad es que, si la sensibilidad del gobierno provisional, y sus antecesores, hubieran manifestado una mayor apertura y cercanía hacia los nativos cubanos, a los que se trataba como esclavos, o en el caso más favorable, no se les consentía ejercer cargos públicos, expresarse en libertad o tener acceso al comercio de los productos de la isla, principalmente la caña de azúcar, quizá se hubiera evitado la sangrienta revuelta. Lo cierto es que, muy al contrario, España aumentó la diferencia de clases y la colonia de españoles emigrantes, tanto civiles como militares, para incrementar la presión y control sobre el nativo. Después de diez interminables años de combates y miles de muertos por ambas partes -en el bando español, gran parte de ellos debido a enfermedades tropicales para las que no existía defensa-, finalmente se llegó a un

convenio de compromiso, conocido como la paz de Zanjón, que no resolvía nada y que solo aplazó el conflicto unos años, para volver a reanudarse con mayor virulencia en 1895, con la decisiva intervención de los EEUU que, como notables descendientes de los bucaneros ingleses, dieron medida de la valía imperialista de la raza yanqui.

Hemos comentado dos "guerras civiles", dos revoluciones en la España de finales del siglo XIX, la primera de Cuba y la primera de África, puesto que estos dos territorios eran España igualmente en aquella época. Habíamos entronizado, también, al hijo de Isabel II, Alfonso XII, que la historia conoce como "El Pacificador", que reinó desde el pronunciamiento de Martínez Campos en 1875, hasta su muerte por tuberculosis en 1885, diez años que se quedaron en nada, porque gobernar, lo que se dice gobernar, gobernó cuatro o a lo sumo cinco. En realidad lo peor del reinado del final del siglo, se lo tuvo que digerir como pudo, a la muerte del rey, la regente, su segunda esposa M^a Cristina de Augsburgo (o Habsburgo), por cierto una gran señora, a la que Alfonso amargó la existencia, con su desprecio, el tiempo que vivieron juntos. Y sería justo al año siguiente de la muerte del rey, cuando el General Villacampa, tiene la ocurrencia de pronunciarse, en 1886, con la intención de proclamar una república, en vista del éxito obtenido por la *Primera República* española.

Tres años antes Ruiz Zorrilla, a la sazón ministro de Fomento Gracia y Justicia en el gobierno provisional de Serrano, Jefe de Gobierno con don Amadeo I y Gran Maestro del Gran Oriente de España, había intentado lo mismo tímidamente, y con un pie en Francia, por si las moscas, fracasando en su tentativa principalmente debido a la falta de entusiasmo demostrado por las fuerzas convocadas. Villacampa habíase afiliado al partido republicano de Zorrilla y ensayó una nueva cruzada republicana, pero, nuevamente las tropas desertaron cuando se dirigía hacia Alcalá de Henares. El general salió de estampida, pero fue apresado y condenado a muerte por alta traición. Sería el Presidente del Gobierno Sagasta, quien finalmente le concedería el indulto.

En este momento no me resisto a expresar una reflexión que se me cae de la pluma: Después de la exposición que hemos llevado a cabo, a nadie puede caber la duda de la falta de patriotismo, de eficacia y, por qué no decirlo, de honor del estamento militar del siglo XIX, y gran parte del XX, algo que habría de perjudicar gravemente a la política que resolvería los conflictos de Cuba y también de Marruecos, en donde las

matanzas ocurridas en las guerras con los agarenos en el Rif, de 1911 a 1927, resultó una masacre de jóvenes españoles, y en gran parte por este motivo.

En resumen que el acontecimiento, que cobardemente había aprovechado la muerte del rey y creía provechosa la debilidad de la regente, para dar un golpe de estado y provocar un cambio de régimen, se remató con la caída del gobierno de Sagasta. Si se tuviera la curiosidad histórica de contar el número de golpes de estado, revueltas y confrontaciones civiles que hemos comentado hasta la fecha, se podrían comprobar dos cosas: primero que esta costumbre forma parte de la tradición política de nuestra nación, y en segundo lugar que todo lo ocurrido en el recientemente concluido siglo XX, no es más que la continuación del frangollo ibérico del XIX.

Pues bien, esta era la atolondrada España, rica en efemérides de hidalguía histórica, resonar de trompetas e inveterados hechos de heroico honor sin par – recordando siempre la gesta de Guzmán el Bueno- en la que tuvo que trabajar el futuro Premio Nobel; una España con un pasado hinchado y envanecido, un futuro de los más incierto y un presente que permitía a su intensa y extenuante labor investigadora muy pocos momentos de satisfacción y reconocimiento profesional.

Y todavía nos queda la gran Guerra de Cuba, en 1898 con la pérdida de todas nuestras posesiones de ultramar, antes de rematar con agónica tristeza un siglo que dejará en la memoria de nuestra tierra, de aquellos que les preocupa la verdadera memoria histórica, la semilla que germinará en los dramas desatados en el siguiente siglo... y los que vivió don Santiago Ramón y Cajal a lo largo de una vida nada cómoda ni propicia, social y científicamente, para alcanzar las grandes cotas de ejemplar eficiencia investigadora, de patriotismo indiscutible y de un espíritu humanístico que yo me atrevo a comparar con Leonardo da Vinci o Einstein.

Ahora quizá sea el momento de insistir en una apostilla que hemos venido haciendo durante todo el relato de los pronunciamientos militares sucedidos a lo largo del azaroso siglo XIX, que en palabras de Federico Sánchez Aguilar (1999), que en su obra “España Desgajada”, en el capítulo que dedica a Francisco Javier Mina nos ilustra:

<<La participación de la masonería en los acontecimientos de América se hacía más notoria según se iba desarrollando la contienda que enfrentaba a realistas y republicanos o patriotas. Las logias peninsulares o ultramarinas, enmarcadas en la

causa liberal concomitaban a través de agentes que iban y venían con la complicidad de Inglaterra y Francia, tradicionales opositoras al imperio español.

Buena prueba de ello fue la presencia en la Nueva España de Francisca Javier Mina, un navarro de Idoín, que, tras haber participado activamente en la Guerra de la Independencia, se integró en una logia francesa>>. (Sánchez Aguilar, 1999)

6ª Parte: Crisis política y económica

Gran parte del descalabro nacional, considerado así en todos los ámbitos sociales, ya puede deducirse de todo lo relatado hasta el momento con el rigor histórico que merece este trabajo. Quizá nos habíamos olvidado de un factor desestabilizador que poco a poco adquirió notoriedad, en toda Europa, hasta afincarse como una metástasis en todas las sociedades occidentales, cada una de las cuales reaccionó ante su influencia según su idiosincrasia y situación social.

Las células marxistas habían creado para el último cuarto del siglo, núcleos de asociaciones obreras apoyadas en el progresivo desarrollo del maquinismo fabril y dirigidas a implantar un sistema político que siguiera la ideología que preconizaba que el poder y el capital debería encontrarse en manos de los trabajadores.

Por otro lado el anarquismo se había retratado como un procedimiento político sin política, un “partido” sin líderes ni ideología, un método de reconstrucción social basado en la destrucción social y el asesinato –hoy diríamos el terrorismo- como sistema desestabilizador aunque sin pretender estabilidad social alguna. A su acción política y a la de los grupos de izquierdas, no cabe duda que colaboraba la “institución” tan ibérica del cacique, sobre la que Ramón y Cajal, en la reunión que se celebró en el Ateneo de Madrid con la presencia física o el apoyo expreso de Rafael Altamira, Vital Aza, Tomás Bretón, Álvarez Builla, Ramos Carrión, Joaquín Costa, Federico Rubio, Unamuno, Galdós, Pi y Margall, Gumersindo de Azcárate, Emilia Pardo Bazán y otros, y en la que Cajal se expresaba de la siguiente forma:

<<La definitiva desaparición del cacique (en caso de ser realizable) será la obra del tiempo y de la cultura nacional. El desarrollo de la ciencia y de la industria, la política hidráulica...; la mejoría de los procedimientos de la agricultura y de la ganadería, fomentarán la prosperidad nacional, la cual suscitará el bienestar y la instrucción de los humildes, traerá una conciencia más clara de los deberes sociales y desarrollará el sentido político, hoy casi enteramente adormecido...>> (Lewy, 1987)

A pesar de todo ello en 1875, podemos observar el éxito que el marxismo lograba introduciéndose en el mundo laboral mediante un método, un sistema bien dirigido, y es por ello que fue dividido el territorio nacional en nueve comarcas, para las que destacaron comisionados, intermediarias con la federal, que dieran mayor empuje al organigrama, cuyo único punto era la revolución, bien por las armas o bien a través de

la huelga destructora del sistema capitalista que, de cualquier forma, terminaría igualmente en el enfrentamiento armado.

Pues por fin ya podemos valorar históricamente que el lento despertar de una España competitiva a la par que otras naciones, en un cambio hacia nuevos conceptos y sistemas, hubo de resignar cualquier proyecto a tanto obstáculo aparentemente insalvable, y que en aquella España, enferma gravemente desde finales del XVIII de una guerra de desgaste con Francia, tenía consecuencias mucho más severas que en el resto de Europa. Así ocurrió con la crisis agrícola y pecuaria que afectó a todo el viejo continente en los últimos veinticinco años del XIX y que obligaría a los gobiernos a tomar medidas restrictivas e impopulares que solo favorecerían a políticas marxistas y anarquistas, al amparo de una demografía descontrolada, empobrecida y querellante, lo que Carlos Dardé (Dardé, 1996) denomina sociedad de masas, y todo ello considerando que el índice de mortalidad y analfabetismo para España resultaba de notable severidad.

El empobrecimiento, pues, del agro, trajo consigo una emigración hacia las ciudades, notablemente más acentuada en Cataluña, y hacia las Américas, en busca de ventura a través de la aventura, durante todo el siglo XIX y hasta la debacle finisecular, cuando el regreso precipitado de todo el que pudo sobrevivir acentuó aún más la cifra de desempleo.

Algo habría de mitigar el descalabro socio-económico, el repunte de la minería, actividad potenciada por la demanda industrial del carbón y el acero, aunque de alto riesgo para el trabajador, mal pagado y sumido en un mundo de condiciones inhumanas para su salud y su libertad. La miseria era superior, para esta gente que la ya de por sí enquistada en la sociedad española.

Siguiendo la información que aporta Carlos Dardé, en España, en datos de población, se pasó de unos dieciséis millones y medio de habitantes, en 1877, a crecer en dos millones más en 23 años. Igualmente desde 1881 a 1900, la natalidad se mantuvo más o menos equilibrada rondando 35 por cada 1000 habitantes, mientras la mortalidad en el mismo periodo descendía lentamente desde 32,6 a 28,2 por cada 1000 habitantes. Naturalmente, en estas condiciones, el paro alcanzaría cifras preocupantes; la ocupación por sectores quedarían reflejadas, para el mismo lapso de tiempo en un inalterable 64%

para el campo; en la industria se pasó del 15 % en 1877 al 17,4% en 1900, estabilizándose en los últimos años en que se saturó la industria de obreros inmigrantes; y en el sector servicios descendió la ocupación de un 20,6 % al 17,8% en esos veintitrés años. (Dardé, 1996)

Ya tratamos las condiciones higiénicas del Madrid de la época con datos y reseñas obtenidas de la prensa y no es caso de profundizar más en el tema pero la idea sigue siendo la misma, sobre la que también hemos insistido: España sostenía a duras penas los flecos de lo que en un pasado fue un imperio poderoso, en tanto su situación social, económica y política conducía aquella destartada y vieja nave hacia peligrosos arrecifes que acabarían destruyéndola, ante los expectante y dolidos ojos de aquellos intelectuales que, nietos de un romanticismo desgarrador y desgarrado, e hijos de las dos corrientes literarias que continuaron la línea social en el arte de la pluma, el Realismo-Naturalismo por un lado, y el Modernismo, por otro, arrastráronse heridos de muerte ante la contemplación del inminente fallecimiento de la patria hacia la tierra literaria que conocemos como Generación del 98. La iniciática expansión económica de los años setenta, espejismo provocado por la finalización de la guerra carlista, que suscitó un aliento de prometedora estabilidad, a través de la mencionada crisis agraria, la economía nacional se desplomaría con la pérdida de las colonias y, con ello, de la que fuera durante casi cuatro siglos una inyección de riqueza que tradicionalmente había protegido las arcas hispánicas.

Nada favorecerían a la cuestión social y económica las despiadadas diatribas de Salmerón y Castelar en las Cortes, señalando a la corona como culpable del desastre, pero sin aportar la más mínima idea de progreso. Carlos Serrano, como refiere Dardé, escribía:

<<Los republicanos no consiguieron elaborar una estrategia que les permitiera canalizar a su favor el creciente malestar engendrado por las guerras, sino que, por el contrario, quisieron ser más y mejores que los monárquicos pero en su propio terreno, en lugar de parecer otros>>. (Dardé, 1996)

Y en tanto que una oposición compuesta por los impenitentes republicanos, los carlistas que año tras año irían a menos sin remedio, los partidos marxistas (socialistas y comunistas), que acabarían identificándose con progresistas, en tanto que

los liberales derrotarían hacia posturas moderadas, y los anarquistas, no eran capaces de aportar remedios eficaces y creíbles a la penosa situación, científicos como Santiago Ramón y Cajal trabajaban para España, a contracorriente y sin ningún apoyo institucional, obteniendo, no obstante y con el tiempo y un gran esfuerzo, la consideración internacional que nunca lograron la política, la milicia ni los remedios mesiánicos. Cajal en esta situación tuvo que superar la enorme carga de la losa pesada y profunda que las naciones desarrolladas cargaron sobre las espaldas de nuestro hombre de ciencia. En realidad sobre los trabajos de Cajal existía notable desconocimiento internacional y, lo que es más grave, nacional, aún después de recibir el Premio Nobel. España no poseía crédito ante las naciones, pues mientras países como Estados Unidos, Alemania e Italia, que recientemente habíanse unificado desde un password de pequeños estados en naciones grandes y poderosas, o una Francia que a pesar de sus recientes avatares renacía de sus cenizas, nuestro país, aparentemente empeñado en su autodestrucción, solo representaba desprestigio e ignominia.

Más no podemos descuidar un análisis histórico de mayor rigor, después de haber descrito de manera detallada tantos y tan afilados escollos que la nación española hubo que sortear, con diversa fortuna, durante el noveciento, para adentrarse a trompicones en el siglo XX, el siglo de los dramas sociales. En realidad resulta de todo punto inevitable pensar qué tiene el español, cuya tendencia política hacia la corrupción y la calamidad política donde más vale el yo y mis circunstancias, parafraseando a Ortega, que el interés general, a despecho de un mínimo patriotismo que parece consuetudinario con su ser, quizás un genotipo que le hace comportarse de una manera peculiarmente encanallada y humillante para con su patria y con sus intereses. ¿Qué le ha faltado al español en su historia que otros países conservan para el provecho ciudadano? Pues si damos marcha atrás en la historia, al español le ha faltado Renacimiento, pues de la Edad Media dio un salto sin maduración renacentista hacia la Ilustración, que había de durar bien poco, vuelta a la monarquía absolutista (y voluntaria de un patético rey que ha pasado a la historia como “el deseado”), no impuesta, y, tras resultar el caldo de cultivo más preciado para las doctrinas extremistas, alcanzar una guerra civil entre las tendencias comunista y fascista que presidieron las razones reactivas en toda Europa, y ante una situación social y económica indigerible.

Y ¿porque estamos entrando en semejante debate?, Los países europeos, pasada la gravísima enfermedad medieval de la que, en un momento dado se propusieron salir a toda costa, transformaron su sociedad en una nueva colectividad, con un nuevo grupo social que tiraría del carro de la reforma, distinto de las tres clases que caracterizaba a la sociedad medieval (el poder real y la nobleza, el clero y el pueblo llano), que hoy denominamos clase media y cuyo antecedente renacentista europeo sería la burguesía. El Renacimiento volvió sus ojos al pasado greco-romano y trajo hacia sí, aparte del arte y la cultura, una manera de pensar y de vivir. Fueron desapareciendo los castillos feudales rodeados de la aldea a la que daban protección a cambio de ser mantenidas, con inhumanos impuestos, las dos clases dominantes: la militar y la eclesiástica. La industria de estos países se abrió a otras tierras, se potenció el comercio y los adinerados burgueses, comerciantes, colonizaron las ciudades creando riqueza, no solo, que también, para sí mismos, sino para la sociedad en general, que se desplazó a estos núcleos urbanos dotados con industria y comercio (tejidos, vidrio, armamento, construcciones navales, óptica y maquinaria, industria maderera y cantera, química, y sobre todo banqueros, la mayoría de origen judío); y junto a esa burguesía asentada que vaciaron los castillos y fortalezas y crearon ricas ciudades (Países Bajos, Alemania, norte de Italia, Inglaterra y noroeste francés), y facilitaron el establecimiento de inventores, músicos, astrónomos, artesanos al servicio de la nueva industria, médicos... las cortes se convirtieron en un mosaico de posibilidades para crear riqueza que, en general, se supo aprovechar; ese fue el Renacimiento europeo.

En España, el rígido orden social de los Austrias no permitió semejante evolución sino, muy al contrario, se mantuvo bajo el dominio medieval del poder monárquico y el de la Iglesia hasta más allá de la Ilustración, prácticamente hasta el siglo XIX, si tenemos en cuenta que la Guerra de Independencia , que nos guste o no, no fue sino una guerra civil, muchas veces entre facciones casi tribales, entre desarrapados y marginados sociales por no decir delincuentes, provocó un retraso en la sociedad española de muchas décadas. Mientras que el resto de Europa se afanaba en levantar un Renacimiento, con sus luces y sus sombras, que extraería de la triste etapa medieval a sus ciudadanos (apelativo correcto para ellos desde entonces) y elevaría el estatus económico y social de sus comunidades, en España se mantenían los castillos medievales y todo lo que de feudal conllevaba esta arcaica sociedad. A las ciudades no se desplazaron burgueses, porque la industria y el comercio eran prácticamente

inexistentes, salvo en puntos muy concretos del litoral, no apareciendo esta clase social hasta después de la Guerra de la Independencia, casi al tiempo de la revolución industrial británica. La economía española se basaba en la mesta ganadera, el grano de Castilla y al aceite de Andalucía, y quienes se desplazaron al abrigo de la corte real fueron precisamente la aristocracia, la nobleza venida a menos, gente que no solo no creaba riqueza sino que se dedicaba al fanfarroneo cortesano y el despilfarro de su propio capital en favor de la consecución de cargos que les permitieran vivir de rentas, sin tener que trabajar, y mientras mantener su hidalguía y abolengo a base de lances gentiles y rivalidades de capa y espada (don Juan). Así nació el hidalgo, cuyo origen, en el siglo XVI ya fue tratado, con la hábil sorna que le caracterizaba, por Miguel de Cervantes.

De esta forma hemos llegado a un patético siglo XIX en el cual los espadones militares y los poderes de intriga fueron quienes marcaron la marcha de la política nacional, hasta la penosa crisis de 1898, y a un desconcierto socio-político en que se llegó a intercambiar a la nobleza envilecida, haragana y farfullera por una pandilla de políticos al arrimo de la corona, que igualmente se mantenían entre lances, sin capa y espada (duque de Montpensier, tío y suegro de Alfonso XII) y prebendas cortesanas, pero absurdos discursos incomprensibles hasta para ellos, y no digamos para el pueblo, estúpidos debates de "honor" político en el Parlamento, y la creación de una, muy provechosa para sus fines, "democracia" antipatriótica e incluso apátrida, que lo único que pretendía era mantener la situación neo-medieval allí donde puedan mantenerse, aunque sin esfuerzo, ni dignidad, ni honor, ante uno de los pueblos más ignorantes y retrasados de toda Europa. No me cabe duda, a España le ha hecho falta vivir un Renacimiento y escapar de esa mentalidad medieval y de mísero y estrafalario inútil hidalgo. Recordemos que el escritor Puente y Brañas que redactó el libreto de una zarzuela titulada Pepe-Hillo, con música del maestro Cereceda, en un pasaje nos deja estos versos que bien vienen a reflejar la esquelética "virtud" de la hidalguía española: "*Esta capa que me tapa tan pobre y raída está, que solo porque se va se reconoce que es-capa*". (Vega. 1952)

Santiago Ramón y Cajal, hombre ilustrado, de mente liberal, alma patriótica y conciencia de trabajador de la ciencia, no encontró sino dificultades para

llevar a cabo su misión investigadora a pesar de su nula implicación política, salvo los escasos meses que a este camino le condujo el drama de Cuba.

7ª Parte: Pérdida de las colonias:

Pero, una vez comprobada la calamidad política y social que supuso el siglo XIX ¿Cómo se pudo producir el desastre de las colonias? El caos definitivo del siglo y motivo de la congoja de un grupo de intelectuales que fueron englobados en la común denominación de La Generación del 98, donde en los relatos al uso son todos los que están pero no están todos los que son.

Christophe Charle, profesor de historia contemporánea de la Universidad de Paris, observa que:

<<La historia de España, al igual que la de Rusia, oscila permanentemente entre el aislamiento y la apertura frente al mundo exterior. Los periodos de aislamiento sirven de provecho a las fuerzas conservadoras tradicionales (Estado, Iglesia); los de apertura, a los grupos sociales emergentes, entre ellos a los intelectuales. La crisis nacional que se desencadena en 1898 como consecuencia de la derrota frente a los Estados Unidos, lo mismo que la Guerra de Crimea en Rusia durante los años setenta y la derrota en 1871 en la Francia de los años ochenta, crea un clima favorable para los reformistas y su proyecto de “renovación” y de apertura a la modernidad. Así se explica la expresión “Generación del 98” con que suele designarse en la historiografía a los intelectuales españoles de aquella época. Los propios interesados justifican con esta fecha simbólica el papel que reclaman para sí>> (Charle, 2000)

Comentario, no obstante, incompleto de información y rigor pues que no fueron, efectivamente, todos los intelectuales españoles de la época quienes contribuyeron con su labor literaria o artística a extender tal sentimiento a todo el tejido ilustrado de la nación, algunos en virtud de su juventud en el momento del luctuoso episodio del 98, como Juan Ramón Jiménez que contaba diecisiete años, y reconocido como miembro notable del Modernismo-Simbolismo, junto con Eduardo Marquina, Ricardo Gil, Bacarisse, Agustín de Foxá y algún otro noventayochista que terminó pasándose a sus filas como los hermanos Machado o Valle Inclán, que más bien abrirán la portilla a la Generación del 27, o bien, por el contrario, otros de edad proveya a final del siglo como Núñez de Arce, Galdós, Clarín, Pardo Bazán, Campoamor o el mismo Rubén Darío, más inclinado a beber de las fuentes de estos ilustres escritores, e incluso de Becker, pertenecientes al Realismo post-romántico y seguidores del pensamiento del Stendhal o Balzac.

*

El 10 de Octubre de 1868, un grupo de propietarios rurales, al frente de los cuales se encontraban Manuel Céspedes y Francisco Aguilera, en Damajagua proclaman la independencia de Cuba. Ocupan la aldea de Yara y desde allí se extiende en pocos meses por las provincias del Oriente y Camagüey; finalmente se crea un ejército revolucionario. Los comerciantes de tabaco y café, partidarios del esclavismo, radicalizan sus posturas. La guerra que se desató durará diez años, una guerra que poco faltó para que le costara la vida al capitán Santiago Ramón y Cajal

El 31 de Octubre de 1873, el buque de guerra español *Tornado* apresaa al mercante norteamericano *Virginus*, que transportaba insurrectos cubanos a la isla, -un intento con muchas semejanzas al posterior en el tiempo, de la Bahía de Cochinos. La posesión de la bella isla caribeña ha sido y es una de las mayores ansias de los Estados Unidos, dada su situación y su riqueza, y para lo cual, ni entonces ni ahora escatimaran esfuerzo ni cualquier bellaca intriga. En el incidente de 1873 son fusilados 57 de los tripulantes.

*

En realidad, la nueva guerra de independencia cubana, reavivada a fin del siglo, naturalmente con la contribución del cuarto poder yanqui, había estallado en Baire, el 23 de Febrero de 1895, población de la provincia del oriente de la isla, donde se concentraba el grupo más numeroso de patriotas dispuestos a alzarse en armas. Al mismo tiempo en otros puntos de Oriente y de Matanzas, la rebelión también se inicia, casi simultáneamente. La orden de alzamiento se había dado el 29 de Enero, tras el fracaso motivado por una delación, del plan trazado por José Martí para invadir la isla en tres expediciones coordinando desde los Estados Unidos, con levantamientos internos. El gobernador de Cuba, general Calleja, prometió el indulto a quienes depusieran las armas y logró controlar la situación en Matanzas. No tuvo el mismo éxito en Oriente, donde la revolución se extendió con rapidez.

José Martí, líder del movimiento revolucionario cubano en Santo Domingo, se preparaba ya para viajar a Cuba, pero el 19 de Mayo de 1895 muere en una escaramuza con las tropas del coronel Sandoval, en la provincia del levante. A pesar de todo la revolución no se detiene, al amparo de los Estados Unidos, bajo el directorio de

Antonio Maceo, quien no cesó en su combate de guerrillas contra las tropas españolas hasta que moría a causa de una bala perdida el 7 de Diciembre de 1896.

En Febrero de 1897, con el objeto de atraer a los cubanos a la causa de España en detrimento de los EEUU –que anulan la labor militar española con su apoyo manifiesto-, el gobierno español publica un decreto que concede a Cuba una amplísima autonomía, pero, para entonces, la tentativa resulta inútil.

Mientras tanto el general Valeriano Weyler, enviado por Canovas en sustitución de Martínez Campos, haciendo alarde de una torpeza política difícil de superar, concentra a la población cubana “sospechosa” en campos de concentración, donde se produce un gran número de muertes, como medida más efectiva, a su juicio, para combatir las tácticas guerrilleras.

En Noviembre de 1897, el gobierno español reconoce su fracaso. El general Weyler es relevado y sustituido por el general Blanco; se concede una amnistía general y se produce la anulación parcial de las órdenes de concentración.

El 15 de Febrero de 1898 el crucero estadounidense Maine, anclado en el puerto de La Habana con el fin de “proteger a los súbditos de Estados Unidos” de los desórdenes provocados por la concesión de autonomía a la isla, es dinamitado y estalla a consecuencia de una misteriosa explosión, que con los años se ha demostrado que fue provocada desde el interior del buque. Inmediatamente los estadounidenses, que desde 1868 habían fomentado la guerra independentista con afanes intervencionistas, culpan a España del suceso, pero rechaza someter el hecho a una investigación que debería llevar a cabo una comisión neutral. El día 29, el presidente William McKinley exige a España la independencia de la isla o su venta a los Estados Unidos, a lo que nuestro país se niega con rotundidad. El 11 de Abril de 1898 el Congreso americano autoriza la intervención militar en Cuba y, tras romper relaciones diplomáticas con España, inician el primer bloqueo histórico de la isla, y el 25 de Abril declaran la guerra a una desmotivada España.

Aquella desproporcionada contienda se decide con la destrucción de la flota española en Cuba: tras haber iniciado el bloqueo de la isla, la flota estadounidense procedió a bombardear los puertos de Cárdenas, Matanzas y Puerto Rico, durante los meses siguientes. Ante estos sucesos el gobierno español ordenó a la flota del atlántico

dirigirse a la isla de Cuba, a pesar de las protestas del almirante Cervera, consciente de la superioridad yanqui.

Cumplida la orden, los americanos inician, el 19 de Mayo, una operación de embotellamiento de la escuadra española, para lo cual llegan a taponar la boca del canal de Santiago, hundiendo el navío *Reina Mercedes*.

Paralelamente, el día 21 desembarcan 16.000 soldados estadounidenses en Daiquiri, a los que se unen el grueso de las fuerzas independentistas. Los 7.000 españoles, agotados de tanta guerra y enfermedades y mal abastecidos intentan detener el avance. A pesar de ello, las fuerzas enemigas arriban, el 1 de Julio, frente a Santiago, que estaba defendida solo por cuatrocientos hombres. Ello impulsa al gobierno español a ordenar la inmediata salida, en orden de combate, del puerto, de toda la flota, nuevamente ante la protesta de todos los jefes militares.

La superior potencia de fuego y alcance de la artillería naval de los barcos americanos, hunde uno tras otro los navíos españoles. La destrucción de la flota propicia la caída de Santiago el día 16, y de Puerto Rico, diez días más tarde.

*

El drama en el Pacífico adquiere tintes de muy semejante fatalidad. La agitación independentista en las Filipinas, tampoco, como en Cuba, era una novedad en el año de la crisis; el problema se remontaba a bastantes años atrás, naturalmente manejado en la sombra por los Estados Unidos, nación que también había comprobado la ventaja de aprovecharse de los conflictos en el lejano oriente entre una China controlada por las potencias extranjeras y un Japón que está despertando de su sueño medieval, para abrirse a los usos del mundo occidental. Ambas naciones habían entrado en guerra, para disputarse la península de Corea, en 1894. A pesar de la victoria japonesa, los estadounidenses están convencidos de que a río revuelto... Y aquella región del caucho, resultaba para la industria americana de un interés fundamental y, por razones estratégicas e industriales, la intervención en todo aquel entorno, incluía igualmente a Indonesia y, por supuesto a las Filipinas.

En aquel ambiente de revolución, antes o después tenía que ocurrir alguna desgracia que prendiera la mecha, y el 30 de Diciembre de 1896, José Protasio Rizal, escritor filipino, es ejecutado en Manila por los españoles acusado de agitación

política, con lo que la torpeza política, nuevamente dejada en manos de un descerebrado estamento militar, creó el mártir necesario para la causa revolucionaria. La muerte de Rizal desata un movimiento de protesta contra el colonialismo español, que se convierte en una guerra de liberación. Andrés Bonifacio proclama en Manila la república de Filipinas.

Resulta curioso y casi hilarante un artículo del diario “El País” de 24 de Febrero de 1898, que terminaba diciendo:

<<El problema cubano no tendrá solución mientras no enviemos un ejército a los Estados Unidos>>, (Tuñón, 1986) que en otro fechado en el 10 de Abril, añadía: *<<el Ejército y la Marina, los dos brazos del poder nacional, apoyados resueltamente por todos los patriotas, y especialmente por el partido republicano unido, salven el honor y el territorio de la patria>>* (Tuñón, 1986)

Como puede comprobarse desvaríos y alucinaciones, había para todos los gustos, a la par que un despiste notorio en la opinión pública general sobre la situación real de una España desarbolada tras el transcurrir de toda una perdida centuria, así como de lo que ocurría en las colonias.

El 13 de Diciembre de 1897, el político filipino Emiliano Aguinaldo, junto con los demás dirigentes filipinos, decide someterse a las autoridades españolas. En Biac-na-bato entablan negociaciones de paz con el representante español y capitán general de Filipinas, Fernando Primo de Rivera, mediante la entrega de una fuerte suma de dinero a Aguinaldo, que es obligado a expatriarse a Hong Kong, lo mismo que los treinta y cinco jefes rebeldes; ¡grave error! Aguinaldo, entonces contacta con agentes yanquis y recibe la promesa de los representantes norteamericanos en Hong Kong y Singapur, de apoyar la creación de un estado Filipino.

Habiendo declarado los EEUU la guerra a España el 25 de Abril de 1898 en las Antillas, al día siguiente ordena a su flota en Asia, al mando del almirante Dewey, destruir también las fuerzas navales españolas en Extremo Oriente, por lo que la armada norteamericana se dirige a la bahía de Manila, donde se halla fondeada la escuadra española.

El almirante español Montojo se apresta a recibir a los enemigos, desde tiempo atrás anclados en Hong Kong, en espera de recibir la orden de intervenir. El

encuentro entre las dos escuadras tiene lugar el 1 de Mayo. Lo mismo que en Cuba, el mayor alcance de la artillería yanqui no permite acercarse a los cruceros españoles. Dos horas después de haberse iniciado cesa el fuego: los siete navíos españoles arden o se hunden. En el lado español se producen 150 bajas y ninguna en el estadounidense.

Un día después cae Cavite, y el 8 de Agosto de 1898 la acción conjunta de los fuertes contingentes de Estados Unidos y de los nativos logran ocupar todo el archipiélago, a pesar de que el mes anterior, España había cedido ya a las pretensiones anexionistas; debía completarse la humillación. Hasta el 2 de Julio la pequeña guarnición de Baler resiste de manera heroica pero ineficaz e innecesaria.

*

El 10 de Diciembre de 1898 se firma el tratado de paz entre España y los Estados Unidos, la Paz de París, con lo que se da por finalizada la guerra entre ambas naciones.

Una vez iniciado el conflicto, y cuando el gobierno español de Práxedes Mateo Sagasta, siendo regente la viuda de Alfonso XII, María Cristina de Habsburgo-Lorena, hubo tomado conciencia de la superioridad americana, el 26 de Julio, propuso al gobierno francés mediar en las negociaciones de paz. Las exigencias del gobierno de los Estados Unidos para acceder a ello fueron la inmediata renuncia de España a sus derechos sobre Cuba y demás islas, la cesión de Puerto Rico y la inminente evacuación de Filipinas. A ello accedió el gobierno español el 11 de Agosto “*ante la fuerza, por la imposibilidad que tiene España de resistir y para evitar nuevos derramamientos de sangre*”.

Los 17 artículos del tratado estipulan la cesión a los estadounidenses de Puerto Rico y demás islas por 20 millones de dólares. España debe renunciar a todos los derechos sobre Cuba. En el resto del articulado, se garantizan el derecho de los súbditos españoles que deseen permanecer en las islas, así como el intercambio de prisioneros de guerra.

Firmado el tratado por Montero Ríos y demás comisionados, el 1 de Enero de 1899, el general Giménez Castellanos procede a la entrega oficial de Cuba.

En la isla, la independencia respecto a España se había logrado, pero pronto se podría comprobar que los antaño aliados norteamericanos de los cubanos albergaban ideas expansionistas, ya que de inmediato procedieron a nombrar un gobierno afín. La independencia de la Perla de las Antillas no se conseguiría hasta 1902, cuando ya Estados Unidos tenía asentadas las bases de su dominio (Guantánamo).

Igual traspaso de administración colonialista ocurrió en las Filipinas, que, recién conquistada la independencia, se vieron inmersos en una nueva lucha.

Conocemos por la referencia que de él hace Tuñón de Lara, un artículo de “Blanco y Negro”, en el que, finalmente, la prensa y los ciudadanos no implicados en las levas parecen caerse del guindo hacia la más amarga realidad:

<<...este triste amontonamiento de héroes que infructuosamente marchitaron su juventud por la patria, evoca en el alma amargas y melancólicas meditaciones. Quizás muchos de los que en las adjuntas fotografías –dantesco espectáculo de miserables repatriados amontonados en los puertos de La Coruña, Vigo y Santander como espectros llegados del más allá y que en cuenta global pasarán de cincuenta mil- aparecen mirando el objetivo de la máquina hayan sucumbido a las graves dolencias que los postran en el duro camastro del hospital o les dan el aspecto valetudinario y achacoso que traen la mayoría de los repatriados>> (Tuñón, 1986)

Tuñón continúa su relato con una referencia a la efusiva catilinaria que Blasco Ibáñez dedicó, al final de la contienda a la bancada gobernante en el Congreso de los Diputados en la sesión de Cortes de 5 de Septiembre de 1898:

“¡Ah, señores ministros! ¡Bien se conoce que la carne del pobre es barata, y os importa poco que mueran esos soldados! Si hubierais cumplido la promesa de establecer el servicio obligatorio, de otra manera hubieran venido los repatriados y se les hubiera dado alojamiento y asistencia!”. (Tuñón, 1986)

Tal era la paupérrima situación que los, apenas supervivientes, de uniforme ralladillo mostraban por el abandono que tradicionalmente merecían aquellos que moraban o peleaban en ultramar, para los estamentos políticos, militares y administrativos. Bien podemos decir que hasta la pérdida de las colonias, en España no quedaba abolida totalmente la esclavitud.

Para Tuñón de Lara la crisis de 1898 tiene un arrastre económico de decenios, clave del atraso español, pero centra la causa desencadenante de la masacre del “Imperio Español” en el perdulario <<*estado de la monarquía, el sistema colonial, todo el sistema canovista de los partidos de turno apoyados en una monstruosa falsificación del régimen parlamentario por medio del caciquismo y vicios anejos. Hay una crisis política evidente, una crisis del sistema imperial colonial, tal como los gobernantes y clases dominantes se habían empeñado en hacer prevalecer; y, consecuentemente, se produce una profunda crisis ideológica*>> (Tuñón, 1986)

Reflexión que no podemos compartir en todos sus puntos. La corona, mejor diríamos las coronas, a lo largo del siglo XIX no dio facilidades para la gobernabilidad de la nación por los distintos, muy abundantes, gabinetes ministeriales que se sucedieron, en una carrera que, como hemos visto, era de obstáculos, algunos insalvables; esto es innegable. Que muchos ejecutivos y legislativos de la centuria se encontraban muy por debajo de la categoría de algún monarca, cual es el caso de Amadeo I, es asimismo irrefutable, pero yo introduciría, junto al caciquismo, las presiones de los poderes fácticos tendentes a evitar la gobernación del estamento parlamentario con el rey a la cabeza. Entre ellos podemos distinguir dos grupos opuestos en el espectro político: por un lado la aristocracia anclada en privilegios históricos que consideraban innegociables, y la Iglesia, asimismo nostálgicos de una época en que llegaron a decidir sobre vidas y haciendas y que se resistían a retirar su influencia del discurrir diario de una sociedad adormecida y adoctrinada. Junto a ellos la nueva burguesía emergente, fagocitadora de los poderes industriales, que bien sabían al árbol que debían arrimarse.

Pero en el otro extremo también renacían fuerzas creadoras de tensiones, hijas de la revolución industrial del XVIII en Gran Bretaña, principalmente, y de la progresiva emigración, en España, desde el campo a las industrializadas ciudades del norte y el Mediterráneo. El socialismo europeo y su primo más desgarrador, el anarquismo, importado principalmente de Italia, comenzaba, en la segunda mitad del siglo, a hacer mella en la conciencia de la colectividad de los operarios, ahora reunidos en grandes estructuras fabriles, y del poder que su confederada alianza revolucionaria podía ejercer en la acción política y social de la nación; eso al menos se venía comprobando en Europa.

González de Pablo añadiría:

<<La sociedad española finisecular quedaba conceptuada, por tanto, como un organismo enfermo>> (González, 1998)

Nos queda, sin embargo una jerarquía que contribuyó decididamente a sostener el poder –los poderes- unas veces, o a derribarlos, otras, en los dos tercios iniciales del siglo: El ejército; su influencia, más en las caídas que en las remontadas, resultaría decisivo en muchos momentos del discurrir histórico. Todos ellos eran “grupos de presión y tensión” que, de una manera o de otra, justificarían la crisis del 98 y, por qué no, incluso hasta la Guerra Civil de 1936. Quizá a todos estos elementos perturbadores se refería el profesor de historia, socialista exiliado, cuando hablaba de <<...caciquismo y vicios añejos>>

Finalmente deseo matizar mi desavenencia con que se produjera una profunda crisis ideológica como consecuencia de la vicisitud del sistema imperial colonial prevalente por mor de las clases gobernantes y dominantes, argumento sobre el que vuelve en repetidas ocasiones Tuñón en su libro sobre “La Quiebra de 1898”. (Tuñón, 1986)

En primer lugar, en el año 1898 no se había producido todavía ningún brete ideológico, circunstancia social que, arrancando de la burguesía insumisa y la intelectualidad porfiada, camino de la carrera política, como siempre, tendría lugar más lentamente desde principios del siglo XX. No existió ninguna crisis ideológica, pues las ideologías de los heterogéneos componentes de la Generación del 98, les identificaría bastante después; en aquel momento fue la humillación lo que unió a parte de la clase intelectual ante la necesidad de expresar en forma literaria la vergüenza de pertenecer a una nación deshonrada públicamente y que, sin excepciones, verificaban con una Castilla pobre y analfabeta, gris y fría de hielo; ocre y tórrida de sol; pasiva y obediente; elocuente y desfigurada. Las ideologías, o mejor las doctrinas, eran manejadas por un lado por la Iglesia oportunista apegada al poder que mantuviera un nostálgico pasado que se perdía, y por otro por los núcleos obreros marxistas que inculcaban en las fabricas la idea de una revolución desestabilizadora del sistema.

Más a muchos hombres de bien, de corazón patriótico y expectantes de la reveladora evolución de la nación española hacia el precipicio, lo que despertó fue

una gran amargura y, concretamente en Santiago Ramón y Cajal, un deseo, no de venganza, sino de mostrar de lo que es capaz un español, a pesar de no contar con el apoyo de ninguna institución pública ni privada, e incluso estando encerrados en la trápana del aislamiento nacional. Cajal no practicaba ideología ninguna, que no fuera su trabajo, y lo consiguió; elevó a España desde donde la ineptitud de todos los estamentos sociales la habían hundido, hacia lo más brillante del laureado Olimpo de la sabiduría y el ingenio, allá donde habitan Platón, Cervantes, Descartes, Averroes, Newton, Nebrija, Rembrandt o Einstein.

Y tratándose de ideologías, Cajal recibió, en 1907, un escueto mensaje de lauro de las sociedades obreras de Madrid, que rezaba:

<< Sirva, al sabio histólogo, este sencillo mensaje, de compensación a sus loables desvelos.

Madrid 30 de Mayo 1907 >> (Laín y Albarracín, 1982)

Y va firmado con el sello de 78 organizaciones entre las que se encuentran:

“Asociación de Obreros Litógrafos de Madrid, Sociedad de Colocadores de Pavimentos de Madrid, Sociedad de Obreros Constructores de Órganos de Madrid, Sociedad de Obreros Panaderos de España, Sociedad de Carpinteros de Taller, Sociedad de Mozos empleados en Fábricas Almacenes y Comercios de Madrid, Federación Nacional de Obreros Albañiles de España- Comité Central, Unión de Obreros Instaladores y Electricistas, Grupo Femenino Socialista- Comité de Madrid...” (Ver los sellos registrados en Pág. 179 del texto “Santiago Ramón y Cajal” de Pedro Laín Entralgo y Agustín Albarracín de Editorial Labor S.A.). Y así hasta completar el total referido. Santiago Ramón y Cajal era reconocido como un trabajador más de la ciencia, sin necesidad de exhibir una ideología determinada, algo que no pudo conseguir ninguno de los miembros de la Generación del 98, con quienes, no obstante, compartía el dolor patrio y un humanismo reivindicativo y renovador.

. Generación del 98:

La labor literaria de la generación del 98 es fundamental en la historia de la cultura española contemporánea. Este colectivo literario está formado por un grupo de escritores que hacen su aparición en el mundo de las letras en la última década del siglo XIX. El nexo de unión entre todos ellos es una actitud más o menos unánime ante el grave trance social, económico y político que el país arrastraba desde décadas atrás y la consecuente humillación y vergüenza que conllevaba la pérdida de las últimas colonias españolas de ultramar, Cuba y Filipinas (1898) y el modo en que esta derrota tuvo lugar. Comparten todos ellos una conciencia moral, que es el reflejo del profundo escollo ideológico finisecular.

López Morillas, nos recuerda Tuñón de Lara, está convencido de que durante los treinta años que separan la revolución del 68, que dio al traste con Isabel II y, momentáneamente, con los Borbones, con el nefasto 98:

<<... se produce una crisis de la conciencia española en muchos sentidos más honda que la que, ya un tanto rutinariamente, se viene atribuyendo a la generación del 98 >> (Tuñón, 1986)

Por otro lado Luis Enrique Otero Carvajal define a este movimiento literario como:

<<... un movimiento de renovación que clausura un siglo frustrado...el problema de España y su problemática inserción en el mundo contemporáneo, menospreciando las similitudes con la crisis fin de siglo que recorrió el Viejo Continente y encontró prolongación en la crisis civilizatoria que eclosionó tras el fin de la Primera Guerra Mundial.>> (Otero, 1998)

Guillermo Díaz Plaja contrapone, desde el punto de vista literario, a la Generación del 98 con el Modernismo, tendencia que según Juan Ramón Jiménez y otros, resulta de una decidida voluntad de revisión que afectó a todos los ámbitos de la cultura, lo que según estos escritores englobaría, sin duda, a la Generación del 98, que perdería así su identidad, diluyéndose en el movimiento modernista.

Los cuatro escritores arquetípicos de la Generación del 98 son José Martínez Ruiz (Azorín), Miguel de Unamuno, Pío Baroja y Ramiro de Maeztu. Pero a ellos habría que agregar, en mayor o menos medida, los nombres de Valle Inclán, Jacinto Benavente, los hermanos Machado, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset y como no Gabriel Miró; algunos autores incluyen a Joaquín Costa, que aunque representante del Regeneracionismo de la línea krausista (cuyo lema quedó establecido como *<<Escuela, despensa y siete llaves para el sepulcro del Cid>>* a lo que Cajal invirtió el orden de los términos, es decir *<<escuela y despensa>>* (Lewy, 1987) y que contaba con 52 años en el 98, mientras Unamuno tenía 34, Baroja 26 y Maeztu 23, por ejemplo, no obstante compartía su actitud crítica ante la sociedad y la política de aquella época; Costa (1898) diría de las oligarquías dominantes: *<< En vez de jubilarse, han preferido que se jubile la nación>>* No obstante Costa, siguiendo el camino de los Krausistas, estaba convencido de que el pueblo español necesita tutores porque es menor de edad (Lewy,

1987), e insiste <<Ha engañado a nuestros políticos el mapa, no viendo de la península sino su extensión, no cuidándose de apreciar su grado de productividad, la población que podía mantener, los recursos con que podía acudir al Tesoro Público... Desplegaron a la vista de España perspectivas de grandeza y tentaciones de imperio universal, para resistir a las cuales no había en la raza suficiente caudal de prudencia política, y complicaron e hicieron irremediable aquella desorientación que nos ha valido cuatro siglos de decadencia...>> (Ramón y Cajal, 2000). Y en esta línea Cajal sostenía que <<España es un país intelectualmente atrasado, no decadente... Mientras nuestras razas han dormido secularmente el sueño de la ignorancia y cultivado la religión y el arte, las naciones del centro y norte de Europa, se nos han adelantado prodigiosamente. No vamos hacia atrás, sino muy detrás...España no es un pueblo degenerado, sino ineducado...El problema agitado por algunos de si la raza ibera es capaz de elevarse a las esferas de la invención filosófica y científica, es cuestión tan ociosa como molesta. Solo fuera lícito el desaliento cuando, desaparecido el analfabetismo, generalizada la instrucción y el bienestar...fracasáramos repetidamente... La pobreza engendra la ignorancia>> (Ramón y Cajal, 2000)

A pesar de los coincidentes análisis de Costa y Cajal sobre la miseria intelectual hispana, el primero siempre se nos muestra más pesimista y proclive al paternalista adiestramiento a través de un guía, que debería ser el estado, mientras que Cajal se muestra en sus escritos más esperanzado y aboga por la educación de las generaciones, deficitaria hasta aquel momento, en un país de secular analfabetismo.

*

Casi todos los miembros de la Generación del 98 llevan a cabo su aprendizaje literario en el Madrid de los años de Regencia de María Cristina. Cajal llamaba a Costa: “*el clarividente profeta señero del patriotismo cultural español*” (Lewy, 1987) y este definía a Cajal como “*el primer filósofo de su tiempo*” (Lewy, 1987)

Inmersos en una situación histórica y cultural muy complejas, forman un grupo, al que otorga transitoria coherencia su encuentro en redacciones de periódicos, tertulias (Café de Madrid, Nuevo Café de Levante), así como el hecho de emprender juntos diversas empresas literarias. Casi todos se sienten, con o sin razón, socialmente

desplazados. Procedentes de familias burguesas acomodadas, mantienen y exhiben una actitud rebelde ante prejuicios y convenciones de la época. Salvo Unamuno al resto puede considerárseles como autodidactas en tanto su actividad intelectual es extraña a la universidad.

El desastre de 1898 acentúa la preocupación de estos escritores por la situación española, ya largamente penosa, y les empuja a una quijotesca y fugaz campaña regeneracionista de conciencia patriótica primero y de activismo político después. Asimismo les suscita, un interés vigilante por España, la inesperada pasión por el conocimiento de su geografía e historia y la tendencia a analizar el presente intentando desvelar con preocupación el futuro de la nación.

Unamuno (1864-1936), el catedrático de lengua y literatura griega de Salamanca, de cuya universidad fue Rector (1911), inició su manifiesto cultural patriótico con la misma afectación anímica que el resto de los de la generación, para radicalizarse posteriormente como un luchador republicano primero –léase su obra “En Torno al Casticismo”- contra Primo de Rivera, y después, como diputado, época cuando se dan a conocer sus obras más famosas: “Vida de Don Quijote y Sancho” y “Del Sentimiento Trágico de La Vida”. En una última etapa de ensayo, retorna al ácido sollozo patriótico, con “La Agonía del Cristianismo”. Unamuno, quien finalmente se convirtió al socialismo, y a quien se considera trasunto filosófico de Ganivet, a la búsqueda de un inestable y siempre insatisfactorio equilibrio entre la fe y la razón, nos pinta en la línea por esa pasión de la tierra, un clásico paisaje de la tristeza y el árido espíritu de Castilla:

<<Recórrense a las veces leguas y más leguas desiertas sin divisar apenas más que la llanura inacabable donde verdea el trigo o amarillea el rastrojo... De cuando en cuando, en la orilla de un pobre regato medio seco o de un río claro, unos pocos álamos, que en la soledad infinita adquieren vida intensa y profunda>> (Unamuno, 2005)

Y en otro momento, el mismo autor repite la misma idea:

<<Un paisaje monoteístico este campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre y en que se siente en medio de la sequía de los campos sequedades del alma>> (Unamuno, 2005)

Aunque no puede dejar de lamentar tal descalabro, aparca su sentimiento vascongado y se desgarrar:

<<Cuando lo que hacía falta era una fuerte unidad central, tenía que predominar el más unitario; cuando se necesitaba una vigorosa acción hacia el exterior, el de instinto más conquistador e imperativo. Castilla en su exclusivismo, era menos exclusiva que los pueblos que encerrados en sí, se dedicaban a su fomento interior>> (Unamuno, 2005)

<<Contemplando aquellas tierras celtibéricas romanizadas y romanceadas me acordaba de cómo al decirle un día a mosén Chascar –el traductor del Génesis al catalán- aquello de << ¡Ancha es Castilla!>>, me replicó mi buen amigo, no sin cierta melancolía diferencial: << ¡Si, tan ancha que nos perdemos en ella!...>> (Unamuno, 1997)

<< Yo abandoné, buscando horas felices,

mi pobre hogar por la mansión extraña,

y él, inmutable, ahondaba sus raíces

junto al arroyo que sus plantas baña.

Hoy, rugosa la frente y seca el alma,

cuando hasta el eco de mi voz me asombra,

vengo a encontrar la apetecida calma

del tronco amigo a la propicia sombra...>>. (Unamuno, 1988, 2006)

Por otro lado hubo quien consideraba a Unamuno como un antieuropeo recalcitrante, lo cual entraría en contradicción con los sentimientos y las reflexiones del sabio aragonés. Otra diferencia entre ambos, cuando menos al principio del siglo XX era la falta de interés de don Miguel por la ciencia (muy divulgada resultó su comentario de “que inventen ellos, para aprovecharnos nosotros”), y por supuesto como camino de regeneración, pero su admiración por Ramón y Cajal como científico y por su irreductible independencia de pensamiento, principalmente cuando rechazó el puesto de ministro, le condujo a expresarse sobre el eminente médico:

<<Tiene otro modo de servir, y hasta de servirla democráticamente a su patria. Una de las cosas más perniciosas de nuestro ambiente público es nuestra tendencia a impulsar hacia la política a cualquier espíritu que se señale y se distinga en un campo cualquiera de la cultura humana>> (Lewy, 1987).

En una carta dirigida por el científico a Unamuno se manifestaba en estos términos:

<<Puede que en algunos puntos secundarios sobre el plan de elevación intelectual de España haya divergencias entre las ideas de usted y las mías, pero creo que en lo esencial, coincidimos>> (Lewy, 1987) Y en otro momento: *<<El asombroso Unamuno gustaba mucho de la paradoja, una de las características del talento vasco>> (Lewy, 1987)* Admiración recíproca, diría yo. No obstante no todo eran rosas con los literatos de su tiempo, fueran o no pertenecientes a la Generación del 98. En cierta ocasión discutían Unamuno y Marañón sobre la calidad literaria de la obra de Cajal titulada “Charlas de Café”. El ilustre médico opinaba que es el hombre de la calle quien hace la historia, y el del café, fundamentalmente antihistórico, la envenena (Lewy, 1987) (sobre este particular, yo que he tenido la oportunidad de leer los resultados de la autopsia que Marañón hizo a los restos de Enrique IV, conocido por “El Impotente”, puedo asegurar que sus conclusiones están trufadas en todo momento por sus prejuicios personales hacia el rey Trastámara y su entorno histórico, principalmente la, históricamente exagerada, valía de su sobrina Isabel). Al parecer Unamuno salió en su defensa afirmando que los artículos desarrollados en el libro del Premio Nobel *<<contienen profundos y avanzados pensamientos sociales y filosóficos>> (Lewy, 1987)*

*

Para **Antonio Machado** (1875-1939), natural de Sevilla, origen que nunca ocultó a pesar de su rendida pasión por la árida Castilla, paradigma de una España yerma, la melancolía de sus poemas de “Soledades” se transforma en agonía existencialista y abstinente hondura en “Campos de Castilla”, cuando su amada esposa Leonor ya había fallecido.

Murió el poeta sin ver concluir la Guerra Civil, por solo unos pocos meses, en el exilio, y a tres días de diferencia con su madre:

<<Nunca perseguí la gloria

ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles
como pompas de jabón.
Me gusta verlos pintarse
de sol y grana, volar
bajo el cielo azul, temblar
súbitamente y quebrarse...>> (Machado, 2006)

Posteriormente aquel profesor de instituto hubo encauzado los últimos años de su vida hacia la poesía más intimista que pueda leerse junto a la de sus coetáneos el sentimental modernista Juan Ramón Jiménez o el más colorista representante del modernismo Rubén Darío, (quien escribió sobre este estilo literario: “*El modernismo no es otra cosa que el verso y la prosa castellanos pasados por el fino tamiz del buen verso y la buena prosa franceses*”). (D’Ors, 2005)

El sentimiento que en los principios de su generación riega con lágrimas los secos surcos castellanos, en Machado resulta casi un grito de desesperanza y amargura:

*<<Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos, desprecia cuanto ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?...>>
<<... ¡Castilla varonil, adusta tierra,
Castilla del desdén contra la suerte.
Castilla del dolor y de la guerra,*

Tierra inmortal!...

...Castilla mística y guerrera,

Castilla la gentil, humilde y brava,

Castilla del desdén y de la fuerza...>> (Machado, 2006)

Su hermano nos dejó para la posteridad el poema del Cid que, siguiendo la misma línea, termina:

<<...El ciego sol, la sed y la fatiga.

Por la terrible estepa castellana,

al destierro, con doce de los suyos,

polvo, sudor y hierro, el Cid cabalga>>. (Machado, 2007)

*

Tampoco **Pío Baroja** (1872-1956), el médico inconformista, de inicios literarios naturalistas, el hombre de disposición más anarquista y nihilista, al decir de él mismo, de todo el 98 que se definía anti todo como buen discípulo de Nietzsche, a quien Otero Carvajal considera *<<el martillo implacable de las lacras sociales y el auge de la corriente higienista>>* (Otero, 1998) pudo sustraerse al sentimiento de amargura que agarrotaba a sus colegas:

Un cielo “*ardiente, intenso como la plegaria de un místico*” “*aquellos parajes, de una tristeza sorda, me recordaban el libro de San Ignacio de Loyola que había leído en Toledo; en aquella tierra gris los hombres no tenían color; era su cara y sus vestidos parduscos, como el campo y las casas*” (Baroja, 1972).

*

Menéndez Pidal (1869-1968), historiador, considerado un intelectual más cerebral que sentimental, de talento y cultura extensísima, y, probablemente quien en virtud de su enorme trabajo en su disciplina, más se acercaba al mérito internacional de Cajal de toda la generación del 98, se desgarraba por dentro en sensaciones ocres:

“El color terroso rojizo de las casas es como el suelo sobre que se asientan; y casas, solares y eras se distinguen muy poco del oro de las mieses estivales que cubren todo lo demás del terreno...” (Menéndez, 1926)

*

E incluso el irreverente abogado gallego **Valle Inclán** (1866-1936), el hombre de carácter huraño y poco comunicativo, pero de vivo ingenio y pintoresca originalidad, autor de las Sonatas para las cuatro estaciones, donde dio vida al marqués de Bradomin, dejó estos versos para la posteridad:

“El campo verde de una tinta tierna,

Los montes, mitos de amatista opaca,

La esfera de cristal como una eterna

Voz de estrellas. ¡Un ídolo la vaca!...” (Valle, 1986)

*

Gris, opaco y triste **Azorín** (1873-1967), que nació como anarquista literario, para, al poco tiempo, desembarcar en conceptos sociológicos inflexibles de crítica hacia las instituciones, retornando nuevamente al anarquismo, y para quien la belleza de Castilla, símbolo inequívoco de la pobre España, se adereza con la negrura de los cuadros de Zuloaga:

“En los días grises de otoño, o en Marzo, cuando el invierno finaliza se siente en esta planada silenciosa el espíritu austero de la España clásica, de los místicos inflexibles de los capitanes tétricos; de las almas tumultuosas y desasosegadas. El cielo es ceniciento; la tierra es negruzca; lomas rojizas, lomas grises, remotas siluetas azules cierran el horizonte...” (Jiménez-Landi 1996) *“Hemos contemplado durante el día el paisaje de Castilla, el cielo, las ringleras de gráciles álamos, el río y los oteros, la llanura amarillenta, las humaredas que se disuelven lentamente en el aire, las remotas montañas...”* (Montes, 1978).

Y de la descripción de un ceniciento paisaje castellano, aquellos literatos de la triste escritura pasarán sin excepción a describir, con la misma amargura, y a veces con sorna, el paisanaje de la España que les duele:

“Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto claro, donde madura el limonero; mi juventud, veinte años en tierras de Castilla...” (Machado, 2006)

“El escritor –del 98- pone fe, confianza, amor, escrupulosidad en su trabajo. Cree en la belleza y cree en España. Podrá haber en su producirse agresividades y acrimonias. La misma fe en su ideal, opuesto a otro ideal las motiva”. (Lain, 1970)

*Ya hay un español que quiere
vivir, y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
una de las dos Españas
ha de helarte el corazón* (Machado, 2006)

Y del dolor por lo perdido a la rabia acusatoria contra los culpables

“La vida española se iba desmoronando por incuria, por torpeza y por inmoralidad. Este periodo fue una época de verdadera corrupción, de grandes fracasos y de algunas ilusiones. España parecía entonces una mujer vieja y febril que se pinta y hace una mueca de alegría” (Baroja, 1998)

“El pueblo duerme en reposo denso; nadie hace nada; las tierras son apenas rasgadas por el arado celta; los huertos están abandonados... El tiempo transcurre lento en este marasmo; las inteligencias dormitan” (Azorín, 2011)

Baroja, el anti-todo Baroja, no llega a evitar ufanía de su sentir patriótico:

“Yo parezco poco patriota y, sin embargo, lo soy. Tengo normalmente la preocupación de desear el mayor bien para mi país, pero no el patriotismo de mentir. Yo quisiera que España fuera el mejor rincón del mundo... desearía que rigieran en nuestra tierra las mejores leyes y las mejores costumbres. Más al lado del patriotismo de desear, está la realidad...” (Baroja, 1985).

E incluso hasta la perdida perla antillana se desplaza Valle Inclán -el atrabiliario y polémico Valle Inclán, manco del brazo izquierdo por la herida y la fractura que le produjo el gemelo que abotonaba la camisa en ese puño, al ser herido por un golpe que le propinó Manuel Bueno en una de las muchas discusiones que se producían entre los asistentes a la tertulia del Café Madrid, y que se engangrenó posteriormente, obligando a amputarle el miembro al doctor don Manuel Barragán y Bonet- para recordar aquel trozo de España, como desea recordarlo:

¡Canela en rama! ¡Tabaco en rolla!

Visión de Cuba, canción criolla.

Lentos guitarros, lentos danzones,

negros bozales y cimarrones...

Olor divino de la mulata

que trae un recuerdo del Mahabarata...” (Valle, 1964)

*

Y ya sin más ambages, los escritores del 98 manifiestan una afirmación rotunda de su españolidad, supremo alarde de patriotismo incuestionable; la historia, la historia de una España que fue y ya no es:

“Soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo de espíritu de lengua y hasta de profesión u oficio” (Unamuno, 2005)

“Me duele España” (Unamuno, 2005)

“De nuestro amor a España responden nuestros libros. Los libros de Unamuno, de Baroja, de Maeztu, los míos. No creo que tenga yo ni un solo libro, en los cuarenta volúmenes, ajeno a España” (Azorín, inventor de la Generación). (Cayuela, 1998)

Y aunque no sea más que una breve reseña, no debemos olvidar a un gran periodista de visión profunda en su progresivo espíritu nacionalista y monárquico, ciertamente oculto en la niebla de un desconcertado y desconcertante anarco-sindicalismo, y cuya obra cumbre es “La Crisis del Humanismo”: Ramiro de Maeztu (1875-1936).

“Ha sido el amor a España y la constante obsesión con el problema de su caída lo que me ha llevado a buscar en su fe religiosa las raíces de su grandeza antigua” (Maeztu, 1934)

“España tiene, como las monedas, dos caras: una, romana e imperial, y otra berberisca y mediterránea... Como hija de Roma, lleva allí –a América- una lengua, establece un cuerpo de doctrina jurídica y funda ciudades. En la hora presente se quiere volver al bárbaro berberismo mediterráneo. Es necesario que volvamos la medalla y no tengamos más que una faz: la que nos hace hijos de Roma” (Valle Inclán) (Alvar, 1985)

“Pueblos de lengua castellana, carcomidos de pereza y de superficialidad de espíritu, adormecidos en la rutina del dogmatismo católico o del dogmatismo librepensador o cientificista” (Unamuno, 2009)

*

Más no podemos olvidar un representativo recuerdo del escritor y diplomático que ha sido considerado precursor de la Generación del 98. Ensayista, a la par que Unamuno, de gran cultura y ansiosa preocupación por la España que se derrumba: **Ángel Ganivet** (1865-1898).

Este inteligente diplomático, a la sazón cónsul de España en Riga, tuvo un dramático y teatral final más propio del Romanticismo, pues una brumosa y fría mañana en la capital de Letonia, salió vestido de etiqueta -y cargado con la endeble edad de treinta años, que ya le resultaban una pesada carga-, que él consideraba atuendo ceremonial, y con alpargatas, se internó, inalterable, en el río Duina camino del mar Báltico, encontrándose así con la muerte, a pesar de los esfuerzos por impedirselo de los viandantes próximos al lugar. De él es este pensamiento:

“Hemos tenido, después de periodos sin unidad de carácter, un periodo hispano-romano, otro hispano-visigótico y otro hispano-árabe: el que le sigue será un periodo hispano-europeo e hispano-colonial... Pero no hemos tenido un periodo español puro, en el cual nuestro espíritu, constituido ya, diese sus frutos en su propio territorio” (Ganivet, 1996)

*

Un gran escritor, filósofo y erudito cántabro, como don **Marcelino Menéndez Pelayo**, hemos de traer a nuestro recuerdo, aunque nunca ha sido considerado como miembro de la Generación del 98, y no por un problema de coetaneidad, sino por haber abandonado su primitivo liberalismo haciendo pronto alarde de su origen aristocrático y su catolicismo elitista; él mismo deploraba a la mayoría de los escritores del grupo. En alguna ocasión Cajal se referiría a Menéndez Pelayo en términos conmisericordiosos:

<<Lástima grande que el catolicismo intransigente de Menéndez Pelayo y sus alabanzas tácitas o expresas del Tribunal de la Fe empañen a menudo la ecuanimidad de su juicio...>> (Lewy, 1987)

A pesar de esta frase compasiva de Cajal, don Marcelino resultó el único intelectual de su época con quien ni él ni ningún otro literato regeneracionista tuvo nada que ver, ni la más mínima aproximación puede hallarse entre ambos, ya sea por sus orígenes aristocráticos, por los apoyos de las altas esferas a su labor y sus logros, que en Menéndez Pelayo fue una constante, ni por pensamiento social, ni político ni religioso, a pesar de la devoción mostrada por Cajal hacia el padre Feijoo y por alusiones a Baltasar Gracián “el inconformista jesuita coterráneo suyo” (Lewy, 1987). Y he comentado esta antipódica relación porque, precisamente el distanciamiento de estos dos grandes cerebros, aproxima a Cajal a la Generación del 98.

*

En definitiva una gran parte de la vida literaria de aquellos años quedó sumergida en el sentimiento del 98. Así varios actos colectivos que relata Azorín en su obra “*La Voluntad*” (1902), se consideran inspirados por el espíritu noventayochista: La asistencia al estreno de la obra teatral “*Electra*” de Galdós (30-1-1901), que difundía una fuerte manifestación anticlerical; el homenaje a Mariano José de Larra (13-2-1901) en la tumba de Fígaro ubicada en el viejo cementerio de San Nicolás, junto a la puerta de Atocha, en memoria de uno de los <<*escritores ilustres que han luchado por la libertad*>> que diría Azorín en el diario “El Progreso” de Madrid; la visita a Toledo (Diciembre 1901) de Baroja, Azorín y Maeztu, donde descubren a El Greco y expresan, en artículos publicados en “El Mercurio”, su admiración por el pintor que encarna una dolorosa visión de lo español, según su parecer, que por supuesto no es el mío; el

banquete ofrecido a Pío Baroja (25-3-1902) para celebrar la publicación de su obra “*Camino de Perfección*”; y la campaña periodística contra el homenaje al escritor José de Echegaray en la revista “*Gente Vieja*” (1905). Todos estos eventos discurrían, sin duda alguna, por los caminos regeneradores del más puro noventayochismo.

Pero más importancia, y más controvertida contundencia en el espíritu del colectivo tiene la fundación del grupo de los TRES, integrado, en Diciembre de 1901, por Baroja, Azorín y Maeztu, que cuenta con el apoyo de Unamuno. El consorcio lleva a cabo su campaña regeneradora desde la revista “*Juventud*” en la que publican un manifiesto declarándose europeizantes y positivistas, dos conceptos que a finales del XIX no tenían el significado que podemos darle en nuestros días, ni mucho menos, de modo que albergo mis dudas del sentido que aquella revelación podía tener para sus autores.

Los miembros de la generación del 98 colaboran además en los diarios *El País* y *El Globo* y en las revistas *Germinal*, *La Vida Literaria*, *Arte Joven*, *Electra*, *Vida Nueva*, *Alma Española* y *Revista Nueva*, entre otras. En realidad los escritores de la generación del 98 no se comprometen políticamente, en un principio, manteniendo, en cambio, una actitud escéptica y nihilista un tanto ambigua y pancartista, en general. Asimismo, la contemplación de la miseria y la pobreza nacional no ayuda en absoluto para evitar la mitificación de la historia de España. A pesar de que se proclaman europeizantes, como ya hemos comentado con anterioridad, habrán de caer en la obsesión por lo castizo y en la interpretación animista del paisaje castellano, que ellos recrean en tonos sombríos.

Pasa el tiempo, apenas siete años, y el dolor y la pancarta dan paso a la oportunidad, a la conveniencia, al provecho dentro de la senda iniciada en 1898, para dar el paso definitivo a la cumbre literaria o directamente a la política nacional, cuando no a las dos cosas. Así más pronto que tarde se inicia la disolución del grupo, que habrá de consumarse en 1905. Al distanciamiento de los miembros de la agrupación noventayochista contribuyen el éxito literario individual y la integración social interesada, según la aptitud y compromiso ideológico o político de cada cual, y donde podemos destacar la actitud individualista de Baroja, la transformación ideológica de Maeztu y el paso de Azorín (que inicia a principios del siglo XX su colaboración literaria con el recién aparecido diario ABC por tres mil pesetas al año) a posiciones

políticas conservadoras; concretamente será elegido diputado a Cortes por el Partido Conservador los años 1907, 1914, 1916, 1918 y 1919. Precisamente en este momento surge y tiene fortuna el término “Generación del 98” para rotular a estos escritores. Para la definición de la generación son fundamentales los cuatro artículos publicados por Azorín en 1913, titulados *Generación del 98* e incluidos en su libro *Clásicos y modernos*. Pero aparejada con la aceptación de modernismo, surge una fuerte polémica en torno a esta denominación. Muchos autores prefieren hablar de grupo del 98, es decir, grupo de escritores vinculados por preocupaciones, ideario y amistad y unas tentativas de intervención política común.

Desde el punto de vista literario, la generación o grupo del 98 rehúye la retórica romántica. Se aplican a un estudio concienzudo del lenguaje, aprovechan el sentido etimológico de las palabras y las expresiones populares y cultivan el ensayo.

Luis Enrique Otero manifiesta:

<<Los noventayochistas abandonaron la senda del Naturalismo, para introducirse en el Postimpresionismo a través de la frase corta y el párrafo breve>> (Otero, 1998)

*

Cuando el 3 de Julio de 1898 Don Santiago conoce la destrucción que la armada española sufre en Cavite y Santiago de Cuba, se encontraba veraneando en el pueblo madrileño de Miraflores de la Sierra. Ese mismo año el investigador estaba dedicado al examen de la estructura del quiasma óptico y la teoría de los entrecruzamientos nerviosos, que estudia de manera intensiva en peces, batracios, reptiles, aves y mamíferos, demostrando que los vertebrados que poseen una visión panorámica solo están dotados de un entrecruzamiento total, en tanto que aquellos dotados de visión binocular son portadores de una formidable vía óptica homolateral. Son estas noticias las que le hacen expresarse en estos términos:

<< La trágica, la horrenda, la angustiada noticia, echa por tierra mis proyectos y trabajos. Despierto a la amarga realidad, sólo puedo expresar mi impresión con un vocablo tópico: el desaliento. Un desaliento al que pronto se mezclan la rabia, la impotencia, la desolación, el afán de gritar a los cuatro vientos la encrespada denuncia que ya es inútil. El deseo mesiánico de profetizar, de escupir a la cara de industriales, de empleados ultramarinos, de políticos, de militares, mi desprecio ante la codicia de

unos, la rapacidad de otros, el orgullo y egoísmo de los más, la vergonzosa ignorancia de todos, ciegos hasta el final en su suicida pretensión de que unos buques de madera y un ejército de enfermos podían medirse ventajosamente con el enemigo, de que un pobrísimo país de diecisiete millones de habitantes, anemiados por cuatro asoladoras guerras civiles, plantase cara a la poderosa nación poblada por noventa millones de almas, de riquezas y recursos industriales inmensos, de aprestos bélicos inagotables>>. (Laín y Albarracín, 1982)

<< ¿Cómo filosofar cuando la patria está en trance de morir? Pero, ¿qué hacer entonces?, ¿Cómo sobrevivir?, ¿Cuál el camino a seguir?, ¿Qué objetivos proponerse? >>. (Laín y Albarracín, 1982)

Estos eran los sentimientos que acompañaron al sabio en el momento de recibir la triste noticia y su manera de expresarse ante lo que para él, especialmente para él, significaba un drama conocido y vivido en primera persona.

Pedro Laín y Agustín Albarracín hacen el siguiente comentario

<< La prensa solicita apremiantemente la opinión de todos acerca de las causas productoras de la dolorosa caída, con la panacea de nuestros males. Al igual que otros, don Santiago ha de escuchar la voz de la sirena periodística.

Cajal va a incorporarse, en efecto, a la vibrante y fogosa literatura de la regeneración, en la que, bien sabido es, será posible distinguir la pluma y el pensamiento de tres sucesivas promociones de españoles. Constituyen la primera hombres como Costa, Macías Picavea, y Paraíso... que en 1898 doblan ya el cabo de los cincuenta años. Forman la segunda los que, como Cajal, aún en torno a la cuarentena, dejan su trabajo investigador, docente o profesional, subyugados por la llamada periodística. Los terceros por fin englobados en la famosísima generación del 98 –Maeztu, Baroja, Bueno, Valle Inclán, Azorín-, son todavía nombres inéditos. >> (Laín y Albarracín, 1982)

Naturalmente que, aunque en un principio pudiera parecer lo contrario, los ilustres componentes de la generación del 98 agitaron su angustia a rebufo de otros intelectuales coetáneos. De hecho Melchor Fernández Almagro afirma que los miembros del 98:

<<... eran de los que creían que el mejor medio de salvar a España consistía en consagrarse a sus creaciones propias...>> (Laín y Albarracín, 1982)

Tras un periodo de estupor patriótico, como ya hemos recordado anteriormente en este trabajo al referirnos a su vida, Cajal deja escrito:

<< Al fin las aguas volvieron a su cauce y recobrando el equilibrio me incorporé al tajo con el antiguo ardor>> (Laín y Albarracín, 1982)

<< Pero en el homenaje de la Universidad –tras la concesión de las cruces de Isabel la Católica y la de Alfonso XII- he volcado yo lo más hondo de mi sentir. Tras los discursos del ministro de Fomento, del rector, de don Julián Calleja y de don Alejandro San Martín, me he levantado trémulo para leer estas cuartillas que ahora tengo ante mí. He puesto en ellas mi corazón, ellas expresan la íntima verdad de mi vocación. No soy un sabio –les he dicho- sino un **patriota**. Y con nostalgia he recordado los lejanos tiempos de mi mocedad, cuando considerando melancólicamente cuanto había decaído la anatomía y biología en España y cuán escasos habían sido los compatriotas que habían pasado a la historia de la medicina científica, me hice el firme propósito de abandonar para siempre mis ambiciones artísticas y lanzarme osadamente al palenque internacional de la investigación biológica... Mi fuerza fue el sentimiento patriótico; mi norte, el enaltecimiento de la toga universitaria; mi ideal, aumentar el caudal de ideas españolas circulantes por el mundo, granjeando respeto y simpatía para nuestra ciencia...>> (Durán y Alonso, 1983)

En este relato, don Santiago deja muy patente cuáles eran sus poderes y cual su reacción ante la amarga humillación española, avergonzada ante el mundo por la ineptitud de los magnates en el poder. Y queda luminosamente claro que su dolor nunca quedó por debajo de quienes lo expresaron con tanto alarde literario y que su rabia contenida, su respuesta ante el atropello americano, su ardor patriótico quedaría enmarcado, y nunca oculto, sino, más bien todo lo contrario, exhibido sin rubor en sus escritos, con laureles de oro para la posteridad con el reconocimiento internacional a su trabajo científico en bien de la humanidad, desde una España considerada el patito feo de la Europa pujante y desarrollada, y en esta actitud la que, en opinión del autor de este trabajo, une, sin lugar a dudas, al humanista Santiago Ramón y Cajal, con todo derecho, a los miembros de la Generación del 98.

8ª Parte: El Premio Nobel:

Los premios, agasajos y condecoraciones llovíanle a don Santiago casi a diario, bien es verdad que muy en contra de su deseo, pues que no era persona que fácilmente se dejara arrullar por la fama y el boato, sino más bien todo lo contrario. En 1899 el exceso de trabajo, el angustioso saldo de dramatismo que acompañó a la pérdida de las colonias y las conferencias, cenas de homenaje y demás zarandajas, como él llamaba a tanta actividad social, llegaron a minar su ya delicada salud; a su decir le invadió *“la neurastenia, acompañada de palpitaciones arritmias cardiacas e insomnio, etc., con el consiguiente abatimiento de ánimo”* (Durán y Alonso, 1983). Todo ello aconsejó a la familia la adquisición de una casita con jardín en las afueras de la capital, donde el aire campestre permitiera cierto reposo a su ánimo *“lejos del tumulto cortesano rodeado de árboles y flores y en medio de un vivero de animales de laboratorio”* (Durán y Alonso, 1983) *“Una modesta quinta, circundada de jardín, emparrados e invernaderos liliputienses”* (Durán y Alonso, 1983). Y ¿donde mejor que en el alejado barrio de Cuatro Caminos, zona rural de casas bajas, tranquila y habitada exclusivamente por obreros, quienes difícilmente podrían reconocer al sabio para *“fastidiarle”* con sus ceremonias y posternaciones?

Entre tanto, y para seguir el hilo de este trabajo, recordaremos que en el discurso que Cajal pronunciara en 1900 en la Universidad de Madrid, dijo:

“Me dirijo a vosotros, los jóvenes, los hombres del mañana. En estos últimos luctuosos tiempos, la patria se ha achicado; pero vosotros debéis decir: “A patria chica, alma grande”. El territorio de España ha menguado; juremos todos dilatar su geografía moral e intelectual. Combatamos al extranjero con ideas, con hechos nuevos, con invenciones originales y útiles. Y cuando los hombres de las naciones más civilizadas no puedan discurrir ni hablar, en materias filosóficas, científicas, literarias o industriales, sin tropezar a cada paso con expresiones o conceptos españoles, la defensa de la patria llegará a ser cosa superflua; su honor, su poderío y su prestigio

estarán firmemente garantizados, porque nadie atropella a lo que ama ni insulta o menosprecia a lo que admira y respeta... Amemos a la patria, aunque no sea más que por sus inmerecidas desgracias. Porque el dolor une más que la alegría,...” (López. 2006)

Y es que, como nos recuerda González de Pablo:

<<Aparte de la faceta de Cajal como renovador científico, la prensa también recogió sus aportaciones como renovador de la sociedad española>>. (González, 1998)

La medalla Helmholtz de la Academia de Ciencias de Berlín (1905), que ya ostentaran Bunsen, Kelvin y Virchow, que el histólogo español apreció muy especialmente y el premio Moscú, concedido en 1900, acompañado con una sustancial suma de dinero, fueron los dos más destacados honores durante los primeros cinco años del nuevo siglo XX.

En 1906, España volvió a tambalearse de pánico bajo el hacha implacable del terror, entonces conocido como el anarquismo:

Con motivo del glorioso y regocijante acontecimiento acaecido el 31 de Mayo de ese año, en que el rey don Alfonso XIII contrajo matrimonio con la bellísima princesa británica Victoria Eugenia de Battenberg. El joven diario ABC relataría los preparativos de aquella jornada con las siguientes palabras:

“Por mucho que madrugamos ayer mañana, más lo hicieron centenares de personas, que a las seis... ya tenían ocupada la barandilla de la plaza y de los Ministerios y la acera que da frente al Ministerio de Marina... Tampoco se habían dormido los invitados a los balcones de los edificios de dicha plaza. Casi todos estaban llenos de curiosos y hasta en la azotea y los tejados había algunos que se esforzaban en guardar el equilibrio para no caerse a la calle... mujeres con los niños en brazos, familias enteras, individuos que por lo soñoliento de sus rostros daban a entender que habían pasado allí la noche. (Troyano y cols., 1906)

“En caballerizas se tocó diana a las tres de la mañana para empezar las complicadas operaciones de enjaezar los caballos. (Troyano y cols., 1906)

“Son las nueve menos cuarto cuando entra en la iglesia –de los Jerónimos- la primera embajada, la de los marroquíes... envueltos en sus niveos jaiques y cubiertos con

turbantes... Momentos después llega otra misión extraordinaria, igualmente pintoresca: es la de los chinos, con fantásticos trajes de seda de todos colores... Las diez y cuarenta minutos marcaba el reloj de la iglesia en su esfera de la nave, cuando sonó una vez más la Marcha Real y penetró el Rey bajo palio... A las once y veinte llegaba la Princesa. La orquesta entonó el himno inglés”. (Troyano y cols., 1906)

La ceremonia, se lleva a cabo con la solemnidad y belleza que cabía esperar. A la salida del templo el gentío allí abarrotado vitorearon a los Reyes que, sin dejar de saludar, radiante sonrisa en ristre, penetraron en la carroza real, tirada por cuatro troncos de caballos tordos claros, que les conduciría al Palacio Real. Más al llegar a la altura del número 88 de la calle Mayor, en medio de vítores y aclamaciones, un ramo de flores arrojado desde un balcón, que ocultaba una bomba se estrelló en el adoquinado junto al carruaje estremeciendo los edificios con un formidable estruendo que dejó un saldo de veinte muertos y más de cincuenta heridos, a los que hay que añadir uno de los caballos que quedó tendido en el suelo sobre un charco de su propia sangre. Los reyes salieron ilesos pero aquella festiva jornada había sido enlutada por el anarquista Mateo Morral con la sangre de muchos inocentes. Nuevamente el ABC comentaría:

“Los camilleros de la Cruz Roja se trasladaron inmediatamente al lado de la carroza regia con objeto de asistir a los heridos. Viose desde los primeros momentos que estos eran bastantes y que también había algunos muertos... dos soldados del regimiento Vad-Ras número 50 estaban muertos, con el pecho, las piernas y la cabeza completamente destrozados. El Rey desde la ventanilla del coche gritaba “¡Calma, calma, que la confusión puede hacer más víctimas!” ... la siguiente frase del monarca: Hoy hace un año, fue en París mi bautizo de sangre; hoy ha sido el de la Reina... (Troyano, 1906)

Pudiera ser que la luctuosa noticia no diera lugar, en todo el año, a la de otros acontecimientos de soberbia importancia. Pero la vida seguía.

Por su parte don Santiago, haciendo gala de su forma de ser, despreciativa siempre tanto hacia el oro como hacia el orillo, adquirió, para disgusto de doña Silveria, que no acaba de acostumbrarse a aquellos excesos, a expensas de la economía familiar, que su esposo hacía para satisfacer su conocimiento, un soberbio telescopio refractor,

que instaló en el jardín de la casa de Cuatro Caminos, instrumento que aún puede contemplarse en el vestíbulo de las instalaciones que hoy día acogen al Instituto Cajal, con el que disfrutaba las noches claras contemplando “las estrellas”, bien que, salvo un entretenimiento que le distrajera de la tensión de la precisión de su trabajo, nunca se preocupó de formarse lo más mínimo en la ciencia astronómica de manera seria.

Y allí, en su retiro campestre de los Cuatro Caminos, fue que le llegó la noticia de que en el mes de Octubre de aquel 1906, el Real Instituto Carolino de Estocolmo habíale concedido, junto con Camilo Golgi, el Premio Nobel en la modalidad de Fisiología y Medicina. ¿Era aquel galardón el símbolo de la culminación y el reconocimiento mundial a su carrera, a su trabajo de investigación? Qué duda cabe que así era, aunque para Santiago Ramón y Cajal, la noticia provoque gran espanto ante la real probabilidad de que a partir de ese momento ya no le iban a dejar en paz.

Pues bien, siguiendo el ritual establecido para esta ocasión por la Fundación Nobel, nuestro sabio aragonés hubo de desplazarse a Estocolmo para recibir de manos del anciano rey de Suecia –y hasta el año anterior también de Noruega-, Oscar II, que fallecería un año después, el diploma y la medalla acreditativo de tan especial honor, en una ceremonia de gran esplendor seguida de conferencias y cenas de homenaje a los galardonados, en compañía de los monarcas suecos.

Quizá, sentado en el solio, pensativo y emocionado, mientras transcurrían los prolegómenos de la ceremonia, contemplando entre las enseñas de los países galardonados, la bandera española, aquel médico maño reflexionara sobre la manera en que un científico, si es patriota, puede reivindicar para su país el lugar que le correspondía en el concierto internacional, vengando de aquella manera el triste fracaso que siete años antes hubo de avergonzar a toda la nación española que hubo sido despojada de sus posesiones y de gran parte de su historia, por la fuerza de un país poderoso y corsario y por la incapacidad e ineptia de unos políticos que nunca amaron verdaderamente a España. Pero en aquel momento, el mundo entero miraba y aplaudía aquella bandera roja y gualda.

Aquellos mismos políticos intentaron compensar a aquel patriota que guerreaba armado exclusivamente con su microscopio, de la única manera que saben hacerlo los políticos, ofreciéndole, en Marzo de 1906, por parte de Segismundo Moret,

el cargo de ministro de Instrucción Pública, compensación que don Santiago rechazó elegantemente después de que, tras aceptar el futuro Presidente del nuevo gabinete que se iba a formar, el programa político de regeneración de la vida científica y universitaria que presentóle Cajal, convencido de que iba a ser rechazado, cuando se percató de que en periodo electoral todo era válido pero, desde el punto de vista dotacionista, irrealizable en el futuro.

Otros caciques que ratoneaban por la Universidad, como Julián Calleja, no se detuvieron en escatimar homenajes, agradecimientos y ¡vivas! a España... Discursos, ágapes y todo tipo de desbordada exaltación nacionalista, a convenir, acompañaban al sabio por donde pasara. La prensa dedicó editoriales a la figura de aquel hombre; se le concedió la medalla de Isabel la Católica y la de Alfonso XII.

Nos recuerda González de Pablo lo oportunista de la sociedad española tradicionalmente envidiosa y oportunista:

<<El doctor Cajal, para llegar a la envidiable altura científica en que se halla colocado, necesitó que los extranjeros nos lo dijeran; pues aquí ignorábamos la mayoría que hombre que de tanto y tan extraordinario mérito existiera entre nosotros>> (González, 1998)

El doctor Santiago Ramón y Cajal era, al fin, algo más que una celebridad, era un mito, excelencias, por cierto, que no todos los miembros del mundo científico y político acertaban a comprender su razón sin ser capaces de valorar el interés de aquello que llamaban Neuroanatomía o Histología del Sistema Nervioso, aunque aplaudieran con fervor cualquier ocurrencia que tuviera el científico, algo que nunca ha cambiado en la historia de la escalada, no montañera sino política o pseudopolítica. En sus “Recuerdos” expresa don Santiago, mucho mejor que yo esta inconveniente decepción:

“Metódica e inexorablemente se desarrolló el temido programa de agasajos: cartas y mensajes gratulatorios; homenajes de alumnos y profesores; diplomas conmemorativos; nombramientos honoríficos de corporaciones científicas y literarias; calles bautizadas con mi nombre en ciudades y hasta en villorrios; chocolates, anisetes y otras pócimas, dudosamente higiénicas, rotuladas con mi apellido; ofertas de pingües participaciones en empresas arriesgadas o quiméricas; demanda apremiante de

pensamientos para álbumes y colecciones de autógrafos; petición de destinos y sinecuras...; de todo hubo y a todo debí resignarme agradeciéndolo y deplorándolo a un tiempo, con la sonrisa en los labios y la tristeza en el alma. En resolución, cuatro largos meses gastados en contestar a felicitaciones, apretar manos amigas o indiferentes, hilvanar brindis vulgares, convalecer de indigestiones y hacer muecas de simulada satisfacción...; para salir bien de los obsequios y agasajos de amigos y admiradores hay que tener corazón de acero, piel de elefante y estómago de buitre”. (López. 2006)

En 1907 fue nombrado Presidente, cargo que ocupó durante más de veinticinco años, de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas con la misión de formar el personal docente futuro y dar al actual medios y facilidades para seguir de cerca el movimiento científico y pedagógico de las naciones más cultas. Sobre los ilustrados cimientos de aquella Junta se edificaron importantes instituciones científicas y culturales y trabajaron científicos de renombre tales como Blas Lázaro, Julio Palacios, Pío del Río Hortega, Nicolás Achúcarro y hasta el mismísimo Leonardo Torres Quevedo, director del Laboratorio de Automática.

Cajal solo dejó de trabajar de manera directa y metódica cuando su salud ya no se lo permitía. Le obsesionaban los síntomas incapacitantes que él achacaba siempre a la arteriosclerosis, aunque su cerebro, inevitablemente rezongón y aragonés, se mantuvo siempre lúcido, hasta el punto de que una de sus obras literarias más bellas y entrañables fue escrita al final de su vida y titulada “*El Mundo Visto a los Ochenta Años: Impresiones de un arteriosclerótico*”, cuya introducción comienza:

“Hemos llegado sin sentir a los helados dominios de Vejecia, a ese invierno de la vida, sin retorno vernal, con sus honores y horrores...” (Ramón y Cajal, 1939) y que lleva fecha de Madrid, 25 de Mayo de 1934; don Santiago murió ese mismo año el día 17 de Octubre.

Pero nunca abandonó su contribución a la formación de sus ayudantes y alumnos. Puede que su deambular, ya anciano, por las instalaciones del Instituto que lleva su nombre, y de la Junta de Investigaciones Científicas, no pueda considerarse como labor docente en su sentido estricto, pero para aquel sabio, patriota y

eminentemente trabajador de la ciencia, su vida no hubiera tenido sentido de no ser por la adecuada formación de las generaciones que habrían de continuar su trabajo.

Hombres como don Santiago Ramón y Cajal, con un titánico esfuerzo, y que ya resalta González de Pablo cuando comenta:

<<... pero no se dejó de resaltar... la precariedad con la que Cajal llevaba a cabo sus estudios...>> (González, 1998)

Con una categoría de alcance universal, supo sacar a España de las arenas movedizas de la mediocridad y la humillación, y levantaron, de la nada, un castillo de esperanza, primero, y de realidad después, creando un efímero pero loable nuevo “Siglo de Oro” español; no olvidemos que Cajal compartió, durante su vida, Premio Nobel con otros dos insignes españoles: Echegaray y Benavente.

Don Santiago en el Post Scriptum de sus “Reglas y Consejos...” reflexiona así:

<<A la ruina nos ha llevado, más que las ideas que nos faltan, los sentimientos e ilusiones que nos sobran... Pero no es hora ya de filosofar sobre las causas de nuestra caída, sino de levantarnos lo más rápidamente posible. Miremos hacia adelante, alcemos nuestros corazones a la esperanza y consagrémonos a desenvolver nuestras energías, alentados por la fe robusta en la virtud redentora del trabajo y en el porvenir reservado a nuestra raza... El dolor mismo nos será útil, pues el dolor es el gran educador de almas y creador de energías... Mostremos a esas naciones que nos declaran muertos, sin duda porque esperan la hora del reparto de nuestros jirones, que no solo vivimos, sino que estamos resueltos a afirmar vigorosamente nuestro derecho a la vida... Lo hemos dicho mil veces y hemos de repetirlo hasta la pesadez: El poderío político de España será el fruto de la riqueza y del aumento de su población; resultados para los cuales no hay otro camino que crear, cueste lo que cueste, ciencia, industria y arte originales...>> (Ramón y Cajal, 2000)

Hemos de recordar aquí que Ernesto Lugaro, profesor de psiquiatría de la Universidad de Turín, con motivo del fallecimiento de Ramón y Cajal, escribió:

<<El caso de don Santiago Ramón y Cajal, con toda seguridad, es único en la historia. En un medio indolente y casi hostil, este hombre, con claro talento y voluntad, con trabajo inspirado e infatigable, logró una realización científica colosal, tan armoniosa como una obra de arte y sólida como para desafiar a los siglos. Sea cual sea la especialidad que ejerza un neurobiólogo, siempre deberá tener presente cualquier hecho o idea en el campo de la neurobiología>> (Ramón y Cajal Junquera, 2002)

. La obra literaria de Cajal:

Hay historiadores que afirman que el pensamiento, el razonamiento filosófico de Cajal tiene su origen en el Krausismo muy extendido por España en la primera parte del siglo XIX. Pues habría mucho que matizar al respecto:

La filosofía de Krause, adaptada al pensamiento carpetovetónico propugnaba, principalmente para la enseñanza, una descentralización administrativa, la libertad de cátedra y una tolerancia académica a todo tipo de pensamiento. Visto así parece constituir la base del razonamiento liberal, pero no es tal. En primer lugar porque solo se refiere a la enseñanza, es decir resulta de la aplicación del Krausismo en la política docente, difundida por Giner de los Ríos, Fernando de Castro, Nicolás Salmerón y Gumersindo Azcárate, fundadores todos ellos de la Institución Libre de Enseñanza, y en este sentido sí resulta una especulación liberal, pero, insisto, solamente encauzado hacia la docencia. De este grupo, muy distinto a la Generación del 98 en sus planteamientos filosóficos, deriváronse instituciones culturales, que han perdurado a través de los años, como el Centro de Estudios Históricos o la Residencia de Estudiantes.

En el orden científico Luis Enrique Otero afirma que:

<<el sexenio democrático del 68 favoreció la recepción de las nuevas corrientes científicas y culturales vigentes en la Europa de la segunda mitad del siglo: Positivismo, Darwinismo, Naturalismo alemán, Psicofísica y Antropología científica... >> y

<<...los Krausistas proponían una concepción del orden matemático del Mundo cimentada a una escala humana... De esta forma la ciencia experimental a diferencia de lo que ocurría con la ciencia moderna quedaba reducida a mero instrumento verificador de la evidencia establecida por la deducción filosófica, dejando en un segundo plano la función de contrastación de las teorías y leyes...El racionalismo antropológico de los krausistas... les condujeron desde esta concepción organicista hacia una visión adaptativa, que se mostraba acorde con los postulados de la teoría darwinista...>> (Otero, 1998)

En realidad Krause trató de desarrollar el ideal teórico de una humanidad beneficiada en los planteamientos de su esencia mediante un racionalismo armónico, superando en su proyección el razonamiento de Kant, pero muy influido por Hegel, mediante el análisis del yo (físico y espiritual), de la persona que le condiciona el conocimiento, luego este conocimiento tan retenido por el yo debe de ser finito, lo que deja abierta la puerta para un ser absoluto, un ser ilimitado y terminante. Ese ser absoluto concentraría la total síntesis de todas las ciencias, un estado que definió como *panenteísmo*, término inventado por él y opuesto al *panteísmo*, para excluir el efecto determinista divino. Es decir que concibe la existencia de un Dios, no determinista en la voluntad de los hombres, cuyo progreso, para alcanzar el ideal de sabiduría humana, se apoya en un análisis del yo (este si es determinante) y de un racionalismo armónico. Para ello Krause consideraba de gran importancia el conocimiento de la historia y el derecho (el determinismo de la raza). Ahora, la impresión que tenemos ya, no es liberal, sino “nacional-socialista”; elijamos, pues, un término medio.

Cajal nunca preconizó una filosofía de estas características, y mucho menos en la enseñanza. Para nuestro histólogo y pensador la docencia era una necesidad y un medio, que apreciaba casi en la misma línea que Mozart, pero nunca un fin. Era profesor porque ese era el fundamento del sistema, y porque obsesionado con la defensa a ultranza de la patria, solo concebía unas generaciones futuras de patriotas trabajadores, aunque racionalistas, analistas e investigadores en su más amplio sentido, pero ante todo, el científico era un incansable trabajador de la ciencia –pensamiento que también le alejaba del positivismo transformista y neokantiano-, y esta, en la rama de la histomorfología, era su fin. Un fin que contenía en sí mismo el fundamento y la razón; el método era poco importante, solo la voluntad.

“La educación consiste –decía en sus escritos- en la formación de vías amplias por donde los impulsos nerviosos se propagan sin esfuerzo y se transforman progresivamente en más automáticos. La educación debe adaptarse a las condiciones estructurales del sistema nervioso para facilitar el perfeccionamiento humano” (Saiz y Saiz, 1992)

“El trabajo mental continuado favorece el crecimiento de las expansiones nerviosas, lo cual hace aumentar el número de las asociaciones mentales. La atención continuada favorece la claridad de las percepciones e ideas. El hábito se

forma por el progresivo perfeccionamiento de las vías nerviosas y por la creación y ramificación de los nuevos apéndices celulares. La excelencia intelectual depende de la complejidad de las vías de asociación” (Saiz y Saiz, 1992)

“Inculquemos reiteradamente a la juventud –afirmaba Cajal- que la cultura superior, la producción artística y científica originales constituyen labor de elevado patriotismo. Tan digno de loa es quien se bate con el fusil como el que esguime la pluma del pensador, la retorta o el microscopio...” (Laín y Albarracín, 1982) Y en otro momento, a raíz de la guerra con los Estados Unidos:

“¿Cómo filosofar cuando la patria está en trance de morir?” (Álvarez Sierra, 1968)

*

Por otro lado algunos analistas encuentran en el humanismo de Ramón y Cajal semillas del Neokantismo. También debemos negarlo. Hay que tener en cuenta que la filosofía kantiana predicaba una postura negativista y no constructiva. Para empezar esta filosofía del pensamiento procedente de Centro Europa, esclavizaba la libertad intelectual a través de una permanente crítica: crítica del *conocimiento*, nunca influido por el aparato cognitivo, frente al predominio de la metafísica; crítica del *razonamiento* frente al necesario análisis de las estructuras profundas del espíritu; crítica, en definitiva del *juicio*, entendido como la fusión de sus principios y de los principios del conocimiento. En esta línea parece ser que se encuadra el pensamiento de Hermann Von Helmholtz, pero, a pesar del respeto científico que ambos investigadores se tenían, no era el camino hacia el conocimiento de un Cajal para el que no bastó la morfología de los tejidos, sino que se empleó sin dilación en tratar de deducir, en comprender, en conocer la función de aquellas células en el conjunto del sistema nervioso, a través del razonamiento y del conocimiento de la labor cognitiva del sistema nervioso. Yo soy un convencido que aquel incipiente interés por el hipnotismo que le secuestró durante un corto espacio de tiempo, no era otra cosa que una manera de investigar, de escudriñar en la función del Sistema Nervioso, incluso antes de entender la morfología de su estructura histológica, y por supuesto antes de descubrir la teoría neuronal.

El maestro histólogo afirmaba:

<<La operación intelectual es el resultado de la acción combinada de un gran número de esferas conmemorativas primarias y secundarias>> (Saiz y Saiz, 1992)

<<Un cerebro pensará y obrará bien cuando las vías de asociación más robustas y directas unan las esferas conmemorativas primarias y secundarias. Un cerebro será imperfecto si las esferas asociativas y conmemorativas poseen neuronas incorrectas o mal asociadas>>. (Gamundí y Ferrús, 2006)

Sea como fuere, hemos de considerar que todo lo que se ha escrito y reflexionado durante los últimos veinticinco años respecto a la filosofía de la especulación humana, prácticamente desde la caída del muro de Berlín, ha estado adoctrinado por la actual tendencia a reducir el pensamiento al dogma de la globalización, teoría que priva a los políticos, sociólogos y rentistas de los movimientos introspectivos de la posibilidad de elegir entre diversas hipótesis; el posibilismo ha muerto y ha sido sustituido por un nihilismo absoluto y una doctrina, la nueva “diosa razón”, que todo lo puede y que es tan dúctil y maleable como interese a los propósitos del manipulador: la “democracia”.

Durante buena parte del siglo XVIII (la Ilustración), el siglo XIX y la primera mitad del XX, el concepto de intelectualidad tenía un sentido universal, adaptativo y especulativo; el ilustrado, el investigador y el filósofo participaba en el presente y proyectaba el futuro de su sociedad eligiendo el dogma o la escuela sobre teoría socio-política e incluso filosófica que mejor representara su ideal o su fin, por provechoso o aprovechado que fuera. Ello concedió al siglo XIX y XX, en su primera mitad, una luminosidad, un colorido, en ocasiones de sangre, que hoy día, al menos una generación, sino dos, no son capaces, no solo de fraguar, sino ni siquiera de imaginar. Hoy todo está en los manuales globalizantes; la democracia, una señora que cada cual viste con el ropaje que mejor le conviene, es la respuesta a cualquier cuestión y sustituye, para nuestro desdoro al patriotismo del sabio; la primavera del 68 ha sido enterrada junto con Montesquieu.

Pero volviendo a nuestro tema, la contestación que representó ante el dolor patrio la Generación del 98 – y luego la del 27- es impensable hoy día. Y de la misma manera que podemos afirmar que al impresionismo pertenecieron pintores que

no se relacionan en los textos al respecto, como Joaquín Sorolla, también sería justo aseverar que hubo muchos más intelectuales, cuyo trabajo expresaba el mismo dolor ante la patria deshecha, que eran indudablemente miembros de una generación del 98 trufada de las mismas características que la configurada por nuestros conocidos escritores, aunque muchos de ellos de mayor tendencia naturalista. Así ocurrió con Zuloaga, Romero de Torres, el maestro Pablo Luna, Federico Chueca (desde 1898), Albéniz, Granados y Falla, Manuel Fernández Caballero con su “Gigantes y Cabezudos”, Turina, Oscar Esplá, Federico Moreno Torroba con su “Luisa Fernanda”, canto lírico a una época de quiebra social del siglo XIX, el escultor Mariano Benlliure o Ricardo Bellver autor del dramático “Ángel Caído”... y por supuesto Santiago Ramón y Cajal.

*

Finalmente hay quien le aplica a Cajal un apoyo intelectual en la deductiva darwinista, y aquí sí puede resultar acertado el análisis. En primer lugar nos alejamos de una filosofía conductista para ser aplicada a una “política necesaria”, por lo tanto oportunista. Además en el estudio de la función a través de la forma, o la aplicación de la selección natural que explique la diversidad de las especies, nunca Cajal se opuso, es más, uno de sus hitos investigadores fue el estudio histológico de la embriología de los cordados en distintas etapas de su evolución, es decir una neurohistología evolutiva.

De cualquier modo al genio aragonés nunca le preocuparon los retruécanos filosóficos –salvo, quizá, en un momento de su inmadura juventud, y con notable desacierto- y los caminos para llegar a la conciencia del hombre; le preocupaba el hombre, la patria, la injusticia social y, sobre todo, la calamitosa carencia de un espíritu disciplinado y preeminente ante cualquier convencionalismo social, del trabajo sin desaliento para, con ello enarbolar la bandera del conocimiento en bien de la patria. Esta era su manera de luchar, no con las armas, ni con la política, sino con el trabajo, y así lo hemos afirmado ya, en más de una ocasión a lo largo de este trabajo.

Ahora nos queda todavía una cuestión sin resolver, aunque de carácter menor, por lo que concierne a este análisis en relación con aquellas opiniones vertidas sobre don Santiago, en relación con su humanística y escuela lógica, ética y moral. ¿Era

masón Santiago Ramón y Cajal? Hay quien defiende que sí y otros, entre los que se encuentra su nieto Santiago Ramón y Cajal Junquera, lo niegan. Los que apoyan su pertenencia a la masonería afirman que con 25 años, al poco de regresar de Cuba, conoció de la existencia y “principios” de esta organización, que ingresó en la logia “Orden de Caballeros de la Noche núm. 68” de Zaragoza, y que existen documentos que acreditan esta afirmación depositados en el Archivo Nacional Histórico de Salamanca.

Ante todo Cajal no era un ignorante. Puede ser que, tras la experiencia de Cuba, y a la edad de 25 años, tuviera la tentación de unirse a gentes cuyo mensaje, bien que oculto al lego que más bien debía adivinar sino creer unos dogmas de presunto pensamiento fraterno, desagobiaran su espíritu mutilado por la campaña vivida, sobre todo si como afirma Ricardo Serna, se le afirmó que la masonería era <<*Una orden iniciática un tanto extraña en apariencia, en la que se iban integrando... hombres de variados orígenes y tendencias a los que solo parecía unir el deseo de mejora personal y de avance social... Era -la masonería- y sigue siendo una asociación universal, filantrópica y progresista que procura inculcar en sus adeptos el amor a la verdad, el estudio de la moral universal, de las ciencias y las artes y desarrollar en el corazón humano los sentimientos de caridad, tolerancia y defensa del progreso...>> (Serna, 2002)*

Resulta indudable la simpatía de Ricardo Serna hacia la masonería, y no es compromiso de este trabajo desgranar toda la documentada influencia que ha tenido esta institución en las más decisivas transformaciones sociales ocurridas en los últimos dos siglos y medio. Lo que sí parece evidente, y todos los comentaristas del tema afirman, es que, en cualquier caso, Cajal jamás habló ni escribió una línea en referencia a su presunta adscripción a la logia zaragozana, y aceptan, igualmente, que lo más probable es que se desilusionara pronto de la orden y desapareciera de entre sus miembros.

Es curioso que el mismo Serna afirme que a raíz de la revolución del 68 se complicara la situación de la masonería en España, pues que proliferaron las obediencias, si, en cambio, entramos a considerar que el mismísimo Prim era masón, así como Espartero y Serrano.

También llama la atención que un individuo tan siniestro de carácter como Pío Baroja, definido como anticlerical, anticatólico, antisemita, antidemocrático, antiburgués, anticapitalista, y antisocialista –baste decir que su ídolo filosófico era Schopenhauer-, fuera enemigo mortal de Cajal, cuando de hecho Baroja intentó militar en el Partido Republicano Radical, masón por excelencia y también anticlerical, aunque sus siglas conduzcan al equívoco, lo que no coincide con la definición de Ricardo Serna, sin llegar a cuajar debido a su carácter insociable y sombrío.

Su gran amigo Simarro sí fue masón, pero, años después y por carta, don Santiago se lo reprochaba:

“... en España había algo más urgente y digno de su gran talento que presidir logias masónicas, defender anarquías y afiliarse a un muriente y desacreditado partido republicano...” (Vera, 2001)

En esta referencia identifica la masonería con los anarquistas y republicanos, opiniones que, no obstante, podemos considerar también desacertadas.

A lo largo del desarrollo histórico, que figura en este trabajo, sobre los acontecimientos socio-políticos están insertadas alusiones sobre la influencia, e incluso el protagonismo de los distintos grupos masónicos pertenecientes a logias, tanto españolas como francesas, en hechos casi siempre de carácter revolucionario. Ciertamente unos afirman la veracidad de su participación y algunos lo niegan, pero lo que es evidente es que desde el siglo XVIII, tanto en España como en el resto de Europa, la influencia de la masonería en el discurrir de la historia de nuestros ascendientes, como así de otras organizaciones y hermandades de éxito social y político, con raíces religiosas o paganas, algo que nos alcanza a nuestros días, es innegable, y así es como lo debemos contemplar, con ojos de historiador.

9ª Parte: Impacto de la obra y la figura de Cajal en la sociedad:

Sin lugar a dudas no tenemos otro remedio que repartir la obra de Santiago Ramón y Cajal en dos grupos, no necesariamente independientes: El trabajo del investigador y su legado humanístico:

. El trabajo del investigador

No voy a extenderme en exceso acerca de la obra investigadora de Santiago Ramón y Cajal, por ser sobradamente conocida y divulgada hasta la saciedad, en textos magníficamente informados e ilustrados, aunque nunca puede saciar el fundamento de toda la neurobiología y neurofisiología que en nuestros días permite, apoyándonos en la moderna tecnología Tomografía Axial Computerizada y Resonancia Nuclear Magnética, contemplar en una pantalla de televisión las imágenes coloreadas, en tiempo real, de los “pensamientos” de un mamífero e incluso de un ser humano, a medida que se le estimula por distintos procedimientos. El conocimiento de los neurotransmisores, el tratamiento de enfermedades como la depresión tras identificar la bomba de Serotonina, de la esquizofrenia y enfermedades neurodegenerativas, la predicción de la conducta en enfermos psiquiátricos potencialmente peligrosos, e incluso el mejor saber y eficaz tratamiento del dolor, todo se lo debemos al trabajo de Cajal.

Otero Carvajal considera los referentes científicos de nuestro eminente histólogo al cirujano Federico Rubio Gali, el oftalmólogo Francisco José Delgado Jugo, el ginecólogo Eugenio Gutiérrez, y finalmente Rafael Ariza y Luis Simarro, quien le enseñó en 1887 la técnica cromoargéntica de Golgi. (Otero, 1998)

Antes de Cajal la observación del sistema nervioso a través del microscopio, sugería la presencia de una red de fibras (Neurilema) de las que no se podía identificar un principio ni un final de las mismas, simplemente era una red, en medio de la cual se encajaban las células, presuntamente encargadas de llevar a cabo el impulso nervioso, y todo ello sumergido en el omnipresente tejido conectivo. En base a esta teoría “Reticular” morfológica, propuesta por Gerlach, resultaba muy difícil definir con precisión el funcionamiento de todo el sistema a pesar de lo cual las teorías propuestas eran aceptadas, casi como un dogma irrefutable.

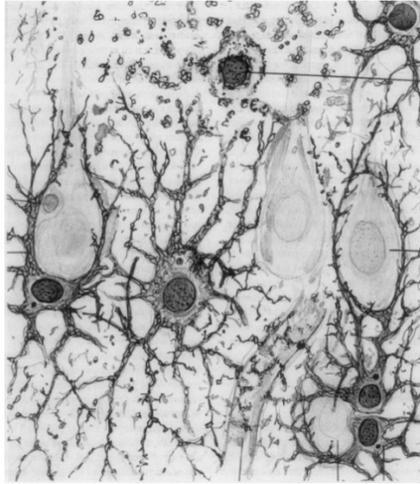


Incapaces de disociar e individualizar las células nerviosas y decidir la manera en la que se relacionaban unas con otras, los morfologistas marchaban por un sendero y los fisiólogos por otro, ambos, habitualmente equivocados.

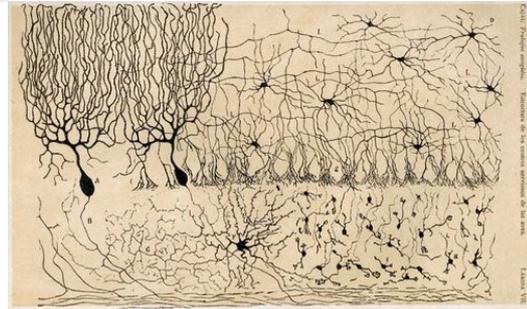
Las preparaciones tisulares solían teñirse con hematoxilina o carmín, como se hacía con otro tipo de tejidos del organismo, hasta que Golgi introdujo su famoso método de tinción, ya comentado en este trabajo, y que permitió, como un gran avance, intuir la posibilidad de que las expansiones protoplásmicas terminan libremente sin continuarse con una célula próxima y sin tener relación directa en la formación de las fibras nerviosas. Pero Golgi no conseguía identificar el final de los axones y dendritas, lo que le mantenía convencido de la certeza de la teoría reticular.

De todas formas, el método de Golgi resultó de más utilidad a Forel y a His que al autor de la técnica, pues estos investigadores llegaron a comprender que no existía la red y que las prolongaciones nerviosas, con toda seguridad, terminaban libremente en la sustancia blanca; pero no eran capaces de demostrar esta convicción sin una base empírica.

Y la prueba, sin lugar a dudas, la aportó Cajal, apoyándose en la técnica de



GLIA



CEREBELO

Golgi -que como hemos referido antes amplió sometiendo a la muestra impregnada en nitrato argéntico a un baño en ácido ósmico y bicromato, para volver a teñir los cortes con nitrato de plata- y en las sospechas de Forel y His.

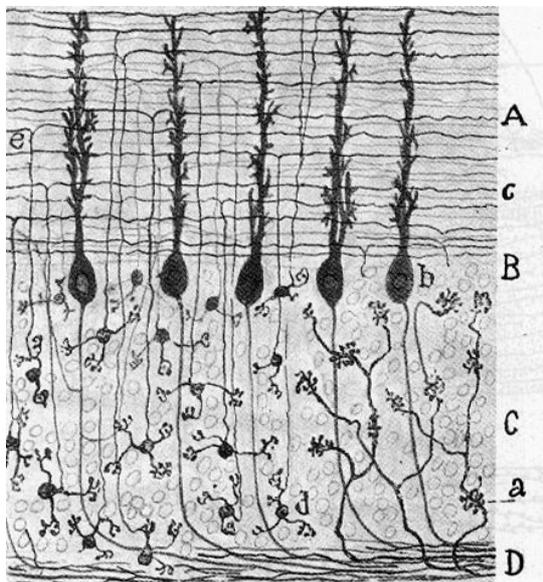
Durán Muñoz y Alonso Buron nos recuerdan que Grande comentaba:

“Cuando hoy sabemos de la función nerviosa, o al menos lo más importante de nuestro actual conocimiento de la neurofisiología, es comprensible admitiendo que los centros nerviosos están compuestos por unidades celulares y neuomas cuya independencia genética, anatómica, fisiológica y trófica fue establecida por Cajal hace ahora algo más de sesenta años”. Durán y Alonso, 1983)

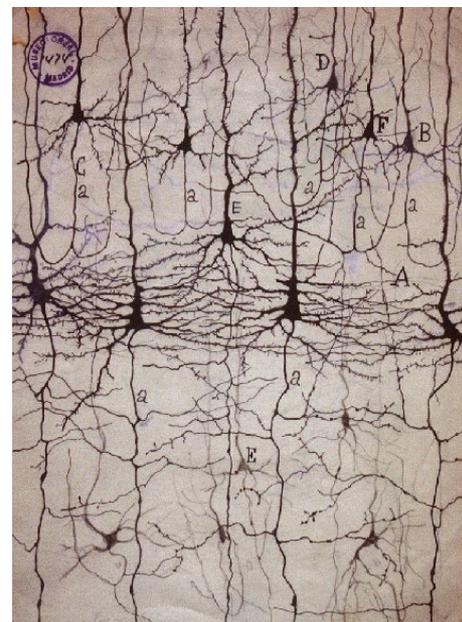
Las tinciones del tejido nervioso creado por Cajal permitía unas imágenes de una nitidez asombrosa; los materiales de embriones en que el sistema nervioso, y concretamente, en un principio, en el cerebelo de las aves que se encontraba todavía en muy primitiva formación, limpió el campo del microscopio de innecesarias marañas y permitió una mejor tinción de tejidos no cubiertos de mielina todavía. Sobre ello la intuición genial del científico aragonés, posiblemente la mayor habilidad

que envolvían el soma celular creando una unidad funcional de una belleza estética que nadie antes había podido establecer. Estas neuronas de Purkinje pueden recibir información derivada de las células musgosas, que contactan con las células de información directa de las fibras trepadoras con fibras paralelas cuyo enlace se produce con una única célula de Purkinje, ambas originarias de la médula espinal y del tronco encefálico.

Del mismo modo podemos reconocer la grandeza de las bellas imágenes que obtuvo y dibujó partiendo de preparados histológicos la retina y otras preparaciones del sistema nervioso.



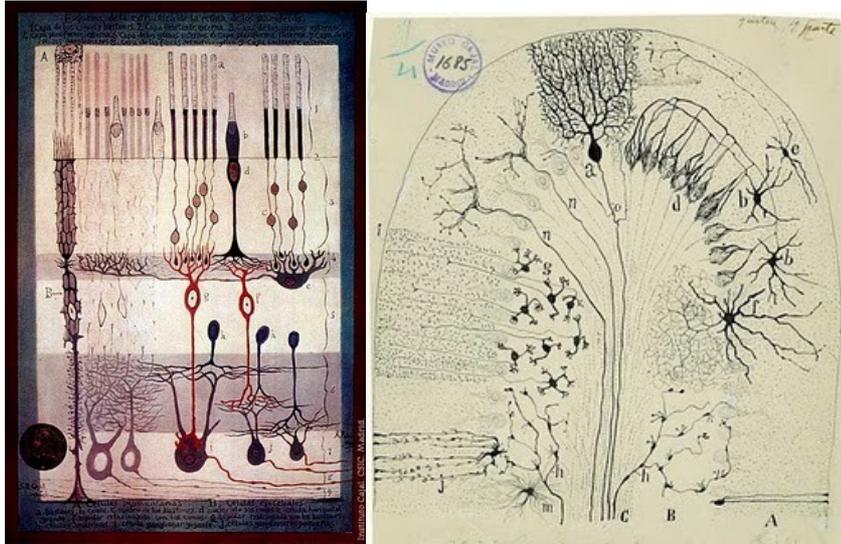
CEREBELO



CORTEZA CEREBRAL: NEURONAS PIRAMIDALES

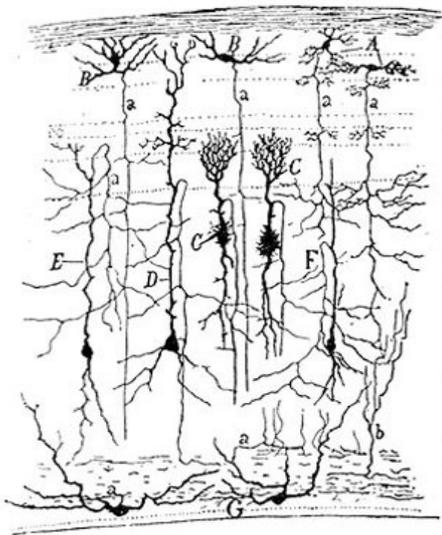
DIBUJOS DE CAJAL

La aportación de Cajal a la neurobiología no solo se resumió en descubrir la estructura del sistema nervioso y demostrar la independencia celular en el mismo, sino que consiguió abrir la puerta al estudio de la anastomosis de las células nerviosas



ESTRUCTURA DE LA RETINA ORGANIZACIÓN DEL CEREBELO

independientes, la relación sináptica de unas neuronas con otras a través de sus axones y dendritas libres y finalmente la liberación de los neurotransmisores y, en definitiva la comprensión de multitud de enfermedades hasta entonces ocultas en las sombras de la especulación.



TRACTO OPTICO DEL GORRIÓN REPRESENTACIÓN ARTISTICA DEL DR. JOSÉ RODRIGO

CORTEZA CEREBRAL

Con Santiago Ramón y Cajal nace la teoría neuronal, la hipótesis probada de la unidad celular del sistema nervioso, compuesto solo de células, y la esencia, la singularidad funcional del mismo.

.Legado humanístico de Cajal:

Luis Enrique Otero se expresaba de esta forma sobre la humanística en el trabajo de don Santiago:

<<...el positivismo español engarzó con las teorías biologists, que encontraron en los estudios comparativos del desarrollo cerebral, a nivel neuronal, una figura de alcance internacional: Santiago Ramón y Cajal>> (Otero, 1998)

Y así es que nuestro Cajal, el nacido en Petilla de Aragón, pero hoy propiedad de todos los españoles y de todos los habitantes del planeta, allí donde moran los hombres ilustres, el Olimpo de la grandeza y la sabiduría, el panteón universal de los egregios, eximios e insignes cerebros inmortales a través de cuyo trabajo y conspicua inteligencia la humanidad ha recorrido el espinoso camino del pensamiento, la técnica, el arte y la ciencia, había mucho más que un Premio Nobel de la Medicina. La humanística de Cajal, que ha quedado ensombrecida por sus trabajos y descubrimientos histológicos, alcanza cotas de eminente especulación y sabia introspección literaria siempre a caballo de los acontecimientos sociales y políticos que acechaban el momento. Y este ha sido el propósito final de este estudio: Cajal y la España de su tiempo, la sociedad de su entorno y su circunstancia, parafraseando a Ortega.

Cajal nunca fue un vagabundo intelectual, nunca quiso estar al margen de la historia de su nación, del dolor de su patria e igualmente decidió dejar constancia de su pensamiento y su sentir de y para la España de sus descendientes.

Su esposa Silveria Fañanás fallece el 23 de Agosto de 1930, la que fuera su comprensiva compañera más de las penurias que de los éxitos, durante cincuenta y un años. Él cuatro años después.

Durante aquella primera treintena del siglo XX, y después de quedar zanjado el insípido episodio de su breve inmersión en la política, y de la recepción, en 1906 del Premio Nobel, poco a poco va deteriorándose su salud, según él mismo refiere continuamente, la arteriosclerosis le está privando de sus fuerzas físicas e intelectuales.

En 1912, año del hundimiento del transatlántico Titanic, del desbordamiento del Guadalquivir en Sevilla, de la primera Guerra Balcánica, del asesinato de Canalejas en la Puerta del Sol de Madrid, y cuando Rutherford descubre el núcleo atómico, don Santiago pone en práctica la técnica de tinción formol-urano.

Muere su hijo Santiago y se traslada a la casa de la calle Alfonso XII, muy próxima al Retiro madrileño, donde, ya anciano pasará largo tiempo leyendo y escribiendo ante una taza de café en un velador de los quioscos que ofrecen sus mesas al aire libre en aquel bello jardín madrileño, resto del que fue gran palacio de los reyes desde el siglo XVIII.

Continua recibiendo premios y homenajes, mientras desarrolla un trabajo de gran notoriedad sobre la degeneración y regeneración del sistema nervioso en 1914 y recibe la condecoración de Comandante de la Legión de Honor francesa y la Gran Cruz de la Orden del Mérito alemana, un año después. En 1916 Fernando de Castro comienza a trabajar con él en el laboratorio. En 1917 edita su libro “Recuerdos de mi vida; mi infancia y juventud” y en 1921 “Charlas de café”, después de dimitir como director del Instituto Alfonso XIII. Su vida se va transformando paulatinamente; sus trabajos de investigación tiempo hace que tienen una directriz marcada lo que le permite dirigir el trabajo de sus ayudantes y dedicar más tiempo a su actividad literaria, tanto es así que un año después, en 1922, al tiempo que recibe la medalla Echegaray, se jubila como catedrático de la Universidad de Madrid. En 1924 es nombrado doctor honoris causa por la Sorbona.

Cajal es ya un anciano; en efecto su fortaleza física le va abandonando y sus excursiones en coche al retiro con Silveria, ya enferma, son cada vez más frecuentes. Se hace notar de manera cada vez más desgarradora, la enfermedad

contraída en Cuba, con frecuentes diarreas que le acompañaran, a pesar de haberse operado del recto, hasta el momento de su fallecimiento, totalmente consumido. A la muerte de su esposa, que coincide casi al tiempo con la inauguración del Instituto Cajal, es nombrado director del centro que lleva su nombre, cargo que apenas llega a ejercer de manera efectiva, para escribir su última obra “El Mundo Visto a los Ochenta Años”, que se editará el mismo año de su muerte.

Este libro representará un auténtico compendio de lo que para el científico y humanista había representado toda una vida dedicada al trabajo de investigación y al pensamiento humanístico, desde la platea donde su ancianidad y experiencia le permite observar en la distancia de manera reflexiva. Este será el sumario más valioso del legado humanístico de Cajal, y de entre sus páginas entresacaremos aquellos pensamientos que nos permitan recoger el testigo que el gran hombre nos ofrece.

Y ahora nos corresponde relacionar sus pensamientos y sus escritos, que, indudablemente le ponían en contacto con la Generación del 98.

.EL MUNDO DE CAJAL EL HUMANISTA:

Como afirma José Luis Nieto: << *Para don Santiago Ramón y Cajal, el desastre cubano se convirtió en una constante preocupación, por la regeneración científica y social de España...*>> (Nieto, 2002) y esta es la certeza que obtenemos del estudio profundo de la vida del científico y su tiempo, tanto por el drama patrio en sí, sentimiento que hemos visto extendido en una gran parte de la intelectualidad de la época, que conocemos como Generación del 98, como por la pobreza intelectual de su pueblo. Y este es el propósito último de este trabajo, relacionar a nuestro ilustre histólogo con el movimiento literario cuyo sentido como tal se apoya en semejante acontecimiento histórico, tanto desde el punto de vista humanístico –ahí están sus libros y discursos- como en el científico, algo inédito en el resto de los miembros de la Generación del 98; y es en este segmento de su vida donde radica la peculiaridad del eximio aragonés.

Nadie podrá negar que la debacle de 1898 y sus consecuencias sociales, económicas y humanas resultara el fulminante que habría de prender la mecha que terminaría por llevar a España hacia sentimientos y actitudes muy determinantes dentro del estamento cultural, gestor de la Generación del 98, pero que a su vez la pérdida de las colonias y la manera en que se produjo este episodio no fue sino la consecuencia previsible, el patético trasunto que la política de todo un siglo promovió desde la invasión napoleónica de nuestras tierras y la, nunca bien entendida, Guerra de

Independencia, de cuyos efectos mediatos, España todavía a día de hoy no se ha recuperado.

Y todo ello hemos de considerar como secuela en cascada, así mismo de la Generación del 27, mucho más politizada que su antecesora, aunque se solapen en el tiempo y en alguno de sus protagonistas, lo mismo que de la dictadura de Primo de Rivera, exposición manifiesta del fracasado reinado de Alfonso XIII, de la nueva calamidad de la Segunda República, la Guerra Civil y una nueva dictadura, la de Francisco Franco, todo ello gollerías de una pitanza que todavía el pueblo español no ha conseguido digerir.

De este modo todo lo ocurrido en el siglo XIX, centuria puente entre la Ilustración y, revoluciones sociales, la era de la gran tecnificación que a día de hoy disfrutamos o sufrimos, según se mire, pero que en modo alguno el español ha sabido aprovechar, resulta a todas luces motivo primario de inquietud en el corazón y el pensamiento de escritores y artistas de un fin de siglo que brindó el grave descalabro de 1898. Más hubo un hombre para el que, a pesar de su reconocido y racial tesón y valía en el campo de la Medicina, es muy probable, y ello nos arriesgamos a afirmar tras haber estudiado a fondo toda su trayectoria humana y profesional, sin la crisis finisecular de las colonias españolas, muy posiblemente nunca hubiera llegado a dar al mundo un presente tan extraordinario sobre la neurohistología del cerebro humano.

Y es que hemos de recordar que contaba con una ventaja sobre los Unamuno, Azorín, Machado o Ganivet, y es que Cajal pudo sentir en sus carnes la experiencia vivida en primera persona de lo que significaba Cuba, la perla de las Antillas, desgajada a dentelladas por los países anglosajones durante décadas y vestida de harapos por la corona y los gobiernos españoles, la corrupción de funcionarios y comerciantes sin escrúpulos y la estúpida ineptitud de un estamento militar caduco, saturado de ineptos mandos y refugiado en sus ancestrales gestas; Cajal vio sufrir y morir innecesariamente a una generación de sanos jóvenes; sufrió, se desgañitó solicitando justicia y enfermó con ellos, por defender... un negocio de esclavos, aunque esta afirmación parezca muy dura. Pero Cajal va mucho más allá del lamento, de la oda y la acción política decidida y clama por el más profundo mal que ha infectado al pueblo español y podemos comprobar en 2011 cada jornada:

<<España es un país intelectualmente atrasado, no decadente>> siendo preciso a su entender <<tonificar la voluntad científica nacional>> (Ramón y Cajal, 2000)

¿Y por qué la ciencia y no el derecho, la técnica, la filosofía o el arte, por ejemplo? Pues porque para Santiago Ramón y Cajal todo esto es ciencia. El médico oscense no concibe un científico que no vibre con el arte como a él le sucedió con el dibujo, que no se sienta homo sapiens a través de la técnica, como desarrolló para su conocimiento con la fotografía o su telescopio que le unía con el Universo en noches de apacible serenidad, con el derecho porque supo defenderlo, ante el oprobio y la humillación anglo-sajona, de la única forma que reconocía como excelsa, cuando recogió el premio Nobel para España, y la filosofía porque toda su vida hubo de cargar con el pesado fardel de no haber acompañado a su hija cuando se moría mientras descubría para nosotros, para todos los hombres, los secretos del sistema nervioso.

Todo en la vida de Cajal era ciencia y sin ella nada tiene sentido, y este anhelo le inquietaba y desazonaba al sentir el pobre progreso de las ciencias en su patria:

<<Los sabios fueron siempre mal sufridos; quien añade ciencia añade impaciencia>> (Gracián, 2007)

En la España de 1898 el índice de analfabetismo alcanzaba el 72%, tres veces superior al resto de Europa, de modo que calculando una población total de diecisiete millones de habitantes, como nos recuerda Núñez Ladevéze (Howard, Marín y cols.; 1999) podemos considerar lectores potenciales a menos de 5 millones de ciudadanos, siendo muy significativo que solamente el 1% de estos lectores había tenido acceso a estudios universitarios, es decir unas cincuenta mil personas. Resulta inevitablemente llamativa la dificultad de difusión, no solo de cultura, sino de información de cualquier tipo, aunque viniera de la prensa diaria, de la que solo en Madrid se editaban unos cincuenta diarios, bien es verdad que muchos de ellos podrían clasificarse de panfletos.

Sabemos que los principales periódicos eran “La Correspondencia de España”, “El Imparcial”, “El Globo”, “El Liberal”, “El Siglo Futuro” y “La Época”, este último, como informa Núñez Ladevéze, el órgano oficial de la burguesía y la aristocracia. (Howard, Marín y cols., 1999) Si consideramos que la sociedad de la Iberia

de finales del XIX vivía de una economía agraria mediante usos tradicionales, y que comenzaba a industrializarse tímidamente, al mismo ritmo que introducía valores nuevos que consiguieran romper, con harta dificultad y oposición de las clases acomodadas, las amarras de tiempos ilustres del pasado, no cabe la menor duda que la prensa, principalmente la prensa de matiz ideológico, no iba dirigida al analfabeto pueblo llano, sino a la burguesía más o menos progresista, término que por entonces se identificaba con el vocablo “liberal”, pues no en vano nadie discutirá que ha sido la clase burguesa quien ha instrumentado todas las revoluciones hasta bien avanzado el siglo XX; el pueblo siempre ha sido un mero instrumento en manos de los intelectuales burgueses.

Tuñón de Lara refiere que en la España de 1887, casi el 67% de la población era agraria, el 15 % se dedicaba a la industria y casi el 19% a servicios (Tuñón.1986). Muy poca labor se entregaba a la industria fabril y minera, a los artesanos, pequeños comerciantes y jornaleros de variopintas actividades, entre los que podemos incluir desde el pícaro a las criadas de servir. Ya en el año 1900, el panorama agrario no había cambiado pero habíase trasladado la actividad industrial al 64%, muy afianzado en la construcción y sector terciario.

Más la pérdida de las colonias de ultramar derrumbó estas efímeras cifras al perder el principal cliente consumidor de paños y, sobre todo, del trigo castellano con el que se fabricaba el pan de los españoles cubanos y filipinos.

El sabio español empeñó la mitad de su vida en su personal trabajo científico, sin descanso, en nombre de aquello en lo que él creía, algo nada sencillo si contamos con la sempiterna oposición paterna, y la otra mitad en tratar de inculcar ese espíritu en el corazón y la voluntad de las generaciones posteriores:

<< ¡Ah que empresas más grandes podrías llevar a cabo con el enorme ascendiente que posees sobre los poderosos de la tierra si, además de preocuparte de la pureza de las costumbres y de la paz de las almas, te apasionara algo de la ciencia y del bienestar material de los pueblos! ¡Cuán grande, simpática y civilizadora sería la misión de la Iglesia si los talentos selectos que vegetan en sus claustros, dando treguas al tenaz empeño de convertir la ciencia en servidora de la religión o de demostrar la posible armonía de entrambas, se propusieran seriamente fabricar ciencia, filosofía y arte

originales, rindiendo de esta suerte culto por igual a la palabra y a la obra de Dios!>>.
(Ramón y Cajal, 2000)

Creo que esta reflexión de don Santiago no deja lugar a dudas sobre los comentarios que antes he propuesto, ni precisa de más palabras.

Naturalmente que la crisis del 98 y sus consecuencias dolieron infinitamente en el alma de este noble baturro. Entonces ¿por qué no difundió con su erudita pluma sus amargas quejas y reproches en poemas, loas y apologías, sus recuerdos hacia una Castilla ocre y mísera, como espejo de la pobre España, que diría Stendhal, ni tampoco se implicó de manera definitiva en la política nacional para luchar contra la estulticia administrativa? Todo ello que anteriormente hemos definido como “pancartismo”. Pues, sencillamente, porque Santiago Ramón y Cajal solo concebía un arma para defender a España: el trabajo, la reflexión y la ciencia:

<< Los que tengáis vocación por la ingeniería y las ciencias físicas, no olvidéis que cada máquina que dejéis de inventar e importada de países extraños, tiene un equivalente de pobreza que se difunde por toda la nación, cerrando el paso a la vida de españoles que no han nacido, pero que tampoco nacerán; mientras que al contrario, toda invención fecunda nacida entre nosotros representa un fermento de vida española y un manantial de honra y de riqueza colectiva...>> (Ramón y Cajal, 2000)

No, no es un manifiesto socialista, de hecho en sus reglas y consejos refiere una frase de Cánovas, a la sazón conservador:

<< Trabajad, inventad, economizad sin treguas; no contraigáis más deudas; no pretendáis tanto adquirir como conservar; no fieis sino en vosotros mismos, dejando de tener fe en la fortuna...; que vuestro patriotismo sea, en fin, callado, melancólico, paciente, aunque intencionado, constante, implacable>. (Ramón y Cajal, 2000) Y (Areilza, 1974)

No, no es apología de una creencia ideológica, es simplemente patriotismo, el amor a su patria, que jamás le desasistió a lo largo de toda su vida, algo que en nuestros días resulta muy difícil de explicar. A la patria se la ama porque se la defiende hasta dar la vida por ella pero no necesariamente en una trinchera, sino allá donde el correr de la vida y tus cualidades te han situado. No es la patria de un partido político, de una religión, ni de un pedazo de terreno por el que te sientes distinto y con ello

desprecias a tus convecinos, es un sentimiento que se mama y se siente... o no se siente. Y en esta misma línea, también nos recuerda la meditación de Joaquín Costa cuando exponía:

<< Ha engañado a nuestros políticos el mapa, no viendo de la península sino su extensión, no cuidándose de apreciar su grado de productividad, la población que podía mantener, los recursos con los que podía acudir al Tesoro Público. Dos accidentes históricos, el desembarco de Colón en la Península con su lotería del Nuevo Mundo y el matrimonio de Doña Juana, con sus expectativas en la Europa Central, desplegaron a la vista de España perspectivas de grandeza y tentaciones de imperio universal, para resistir a las cuales no había en la raza suficiente caudal de prudencia política, y complicaron e hicieron irremediable aquella desorientación que nos ha valido cuatro siglos de decadencia...>> (Ramón y Cajal, 2000)

¡Ah! Cuanta verdad hay en estas palabras, o en aquellas otras que pronunciara el mismo don Santiago para esclarecer las principales causas generadoras de los males hispánicos, y creo yo que en el siglo XXI, sin esperanzas de solución:

<< 1ª- Que cada institución o clase social, se estima como un fin y no como un medio, creciendo viciosa e hipertróficamente a expensas del estado.

2ª- Que, salvo contadas excepciones, nadie ocupa su puesto; los altos cargos políticos, militares y administrativos, se adjudican a gente sin adecuada preparación, con tal de pertenecer al partido imperante, por donde aviene su rápido desprestigio.

3ª- Que cualesquiera que sean los fracasos e inmoralidades de los poderosos, jamás se les inflige ninguna sanción, ni aún la del ostracismo. Solo en la desventurada España, se da la monstruosa paradoja, de galardonar con ascensos, las derrotas, imprevisiones e insensateces de los próceres, de la política o de la milicia>>. (Ramón y Cajal, 2007)

Esto no es otra cosa que patriotismo y noventayochismo

En la misma línea, Severo Ochoa, en el prólogo a “Reglas y Consejos sobre Investigación Científica” de Cajal, asevera:

<< No es fácil explicar por qué España ha ido siempre muy por detrás de las otras naciones en el cultivo de la ciencia y mucho menos fácil es explicar cómo en ese terreno árido ha surgido la figura de Cajal... Cómo surgió Cajal en el páramo científico de la España de su tiempo es para mí un milagro. También fue otro milagro para mí el que surgiese en la música una figura como la de Mozart. Ambos son, en cierto modo, seres sobrenaturales...>> (Ramón y Cajal, 2000)

El mismo Tuñón de Lara afirma:

<<... las palancas de mando del país se hallaban en manos de unas cuantas decenas de familias, cada cual con su “clientela” política y económica... >> (Tuñón, 1986)

Y Gumersindo Azcárate, insistía sobre el mal endémico del caciquismo:

<<Feudalismo de nuevo género... y por virtud del cual se esconde, bajo el ropaje del gobierno representativo, una oligarquía>> (Tuñón, 1986)

En el texto de Tuñón se nos recuerda que quedan reflejados en el Diario de Sesiones del Congreso -testimonios como el del Acta de Alhama, en 1891, en el que se coacciona a los campesinos para votar al señor Angulo del Prado o si no perderían la cosecha; o en el pueblo granadino de Peligros, donde el cacique marqués de Sandoal obtuvo 665 votos cuando en la localidad, el censo contaba con 568 varones y 569 mujeres, estas sin derecho al voto.

*

Para mí resulta sencillo de explicar el sentimiento de Ramón y Cajal: patriotismo. Amor, amor a la raza, al trabajo y a la cultura.

¿Entonces Cajal era miembro destacado de la Generación del 98? En justicia nunca ha sido incluido en el grupo salvo muy de pasada. Pero la pregunta es: ¿La crisis de 1898 influyó en el humanismo de Santiago Ramón y Cajal? Pues esta es precisamente la pregunta que pretende responder este trabajo a lo largo de su desarrollo. Y después de haber destejido la vida, la obra y, lo mejor posible, los sentimientos de Ramón y Cajal, creo que ya estamos habilitados para responderla; y quien mejor que sea él mismo quien nos ayude en esta empresa con sus escritos:

<<Resurgir, renacer, regenerarse, son procesos dinámicos que implican estado anterior de agotamiento, decadencia o regresión. Importa, pues, desde luego, dilucidar este importante punto: ¿Es exacto que, en orden a la filosofía y a la ciencia, hemos decaído verdaderamente? Como productores de civilización en su más amplio sentido, ¿es lícito afirmar que hemos degenerado con relación a nuestros antepasados de los siglos XVI y XVII?

España es un país intelectualmente atrasado no decadente... Sobre poco más o menos, su rendimiento científico se mantuvo siempre al mismo nivel.

... empero, dicho rendimiento ha sido pobre y discontinuo, mostrando, con relación al resto de Europa un atraso y, sobre todo, una mezquindad teórica deplorable...

Mientras nuestra raza ha dormido secularmente el sueño de la ignorancia y cultivado la religión y el arte (preferentes y casi únicas actividades de los pueblos primitivos), las naciones del centro y norte de Europa se nos han adelantado prodigiosamente. No vamos hacia atrás, sino muy detrás. >> (Ramón y Cajal, 2000)

Aquello que Cajal pudo contemplar y vivir en Cuba, aquello que, años después, condujo a la ignominiosa pérdida de una parte de España, poco menos que abandonada a su suerte por unos gobernantes ineptos, desorientados y preocupados de conseguir y mantener el poder en sus manos fue glosado por innumerables pensadores cuya convicción de la enfermedad patria causante del cantado desastre no dejaba lugar a dudas, y que don Santiago relata en sus comentarios de “Reglas y Consejos”. Consideremos primero una reflexión de Cánovas:

<< No cabe positiva y duradera grandeza militar y nacional donde hay pobreza e impotencia económica...>> (Ramón y Cajal, 2000)

Algo que, sin duda, nos puede sonar a excusa, a pesar de haber fallecido el 8 de Agosto de 1897, asesinado en el balneario de santa Águeda, es decir un año antes de la guerra con los Estados Unidos. No obstante la alternancia en el gobierno con el progresista Sagasta, no cabe duda que incluye a ambos en la lista de responsables en la catástrofe. Más Cajal sabe por qué proclama los comentarios del político, pues los recuerdos de su estancia en la isla Antillana, la miseria que pasaron las tropas allí acantonadas, mal equipados, mal alimentados y desprotegidos contra las enfermedades,

nunca cansó de repetir que constituía uno de los males históricos de la política militar hispana; y bien se habría de comprobar en las contiendas africanas que hubo de arrostrar Alfonso XIII. Pero sigamos escuchando a don Antonio Cánovas del Castillo:

<< Toda la historia de España está en este hecho al parecer insignificante; los soldados que el Gran Capitán llevó a Málaga para conquistar Nápoles, iban ya descalzos y hambrientos. Así se corren aventuras a las veces gloriosas, más no se fundan permanentes imperios...>> (Ramón y Cajal, 2000)

<<Cánovas señala, además –continúa Cajal-, como factor de la debilidad nacional el provincialismo o regionalismo, y podríamos añadir el caciquismo, reliquia feudal tan funesta como la miseria económica. Esta falta de solidaridad social, notada también por Hume y otros historiadores modernos (kabilismo, del insigne Unamuno), quebrantó la unidad y energía del poder central, obligando a respetar los fueros y franquicias de las regiones más ricas y pobladas y a gravar casi exclusivamente con levas y exacciones a las esquilmadas Castillas, Extremadura y Andalucía.>> (Ramón y Cajal, 2000)

Castilla, siempre la eterna Castilla del 98, la representante, duela a quien duela, de la España laboriosa y sacrificada; quede claro que también Ramón y Cajal evoca de las estepas ardientes mesetarias bordada de amarillas espigas, y a tal fin recuerda las palabras de Fernández Navarrete *<<... que escribía en el primer tercio del siglo XVII, hablaba ya en su “Conversación de Monarquías” de que la despoblación de Castilla, que tanto baldonan los extranjeros, debíase a las guerras incesantes, a los tributos intolerables, a la colonización de América y, sobre todo a la expulsión de los tres millones de moriscos y dos millones de judíos.>> (Ramón y Cajal, 2000).*

Y en esta misma línea de meditación, el histólogo también recuerda la frase de Joaquín Costa lamentando la histórica paupérrima gobernabilidad de la nación, como un hermoso y exacto pensamiento:

<< Como la Venus de Milo, España es una bella estatua, pero sin brazos>> (Ramón y Cajal, 2000).

Y a todo ello apostilla don Santiago, haciendo un recuerdo histórico de los remotos males que siglos atrás infectaron el cuerpo de una, siempre enfermiza España:

<< Nubes de extranjeros voraces, incapaces de nacionalizarse porque nos odiaban cordialmente, vinieron a reemplazar a moriscos y judíos, absorbiendo el oro de América, fomentando la industria de sus sendos países con daño de la nuestra... La nobleza y la clase media, preocupadas por la limpieza de sangre, solo podían subsistir vegetando parásitamente sobre una masa de pecheros, comerciantes e industriales... Así como el comercio y la banca cayeron en poder de genoveses, flamencos y franceses, el cultivo mismo de la tierra (es decir lo poco de ella cultivado) vino a manos de braceros extranjeros, con los cuales emigraban anualmente muchos millones, importe de salarios. >> (Moure, 1960)

<< ¡Santiago y cierra España!, citada por Bunge (que le da un sentido erróneo sin duda por imperfecto conocimiento del castellano), no fue solo el grito de combate de nuestros guerreros, sino la divisa de nuestros sabios. Cerramos las fronteras para que no se infiltrase el espíritu de Europa y Europa se vengó alzando sobre los Pirineos una barrera moral mucho más alta: la muralla del desprecio...>> (Robredo, 2011)

La amarga preocupación por el presente y el futuro de su patria, lamentando un pasado en el que, con frecuencia los hechos heroicos cabalgaron sobre miserias sociales y desperdicios y dilapidaciones económicas e intelectuales, nunca permitieron al insigne Premio Nobel una paz de su acendrado espíritu patriótico, máxime cuando los principios del siglo XX nunca hicieron presagiar mejor fortuna venidera.

Santiago Ramón y Cajal murió, como ya sabemos, el 17 de Octubre del 1934, sin conocer la Guerra Civil en España, pero su corazón barruntaba que el fracaso vivido en 1898, aderezado por sucesivos disparates, necedades, desatinos y descuidos políticos y sociales, no podría tardar en inflamar de odio y las leyendas extranjeras, una España que no había sabido ser España la fuerte, intelectualmente, la amante de la ciencia, de la investigación y la inventiva; la pérdida de las colonias de ultramar fue el principio de la perdición de España:

<< Porque lo hemos proclamado mil veces y lo repetiremos otras mil. España no saldrá de su abatimiento mental mientras no reemplace las viejas cabezas de sus profesores, orientadas hacia el pasado, por nuevas orientadas al porvenir... Como dice

luminosamente Castillejo. “no queda otro recurso que formar gente nueva y unirla a los elementos aprovechables de la antigua...>> (Ramón y Cajal, 2000)

Y ahora nos vamos a permitir hacer referencia al tramo final de una magnífica obra de teatro original de uno de los genios de la lengua castellana, Carlos Arniches, que en “La Señorita de Trevélez”, escrita en la primera mitad del XIX, y haciendo referencia a esa juventud vacía de contenido moral, espíritu estudioso e ilustrado, que tanto preocupaba a don Santiago por su indiferencia en las realidades españolas, sin espíritu de trabajo y progreso, lamentábase en estos términos, por boca de su personaje Don Marcelino que intenta desterrar de la justa cólera de Don Gonzalo, la idea de matar de un pistoletazo al culpable de su dolor y el de su hermana, víctimas de una burla tramada por los jóvenes en tránsito por un casino provinciano, con la simple finalidad de divertirse:

<< Cálmate, Gonzalo, cálmate. ¡No vale la pena! ¿Qué habrías conseguido? ¡Matar a Guiloja!, ¿y qué?... Guiloja no es un hombre; es el espíritu de la raza, cruel, agresivo, burlón que no se ríe de su propia alegría, sino del dolor ajeno. ¡Alegría!... ¿Qué alegría va a tener esa juventud que se forma en un ambiente de envidia, de ocio de miseria moral, en esas charcas de los cafés y de los casinos barajeros? ¿Qué ideales van a tener estos jóvenes que en vez de estudiar e ilustrarse se quiebran el magín y consumen el ingenio buscando una absurda similitud entre las cosas más heterogéneas y desemejantes?... ¿En qué se parece un membrillo a la catedral de Burgos? ¿En qué se parece una lenteja a un caballo al galope? Y, claro, y luego surge rápida esta natural pregunta: ¿En qué se parecen estos muchachos a hombres cultos interesados en el porvenir de la patria? Y la respuesta es tan desconsoladora como trágica... ¡En nada, en nada; absolutamente en nada!... calma tu justa cólera y piensa, como yo, que la manera de acabar con este tipo tan nacional del guasón es difundiendo la cultura. Es preciso matarlos con libros, no hay otro remedio. La cultura modifica la sensibilidad y cuando estos jóvenes sean inteligentes ya no podrán ser malos, ya no se atreverán a destrozarse un corazón con un chiste, ni amargar una vida con una broma...>> (Arniches, 1991)

¡Qué bella verdad! España no perdió las colonias... España había perdido hacía siglos su norte y su guía, y durante el XIX, el estrepitoso fracaso de la monarquía y la política de estado, que no supo sobreponerse a la patética Guerra de Independencia,

sobre la que muy pocas verdades se han contado, y retornar al frescor de la Ilustración para su recomposición, remató la poca dignidad que todavía conservaban algunos patriotas que dieron su vida en las trochas, en los montes, en los laboratorios o en las fábricas por... ¿Por qué?

¿Qué si la crisis del 1898 influyó en la humanística y la labor profesional de don Santiago Ramón y Cajal? ¡Naturalmente que sí! Pero su respuesta al dolor no fue la misma que sus coetáneos de la conocida Generación del 98, el investigador no tardó en darse cuenta que contra aquellos males, la humillación y el desprecio del extranjero, solo se podía combatir con el trabajo bien hecho y constante, con la ciencia, la cultura y la tenacidad, y en ese campo del honor derrotó al mundo entero que no tuvo más remedio que rendirse de hinojos ante la figura de un español universal.

Más, como colofón a este trabajo debo añadir que por encima, muy por encima de la impresión que provocara en su espíritu patriótico el deshoje impúdico de la nación española, otoño esperado al fin por aquel que seguía los penosos acontecimientos socio-políticos que rematarían en tan luctuoso despeño, se encontraba en lo más hondo de su corazón la experiencia vivida en sus carnes como protagonista de excepción -así como Cervantes vivió su cautiverio en Argel durante cinco años de penuria que bien inspiró el trazo de su pluma-, como médico y militar en la Cuba de la Guerra de los Diez Años, en 1874. El drama de la España cubana, para Cajal hubo empezado veinticuatro años antes; la España colonial enfermó gravemente a mediados de siglo y murió al final de la centuria; era previsible. Lo que sí es innegable es que para Ramón y Cajal el mayor desgarró de sus entrañas patrióticas prodújose en las enfermerías de Vistahermosa y San Isidro, allá por la pantanosa Manigua, dolorosa experiencia para un jovencísimo médico que nunca habría supuesto que su amada patria pudiera tener aquella pestilente y repulsiva faz. En la provincia de Camagüey y después, en el transcurso de los años siguientes, los interminables avatares que su azarosa vida le fueron deparando, no permitirían evitar que dejara de fijar su mirada, triste, solemne y sentenciosa en el discurrir del río torrencial de la historia que, sin remisión conducía hacia la cascada, hacia el despeñadero de todo lo que en tiempos pasados fuera, o pareciera ser, un imperio heroico, lustroso, agalludo e invencible.

Allí, entre la hojarasca de las trochas quedó su ilusión patriótica. Con el crucero Reina Mercedes se hundieron en los abismos sus esperanzas y en ese momento

comenzó su guerra personal, no contra alguien o algo, sino a favor de una España que necesitaba izar sus arriadas enseñas del honor, el respeto y la vergüenza; y lo consiguió, de la única manera en que los científicos e intelectuales pueden luchar contra la injusticia y la deshonra: con el trabajo bien hecho, día a día. Que Dios guarde al hombre, al científico y al español; Dios guarde a Santiago Ramón y Cajal, el estrambote honorífico de un bello verso que conocemos como Generación del 98.

CONCLUSIONES:

1ª: Santiago Ramón y Cajal nació en Petilla de Aragón en el año 1852 y murió en Madrid, coronado por los laureles de la gloria en 1934. Su infancia y adolescencia transcurrió, como cabría esperar de la misma manera que la de tantos jovencitos españoles, a la pelea con las dificultades de un entorno hostil social y políticamente, poco apto para el desarrollo intelectual de un joven del noveciento español.

A lo largo de todo este trabajo de tesis hemos recorrido el siglo XIX y desarrollado distintos aspectos de sus avatares sociales, políticos y sanitarios, todos los cuales, sin ninguna duda, tuvieron un impacto permanente en el pensamiento y el trabajo de uno de sus hijos más ilustres, Santiago Ramón y Cajal, que como tantos otros científicos e intelectuales de su tiempo, vivieron entre los tules y los sudarios de esta centuria más caracterizada por la miseria social, la escasez económica, la pobreza intelectual y un enorme exceso de atávica hidalguía.

2ª: En el caso de Cajal, aquel marbete, de indeleble estigma, había trazado una silenciosa singladura desde su trágica y conmovedora experiencia en la guerra con Cuba de 1868, suceso de su existencia que con los años le costaría la vida, de modo que para él el triste oprobio de 1898 no fue sino el colofón de una crónica anunciada.

3ª: Cajal, tras un titubeo momentáneo en que el científico abandonó su tarea médica para ejercer la labor política a la que se sentía obligado en el intento de ensombrecer el torpe desempeño político de quienes condujeron, de manera vergonzosa, a la patria a la mutilación de una parte de su cuerpo, supo reaccionar y borrar ante el mundo aquel baldón ganando para sí y España el merecido crédito que perdieron políticos y militares.

4ª: Comentamos a lo largo de este trabajo que el índice de analfabetismo español, en 1898 rondaba el 72%, por lo que si retrocedemos en el tiempo, a lo largo de todo el siglo XIX, podemos deducir que en aquel centenario la media de un 80% de los ciudadanos obtenían la información mediante la transmisión de boca a boca. No solo no se leía sino que quienes eran capaces de ello, e incluso no pocos académicos, tampoco

se esmeraban en intercambiar conocimientos con el resto de Europa. A tal punto alcanzaba el voluntario aislamiento de muchos de nuestros cerebros, que, incluso tras haberle concedido el Premio Nobel a Cajal, era un perfecto desconocido; en el mundo se le homenajeaba, y en muchas ilustres academias, asociaciones, ateneos y círculos científicos y culturales españoles, ni se lo habían planteado.

5ª: Y abundando en el apartado anterior, por otro lado y hasta finales del XIX las dos terceras partes de la España trabajadora era agraria, industrial solamente en Cataluña y algo en el norte al arrimo de la minería del carbón, lo que significaba desempeñar una labor rural solitaria y apartada, normalmente familiar, y que facilitaba muy poca relación con el mundo exterior que no fuera el bar del pueblo o del barrio si de una capital grande se trataba.

6ª: Cajal un hombre que básicamente creía en el hombre y en su capacidad para resurgir a través de la labor constante y concienzuda, empleó más de la mitad de su vida en trabajar sin descanso en y por aquello que creía, siempre remando en contra de la corriente, unas veces en contra de la severa determinación de su padre, otras contra su propio deber como padre de familia, o encarado a los obstáculos administrativos y gubernamentales, las dificultades económicas y, cómo no, frente al tradicional aislamiento nacional. Pero sabía muy bien lo que quería, creía en ello y por alcanzar aquella meta luchó toda su vida.

Este gran trabajador de la ciencia, para cumplir con su cometido, su deuda con la patria y la ciencia, era capaz de impedir el dañino impacto de las mayores adversidades y aplastarlas con su entusiasmo laboral.

"Muchas veces he pensado –escribía en sus charlas de café- si el mal no está puesto en el Universo como un tema de trabajo y un incentivo a nuestra curiosidad". (Ramón y Cajal, 2007)

7ª: Que duda cabe que el drama de 1898 provocó en su corazón y en su intelecto una conmoción que, como ya hemos comentado, le obligó a abandonar momentáneamente su trabajo de investigación por la política. Pero claramente aquel no era su mundo, y a su mundo regresó desde el dolor y un abatimiento que, como en la ocasión en que hubo de reponerse con penosa batalla en el balneario de Panticosa de la tisis y la calamidad de Cuba, supo superar como un Fénix de la ciencia.

8ª: Hemos conocido que notables pensadores como Macías Picavea, Severo Ochoa o Tuñón de Lara no han tenido más remedio que aceptar, desde diferentes concepciones sociales y políticas, que la quiebra de la España decimonónica, nació con el siglo y remató la centuria de manera dramática pero, para las inteligencias más iluminadas, de forma anunciada, y que sobre aquel montón de miseria política y armígera una figura se elevó hacia el Olimpo de los privilegiados, impulsado por la fuerza de su propia decisión, su trabajo e inalterable constancia: Santiago Ramón y Cajal.

9ª: ¿Pertenece Cajal al espíritu que embargaba a los ilustres miembros de la Generación del 98? Puede ser que formalmente no sea así reconocido, pero quien lea sus escritos y profundice en un alma, que se niega a etiquetarse una y otra vez, podrá reconocer las identidades, analogías y afinidades que anudaban los espíritus de sus protagonistas en semejanza de fines si no de método.

10ª: La desconocida humanística de Cajal, la labor del literato del pensador orador y ensayista, pertenece a un todo indivisible con el científico y el docente, y todo ello a un hombre, un profesor, un literato inmerso en su época y comprometido con ella hasta el final de sus días. La lectura de sus <<Reglas y consejos sobre investigación científica – Los tónicos de la voluntad>> debería ser asignatura obligada a cualquier médico que desee alcanzar con su praxis la más alta cualificación que se nos puede conceder: no entregar al acto profesional ningún sentido públicamente ideológico, sino al mucho más intimista de apología a la patria ante otro cualquier previsible 1898.

FUENTES:

Ramón y Cajal, Santiago (1880) "Investigaciones experimentales sobre la génesis inflamatoria". ARTÍCULO INVITADO DE HONOR EN EL SESQUICENTENARIO DE CAJAL Contribución de S. Ramón y Cajal a la patología. S. Ramón y Cajal Junquera. Departamento de Anatomía Patológica. Hospital Clínico Universitario Lozano Blesa. Zaragoza. Edición propia.

Ramón y Cajal, Santiago (1885) "Contribución al estudio de las formas involutivas y monstruosas del comabacilo de Koch" (edición propia) Valencia.

Ramón y Cajal, Santiago (1886) "Estructura de las fibras del cristalino"- La Crónica Médica- (ed.) Valencia.

Ramón y Cajal, Santiago (1887) "Tejido óseo y coloración de los cortes de hueso" - Boletín Médico Valenciano. (ed.) Valencia.

Ramón y Cajal, Santiago (1887) "Músculos de las patas de los insectos" - Boletín Médico Valenciano. (ed.) Valencia.

Ramón y Cajal, Santiago (1887) "Sobre los Conductos Plasmáticos del Cartílago Hialino" - Crónica Médica de Valencia. (ed.) Valencia.

Ramón y Cajal, Santiago (1888) "Estructura de los Centros Nerviosos de las Aves"- Revista trimestral de Histología normal y patológica (edición propia) Barcelona.

Ramón y Cajal, Santiago (1888) "Textura de la Fibra Muscular del Corazón" - Revista trimestral de Histología normal y patológica (edición propia) Barcelona.

Ramón y Cajal, Santiago (1888) "Morfología y Conexiones de los Elementos de la Retina de las Aves" - Revista trimestral de Histología normal y patológica (edición propia) Barcelona.

Ramón y Cajal, Santiago (1888) "Sobre las fibras nerviosas de la capa molecular del Cerebelo" - Revista trimestral de Histología normal y patológica (edición propia) Barcelona.

Ramón y Cajal, Santiago (1889) "Coloración por el Método de Golgi de los centros nerviosos de los embriones de pollo"- Gaceta médica catalana (ed.) Barcelona.

Ramón y Cajal, Santiago (1889) "Nota preventiva sobre la estructura de la médula embrionaria" - Gaceta médica catalana (ed.) Barcelona.

Ramón y Cajal, Santiago (1889) "Dolores del parto considerablemente atenuados por la sugestión hipnótica" - Gaceta médica catalana (ed.) Barcelona.

Ramón y Cajal, Santiago (1889) "Sobre las Fibras Nerviosas de la Capa Granulosa del Cerebelo" - Revista trimestral sobre Histología normal y patológica (edición propia) Barcelona.

Ramón y Cajal, Santiago (1889) "Conservación de las preparaciones de microbios por desecación" - Revista trimestral sobre Histología normal y patológica (edición propia) Barcelona.

Ramón y Cajal, Santiago (1889) "Nuevas aplicaciones del método de coloración de Golgi" - Gaceta médica catalana (ed.) Barcelona.

Ramón y Cajal, Santiago (1889) "Conexión General de los Elementos Nerviosos"- La medicina práctica (ed.) Barcelona.

Ramón y Cajal, Santiago (1889) "Sobre ciertos elementos bipolares del cerebelo y algunos detalles más sobre el crecimiento y evolución de las fibras cerebelosas"- Gaceta sanitaria de Barcelona (ed.) Barcelona.

Ramón y Cajal, Santiago (1908) "Studien über Nervenregeneration" Leipzig.

Ramón y Cajal, Santiago (1913-1914) "Estudio sobre la Degeneración y Regeneración del Sistema Nervioso" Nicolás Moyá (ed.) Madrid.

Ramón y Cajal, Santiago (1933) "Elementos de Histología Normal y Técnica Micrográfica". Tipografía artística (ed.) Madrid.

Ramón y Cajal, Santiago (1933) "Regeln und Ratschläge zur wissenschaftlichen Forschung" München.

Ramón y Cajal, Santiago (1934) "Histology" traducción al inglés del profesor Fernán Núñez. Archives of pathology. Vol. 17. American Medical Association.

Ramón y Cajal, Santiago (1952) "Discurso de ingreso en Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Fundamentos racionales y condiciones técnicas de la investigación biológica". ABC (diario domingo 25-05-1952)

Ramón y Cajal, Santiago (1952) "¿Neuronismo o Reticularismo?" (pp. 1-142) Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Spain) Instituto Ramón y Cajal.

Ramón y Cajal, Santiago (1953) "La infancia de Ramón y Cajal contada por él mismo" (pp. 1-140). Instituto Editorial Reus, S.A. (ed.). Madrid.

Ramón y Cajal, Santiago (1969) "Obras literarias completas" (pp. 1-1336). Aguilar S.A. (ed.) Madrid.

Ramón y Cajal, Santiago (1980) "Mi infancia y juventud" (pp. 1-266) Espasa Calpe (ed.). Madrid.

Ramón y Cajal, Santiago (2000) "Reglas y Consejos sobre investigación científica: los tónicos de la voluntad" (pp. 1-224) Espasa Calpe (ed.) Madrid.

Ramón y Cajal, Santiago (2003) "D. Santiago Ramón y Cajal en la Real Academia Nacional de Medicina. Documentos manuscritos. Discurso de toma de posesión. Real Academia Nacional de Medicina Taravilla (ed.). Madrid.

Ramón y Cajal, Santiago (2006) "Recuerdos de mi vida" (pp. 1-960) editorial crítica (ed.)

Ramón y Cajal, Santiago (2007) "Charlas de café. Cuentos de vacaciones" (pp. 1-453) Prames (ed.) Gobierno de Aragón. Departamento de Educación, Cultura y Deportes.

Ramón y Cajal, Santiago (2007) "Fotografía de los Colores. Bases científicas y reglas practicas" Prames (ed.).

Ramón y Cajal, Santiago (2008) "El mundo visto a los ochenta años" (pp. 1-254) Maxtor (ed.) Valladolid.

Ramón y Cajal, Santiago (2009) "La mujer. Psicología del Quijote y el quijotismo". Formación Alcalá.

ARCHIVO DEPOSITADO EN LA REAL ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA:

1889 – “Manual de Histología Normal y Técnica Micrográficas (Valencia) Ed. Pascual Aguilar

1890 – “Nuevas observaciones sobre la estructura de la médula espinal de los mamíferos; sobre la terminación de los nervios y tráqueas en los músculos de las alas de los insectos (Barcelona)- Trabajos del laboratorio anatómico de la Facultad de Medicina.

1890 - “Sur la structure de l’écorce cérébrale de quelques mammifères”- “La Celule” T.VII, fasc. I

1892 – “El Plexo de Auerbach de los Batracios”- (Barcelona)- Trabajos del laboratorio histológico de la Facultad de Medicina.

1893 – “Nuevo concepto de la histología de los centros nerviosos” (Barcelona) – Imprenta de Henrich y C. en Comandita.

1894 – “Comunicación acerca de la significación fisiológica de las expansiones protoplasmáticas y nerviosas de las células de la sustancia gris” (Valencia) – Congreso Medico-farmacéutico regional.

1895 – “Elementos de histología normal y de técnica micrográfica para uso de estudiantes” (Madrid) – Imprenta y librería de Nicolás Moya.

1895 – “Les nouvelles idées sur la structure du système nerveux chez l’homme et chez les vertébrés” – (París) C. Reinwald & Cia.

1896 – “Manual de anatomía patológica general: seguida de un resumen de microscopía aplicada a la histología y bacteriología patológicas”. (Madrid) – Imprenta de Nicolás Moya.

1897 – “Fundamentos racionales y condiciones técnicas de la investigación biológica (Madrid) – Imprenta de L. Aguado (discurso ante la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales).

1897 – “Anatomía normal de la médula espinal humana: y algunas indicaciones de anatomía comparada sobre el mismo órgano” (Madrid) – tipografía de sucesores de Cuesta.

1899 – Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados: estudios sobre el plan estructural y composición histológica de los centros nerviosos” (Madrid) – Imprenta Nicolás Moya.

1899 – “Reglas y consejos sobre investigación biológica” (Madrid) – Imprenta de Fortanet.

1904 – “Las fibras nerviosas de origen cerebral del tubérculo cuadrigémino anterior y tálamo óptico” – Congres International de Medecine.

1904 – Consideraciones críticas sobre la teoría de A. Bethe acerca de la estructura y conexiones de las células nerviosas – Congres International de Medecine.

1904 – Sobre un nuevo foco subtalámico al parecer de naturaleza centrífuga” – Congres International de Medecine.

1904 – “Aparato olfatorio de los Batráceos” – Congres International de Medecine.

1904 – “Charlas de café: pensamientos, anécdotas y confidencias” – (Madrid) – Librería Beltrán.

1906 – “Relación de los títulos, méritos y trabajos científicos” (de Cajal) – Imprenta Nicolás Moya.

1906 – “Histogenése des nerfs” – Congres International de Medecine (Lisbonne)

1906 – “Demonstration d’une série de préparations” – Congres International de Medecine.

1907 – “Mecanismo de la regeneración de los nervios” – discurso leído en la Real Academia de Medicina.

1907 – “Structure et connexions des neurons”: conference Nobel, tenue a Stckholm le 12 décembre 1906.

1909 – “Enfermedades reinantes en el invierno último. An. RANM.

- 1909 – “Observaciones sobre el tifus exantemático”. An RANM.
- 1911 – “Los fenómenos precoces de la degeneración neuronal en el cerebelo; los fenómenos precoces de la degeneración traumática de los cilindros-ejes del cerebro – (Madrid) Imprenta Nicolás Moya.
- 1911 – “Histologie du système nerveux de l’homme & des vertebres” – (París) A. Maloine Editeur.
- 1912 – “La fotografía de los colores: fundamentos científicos y reglas prácticas” – (Madrid) Nicolás Moya.
- 1913 - “Manual de Anatomía patológica seguida de un resumen de microscopía aplicada a la histología y bacteriología patológicas” – (Madrid) Nicolás Moya.
- 1913 – “Algunas interesantes perspectivas de la célula” – (Madrid) Eduardo Arias.
- 1916 – “Reglas y consejos sobre investigación biológica: los tónicos de la voluntad” – (Madrid) RACEFN.
- 1917 – “Recuerdos de mi vida” – (Madrid) Imprenta Nicolás Moya.
- 1919 – “La desorientación inicial de las neuronas retinianas de axon corto” - (Madrid) – Imprenta Nicolás Moya.
- 1920 – “Acción neurotrópica de los epitelios – (Madrid) – Imprenta Nicolás Moya.
- 1922 – Discursos leídos en la solemne sesión celebrada bajo la presidencia de SM el Rey D. Alfonso XIII para hacer entrega de la medalla Echegaray a Santiago Ramón y Cajal – (Madrid) – Taller Poligráfico.
- 1922 – “Charlas de café; pensamientos, anécdotas y confidencias – (Madrid) – Imprenta de Juan Pueyo.
- 1924 – “Trabajos escogidos (1880-1890)” – Madrid-
- 1924 – “Investigaciones experimentales sobre la génesis inflamatoria y especialmente sobre la emigración de los leucocitos” – (Madrid)
- 1924 – “Observaciones microscópicas sobre las terminaciones nerviosas en los músculos estriados de las ranas – (Madrid)

1924 – “Estudio sobre el microbio vírgula del cólera y las inoculaciones profilácticas – (Madrid)

1924 – “Contribución al estudio de las formas involutivas y monstruosas del comabacilo de Koch – (Madrid)

1924 – “Notas de laboratorio” – (Madrid)

1924 – “Contribución à l’étude des cellules anastomosées des épithéliums pavimenteux stratifiés. – (Madrid)

1924 – “Tejido óseo” – (Madrid)

1924 – “Sobre los conductos plasmáticos del cartílago hialino” – (Madrid)

1924 – “Textura de la fibra muscular en los mamíferos” – (Madrid)

1924 – “Fibra muscular del ala de los insectos” – (Madrid)

1924 – “Músculos de las patas de los insectos” – (Madrid)

1924 – “Observations sur la texture des fibres musculaires des pattes et des ailes des insectes – (Madrid)

1924 – “Estructura de los centros nerviosos de las aves” – (Madrid)

1924 – “Morfología y conexiones de los elementos de la retina de las aves” – (Madrid)

1924 – “Terminaciones nerviosas de los husos musculares de la rana” – (Madrid)

1924 – “Textura de la fibra muscular del corazón” – (Madrid)

1924 – “Nota preventiva sobre la estructura del cerebelo” – (Madrid)

1924 – “Sobre las fibras nerviosas de la capa molecular del cerebro” – (Madrid)

1924 – “Nota sobre la estructura de los tubos nerviosos del lóbulo cerebral eléctrico del torpedo” – (Madrid)

1924 – “Coloración por el método de Golgi de los centros nerviosos de los embriones de pollo” – (Madrid)

1924 – “Estructura del lóbulo óptico de las aves y origen de los nervios ópticos” – (Madrid)

1924 – “Sobre la estructura de la médula embrionaria” – (Madrid)

1924 – “Contribución al estudio de la estructura de la médula espinal” – (Madrid)

1924 – “Sobre las fibras nerviosas de la capa granulosa del cerebelo” – (Madrid)

1924 – “Conservación de las preparaciones de microbios por desecación” – (Madrid)

1924 – “Dolores del parto considerablemente atenuados por la sugestión hipnótica” – (Madrid)

1924 – “Conexiones generales de los elementos nerviosos” – (Madrid)

1924 – “Nuevas aplicaciones del método de coloración de Golgi” – (Madrid)

1924 – “Sobre ciertos elementos bipolares del cerebelo joven y algunos detalles más acerca del crecimiento u evolución de las fibras cerebelosas” – (Madrid)

1924 – “Nuevas observaciones sobre la médula espinal de los mamíferos” – (Madrid)

1924 – “Sobre la terminación de los nervios y tráqueas en los músculos de las alas de los insectos – (Madrid)

1924 – “Sobre las células gigantes de la lepra y sus relaciones con las colonias del bacilo leproso” – (Madrid)

1924 – “Notas anatómicas” – (Madrid)

1924 – “Sobre un proceder de coloración de las células y fibras nerviosas por el azul Turnbull – (Madrid)

1924 – “Réponse à M. Golgi à propos des fibrilles collatérales de la moelle épinière et de la structure générale de la substance grise” – (Madrid)

1924 – “A quelle époque apparaissent les expansions des cellules nerveuses de la moelle épinière du poulet? – (Madrid)

1924 – “Sobre la existencia de células nerviosas especiales en la primera capa de las circunvoluciones cerebrales” – (Madrid)

1925 – “Contribución a la connaissance de la névrologie cérébrale et cerebelleuse dans la paralysie générale progressive avec quelques indications techniques” - (Madrid)

1925 – “La infancia de Ramón y Cajal contada por él mismo: cuando yo era niño...” – (Madrid) Editorial Reus.

1928 – “Elementos de histología normal y de técnica micrográfica / con J.S. Tello y Muñoz” – (Madrid) – Tipografía Artística.

1929 – “Etudes sur la neurogenése de quelques vertébrés” – (Madrid)

1930 – “Contribución al conocimiento de la retina y centros ópticos de los cefalópodos – (Madrid) – Unión internacional de ciencias biológicas.

1930 – “Manual de Anatomía Patológica y nociones de bacteriología patológica” – (Madrid) – Tipografía Artística.

1932 – “Travaux du laboratoire recherches biologiques de l’université de Madrid” – (Madrid) – Tipografía Artística.

1933 - “Carrera literaria, méritos, títulos, condecoraciones, premios, distinciones y lista de trabajos” – (Madrid)

1933 – “La rétine des vertébrés” – (Madrid)- XIV Concilium Ophtalmologicum.

1933 – “Elementos de técnica micrográfica del sistema nervioso –(Madrid)- Tipografía Artística.

1934 – SESIÓN NECROLÓGICA EN RECUERDO DE CAJAL:

Santiago Ramón y Cajal: crónica de la velada necrológica dedicada a su memoria en el Instituto Nacional de Sanidad, el día 26 de Octubre de 1934 – (Madrid)

BIBLIOGRAFÍA:

Agulló y Cobo, Mercedes (1969) MADRID EN SUS DIARIOS. Tomo II; (pp. 1-551) Instituto de Estudios Madrileños (ed.) Madrid

Alvar, Manuel (1985) - ABC (2-4-1985)

Álvarez Sierra, J. (1968) ABC -"Un Verano Histórico"; Cajal y Olóriz en Miraflores de la Sierra- (pp. 1 - 88)

Areilza, José María de; 1974; ABC (pp. 1-128)

Arniches, Carlos (1991) "La Señorita de Trevélez (pp. 1-224). BRUÑO (ed.) MADRID.-Edición, Introducción, notas y actividades de Manuel Cojo.

Azorín, José Martínez Ruiz (2006) "Castilla" (pp. 1-339) Austral-Espasa Calpe (ed.)

Azorín, José Martínez Ruiz (1996) "Institución Libre de Enseñanza y su Ambiente". Ministerio de Educación y Ciencia (ed.) (1881-1907).

Azorín, José Martínez Ruiz (2011) "La Ruta de Don Quijote": Biblioteca la Gacetilla Literaria (Página WEB).

Baroja, Pío (1972) "Camino de Perfección". (pp. 1-335). Caro Raggio (ed.) (MADRID)

Baroja, Pío; (1998) "Comunistas, Judíos y demás ralea" (pp.1-199) -MADRID- Barbarroja (ed.)

Baroja, Pío (1985) "Juventud y Egotría" (pp.1-184) (MADRID) CARO RAGGIO (ed.)

Camacho, Jesús (2009) "España Camino de Perdición" Política. El Confidencial (ed.) -12-01-2009.

Castell, Ángel María; (1969) "Bodas Reales salpicadas de sangre" ABC Sevilla (ed.) 17/04/1969.

Cayuela Fernández, José Gregorio (1998) "Realidad y mito del 98: las distorsiones de la percepción. Ciencia y pensamiento en España" (1875-1923).- "Un siglo de España: centenario, 1898-1998". (pp. 527-552) Cayuela Fernández, José G. (coord.) (ed.) Universidad de Castilla-La Mancha y Cortes de Castilla-La Mancha.

Cayuela Fernández, José Gregorio (1998) "Un Siglo de España: Centenario 1898-1998" (pp. 1-1021) Ediciones de la Universidad Castilla la Mancha (ed.)

Cepeda Adán, José: (1954) “El 98 en Madrid” (tomo IX) Instituto de Estudios Madrileños; Colección: Temas Madrileños” (ed.) (Madrid)

Charle, Christophe (2000) “Los Intelectuales en el siglo XIX- Precursores del Pensamiento Moderno (pp. 1-272) Siglo Veintiuno de España (ed.) Madrid.

Costa, Joaquín (1898) “Discurso en las Cortes, a propósito del desastre colonial 1898” Programa de la Cámara Agrícola del Alto Aragón. (Barbastro)

Costa; Joaquín (1993) “Oligarquía y Caciquismo: Colectivismo Agrario y otros escritos” (pp. 1-272). Alianza (ed.). Madrid.

Dardé, Carlos (1996) “Historia de España; La Restauración: 1875-1902” Tomo XXIV (pp. 1-138) Historia 16 (ed.) (Ediciones Temas de Hoy)

Diego, Emilio de; (2003) “Prim: La Forja de una Espada (pp. 1-400) Planeta S.A. (ed.) Barcelona.

D’Ors, Miguel (2005) “Posrománticos, Modernistas y Novecentistas” (pp. 1-319) Renacimiento; Colección iluminaciones (ed.)

Durán Muñoz, García y Alonso Burón, Francisco (1983) “Cajal Vida y Obra” (pp. 1 - 537). Editorial Científico Médica (ed.) (Barcelona)

Esdaile, Charles (2001) “La Quiebra del Liberalismo (1808-1939)” (pp. 1-455) Crítica (ed.)

Espina y Capó, Antonio (1929) “Notas del Viaje de Mi Vida) (1850-1920)” (pp. 1-561). Talleres Espasa Calpe S.A. (ed.) – Madrid.

Fernández Clemente, Eloy (2008) “El Regeneracionismo Aragonés en el entorno de Costa” Pág. 33; PDF/Adobe Acrobat (ed.).

Fernández Pardo, Francisco (2008) "A Vueltas con los Nacionalismos" Diario de la Rioja (8-03-2008)

Fernández Rúa, José Luís (1970) “España Secreta - 1868-1870” (pp. 202) Editora Nacional (ed.) Madrid.

Gamundí, Antoni y Ferrús, Alberto (2006) “Santiago ramón y Cajal. Cien Años Después” (pp. 1-152). PIRAMIDE (ed.). (Madrid)

Ganivet, Ángel (1996) “Idearium Español” (pp. 1-256) Biblioteca Nueva (ed.) Madrid

Gómez Molleda, María Dolores (1989) “Actas del Congreso Internacional del cincuentenario de Unamuno (pp. 1-641) Universidad de Salamanca. (ed.) (Salamanca).

Gómez Santos, Mariano (2009) “Fernando de Castro; su vida y obra”. Fundación Mutua Madrileña (ed.) Madrid.

González de Pablo, Ángel (1998) “El Noventayochó y las nuevas instituciones científicas. La creación del Laboratorio de Investigaciones Biológicas de Ramón y Cajal” Dynamis (ed.)

González Santander, Rafael y González Santander, Marta (2006) Escuela Histológica Española (ed.). I.S.B.N.

Gracián y Morales, Baltasar (2007) “El Arte de la Prudencia” (pp. 1-224) Temas de Hoy (ed.). Madrid.

Howard Moore William, Marín Francisco y cols. (1999) “España, Estados Unidos y la Crisis del 98 (pp. 1-304) FAES (ed.) Madrid.

Jiménez Escolano, Carlos (2009) “Un País Ingobernable” (pp. 1-454). Creación (ed.)

Jiménez-Landi, Antonio (1996) “Institución libre de Enseñanza y su ambiente” (pp. 1-748) Ministerio de Educación y Ciencia (ed.)

Laín Entralgo, Pedro (1978) "Expedientes Administrativos de Grandes españoles: Santiago Ramón y Cajal, 1852-1934". Tomo. II (pp.1-335), Ministerio de Educación y Ciencia (ed.)

Laín Entralgo, Pedro (1978) “Historia de la Medicina” (pp.1-722) Salvat (ed.)

Laín Entralgo, Pedro (1970) “La Generación del 98” (pp. 1-259) Colección Austral-Espasa Calpe (ed.).

Laín Entralgo, Pedro y Albarracín, Agustín (1982) “Santiago Ramón y Cajal” (pp.1-312). Labor S.A. (ed.) Barcelona.

- Lewy Rodríguez, Enriqueta (1987) “Santiago Ramón y Cajal” (pp. 1 – 241). Textos “residencia”, serie “testimonios” –extensión científica y acción cultural del CSIC (ed.)
- López Piñero, José María (2000) “Cajal”. (pp. 1 -287) Debate-Pensamiento (ed.). Madrid.
- López Piñero, José María; 2006; Santiago Ramón y Cajal (pp. 1-399). Publicaciones de la Universidad de Valencia (ed.)
- Machado, Antonio (2006) “Campos de Castilla” (pp. 1 - 232). Arturo Ramoneda-Alianza (ed.) Madrid.
- Machado, Manuel (2007) “Antología Poética”. (pp. 1-304) Arturo Ramoneda -Alianza (ed.) Madrid.
- Maeztu, Ramiro de (1934) “Acción Española”. Tomo XI nº 62-63 (pp. 6-16) Madrid
- Menéndez Pidal, Ramón (1926) artículo "El Solar del Cid" (pp. 1-43) Revista de las Españas (ed.) Madrid.
- Mesonero Romanos “Ciudad de Ociosos y Habladores, Conventual y Palaciega- Madrid en el siglo XIX- Madrid historia de una capital (pp. 1-327). Santos Julia- Anaya (ed.)
- Montes Brunet, Hugo. “Unamuno, Azorín y Ortega ensayos” (pp. 1- 217) Andrés Bello (ed.)
- Moure Mariño, Luis (1960) artículo ABC 14-12-1960 (pp. 1- 92).
- Nieto, José Luís (2002) “Santiago Ramón y Cajal y la independencia cubana.- 150 aniversario de Ramón y Cajal” Tomo 32, nº 124. Amigos de Serrablo (ed.) Sabiñánigo (Huesca).
- Núñez Ladevéze, Luis (1998) La Prensa española en la crisis del 98. (España, Estados Unidos y la crisis de 1898). Reflexiones para un centenario. Coordinadores Carlos Mellizo y Luis Núñez Ladevéze. Papeles de la Fundación. N’ 43. Fundación para el análisis y los estudios sociales y los autores, 1998.
- Ortega, Marie-Linda (2002) “Escribir en España entre 1840 y 1876” (pp. 1-247) Visor Libros (ed.)
- Ortega Soto, Maribel (2011) “Mujeres Bellas, Débiles y Perversas en cuentos modernistas hispanoamericanos. Antología” (pp.1-163). Universidad del Claustro de Sor Juana (ed.) México.
- Otero Carvajal, Luis Enrique (1998) "Realidad y Mito del 98: las distorsiones de la percepción. Ciencia y Pensamiento en España (1875-1923)". Pág. WEB (ed.)
- Porter, Roy (2003) “Breve historia de la Medicina; Las personas, la enfermedad y la atención sanitaria” (pp. 1-302) Taurus-Santillana (ed.)

Ramón y Cajal Junquera, Santiago (2002) "Semblanza de Santiago Ramón y Cajal" Diputación de Zaragoza (ed.)

Robredo Zugasti, Eduardo (2011) "Etiquetas: heterodoxos españoles; historia de las ideas naturalistas".

Saiz, María Dolores (1898) "La prensa madrileña en torno a 1898". Artículo publicado en el catálogo Madrid 1898 de la exposición celebrada de marzo a abril en el centro cultural de la villa.

Saiz, Milagros y Saiz, Dolores (1992) "Personajes para una historia de la psicología en España (pp. 1-529). Psicología pirámide (ed.) Barcelona.

Sánchez Aguilar, Federico (1999) "España desgajada" (pp. 1-286). Ediciones Alcántara (ed.) Madrid.

Seoane, María Cruz (1992) "Historia del periodismo en España". Alianza Editorial (ed.).

Serna, Ricardo (2002) Artículo revista Comarca -Ayerbe (Huesca). (pp. 1 - 48). Según referencia del artículo de d. Ricardo de la Serna "Santiago Ramón y Cajal y su compromiso con la masonería".

Troyano, Manuel y cols (1906) Artículo ABC. "la boda del rey", "en palacio" y "crónica de la boda""una bomba de dinamita contra el coche real" (pp. 1 20).

Tuñón de Lara, Manuel (1986) "España: la quiebra de 1898" (pp. 1-227). Sarpe (ed.)

Unamuno, Miguel de (1988) "Andanzas y visiones españolas" (pp. 1-332). Alianza (ed.) Madrid.

Unamuno, Miguel de (2005) "En torno al casticismo" (1895)" (pp. 1 – 312) Cátedra (ed.). Madrid.

Unamuno, Miguel de (2009) "Miguel de Unamuno". (pp.1 - 1139). Fundación José Antonio de Castro (ed.) Madrid.

Unamuno, Miguel de (1997) "Paisajes del alma" (pp.1 -186). Alianza (ed.) Madrid.

Valdeiglesias, Marqués de (Alfredo Escobar) (1952) "Setenta años de periodismo; memorias". (pp. 1-266). Biblioteca Nueva.

Valera, Juan (1876) Artículo publicado en la "Revista de España" en julio de 1876, ocupándose de una obra de Santiago de Liniers, titulada "Todo el mundo".

Valle Inclán, Ramón María (1986) "Antología: poesía modernista hispanoamericana y española "rosa del paraíso" Taurus (ed.).

Valle Inclán, Ramón María (1964) "Claves líricas. Literatura española. Poesía satírica y humorística siglo XX". (pp. 1 – 160) Espasa Calpe. (ed.)

Vega, Vicente (1952) "Diccionario Ilustrado de frases célebres y citas literarias". (pp. 1 - 939). Gustavo Gili S.A. (ed.) Barcelona.

Vera Sempere, Francisco j. (2001) "Santiago Ramón y Cajal en Valencia (1884-1887)". Denes (ed.) Valencia.

Anónimo (1952) Artículo ABC fecha 25/05/1952. "Homenaje a Ramón y Cajal en la clausura del VIII Congreso Internacional de Cirugía, bajo la presidencia del Jefe del Estado" (pp.1-60). Instituto de Estudios Madrileños. Madrid.